
La Prisionera del Highlander
CORAZONES EN LAS TIERRAS ALTAS
Angela Palacios

Ángela Palacios

La Prisionera del Highlander

Corazones en las Tierras Altas

Copyright © 2025 Ángela Palacios

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2501270739884

Contents

1. La incursión
2. El viaje al clan
3. La llegada al castillo
4. Primer enfrentamiento
5. Los problemas del clan
6. Un intento de huida
7. Una tregua incómoda
8. El primer gesto de bondad
9. Confesiones a medias
10. Una alianza necesaria
11. Tensiones en aumento
12. Una amenaza externa
13. Baile Bajo las Estrellas
14. Un ataque sorpresa
15. Salvándose mutuamente
16. La atracción desbordada
17. La defensa del castillo
18. El ultimátum
19. El dilema
20. Una traición interna
21. Revelaciones
22. Un sacrificio
23. El enfrentamiento final
24. La promesa del mañana



La incursión

El carruaje avanzaba con lentitud por un sendero estrecho, rodeado de colinas cubiertas de hierba alta que se mecían suavemente al ritmo del viento. Las ruedas crujían contra las piedras del camino, y cada tanto, el chirrido de los ejes hacía que frunciera el ceño. El viaje parecía interminable, y cada minuto en estas tierras salvajes me hacía sentir más vulnerable.

Había algo en Escocia que se me antojaba indomable, como si la misma tierra desafiara nuestra presencia. Los árboles se alzaban altos y oscuros, sus ramas formando sombras inquietantes en el suelo. Incluso el cielo parecía diferente aquí, con nubes bajas que parecían rozar las cimas de las colinas.

—¿Os encontráis bien, mi lady? —preguntó Anne, mi doncella, desde su asiento frente a mí. Su voz denotaba una preocupación que no compartía.

Asentí sin mirarla, manteniendo la vista fija en el paisaje.

—Estoy bien, Anne. Solo… cansada.

En realidad, no era cansancio lo que sentía, sino una mezcla de inquietud y frustración. Este viaje no era más que otro recordatorio de mi falta de control sobre mi propia vida. Mi prometido, Lord Bedford, era un hombre al que apenas conocía y por quien no sentía más que indiferencia. Sin embargo, el matrimonio era un arreglo conveniente para nuestras familias, una unión que prometía fortalecer alianzas y proteger intereses comunes.

"Conveniente" era una palabra que parecía definir mi existencia. Todo estaba cuidadosamente planeado, cada decisión tomada en función de lo que era mejor para otros, nunca para mí. Pero aquí, en este rincón olvidado del mundo, esa sensación de encierro era aún más sofocante.

—¿Es cierto lo que dicen de los highlanders? —preguntó Anne de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

La miré por primera vez en horas, sorprendida por su pregunta.

—¿Qué es lo que dicen?

—Que son salvajes. Bárbaros que no conocen ni ley ni orden. Que no respetan nada ni a nadie.

Su tono era casi un susurro, como si temiera que incluso mencionarlos pudiera atraerlos. Me incliné ligeramente hacia adelante, tomando una de sus manos entre las mías.

—No te preocupes, Anne. Esas historias suelen ser exageraciones para asustar a quienes no conocen estas tierras.

Intentaba sonar convincente, pero la verdad era que yo misma no estaba segura. Había escuchado relatos sobre los clanes escoceses, sobre su ferocidad en la batalla y su resistencia frente a cualquier intento de sometimiento. Pero eran solo eso: relatos.

Antes de que Anne pudiera responder, el carruaje se detuvo de forma abrupta, lanzándonos a ambas hacia adelante.

—¿Qué sucede? —pregunté, levantándome con dificultad mientras intentaba apartar la cortina para mirar afuera.

El cochero bajó rápidamente de su asiento, con la mirada alerta mientras sujetaba el látigo con fuerza.

—No estoy seguro, mi lady. Algo bloquea el camino.

Mis ojos se estrecharon mientras observaba el sendero frente a nosotros. A unos pocos metros,

un árbol había caído, bloqueando completamente nuestro paso. Al principio, pensé que era solo un accidente, pero algo en la disposición del tronco me hizo dudar. Era demasiado perfecto, como si alguien lo hubiera colocado allí deliberadamente.

—Esto no es normal —murmuré, más para mí misma que para Anne.

El cochero comenzó a caminar hacia el árbol, sus pasos lentos y cautelosos.

—Regresad al carruaje, mi lady. Esto no me gusta nada.

Sus palabras enviaron una oleada de temor por mi columna. Antes de que pudiera obedecer, un sonido rompió el silencio: el inconfundible relincho de un caballo, seguido por el crujir de ramas. Miré hacia la colina a nuestra derecha y sentí que mi corazón se detenía.

Hombres a caballo surgieron de entre los árboles, sus figuras imponentes y sus ropas toscas dejando claro que no eran soldados ingleses.

—¡Highlanders! —exclamó Anne, su voz cargada de pánico.

Yo no podía apartar la vista de ellos. Había algo aterradoramente fascinante en la forma en que descendían hacia nosotros, como si la misma tierra los estuviera guiando. Este no era un grupo de simples bandidos. Eran guerreros, y su presencia no dejaba lugar a dudas: no estaban aquí para negociar.

Todo sucedió en un abrir y cerrar de ojos. Los jinetes descendieron por la colina con una precisión que solo podía provenir de años de experiencia. Sus gritos resonaban en el aire, cargados de una mezcla de amenaza y ferocidad que helaba la sangre.

—¡Regresad al carruaje, mi lady! —gritó el cochero, sacando una pequeña daga que parecía insignificante ante la magnitud de lo que se aproximaba.

Anne me sujetó del brazo, sus dedos clavándose en mi piel mientras me empujaba hacia la puerta del carruaje. Pero mis piernas no respondían. Estaba paralizada, incapaz de apartar la mirada de aquellos hombres que se acercaban como un río imparable. Sus caballos eran imponentes, de pelajes oscuros y musculosos, y cada jinete vestía un kilt que ondeaba al viento como una bandera de guerra.

—¡Muévete! —La voz de Anne me sacó del trance.

Con un esfuerzo titánico, logré moverme. Subí al carruaje y cerré la puerta de golpe, mi respiración entrecortada mientras intentaba procesar lo que estaba ocurriendo.

Los primeros jinetes llegaron al carruaje en cuestión de segundos. Uno de ellos se bajó de un salto, aterrizando con una agilidad que me sorprendió. Era alto, de cabello rubio oscuro y con una expresión que mezclaba determinación y control absoluto. Sus ojos recorrieron el carruaje como si ya supiera lo que encontraría en su interior.

Los otros hombres se encargaron de reducir al cochero con facilidad. Lo desarmaron y lo empujaron al suelo, pero no lo mataron. A pesar de su salvajismo aparente, sus acciones eran calculadas, como si tuvieran un propósito claro más allá del simple pillaje.

—¿Qué quieren? —pregunté en un susurro, aunque sabía que Anne no tenía la respuesta.

Ella me miró, su rostro pálido como la cera.

—No lo sé, mi lady… pero no puede ser nada bueno.

La puerta del carruaje se abrió de golpe, y un hombre apareció en el umbral. Era diferente al primero, más joven y menos intimidante, pero su mirada no dejaba dudas de que estaba allí con un propósito. Extendió una mano, señalándome con firmeza.

—Salid.

—No pienso ir a ninguna parte —respondí, mi voz más firme de lo que esperaba.

El hombre frunció el ceño, y por un momento pensé que iba a forzarme. Pero antes de que

pudiera hacer nada, el primer jinete, el líder, apareció detrás de él.

—Déjame a mí —dijo, apartando al joven con un gesto brusco.

Se inclinó ligeramente hacia la puerta, sus ojos azules encontrándose con los míos. Por un instante, el mundo pareció detenerse. Había algo en su mirada que me desconcertó: no era solo frialdad o determinación, sino algo más… una curiosidad que no esperaba.

—Salid del carruaje —repitió, su voz baja pero cargada de autoridad—. No lo diré de nuevo.

Mi instinto me decía que resistiera, pero había algo en él que me hacía dudar. No parecía un hombre que hiciera amenazas vacías. Finalmente, tomé aire y me levanté, moviéndome con cuidado para no mostrar miedo.

Cuando salí del carruaje, el aire frío de las Tierras Altas me golpeó de lleno, erizándome la piel. Estaba rodeada por al menos una docena de hombres, todos observándome con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¿Quién sois y qué queréis? —pregunté, levantando la barbilla en un intento de mantener mi dignidad.

El líder no respondió de inmediato. Se limitó a observarme, como si estuviera evaluando algo. Finalmente, esbozó una leve sonrisa, una que no llegó a sus ojos.

—Eso, inglesa, lo descubrirás pronto.

* * *

El viento soplaba con fuerza, arrancando mechones de cabello de mi peinado cuidadosamente elaborado y haciendo que el borde de mi vestido ondeara de forma desordenada. Mi respiración estaba entrecortada mientras el líder del grupo me miraba fijamente, sus ojos azules profundos como un lago helado. Había algo inquietante en su calma, una confianza que parecía inquebrantable, como si todo el mundo girara a su ritmo.

—¿Por qué me habéis sacado del carruaje?¿Dónde está mi doncella? —pregunté, esforzándome por mantener la compostura.

Él dio un paso hacia mí, acortando la distancia de forma deliberada. Mi primer instinto fue retroceder, pero me obligué a quedarme quieta. No quería darle el placer de verme temblar.

—Tu presencia aquí, inglesa, no es casualidad. —Su voz era baja, casi un susurro, pero resonaba con una intensidad que me hizo sentir como si fuera la única persona en el mundo en ese momento.

—No entiendo de qué habláis.

—Eso ya lo suponía. —Su sonrisa era sutil, cargada de un sarcasmo que me enfureció.

Apreté los labios, conteniendo las palabras que quería soltar. Sabía que él tenía el control, pero no iba a facilitarle las cosas.

—Si esto es un secuestro, os aviso que no obtendréis nada de mi familia. Mi padre no negociará con… —Hice un gesto amplio con la mano, intentando abarcar a todo su grupo— …gente como vosotros.

Sus ojos se estrecharon levemente, y por un momento pensé que había cruzado una línea. Pero en lugar de enfadarse, rió. Fue un sonido bajo, casi gutural, que me desconcertó aún más.

—¿Gente como nosotros? —repitió, su tono burlón—. Supongo que para ti somos poco más que salvajes.

No respondí, pero mi silencio lo confirmó. Él inclinó la cabeza, observándome como si fuera un rompecabezas que intentaba resolver.

—Eres valiente, inglesa, lo admito. Pero tu valentía no cambiará nada. Estás en nuestras tierras ahora. Aquí, las reglas son nuestras, no tuyas.

Su cercanía era abrumadora, su presencia tan imponente que me costaba recordar cómo respirar. Pero no iba a dejar que lo viera.

—Si sois tan poderoso como decís, no os molestaríais en capturar a una mujer indefensa.

Por un instante, algo cruzó su rostro: un destello de sorpresa, quizás. Luego, su expresión se endureció de nuevo.

—No eres tan indefensa como intentas parecer.

Antes de que pudiera responder, uno de sus hombres se acercó y murmuró algo en gaélico. Él asintió y luego me dirigió una última mirada.

—Atadla.

—¿Qué? —exclamé, retrocediendo un paso.

—No harás este viaje por tu cuenta, inglesa. No puedo permitirlo.

Mi resistencia fue inútil. Dos de sus hombres se acercaron y me sujetaron con firmeza mientras ataban mis muñecas con una cuerda áspera. Intenté liberarme, pero era como si mis esfuerzos no tuvieran efecto alguno.

—Esto es un error. No sabéis en qué os estáis metiendo. —Mi voz era más desesperada de lo que quería admitir.

El líder no respondió. Simplemente dio media vuelta y comenzó a caminar, indicándole a su grupo que lo siguiera.

—¡Dejadme ir! —grité, pero nadie me escuchó.

El grupo se puso en marcha, y yo fui arrastrada con ellos, obligada a caminar a un ritmo que pronto se volvió agotador. El líder no miró hacia atrás ni una sola vez, pero sabía que estaba completamente consciente de cada uno de mis movimientos.

Mientras avanzábamos por el terreno accidentado, no podía dejar de pensar en cómo había llegado a esta situación. Mi mundo había cambiado en un instante, y ahora estaba a merced de un hombre que parecía tan impenetrable como las montañas que nos rodeaban.

Y lo peor era que una parte de mí no podía decidir si debía temerle… o admirarlo.

* * *

Desde su posición al frente del grupo, él caminaba con paso firme, manteniendo la mirada fija en el horizonte. Las colinas se alzaban como un escudo natural alrededor de ellos, pero su mente estaba lejos del paisaje. Cada decisión que tomaba debía ser calculada, cada acción cuidadosamente medida para proteger a su clan. Y ahora, esa inglesa complicaba las cosas.

No era la primera vez que capturaban a un enemigo para ganar ventaja, pero ella no era un soldado ni un espía. No. Era una mujer con una presencia que desafiaba su paciencia. Esa mirada desafiante, esa forma de alzar la barbilla como si aún tuviera algún tipo de control sobre la situación… Había algo en ella que lo desconcertaba.

—Laird, ¿estáis seguro de que esto es lo correcto? —preguntó uno de los guerreros, un hombre mayor con cicatrices que cruzaban su rostro.

El líder no respondió de inmediato. Su mirada se desvió hacia ella, que caminaba unos pasos detrás, con las muñecas atadas y el rostro endurecido por la resistencia. Incluso ahora, en medio de su derrota, no parecía doblegarse.

—Es un riesgo que debemos asumir —dijo finalmente, su tono bajo pero firme—. Su presencia aquí puede ser la clave para negociar con los ingleses.

—¿Y si su gente no responde? —insistió el hombre, su ceño fruncido reflejando la preocupación de muchos en el grupo.

El líder apretó la mandíbula, sus pensamientos girando en torno a esa posibilidad. Sabía que su plan era arriesgado. Los ingleses eran orgullosos, a menudo reacios a negociar, especialmente cuando se trataba de una mujer. Pero ella no era una mujer cualquiera. Había algo en su porte, en la forma en que hablaba, que delataba su importancia.

—Lo harán. —Su voz no admitía dudas, aunque en su interior no estaba tan seguro como quería aparentar.

A medida que el grupo avanzaba, sus pensamientos volvieron a la escena del carruaje. Recordó cómo ella había mantenido la cabeza en alto incluso cuando la rodearon, cómo sus ojos lo desafiaron sin miedo, a pesar de la evidente desventaja en la que se encontraba. Había esperado encontrar a alguien frágil, dócil, alguien que implorara clemencia. En su lugar, encontró a una mujer con una fuerza inesperada, una que lo había hecho vacilar por un breve momento.

Se detuvo un instante, observando cómo ella tropezaba ligeramente al caminar por el terreno accidentado. A pesar de su incomodidad evidente, no se quejaba. Había conocido a hombres que habrían suplicado por piedad en su situación, pero ella no lo hacía.

—Es una mujer interesante —murmuró para sí mismo.

El guerrero que lo acompañaba lo miró con curiosidad, pero no dijo nada. El laird no era un hombre que ofreciera sus pensamientos a la ligera, y no había necesidad de cuestionarlo.

Cuando el grupo se detuvo para beber agua junto a un arroyo, él se acercó a la inglesa. Ella estaba sentada en una roca, con los brazos cruzados y una expresión que parecía decir "no me toques". Era evidente que no estaba cómoda, pero no dejaba que esa incomodidad la definiera.

—¿Te has arrepentido ya de este viaje? —preguntó, su tono seco pero con un matiz de sarcasmo.

Ella levantó la vista, y su mirada se encontró con la suya.

—No suelo arrepentirme de cosas que no he elegido.

Su respuesta lo hizo sonreír, aunque no permitió que ella lo notara. Era astuta, más de lo que había anticipado, y eso la hacía peligrosa de una manera que no tenía nada que ver con armas o estrategias.

—Come algo. —Le lanzó un trozo de pan que ella atrapó al vuelo, sorprendida por el gesto.

—¿Esto es todo? —replicó, levantando el pan como si estuviera evaluándolo.

—Me temo que no estás en un banquete real, inglesa. Aquí comemos para sobrevivir, no para disfrutar.

Ella no respondió, pero la mirada que le dirigió dejaba claro que no estaba impresionada. Sin embargo, comenzó a comer, y él no pudo evitar sentirse satisfecho de que, al menos por ahora, obedeciera.

Mientras se alejaba, su mente volvió a lo que su captura significaba. Si lograba mantenerla con vida y utilizarla como moneda de cambio, su clan podría ganar tiempo, recursos e incluso una tregua temporal. Pero mientras más tiempo pasaba con ella, más comenzaba a preguntarse si realmente sería capaz de manejar lo que había empezado.

Porque, aunque no quería admitirlo, esa inglesa estaba empezando a afectarlo de una manera que no podía permitirse.

* * *

La noche cayó rápidamente sobre el grupo, envolviendo las colinas en una penumbra inquietante. El cielo, despejado y repleto de estrellas, contrastaba con el ambiente tenso que se respiraba en el campamento improvisado. El laird permanecía apartado del resto, observando el fuego mientras los demás guerreros conversaban en voz baja, probablemente discutiendo sobre la inglesa y las posibles repercusiones de su captura.

Ella estaba sentada cerca del árbol donde la habían atado, su postura rígida y su expresión desafiante incluso en la penumbra. Aunque su vestido estaba sucio y sus muñecas mostraban las marcas de la cuerda, no había en ella ni un atisbo de rendición. Su valentía, aunque admirable, complicaba las cosas.

Uno de los guerreros más veteranos se acercó al laird, interrumpiendo sus pensamientos.

—Laird, algunos hombres creen que deberíamos deshacernos de ella. No necesitamos más problemas con los ingleses.

El laird no respondió de inmediato. Sus ojos se desviaron hacia la prisionera, quien parecía ajena a la conversación, aunque seguramente escuchaba cada palabra.

—No podemos hacerlo. —Su voz era baja, pero firme, como si la decisión ya estuviera tomada.

El guerrero frunció el ceño.

—Es un riesgo mantenerla con vida. Su presencia aquí traerá problemas, lo sabéis tan bien como yo.

—Sí, lo sé. —El laird se levantó, sacudiéndose el polvo de las botas—. Pero este riesgo también podría darnos ventaja. Los ingleses no nos dejarán en paz, con o sin ella. Al menos ahora tenemos algo que ellos quieren.

El guerrero asintió, aunque su expresión dejaba claro que no estaba del todo convencido.

—Espero que tengáis razón.

Mientras los hombres discutían los planes para el día siguiente, el laird decidió acercarse a la prisionera. Cada paso que daba hacia ella parecía cargar el aire de una tensión palpable. Al llegar a su lado, se inclinó ligeramente, colocando las manos en las rodillas para hablarle al nivel de los ojos.

—Mañana llegaremos a mi castillo.

Ella lo miró, sus ojos brillando con una mezcla de desafío y curiosidad.

—¿Y entonces qué? ¿Me usaréis como moneda de cambio?

Su sinceridad lo sorprendió, pero no lo mostró. En lugar de responder directamente, se tomó un momento para estudiarla. A pesar de su situación, ella no parecía tener miedo. Era una cualidad rara, una que él no estaba acostumbrado a encontrar en nadie, y menos en una mujer inglesa.

—Haré lo que sea necesario para proteger a mi gente —dijo finalmente, su tono cargado de una verdad que no podía ser malinterpretada.

Ella se inclinó ligeramente hacia adelante, acercándose lo suficiente como para que pudiera notar el ligero temblor en su respiración, aunque su mirada seguía siendo firme.

—Entonces supongo que eso nos convierte a ambos en prisioneros, ¿no? Tú de tu deber, y yo… de ti.

Por un momento, el laird no supo qué decir. Sus palabras eran más certeras de lo que quería admitir, pero no tenía intención de revelarle nada. En lugar de responder, se levantó y se alejó, dejándola con su comentario flotando en el aire entre ellos.

La decisión estaba tomada. Ella viajaría con ellos al castillo, y allí se determinaría su destino. Pero mientras el laird se alejaba, no podía evitar sentir que, en algún nivel, ella ya estaba comenzando a afectar el suyo.

Esa noche, mientras el fuego del campamento parpadeaba bajo las estrellas, el laird se sentó a solas, reflexionando sobre el riesgo que estaba tomando. No era solo el peligro de la guerra con los ingleses o la posible desconfianza de su propio clan. Era ella. Su presencia, su actitud, todo en ella amenazaba con romper el control que él había trabajado tan duro por mantener.

Y sabía que, aunque la había capturado, era él quien empezaba a sentirse atrapado.



El viaje al clan

El día amaneció con una bruma densa que se aferraba al suelo como un manto pesado, difuminando los contornos de las colinas y añadiendo un aire de misterio al paisaje escocés. No llevaba mucho tiempo despierta, pero ya podía sentir el frío húmedo de la mañana colarse a través de mi vestido. Las cuerdas que ataban mis muñecas raspaban mi piel con cada movimiento, un recordatorio constante de mi situación.

El grupo se movía con rapidez, como si el tiempo jugara en su contra. Los guerreros del clan, cada uno con una expresión endurecida por años de batalla, formaban un círculo compacto a mi alrededor. Algunos iban a pie, otros a caballo, pero todos vigilaban el terreno con la mirada alerta de quienes esperan un ataque en cualquier momento.

El laird iba al frente, caminando con una confianza que parecía desafiar al mismísimo terreno. Incluso desde la distancia, su presencia era innegable. No hablaba mucho, y cuando lo hacía, era en su lengua natal, un gaélico que me resultaba tan incomprensible como fascinante. Pero no necesitaba entender las palabras para captar su autoridad.

Intenté mantenerme erguida, con la cabeza en alto, a pesar de las condiciones. No les daría el placer de verme débil, aunque cada paso en ese terreno rocoso hacía que mis pies dolieran más. Pero más allá del cansancio físico, lo que realmente me inquietaba era la incertidumbre. No sabía qué destino me esperaba en ese castillo al que se dirigían, pero tenía claro que no sería bueno.

Mientras caminaba, mi mente no dejaba de buscar una salida. ¿Cómo podría escapar? ¿Cómo podría aprovechar una distracción, un descuido? Observé a los guerreros con disimulo, intentando identificar a los más distraídos o los menos experimentados.

"Debo ser paciente", me dije. Una oportunidad se presentaría tarde o temprano. Solo necesitaba estar lista cuando llegara.

El camino se tornó más difícil a medida que avanzábamos, ascendiendo por senderos angostos bordeados de rocas y arbustos espinosos. Aunque el terreno me resultaba casi intransitable, los hombres del clan parecían moverse con facilidad, como si fueran parte de las montañas mismas.

De vez en cuando, el laird giraba la cabeza para mirar hacia atrás, y cada vez que sus ojos se posaban en mí, sentía como si pudiera leer mis pensamientos. Su mirada no era amenazante, pero tenía una intensidad que hacía que mi piel se erizara.

Finalmente, no pude contenerme más.

—¿Siempre tratáis así a vuestras prisioneras? —pregunté, elevando la voz lo suficiente como para que él me oyera.

No se detuvo, pero giró ligeramente la cabeza, su perfil destacándose contra el cielo gris.

—Solo a las que hablan demasiado —respondió sin mirar atrás, su tono cargado de un sarcasmo que me hizo apretar los dientes.

Los hombres cercanos rieron entre dientes, pero no dije nada más. Guardé mis fuerzas, aunque una parte de mí ardía con el deseo de replicar. No quería que pensara que me había rendido, porque no lo había hecho. Solo estaba esperando el momento adecuado.

El día continuó con una monotonía exasperante. Cada colina que atravesábamos parecía idéntica a la anterior, y el silencio del grupo solo era roto por el ocasional grito de un cuervo o el relincho de un caballo. Pero incluso en medio de esa monotonía, no podía ignorar la sensación constante de ser

observada.

Había algo en el laird que me desconcertaba. No era solo su presencia física, que era imponente de por sí, sino la forma en que parecía estar siempre un paso por delante. Cada vez que intentaba ralentizar mi paso o desviarme ligeramente del camino, uno de sus hombres me empujaba de vuelta al grupo, como si hubieran anticipado mi movimiento.

"Son como lobos", pensé. Y él era el líder de la manada, siempre atento, siempre en control.

Mientras el sol comenzaba a descender, proyectando sombras alargadas sobre el terreno, no podía evitar preguntarme cuánto más podría soportar antes de que mi plan de escape tuviera que convertirse en una realidad.

El sol se hundía lentamente tras las colinas, tiñendo el cielo de un tenue color ámbar. El grupo hizo una breve pausa junto a un arroyo para llenar las cantimploras, y yo me dejé caer sobre una roca cercana, agradeciendo un momento de descanso para mis pies doloridos. Aunque la fatiga era evidente en mi cuerpo, mi mente seguía trabajando a toda máquina. Cada mirada, cada gesto de los guerreros a mi alrededor, era analizado en busca de una debilidad.

Mientras tanto, el laird permanecía apartado, observando el paisaje con los brazos cruzados sobre el pecho. Su postura era relajada, pero su atención nunca flaqueaba. Era como si incluso en los momentos de calma, su mente estuviera en constante alerta, siempre calculando, siempre anticipándose.

Me permití un segundo para observarlo con más detenimiento. Su figura era innegablemente imponente, no solo por su estatura, sino por la forma en que parecía dominar todo a su alrededor sin necesidad de levantar la voz. Había algo en él que irritaba y fascinaba a partes iguales.

—¿Piensas mirarme todo el día o tienes algo que decir, inglesa? —Su voz cortó el aire, sacándome de mis pensamientos.

Sentí el calor subir a mis mejillas, pero no dejé que eso me detuviera.

—Estaba pensando en cómo alguien como tú puede liderar un grupo de hombres. —Mi tono era deliberadamente provocador, y no pude evitar esbozar una pequeña sonrisa cuando vi cómo sus cejas se arqueaban.

Se giró hacia mí, sus ojos azules brillando con una mezcla de diversión y exasperación.

—¿Alguien como yo? —repitió, dando un paso hacia mí.

—Sí. Pareces demasiado… civilizado para ser el salvaje que todos describen.

Por un instante, pensé que se enfadaría. Pero en lugar de eso, dejó escapar una risa baja, un sonido que me tomó por sorpresa.

—¿Civilizado? —dijo, su sonrisa torciéndose en algo que no supe interpretar—. Te aseguro, inglesa, que no soy tan civilizado como crees.

Sus palabras estaban cargadas de una advertencia implícita, pero no me amedrenté. En lugar de eso, me levanté de la roca y di un paso hacia él, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Entonces qué eres? —pregunté, mi tono desafiante.

La tensión entre nosotros era palpable, como una cuerda tensada al máximo. Sus ojos se clavaron en los míos, y por un momento, el resto del mundo pareció desvanecerse.

—Soy alguien que hace lo que debe para proteger a los suyos —respondió finalmente, su voz baja pero firme—. Incluso si eso significa capturar a una inglesa que no sabe cuándo callarse.

El aire pareció cargarse de electricidad, y aunque quería replicar, algo en su mirada me detuvo. Había una intensidad en él que era imposible ignorar, algo que no sabía si me atraía o me aterrorizaba.

Finalmente, rompió el contacto visual y se giró hacia el grupo, como si nuestra conversación no hubiera ocurrido.

—Es hora de seguir —ordenó, su voz recuperando su tono autoritario.

Me quedé allí, inmóvil, tratando de procesar lo que acababa de suceder. No sabía qué pensar de él, pero una cosa era segura: este hombre no era como los demás.

* * *

La oscuridad se asentó sobre las colinas como un manto pesado, y el único sonido que rompía el silencio era el crepitar del fuego del campamento. Los guerreros del clan habían terminado su cena frugal y, uno a uno, comenzaron a retirarse para descansar. Sus figuras estaban repartidas alrededor del claro, algunos envueltos en mantas y otros sentados, vigilantes, con las espadas al alcance de la mano.

Estaba atada a un árbol en el borde del campamento, lo suficientemente lejos del fuego como para sentir el frío de la noche. Mis muñecas estaban entumecidas por la cuerda, pero había algo más que me mantenía alerta: la certeza de que esta era mi mejor oportunidad para escapar.

Había pasado el día estudiando sus movimientos, buscando un patrón, una fisura en su disciplina. Aunque sus hombres eran hábiles y estaban bien organizados, noté que se relajaban más al caer la noche. Solo uno de ellos estaba despierto en ese momento, y parecía más interesado en avivar el fuego que en vigilarme.

Respiré hondo y traté de mantener la calma mientras deslizaba mis manos contra la cuerda, buscando aflojar el nudo. Mi vestido, ahora desgarrado y sucio, ofrecía poco abrigo contra el viento gélido, pero al menos me permitía cierto movimiento. Cada segundo que pasaba era un recordatorio de lo arriesgado que era este plan, pero no tenía otra opción.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, las cuerdas cedieron lo suficiente para que pudiera liberar una mano. Mi corazón latía con fuerza mientras me deshacía del resto del nudo y me levantaba con cuidado. El guerrero que estaba junto al fuego seguía con la mirada fija en las llamas, completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo.

"Solo tengo que alejarme lo suficiente antes de que se den cuenta", pensé, moviéndome con cautela hacia la línea de árboles que bordeaba el campamento.

El frío de la noche mordía mi piel mientras corría colina abajo, mis pasos amortiguados por la hierba húmeda. El miedo y la adrenalina se mezclaban en mi pecho, impulsándome a seguir adelante a pesar del cansancio. Las sombras de los árboles eran mi único refugio, y traté de moverme entre ellas con el mayor sigilo posible.

Había avanzado bastante cuando un sonido detrás de mí hizo que mi corazón se detuviera: el relincho de un caballo. Me detuve en seco, tratando de contener mi respiración mientras escuchaba con atención.

—¿De verdad pensaste que podías escapar de mí? —La voz resonó a mis espaldas, baja y cargada de autoridad.

Me giré lentamente, y allí estaba él. El laird me observaba desde lo alto de su caballo, con la espada descansando en su muslo y una expresión que combinaba irritación y algo que casi parecía diversión.

—¿Qué esperabas lograr, inglesa? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia adelante.

Apreté los labios, intentando mantener la compostura a pesar de que mi plan había fracasado.

—No pensaba quedarme para descubrir qué tenéis planeado para mí.

Él soltó una risa seca, bajándose del caballo con un movimiento ágil. Su figura parecía aún más imponente bajo la tenue luz de la luna, y aunque mi instinto me decía que retrocediera, me quedé inmóvil.

—Eres valiente, lo admito. Pero también imprudente. —Dio un paso hacia mí, y aunque no levantó la voz, cada palabra suya parecía cargada de un peso imposible de ignorar—. Si hubiera querido matarte, ya estaría hecho. Pero en lugar de eso, aquí estás, desafiándome otra vez.

—No soy alguien que se rinde fácilmente —repliqué, levantando la barbilla en un gesto de desafío.

Él sonrió, pero no había humor en su expresión.

—Lo sé. Y ese es tu problema.

Antes de que pudiera responder, se acercó y me agarró del brazo, con suficiente fuerza para que no pudiera escapar, pero sin llegar a hacerme daño. Sentí el calor de su piel incluso a través del tejido de mi vestido, y por un instante, el tiempo pareció detenerse. Sus ojos se clavaron en los míos, y algo pasó entre nosotros, algo que ninguno de los dos parecía entender del todo.

—Debería castigarte por esto —dijo, su voz apenas un susurro.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté, desafiándolo a través del nudo en mi garganta.

Por un momento, sus dedos se apretaron ligeramente en mi brazo, pero luego me soltó de golpe, como si el contacto lo hubiera quemado.

—Porque prefiero verte aprender de tus errores.

Se giró y comenzó a caminar hacia su caballo, dejándome allí, temblando tanto por el frío como por la intensidad del momento.

—Ahora, regresa al campamento —ordenó sin mirarme.

Lo seguí en silencio, demasiado consciente de su figura al frente. A pesar de mi fracaso, algo dentro de mí había cambiado. Y por la forma en que me miraba, supe que él también lo sentía.

El campamento estaba en silencio cuando regresamos. Los guerreros que aún no dormían levantaron la mirada al vernos llegar, pero nadie dijo una palabra. Yo caminaba detrás del laird, consciente de cada mirada que se dirigía hacia mí. Aunque nadie se atrevía a cuestionarlo, podía sentir su descontento flotando en el aire.

Cuando me senté nuevamente bajo el árbol donde había estado atada, no protesté mientras él aseguraba la cuerda con un nudo más firme esta vez. Su rostro estaba impasible, pero había algo en sus movimientos, en la forma en que evitaba mirarme directamente, que delataba una tensión interna.

—No volverá a ocurrir —dijo finalmente, con voz baja, mientras se enderezaba y me dirigía una mirada breve pero cargada de significado.

No respondí, pero mi silencio no fue de aceptación, sino de desafío. Él lo sabía.

El laird se apartó del grupo y se dirigió hacia el borde del claro, donde se sentó en un tronco caído. El frío de la noche no parecía afectarle mientras apoyaba los codos sobre las rodillas y miraba hacia el horizonte. Su mente estaba enredada en pensamientos que no podía compartir con nadie.

La captura de la inglesa había sido un movimiento calculado, una estrategia diseñada para ganar tiempo y ventaja en la constante lucha contra los ingleses. Pero ahora, con ella aquí, cada decisión parecía más complicada de lo que había anticipado.

Había esperado que fuera otra noble arrogante, una mujer que lloraría y suplicaría por su libertad. Pero no. Ella era diferente. Desde el momento en que la sacaron del carruaje, había

mostrado una valentía que lo desconcertaba. Incluso ahora, después de haber fallado en su intento de huida, no había rastro de miedo en sus ojos, solo determinación.

Esa determinación era lo que más lo inquietaba. La forma en que lo desafiaba sin palabras, la manera en que parecía negarse a aceptar su papel de prisionera… Todo en ella era un recordatorio de que no podía permitirse perder el control.

—Está jugando contigo —murmuró para sí mismo, como si decirlo en voz alta pudiera disipar el pensamiento.

Pero sabía que no era cierto. Ella no estaba jugando con él, al menos no conscientemente. Era su propia mente la que estaba creando problemas, proyectando en ella algo que no tenía cabida en su vida.

Una parte de él quería ignorarla, tratarla como cualquier otra prisionera y mantenerla bajo control hasta que su utilidad se agotara. Pero otra parte, una que apenas comenzaba a reconocer, no podía evitar sentirse atraída por su fuerza, por su resistencia. No era algo que pudiera permitirse, no ahora, cuando su clan dependía de él para protegerlos.

Los ingleses ya habían causado suficiente daño a su gente. Habían arrebatado tierras, recursos e incluso vidas. Él había jurado proteger a su clan a cualquier costo, incluso si eso significaba tomar decisiones difíciles.

"Ella es un medio para un fin", se recordó, cerrando los ojos y dejando escapar un largo suspiro. Pero incluso mientras lo pensaba, no podía ignorar la pequeña voz en el fondo de su mente que le decía que no todo era tan simple como pretendía.

Los primeros rayos del sol comenzaron a iluminar el cielo cuando se levantó y volvió al campamento. Algunos guerreros ya estaban despiertos, preparando sus cosas para reanudar el viaje. Al pasar junto a ella, notó que estaba despierta, observándolo con esos ojos que parecían atravesarlo.

—Prepárate —dijo con brusquedad, aunque no era necesario.

Ella no respondió, pero su mirada no dejó de seguirlo mientras se alejaba. Algo en su expresión lo inquietaba, como si ella pudiera ver más allá de la máscara que llevaba puesta.

El laird apretó los dientes y volvió a centrar su atención en el camino que les quedaba por recorrer. Solo debía mantenerse enfocado en su objetivo. No podía permitir que su presencia lo distrajera más de lo que ya lo había hecho.

* * *

El sol ya había ascendido completamente cuando el castillo apareció en el horizonte, su silueta imponente recortada contra el cielo gris. Estaba construido sobre una colina, rodeado de muros de piedra que parecían tan antiguos como la misma tierra. Desde lejos, podía distinguir las banderas ondeando con los colores del clan, un recordatorio silencioso de a quién pertenecía este territorio.

El grupo se movía con un renovado sentido de urgencia. Los guerreros estaban más alerta ahora, sus miradas recorriendo constantemente los alrededores en busca de posibles amenazas. Yo seguía en el centro, con las muñecas aún atadas, aunque había decidido no mostrar debilidad.

A medida que nos acercábamos, el castillo se volvía más impresionante, sus torres altas y estrechas proyectando sombras largas sobre el camino. Podía escuchar el rumor de la vida dentro de sus muros: voces, el martilleo de un herrero, el cacareo de gallinas. Era un lugar vivo, pero también intimidante.

El laird iba al frente, como siempre. Su postura era firme, y su paso seguro, pero podía notar una

tensión en su mandíbula mientras observaba el castillo. Estaba claro que, aunque era su hogar, también era un lugar lleno de desafíos.

Cuando cruzamos las puertas principales, las miradas cayeron sobre mí como una ráfaga de viento helado. Los habitantes del castillo —mujeres, niños, y algunos ancianos— se detenían en lo que estaban haciendo para observar al grupo. Pero no era a los guerreros a quienes miraban, sino a mí.

Sus ojos estaban cargados de desconfianza, y no los culpaba. Para ellos, yo era una intrusa, una inglesa que había sido llevada allí contra su voluntad. Pero lo que más me sorprendió fue la mezcla de emociones en sus expresiones. No era solo hostilidad; también había miedo.

Una mujer mayor, que llevaba un cesto de ropa en los brazos, se acercó al laird, susurrándole algo en gaélico. Él asintió, pero no respondió. En cambio, se giró hacia mí, y su mirada tenía esa intensidad que empezaba a reconocer.

—No hagas nada que les dé motivos para desconfiar más de ti —dijo, lo suficientemente bajo como para que solo yo lo escuchara.

—¿Y qué pasará si lo hago? —repliqué, levantando la barbilla.

—Descubrirás lo poco tolerantes que pueden ser.

Su tono no era amenazante, pero sus palabras eran un recordatorio de la posición precaria en la que me encontraba.

El grupo se dirigió al interior del castillo, donde el ambiente era aún más tenso. Los guerreros comenzaron a dispersarse, algunos llevando armas al armero y otros informando a los encargados de la seguridad. El laird me llevó por un pasillo estrecho, flanqueado por antorchas que iluminaban las paredes de piedra desnuda.

Finalmente, llegamos a una sala amplia, con una chimenea encendida en una de las paredes. Había una mesa larga en el centro, rodeada de sillas de madera tallada, y un mapa extendido sobre su superficie. Este debía ser el salón donde el laird tomaba sus decisiones, el centro neurálgico de su poder.

Él se giró hacia mí, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Este es tu nuevo hogar, por ahora. —Su tono era neutral, pero sus palabras no dejaban lugar a discusiones.

—¿Y qué se supone que debo hacer aquí? ¿Esperar a que decidáis mi destino? —pregunté, dejando que la frustración se filtrara en mi voz.

—Exactamente.

Antes de que pudiera replicar, uno de sus hombres entró en la sala, hablándole rápidamente en gaélico. El laird asintió y luego me dirigió una última mirada.

—Alguien vendrá a traerte comida y a mostrarte dónde dormirás. Intenta no meterte en problemas.

Y con eso, salió de la sala, dejándome sola por primera vez desde que había sido capturada.

Me dejé caer en una de las sillas junto a la mesa, mis manos aún atadas. Aunque estaba exhausta, mi mente no dejaba de trabajar. Había llegado al castillo, sí, pero esto no era más que el comienzo. No sabía cuánto tiempo estaría allí, ni qué planeaban hacer conmigo, pero había algo de lo que estaba segura: no me rendiría.

Mientras el fuego crepitaba en la chimenea, me prometí a mí misma que encontraría una manera de salir de este lugar, de recuperar mi libertad. Y si tenía que enfrentar al laird para lograrlo, lo haría.



La llegada al castillo

Horas más tarde el gran salón estaba lleno de murmullos y miradas furtivas. El aire era denso, cargado de tensión. Podía sentir los ojos de los miembros del clan clavados en mí, como si intentaran decidir si era una amenaza o una carga.

La chimenea, con su fuego chisporroteando, proyectaba sombras sobre las paredes de piedra. Los guerreros se reunían en pequeños grupos, susurrando en gaélico, mientras las mujeres y los ancianos observaban desde las esquinas. Aunque no entendía sus palabras, sus gestos lo decían todo: no estaban contentos con mi presencia.

El laird avanzó hacia la mesa principal con paso firme, ignorando las miradas que lo seguían. Yo lo seguía a una distancia prudente, mis muñecas aún atadas, intentando mantener la cabeza alta a pesar del creciente descontento que se percibía en la sala.

—¿Por qué la trajiste aquí, Laird? —preguntó un hombre de voz grave, rompiendo el silencio.

Era un guerrero de mediana edad, con una cicatriz que cruzaba su mejilla y una mirada dura que parecía atravesarme. Su tono no era desafiante, pero tampoco ocultaba su frustración.

—¿Qué esperas ganar reteniéndola? —insistió.

El laird se detuvo y giró lentamente para enfrentarlo. La sala se sumió en un silencio expectante, todos los ojos ahora fijos en ellos.

—Ella es una herramienta —dijo el laird, su voz firme y clara—. Una ventaja que podemos usar contra los ingleses.

—¿Y si ellos no negocian? ¿Y si atacan? —El guerrero dio un paso adelante, su ceño fruncido—. Poner nuestras vidas en peligro por una inglesa no parece una estrategia sabia.

El laird lo observó durante un largo momento antes de responder.

—Si no hacemos nada, los ingleses atacarán de todos modos. Con ella aquí, al menos tenemos una oportunidad de negociar.

Sus palabras fueron contundentes, pero no parecieron calmar completamente las inquietudes de los presentes. Los murmullos continuaron, aunque nadie se atrevió a hablar en voz alta.

Mientras el laird hablaba, no pude evitar sentirme como un peón en un juego que no entendía del todo. Sabía que mi presencia aquí era estratégica, pero eso no hacía que las miradas hostiles que me dirigían fueran más fáciles de soportar.

Una mujer mayor, que parecía ser una especie de líder entre las demás, me miró con una mezcla de desconfianza y lástima. Sus labios se apretaron en una línea delgada antes de girarse hacia el laird.

—¿Y qué pasará si ella intenta escapar? —preguntó, su voz cargada de preocupación—. No podemos permitirnos debilidades ahora.

El laird asintió lentamente, como si hubiera anticipado la pregunta.

—No escapará. —Giró la cabeza hacia mí, sus ojos azules encontrando los míos—. ¿Verdad?

Sentí que todas las miradas de la sala se posaban sobre mí. Tragué saliva, pero mantuve mi postura erguida.

—¿Qué ganaría intentando huir? —repliqué, dejando que mi tono fuera lo más frío posible—. Estoy rodeada de enemigos en tierras desconocidas. No soy tan estúpida como para intentarlo de nuevo.

Una sombra de algo parecido a una sonrisa cruzó el rostro del laird, pero desapareció tan rápido

como llegó.

—Entonces no tenemos nada de qué preocuparnos —dijo, volviendo su atención al grupo.

Los murmullos disminuyeron lentamente, aunque la tensión permanecía en el aire. El laird dio por terminada la conversación con un gesto de la mano, ordenando a los guerreros que volvieran a sus puestos. Yo, mientras tanto, permanecí inmóvil, sintiéndome como un espectáculo para un público hostil.

Mientras los miembros del clan se dispersaban, no podía evitar preguntarme cuánto tiempo pasaría antes de que alguno de ellos intentara tomar el asunto en sus propias manos. Porque una cosa era evidente: no me querían allí.

La tensión del gran salón me siguió como una sombra mientras uno de los guerreros me escoltaba a mis aposentos. El hombre, alto y de hombros anchos, no dijo una palabra durante todo el trayecto, pero no hacía falta: su silencio era tan pesado como las miradas que me lanzaban los demás.

Los pasillos del castillo eran fríos y oscuros, con antorchas titilantes que apenas iluminaban las paredes de piedra. Mientras avanzábamos, las figuras de otros miembros del clan aparecían y desaparecían como fantasmas en la penumbra. Algunos murmuraban entre ellos al verme pasar, y aunque no entendía sus palabras, el tono era inconfundible.

Me forcé a no bajar la mirada, aunque cada fibra de mi ser quería desaparecer. Mi mente repetía una y otra vez el mismo mantra: "No les des el gusto". Mantener la cabeza alta era lo único que me quedaba, aunque sentía el peso de su desconfianza como un manto helado sobre mis hombros.

En un recodo del pasillo, un grupo de guerreros se detuvo al verme. Uno de ellos, un joven con una cicatriz reciente en la mejilla, cruzó los brazos y dejó escapar una risa sarcástica.

—Así que esta es la inglesa de la que tanto se habla —dijo en gaélico, lo suficiente alto como para que supiera que estaba hablando de mí.

Aunque no entendí las palabras exactas, capté el significado por el tono y las miradas que intercambiaban. Una mezcla de burla y hostilidad.

El guerrero que me escoltaba se detuvo brevemente, lanzándoles una mirada severa que hizo que los murmullos cesaran por un momento. Pero las miradas no desaparecieron.

—¿Por qué no dejáis de esconderos detrás de vuestro idioma y decís lo que pensáis en algo que pueda entender? —pregunté, mi voz clara resonando en el pasillo.

Un silencio cargado se extendió entre ellos. El joven de la cicatriz me miró con una sonrisa torcida antes de dar un paso hacia mí, ignorando completamente al guerrero que me escoltaba.

—¿Es que te gustaría saber lo que decimos, inglesa? —preguntó, esta vez en un inglés quebrado, pero comprensible.

—No, pero me encanta ver cómo lucháis por encontrar las palabras.

Mi respuesta fue rápida, más un reflejo que algo planeado. El guerrero entrecerró los ojos, su sonrisa desvaneciéndose, y por un momento pensé que iba a hacer algo más que simplemente mirar.

—Basta —interrumpió mi escolta, su tono bajo pero firme.

El joven retrocedió, pero no sin antes lanzarme una última mirada llena de resentimiento. Sus compañeros no dijeron nada, pero sus expresiones dejaban claro que compartían su opinión.

Finalmente, llegamos a una puerta al final del pasillo. Mi escolta la abrió con un gesto brusco y me señaló que entrara. La habitación era pequeña y sencilla, con una cama estrecha en una esquina, una ventana que daba al patio interior y un pequeño jarrón con flores marchitas sobre una mesa.

—Aquí dormirás —dijo el guerrero, cerrando la puerta tras de mí antes de que pudiera decir algo más.

Por primera vez desde que llegué al castillo, me encontré completamente sola.

Suspiré y me acerqué a la ventana, apoyando las manos en el alféizar frío. El cielo estaba encapotado, y el patio vacío parecía tan hostil como el resto del castillo. Apreté los labios, recordándome que debía mantener la calma.

Me sentía como una extranjera en un mundo que no me quería, pero había algo más profundo que empezaba a inquietarme: la certeza de que cada paso que daba aquí estaba siendo observado, evaluado. Y aunque no lo admitiría en voz alta, la presencia del laird era una de las razones por las que no me permitía bajar la guardia.

Sabía que esta no sería la última vez que enfrentaría el descontento del clan. Pero si algo había aprendido hasta ahora, era que no pensaba darles el gusto de verme caer.

* * *

El tiempo transcurría con una lentitud exasperante. Desde la pequeña ventana de mi habitación podía ver el ajetreo en el patio del castillo, los guerreros entrenando, las mujeres moviéndose de un lado a otro con cestas y los niños correteando entre las sombras. Todo parecía tan normal, como si yo no fuera más que un pequeño inconveniente en sus vidas.

La puerta se abrió de golpe, interrumpiendo mis pensamientos. Al girarme, vi al laird de pie en el umbral, su presencia llenando por completo la pequeña habitación. Sus ojos azules se clavaron en los míos con una intensidad que hizo que mi corazón diera un vuelco, aunque me obligué a mantener la compostura.

—¿No sabes tocar antes de entrar? —dije, cruzando los brazos y alzando una ceja.

Él cerró la puerta detrás de sí, avanzando un par de pasos hacia mí con una calma calculada.

—No tengo por qué pedir permiso para entrar en mi propio castillo —respondió, su voz baja pero firme.

—Por supuesto. ¿Cómo podría olvidarlo? —repliqué, dejando que el sarcasmo se deslizara en mis palabras—. Aquí, todos parecen estar encantados de recordarme que no tengo derecho a estar aquí.

—No es necesario que te lo recuerden, inglesa. Tú misma lo dejas claro con cada palabra que dices.

Su respuesta me tomó por sorpresa, pero no dejé que lo notara. En lugar de eso, avancé hacia él, acortando la distancia entre nosotros.

—Si tanto te molesta mi presencia, ¿por qué no me dejas ir?

Él soltó una risa seca, sin humor.

—¿Dejarte ir? ¿Para que vuelvas corriendo con los tuyos y les cuentes todo lo que has visto aquí?

—¿Qué crees que he visto? ¿Un castillo ruinoso lleno de hombres que apenas pueden controlar su temperamento? No creo que eso sea información clasificada.

Sus ojos se estrecharon, y por un momento, pensé que había ido demasiado lejos. Pero en lugar de enfadarse, dio un paso más hacia mí, tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—Tienes una lengua afilada, inglesa. Pero te advierto que aquí, esas palabras pueden meterte en problemas.

Mi corazón latía con fuerza, pero no iba a dejar que lo notara.

—Y tú tienes una idea muy alta de ti mismo, ¿no es así?

El silencio que siguió fue denso, como si todo el aire en la habitación hubiera sido absorbido. Sus ojos nunca se apartaron de los míos, y aunque su expresión era seria, había algo en su mirada que

parecía más curioso que enfadado.

—Eres valiente —dijo finalmente, su voz más baja, casi un susurro—. O muy tonta. Aún no decido cuál de las dos.

—Tal vez sea un poco de ambas —repliqué, sin apartar la mirada.

Por un instante, pensé que iba a decir algo más, pero en lugar de eso, se giró y caminó hacia la puerta. Antes de salir, se detuvo y miró por encima del hombro.

—Tendrás que aprender a elegir tus batallas, inglesa. Porque si sigues enfrentándote a todo el mundo, no vivirás mucho tiempo aquí.

Y con eso, salió, cerrando la puerta tras de sí.

Me dejé caer en la silla junto a la mesa, mi cuerpo tenso por la confrontación. A pesar de todo, no podía evitar sentir una pequeña chispa de satisfacción. Había logrado mantenerme firme ante él, aunque sabía que no sería la última vez que tendríamos este tipo de enfrentamientos.

Por primera vez, me di cuenta de que el laird no era solo un líder autoritario. Había algo más en él, algo que lo hacía difícil de descifrar. Pero una cosa estaba clara: no iba a dejar que me intimidara, no importa cuán difícil se pusiera la situación.

* * *

La noche había caído sobre el castillo, trayendo consigo un silencio inquietante que solo era interrumpido por el sonido del viento soplando entre las torres. Después del enfrentamiento con el laird, había intentado distraerme observando el cielo desde mi pequeña ventana. Pero incluso las estrellas parecían hostiles desde este lugar.

Había pasado poco tiempo desde que fui escoltada a mis aposentos, cuando un ruido en el pasillo llamó mi atención. El chirrido de las botas sobre la piedra se acercaba, acompañado por las risas apagadas de un grupo de hombres. Me levanté lentamente, tensándome al oír las voces cada vez más cerca.

De repente, la puerta se abrió de golpe, revelando la figura de un joven guerrero. Lo reconocí de inmediato: era el mismo que me había dirigido burlas en el pasillo más temprano. Tras él, otros dos hombres observaban desde la entrada, como si estuvieran disfrutando del espectáculo que estaba a punto de comenzar.

—Parece que tenemos una inglesa muy valiente entre nosotros —dijo, dando un paso dentro de la habitación.

Apreté los puños, aunque sabía que poco podía hacer para defenderme. Mi mirada se mantuvo fija en la suya, negándome a mostrar el miedo que empezaba a invadirme.

—¿Qué queréis? —pregunté con frialdad.

El guerrero esbozó una sonrisa torcida, avanzando un poco más.

—Solo quería conocerte mejor. Después de todo, no todos los días capturamos a una dama inglesa.

Su tono burlón hizo que la rabia burbujeara en mi interior.

—Si eso es todo lo que tienes que decir, será mejor que te marches.

Mis palabras parecieron irritarlo, y dio un paso más, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Sabes que aquí no estás protegida, verdad? —murmuró, su voz más baja pero cargada de amenaza—. Eres solo una prisionera. Nadie va a cuidar de ti.

Mi corazón se aceleró, pero antes de que pudiera responder, una voz grave y autoritaria resonó

desde la puerta.

—¿Qué crees que estás haciendo?

El laird estaba allí, su figura recortada contra la luz del pasillo. Su mirada era una mezcla de furia contenida y amenaza abierta, y los dos hombres que estaban junto a la puerta dieron un paso atrás al instante.

El guerrero giró la cabeza hacia él, su expresión cambiando de arrogancia a nerviosismo en cuestión de segundos.

—Solo estábamos… hablando, Laird.

—¿Hablando? —repitió el laird, entrando en la habitación con pasos firmes. Su presencia parecía llenar cada rincón del espacio—. Porque desde aquí parecía algo muy diferente.

El guerrero balbuceó algo en gaélico, intentando justificarse, pero el laird no le dio oportunidad.

—Fuera de mi vista, ahora. —Su voz no admitía réplica, y el joven obedeció de inmediato, saliendo de la habitación con la cabeza gacha.

Los otros dos lo siguieron, y en cuestión de segundos, el pasillo quedó en silencio.

El laird se giró hacia mí, su expresión aún cargada de tensión. Por un momento, no dijo nada, simplemente me observó con esos ojos azules que parecían capaces de leer cada uno de mis pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó finalmente, su tono más suave.

—No gracias a ti —repliqué, cruzando los brazos.

Una sombra de algo parecido a culpa cruzó su rostro, pero desapareció rápidamente.

—No permitiré que nadie te haga daño mientras estés aquí —dijo, con una firmeza que casi parecía una promesa.

—¿Y por qué debería creerte? —pregunté, mi voz cargada de desafío.

Sus ojos se entrecerraron, y por un momento, pensé que iba a replicar. Pero en lugar de eso, dio un paso más cerca, hasta que solo un suspiro de distancia nos separaba.

—Porque no soy como ellos.

Su respuesta me dejó sin palabras. Antes de que pudiera procesar lo que había dicho, se giró y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Me quedé allí, inmóvil, sintiendo cómo la tensión del momento se disipaba lentamente. A pesar de todo lo que había sucedido, no podía ignorar la extraña sensación que había dejado su presencia. Tal vez, solo tal vez, había algo más en él que no podía entender todavía.

Me quedé junto a la puerta durante varios minutos después de que él se marchara, con el corazón todavía latiendo con fuerza. Su presencia parecía llenar la habitación incluso después de haberse ido, como si las palabras que había pronunciado estuvieran impregnadas en el aire.

"Porque no soy como ellos."

Esa frase resonaba en mi mente una y otra vez, negándose a desvanecerse. Hasta ahora, lo había visto como un hombre autoritario, calculador, alguien que me había arrancado de mi vida y me había llevado a este lugar. Pero había algo en la forma en que habló esta vez, algo que me hizo dudar de esa imagen que me había formado de él.

Suspiré y me acerqué a la ventana, apoyando las manos en el frío alféizar de piedra mientras miraba hacia el patio del castillo. Las antorchas iluminaban los muros con un brillo tenue, y podía ver a algunos guerreros patrullando, sus sombras alargándose sobre las piedras. Era un lugar extraño, un mundo que no era mío y que probablemente nunca entendería.

Pero había algo diferente en él.

Mientras repasaba lo que acababa de suceder, mi mente volvió a la forma en que había intervenido para detener al joven guerrero. Podría haberlo ignorado, podría haber permitido que las cosas siguieran su curso sin mancharse las manos. Pero no lo hizo. Se enfrentó a uno de los suyos por mí, una prisionera inglesa que no significaba nada para ellos.

¿Por qué?

Era la pregunta que no podía responder. Su postura, sus palabras… Todo en él indicaba que era un líder, alguien que priorizaba el bienestar de su clan por encima de todo. Y, sin embargo, en ese momento, no se comportó como un bárbaro ni como un estratega. Se comportó como alguien con un código de honor.

¿Eso significaba que podía confiar en él?

La idea me asustó más de lo que me tranquilizaba. Si había aprendido algo en mi vida, era que confiar en los demás siempre traía consigo un riesgo. Pero aquí, en estas tierras desconocidas, tal vez no tenía otra opción.

El sonido de pasos fuera de la habitación me sacó de mis pensamientos. Me giré rápidamente, mi cuerpo tenso, pero los pasos pasaron de largo. Me dejé caer en la silla junto a la mesa, sintiendo el peso de todo lo que había ocurrido ese día.

Este lugar era un laberinto de emociones y reglas que no entendía. Los guerreros me veían como una intrusa, las mujeres del castillo como una amenaza, y el laird… Bueno, él era un enigma.

"¿Es posible que no sea solo un bárbaro?"

Era una pregunta que no podía responder todavía, pero no podía negar que algo en él me intrigaba. Quizás era su forma de liderar, su habilidad para equilibrar la fuerza con el control, o la forma en que sus ojos parecían ver más de lo que yo quería mostrar.

Suspiré profundamente, intentando calmar la tormenta de pensamientos que se arremolinaban en mi mente. Necesitaba mantenerme fuerte, no solo por mí misma, sino porque sabía que cualquier signo de debilidad sería aprovechado por los demás.

Y, sin embargo, mientras me preparaba para enfrentar lo que viniera después, no podía evitar sentir que algo había cambiado entre nosotros.



Primer enfrentamiento

La mañana comenzó con un aire cargado de tensión, como si el castillo mismo pudiera sentir lo que estaba por venir. Me habían llevado al gran salón, pero esta vez no había guerreros, ni murmullo de voces alrededor. Estaba sola, de pie junto a una de las ventanas, mirando cómo la luz del sol se filtraba a través de los muros de piedra.

Entonces, escuché sus pasos. No necesitaba girarme para saber que era él; su andar firme y decidido ya era inconfundible para mí.

—¿Disfrutando de las vistas? —preguntó con un tono que no pude descifrar, deteniéndose a unos pasos de mí.

Me giré lentamente, cruzando los brazos.

—Si por "vistas" te refieres a los muros grises y al cielo nublado, entonces sí, estoy encantada.

Una sonrisa fugaz cruzó su rostro, pero desapareció tan rápido como había llegado.

—Pensé que podríamos hablar.

Eso me tomó por sorpresa. Hasta ahora, cualquier conversación entre nosotros había sido más bien una batalla de voluntades, un intercambio tenso donde cada palabra era una herramienta para ganar terreno.

—¿Hablar? —repetí, arqueando una ceja—. Eso es nuevo.

—Es necesario. —Su tono era firme, pero no agresivo. Se acercó a la mesa central y apoyó las manos sobre ella, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Si vamos a soportar esta situación, ambos necesitamos entender algunas cosas.

Caminé lentamente hacia la mesa, manteniendo una distancia prudente, pero lo suficiente como para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Entender? Creo que ya entiendo perfectamente. Me capturaste, me trajiste aquí contra mi voluntad y ahora intentas justificarlo. ¿Me he perdido algo?

Él apretó la mandíbula, claramente esforzándose por mantener la calma.

—No entiendes nada.

—Entonces, ilumíname.

Sus ojos azules brillaban con una mezcla de frustración y algo más, algo que no podía identificar del todo.

—Para ti, los highlanders no son más que salvajes, ¿verdad? —preguntó, su voz baja pero cargada de intensidad—. Bárbaros que no tienen nada mejor que hacer que atacar caravanas y secuestrar damas inglesas.

No respondí de inmediato. Sabía que cualquier cosa que dijera podría volverse contra mí, pero tampoco estaba dispuesta a ceder.

—No puedo hablar por todos, pero admito que esa es la impresión que dais.

Su risa fue seca, sin humor.

—¿Impresión? Esa "impresión" es exactamente lo que vuestros reyes quieren que creáis. Que somos poco más que bestias, que nuestras tierras son suyas para tomar, que nuestras vidas no tienen valor.

Se enderezó, cruzando los brazos sobre el pecho mientras me observaba.

—Dime, inglesa, ¿cuánto sabes realmente sobre nosotros?

—Sé que habéis atacado a mi caravana y que ahora soy vuestra prisionera. ¿Qué más necesito saber?

Por un momento, pensé que iba a replicar, pero en lugar de eso, simplemente me observó, como si intentara decidir si valía la pena seguir hablando.

—Hablas como si entendieras el mundo, pero no sabes nada —dijo finalmente, su tono más bajo, casi decepcionado—. No tienes idea de lo que significa luchar por cada pedazo de tierra, por cada gota de libertad.

Su respuesta me dejó sin palabras, algo que él pareció notar. Por primera vez desde que nos conocimos, no vi solo al líder autoritario, sino a un hombre que cargaba con un peso que yo no entendía del todo.

Decidí cambiar de táctica, aunque no sabía si lo hacía por curiosidad o por algo más.

—¿Por qué me lo dices ahora? —pregunté, dejando que mi tono se suavizara ligeramente.

Él sostuvo mi mirada por un largo momento antes de responder.

—Porque, por mucho que me cueste admitirlo, tu presencia aquí no cambiará nada si sigues viéndonos como tus enemigos.

Sus palabras me desconcertaron. ¿Estaba intentando… convencerme? ¿De qué? ¿De que su causa era justa?

—Y, ¿qué esperas que haga? ¿Que de repente entienda vuestras razones y me convierta en vuestra aliada?

Su sonrisa volvió, pero esta vez era más amarga que sarcástica.

—No espero nada de ti, inglesa. Solo quería que supieras que, aunque tú me odies, no somos los monstruos que crees.

Con eso, se giró y comenzó a caminar hacia la puerta, dejándome con más preguntas que respuestas.

—¡Espera! —llamé, casi sin pensar.

Se detuvo, pero no se giró.

—¿Por qué haces esto? —pregunté, mi voz más baja.

Por un momento, el silencio llenó la sala. Cuando finalmente habló, lo hizo sin mirarme.

—Porque necesito que entiendas que este no es solo tu conflicto. También es el nuestro.

Y, sin darme tiempo a responder, salió, dejándome sola en el gran salón con un torbellino de pensamientos.

* * *

El laird no tardó mucho en volver a buscarme. Apenas había tenido tiempo de ordenar mis pensamientos después de nuestra conversación en el gran salón cuando lo vi aparecer en la puerta de mi habitación, con su habitual expresión imperturbable.

—Ven conmigo. —No fue una invitación, sino una orden.

—¿Adónde? —pregunté, alzando una ceja mientras permanecía sentada junto a la ventana.

—A conocer lo que realmente significa vivir en estas tierras. —Su tono no admitía discusión.

Por un momento, consideré resistirme, pero algo en su mirada, en la seriedad con la que hablaba, me hizo cambiar de opinión. Me levanté lentamente y lo seguí fuera de la habitación.

Caminamos por el patio del castillo, donde los guerreros practicaban con sus espadas y los niños corrían entre las sombras de las torres. Algunas de las mujeres se detenían para mirarnos pasar, sus

ojos llenos de curiosidad y desconfianza. Pero él no parecía prestarles atención. Su enfoque estaba completamente en el camino que tenía delante.

—¿Dónde vamos exactamente? —pregunté, intentando mantener el ritmo de sus largas zancadas.

—A ver lo que tanto desprecias. —Su respuesta fue tan seca como el aire de la mañana.

Salimos del castillo y comenzamos a descender por un sendero estrecho que llevaba al valle. A medida que avanzábamos, el paisaje comenzó a cambiar. Las colinas verdes que había visto desde la distancia se extendían ahora frente a mí, salpicadas de pequeñas casas de piedra con techos de paja. Humo salía de las chimeneas, y podía oír el murmullo de las voces de los habitantes, mezclado con el balido de las ovejas y el lejano sonido de un arroyo.

—Este es tu hogar, supongo —dije, dejando que un poco de sarcasmo se colara en mi voz.

Él se detuvo abruptamente, girándose para mirarme con una expresión que era una mezcla de desafío y algo más profundo.

—Sí, lo es. Y también es el hogar de cientos de personas que solo quieren vivir en paz, algo que tus compatriotas parecen empeñados en arrebatarles.

Su respuesta me pilló desprevenida. No había sarcasmo en su voz, solo una honestidad brutal que me hizo sentir una punzada de incomodidad.

A medida que avanzábamos por el pueblo, comencé a notar cosas que no había visto antes. Las casas eran pequeñas y rudimentarias, y muchas mostraban signos de desgaste. Las mujeres que trabajaban en los campos parecían exhaustas, y algunos de los niños corrían descalzos, sus risas mezcladas con un aire de resiliencia que no podía ignorar.

Un anciano se acercó al laird, inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto. Los dos intercambiaron algunas palabras en gaélico, y aunque no entendí lo que decían, podía notar la preocupación en la voz del hombre. El laird asintió finalmente, colocando una mano en su hombro antes de que el anciano se alejara.

—¿Qué le ha dicho? —pregunté, sin poder contener mi curiosidad.

—Que la cosecha de este año ha sido mala. Otra más como esta, y no tendrán suficiente para el invierno.

Sentí una punzada de culpa, aunque no estaba segura de por qué.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —pregunté, sin saber exactamente qué esperaba de su respuesta.

Él me miró, y por un instante, vi algo que no había esperado: cansancio.

—Lo que siempre hago: luchar.

Continuamos nuestro recorrido, y poco a poco, mi percepción del lugar comenzó a cambiar. Había imaginado este lugar como un bastión de salvajismo, un lugar sin ley ni orden. Pero ahora, viendo a las personas que vivían aquí, sus luchas y su fortaleza, no podía evitar sentir una mezcla de admiración y empatía.

El laird no dijo mucho durante el resto del camino, pero su silencio hablaba más de lo que cualquier palabra podría. Cada gesto, cada interacción que tenía con los aldeanos, mostraba un lado de él que no había visto antes: un líder que no solo comandaba con autoridad, sino que también cargaba con el peso de su pueblo.

Cuando finalmente regresamos al castillo, el sol comenzaba a descender, pintando el cielo con tonos anaranjados y dorados. Mientras cruzábamos las puertas, no pude evitar mirar al laird de reojo, preguntándome si todo lo que acababa de ver cambiaría algo entre nosotros.

Porque, aunque no quería admitirlo, empezaba a verlo de una manera diferente.

* * *

El aire fresco del valle había comenzado a enfriarse, anunciando la llegada del atardecer. El laird y yo habíamos continuado nuestro recorrido en silencio durante un rato, cada uno sumido en sus pensamientos. Él parecía inmerso en su propio mundo, observando a su gente mientras trabajaban en los campos o cuidaban de sus hogares. Yo, por mi parte, seguía intentando procesar lo que había visto hasta ahora.

Había esperado ver un pueblo gobernado por la fuerza bruta, donde el miedo y la violencia dictaran las reglas. Pero lo que había encontrado era algo muy distinto: una comunidad que luchaba por sobrevivir, que enfrentaba cada día con una valentía y una resiliencia que no podía ignorar.

Justo cuando estaba empezando a sentir que había algo de calma en el ambiente, un sonido rompió esa ilusión. Un crujido entre los arbustos a nuestra izquierda hizo que el laird se detuviera de inmediato, levantando una mano para indicarme que hiciera lo mismo.

—Quédate aquí —ordenó en voz baja, sus ojos clavados en el origen del sonido.

—¿Qué pasa? —pregunté, aunque ya sabía que algo no estaba bien.

No respondió. En lugar de eso, desenvainó su espada con un movimiento fluido, su cuerpo adoptando una postura alerta. Mi corazón comenzó a latir con fuerza mientras lo veía avanzar lentamente hacia los arbustos.

De repente, un hombre surgió de las sombras, lanzándose hacia el laird con una daga en la mano. Todo sucedió en un instante. El laird giró sobre sí mismo, esquivando el ataque con una agilidad sorprendente, y contraatacó con un golpe que desarmó al agresor de inmediato.

El atacante, que llevaba las marcas distintivas de algún clan, no se rindió. Lanzó otro ataque, pero el laird lo bloqueó fácilmente, su espada encontrando su marca con precisión. El hombre cayó al suelo, herido pero no muerto, y el laird se inclinó sobre él, sujetándolo por el cuello de su chaqueta.

—¿Quién te envió? —preguntó, su voz tan fría como el acero que sostenía.

El hombre escupió al suelo, su mirada llena de odio.

—Tu tiempo se acaba, MacGregor.

El laird frunció el ceño, pero antes de que pudiera decir algo más, otro ruido detrás de nosotros hizo que ambos giráramos la cabeza.

No había tiempo para pensar. Otro atacante apareció, y esta vez se dirigió hacia mí. Mi cuerpo reaccionó antes de que mi mente pudiera procesarlo. Retrocedí rápidamente, tropezando con una raíz mientras el hombre alzaba su arma.

—¡Cuidado! —gritó el laird, lanzándose hacia mí.

El impacto fue rápido y contundente. El laird me apartó justo a tiempo, pero en el proceso, el filo de la daga del agresor rozó su costado. Un destello de dolor cruzó su rostro, pero no se detuvo. Se giró y derribó al hombre con un golpe certero, dejando a ambos atacantes desarmados y en el suelo.

Cuando todo terminó, el laird se quedó de pie, su respiración agitada y su mano presionando el costado herido. Su rostro estaba tenso, pero no de furia, sino de algo más profundo: una mezcla de cansancio y determinación.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz ronca mientras me miraba.

—Yo… sí, estoy bien. —Mi voz salió entrecortada, y me di cuenta de que estaba temblando.

Él asintió, aunque su atención ya estaba en los dos hombres en el suelo.

—Llevadlos al castillo —ordenó a dos guerreros que habían aparecido poco después del enfrentamiento.

Los hombres obedecieron de inmediato, arrastrando a los atacantes mientras el laird se giraba hacia mí.

—Tenemos que volver.

Noté la sangre que manchaba su camisa cerca de su costado y me acerqué instintivamente.

—Estás herido.

—No es nada.

—Eso no parece "nada".

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un momento, vi algo en ellos que me hizo olvidar el peligro que acabábamos de enfrentar. Había algo humano, algo vulnerable, que nunca había visto en él antes.

—Hablaremos cuando estemos a salvo —dijo finalmente, con un tono que no admitía réplica.

El camino de regreso al castillo se hizo eterno. Aunque él insistía en que estaba bien, cada paso parecía costarle más. La sangre se filtraba a través de la tela de su camisa, oscureciendo el tejido y dejando un rastro que me hacía sentir una mezcla de culpa y urgencia.

Cuando llegamos al patio, algunos guerreros y mujeres del clan se acercaron de inmediato, alarmados por el estado del laird. Él levantó una mano, silenciando cualquier pregunta.

—Estoy bien. —Su tono era firme, pero la tensión en su rostro decía lo contrario.

Lo siguieron con miradas preocupadas mientras cruzábamos las puertas y nos dirigíamos hacia el interior del castillo. Finalmente, nos detuvimos en una pequeña sala junto a la cocina. Había una mesa sencilla, varias jarras de barro y un conjunto de hierbas colgando de las vigas del techo.

—Siéntate —ordené, sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

Él me miró, su expresión mostrando una mezcla de incredulidad y curiosidad, pero no discutió. Se sentó en una de las sillas, soltando un suspiro bajo mientras se apoyaba contra el respaldo.

—No es necesario. Esto no es nada.

—Déjame ser la jueza de eso.

Antes de que pudiera protestar, busqué un cuenco de agua y un paño limpio. Mis manos temblaban ligeramente mientras me acercaba a él, pero traté de mantener la compostura.

—Quítate la camisa.

Él arqueó una ceja, una sombra de humor asomando en sus ojos.

—¿Así de directa, inglesa?

—Ahora no es momento para bromas —repliqué, mi tono cortante.

Suspiró, pero obedeció, desabrochando la camisa y dejándola caer por sus hombros. Mi respiración se detuvo por un instante al ver la herida: un corte largo y poco profundo en su costado, justo debajo de las costillas. No era grave, pero la sangre había manchado su piel y la herida aún sangraba ligeramente.

—Te dije que no era nada.

—Sigue siendo una herida, y no voy a dejar que se infecte. —Mojé el paño en el agua y me acerqué a él.

Cuando presioné el paño contra la herida, él se tensó, soltando un leve gruñido.

—¿Siempre eres tan mandona?

—Solo cuando trato con hombres tercos.

Un destello de sonrisa cruzó su rostro, pero desapareció rápidamente.

Mientras limpiaba la herida, no pude evitar fijarme en él. Su cuerpo era fuerte, marcado por cicatrices que contaban historias de batallas pasadas. Pero también había algo más: una

vulnerabilidad en su postura, en la forma en que permitía que alguien como yo lo ayudara.

—No me lo agradezcas —dije, intentando aligerar el ambiente.

—No pensaba hacerlo.

Levanté la vista y lo encontré mirándome, sus ojos azules llenos de algo que seguía sin poder descifrar. Durante un momento, el tiempo pareció detenerse. Era como si todo lo que había pasado entre nosotros quedara suspendido, dejando solo esa conexión inexplicable.

—¿Por qué lo haces? —preguntó de repente, su voz más suave.

—¿Qué cosa?

—Esto. Ayudarme.

Me detuve, mi mano aún sosteniendo el paño contra su herida. No sabía qué responder. Tal vez era porque, a pesar de todo, no podía ignorar el hecho de que él había arriesgado su vida por mí. O tal vez era algo más profundo, algo que aún no quería admitir.

—Porque, aunque me cueste decirlo, no eres tan monstruo como me gustaría pensar.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, pero esta vez no era sarcástica.

—Eso es lo más parecido a un cumplido que he oído de ti, inglesa.

—No te acostumbres.

Ambos nos quedamos en silencio después de eso, y aunque las palabras habían cesado, el ambiente entre nosotros se había transformado. Había algo nuevo, una tregua silenciosa que ninguno de los dos estaba dispuesto a romper todavía.

Terminé de limpiar la herida y busqué unas vendas que encontré en un estante cercano. Mientras envolvía su torso, mi mano rozó su piel, y sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío. No estaba segura de si él lo notó, pero no dijo nada.

Cuando terminé, él se levantó lentamente, ajustando las vendas con cuidado.

—Gracias —dijo, con una sinceridad que me tomó por sorpresa.

Lo miré, sin saber qué decir.

—No lo arruines ahora.

Y con eso, me giré y salí de la sala, dejando que el eco de mis pasos llenara el silencio.

* * *

El cielo comenzaba a teñirse de púrpura cuando me refugié en la pequeña habitación que me habían asignado. A pesar de que estaba agotada, no podía dejar de pensar en lo que había sucedido ese día. Las imágenes del ataque, la sangre en su costado y la inesperada intimidad de nuestra conversación seguían girando en mi mente, como un carrusel del que no podía bajar.

Me acerqué a la ventana y apoyé las manos en el frío alféizar de piedra. Desde allí, podía ver el patio del castillo, ahora casi desierto salvo por un par de guardias que patrullaban lentamente. Las antorchas iluminaban las sombras de los muros, y el aire parecía cargado con una calma tensa, como si el castillo estuviera conteniendo la respiración.

Había algo diferente en mí, algo que no podía ignorar. No era solo que había ayudado al laird con su herida, sino lo que ese momento había revelado. Durante esos breves instantes, él no había sido solo el hombre que me había capturado, el líder que representaba todo lo que yo consideraba salvaje e impredecible. Había sido… humano.

Y eso me confundía.

Una leve llamada en la puerta me sacó de mis pensamientos.

—¿Sí? —pregunté, girándome hacia la entrada.

La puerta se abrió lentamente, y allí estaba él, apoyado ligeramente contra el marco, como si aún no estuviera completamente recuperado. Su camisa estaba abierta en el costado, dejando a la vista las vendas que le había puesto horas antes.

—¿No deberías estar descansando? —pregunté, cruzando los brazos.

—Podría decir lo mismo de ti.

Cerró la puerta tras de sí y dio un par de pasos hacia el centro de la habitación. A pesar de la calma en su tono, había algo en su mirada que lo hacía parecer inquieto.

—¿Qué quieres? —pregunté finalmente, tratando de mantener mi tono neutral.

Él se quedó en silencio por un momento, como si estuviera buscando las palabras correctas.

—Solo quería… agradecerte.

Lo miré, sorprendida.

—¿Agradecerme? ¿Por qué?

—Por lo de antes. Por ayudarme.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, y en ese espacio, sentí cómo algo invisible comenzaba a cambiar.

—No lo hice por ti —dije finalmente, intentando mantenerme firme—. Lo hice porque no podía soportar la idea de que alguien muriera en este lugar.

Él asintió, aunque sus labios se curvaron en una ligera sonrisa.

—Lo que digas, inglesa.

Rodé los ojos, pero no pude evitar que una pequeña sonrisa se asomara en mis labios. Había algo en su actitud que empezaba a desarmarme, aunque odiaba admitirlo.

—¿Siempre tienes que tener la última palabra? —pregunté.

—Cuando estoy en lo correcto, sí.

Su respuesta me hizo reír, una risa suave que se sintió extraña después de tantos días de tensión. Por un momento, el peso del conflicto, de las miradas hostiles del clan y de todo lo que había sucedido, se desvaneció.

Nos quedamos en silencio por un rato, pero no era un silencio incómodo. Había algo casi relajante en su presencia, como si ambos hubiéramos encontrado una tregua en medio del caos.

—¿Siempre has sido así de testaruda? —preguntó de repente, rompiendo el silencio.

Lo miré, arqueando una ceja.

—¿Y tú siempre has sido así de arrogante?

Él soltó una risa baja, y por un momento, vi algo más relajado, más humano, en él.

—Tal vez por eso chocamos tanto —dijo, inclinándose ligeramente hacia adelante—. Dos personas con demasiada voluntad para su propio bien.

—O tal vez porque nos obligaste a chocar —repliqué, aunque mi tono era más suave esta vez.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante, no hubo palabras, solo una conexión silenciosa que parecía llenar la habitación. Sentí cómo mi corazón latía con fuerza, y me odié un poco por la forma en que me afectaba su presencia.

—Deberías descansar —dijo finalmente, rompiendo el momento.

—Tú también.

Él asintió, y con un último vistazo, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Me dejé caer en la cama, mirando el techo mientras intentaba procesar lo que acababa de suceder. Por primera vez desde que todo esto había comenzado, sentí que algo estaba cambiando

entre nosotros. No sabía si era algo bueno o algo que solo complicaría las cosas aún más.

Pero lo que sí sabía era que la tregua que habíamos encontrado esta noche no era algo que pudiera durar para siempre.



Los problemas del clan

El ambiente en el castillo era más tenso de lo habitual. Podía sentirlo en el aire, en los murmullos de los guerreros que se reunían en pequeños grupos y en la mirada preocupada de las mujeres que pasaban por el patio con sus cestas. Algo estaba sucediendo, y aunque oficialmente yo era una prisionera, no podía evitar sentirme intrigada por lo que estaba ocurriendo.

Desde mi confinamiento, escuché el sonido de pasos apresurados en el pasillo, voces graves que resonaban a través de las paredes de piedra. No entendía las palabras exactas, pero el tono lo decía todo: era urgente.

Me acerqué a la puerta de mi habitación, entreabierta lo suficiente como para que pudiera escuchar mejor. No había guardias vigilándome esta vez, algo que, aunque inusual, no me sorprendía demasiado. El laird parecía confiar en que el castillo en sí era suficiente para mantenerme dentro.

Las voces se volvieron más claras cuando un grupo de hombres se dirigió al gran salón, sus pasos resonando como un tamborileo constante. Reconocí al laird entre ellos por la firmeza de su andar y su voz autoritaria que sobresalía entre las demás.

—Necesitamos tomar una decisión ya —decía uno de los hombres, su tono lleno de impaciencia —. Las reservas no son suficientes para llegar al invierno, y los ingleses se están moviendo más cerca.

—¿Y qué sugieres? —respondió el laird, su tono tan frío como el acero.

—Un ataque preventivo —replicó otro, más joven—. Si golpeamos primero, al menos ganaremos tiempo.

Hubo un murmullo de aprobación entre algunos de los presentes, pero el laird levantó una mano, silenciándolos de inmediato.

—¿Tiempo para qué? —preguntó, su voz cargada de frustración—. ¿Para perder más hombres? ¿Para provocar una represalia que no podamos resistir?

El silencio que siguió fue pesado. Incluso desde donde me encontraba, podía imaginar las miradas incómodas que se intercambiaban entre ellos.

Me moví con cuidado, acercándome un poco más a la entrada del salón. Desde mi posición, podía ver a los hombres reunidos alrededor de la mesa central, sus rostros marcados por la preocupación y el cansancio. El laird estaba de pie al frente, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión que reflejaba el peso de las decisiones que tenía que tomar.

—No estamos en posición de atacar —continuó, su voz más calmada pero no menos firme—. Cada recurso que tenemos debe ser usado para proteger a nuestra gente, no para una guerra que no podemos ganar.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó otro hombre, uno mayor con cabello gris y una cicatriz en la mejilla—. ¿Esperamos a que los ingleses crucen nuestras puertas?

El laird no respondió de inmediato. Se inclinó ligeramente sobre la mesa, pasando los dedos por el borde del mapa extendido sobre ella.

—No vamos a esperar. Pero tampoco vamos a actuar precipitadamente. Si los ingleses avanzan, lo sabremos con suficiente tiempo para prepararnos. Hasta entonces, necesitamos concentrarnos en asegurar nuestras reservas.

Hubo más murmullos, pero esta vez fueron de asentimiento. Aunque no todos parecían convencidos, nadie se atrevió a contradecirlo directamente.

Desde mi escondite, no pude evitar sentir una extraña mezcla de emociones. Había imaginado que este hombre tomaba decisiones con una frialdad calculada, sin importar el costo para los demás. Pero lo que estaba viendo era diferente. Había un peso en sus palabras, una preocupación genuina por su pueblo que no esperaba encontrar.

Por un momento, me olvidé de mi situación, de que era una prisionera escuchando una conversación que no debía. Lo único en lo que podía pensar era en cómo este hombre, a pesar de toda su dureza, parecía cargar con más de lo que cualquier persona debería.

Cuando la reunión comenzó a dispersarse, retrocedí rápidamente, volviendo a mi habitación antes de que alguien pudiera notar mi ausencia. Cerré la puerta con cuidado, apoyándome contra ella mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

El laird no era el hombre que había creído conocer. Y esa idea me inquietaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

* * *

No pasó mucho tiempo antes de que lo viera cruzar el patio desde mi ventana, caminando con la espalda erguida, pero con un aire de agotamiento que era imposible de ignorar. Aunque trataba de mantener su fachada de autoridad frente a los demás, los movimientos de sus hombros y el ceño ligeramente fruncido delataban que algo lo estaba carcomiendo por dentro.

Había algo en la forma en que caminaba, una combinación de fuerza y vulnerabilidad que me resultaba inquietante. Desde el ataque y su herida, no había tenido tiempo de reflexionar realmente sobre lo que significaba ser él: un líder que no solo debía proteger su clan, sino también mantener su confianza en medio de tantas adversidades.

De repente, sentí una punzada de empatía, un sentimiento que no esperaba. Siempre lo había visto como un hombre autoritario, alguien que disfrutaba de su poder. Pero ahora me daba cuenta de que ese poder era también una carga, una que él llevaba solo.

Horas más tarde, escuché voces en el pasillo, pero esta vez no eran guerreros. Eran más suaves, casi susurrantes, como si los que hablaban no quisieran ser escuchados. Me acerqué a la puerta y apoyé el oído, reconociendo una de las voces de inmediato: era la suya.

—No podemos permitirnos otro error, Duncan —decía el laird, su tono grave pero contenido.

—Lo sé, pero la gente está cansada. Necesitan algo que los motive. No basta con tus palabras esta vez.

—¿Y qué sugieres? —preguntó el laird, claramente irritado.

Hubo un silencio breve, y luego la respuesta:

—Tal vez deberíamos deshacernos de la inglesa.

Sentí un escalofrío recorrer mi columna mientras mi mente procesaba esas palabras.

—Eso no es una opción. —La respuesta del laird fue inmediata, tajante.

—¿Por qué no? —insistió Duncan—. Es un riesgo para todos nosotros. Si los ingleses vienen, su presencia solo los enfurecerá más.

—Porque no voy a utilizarla como un peón más. Ella no es responsable de lo que han hecho sus compatriotas, y no voy a sacrificarla para calmar las inseguridades de nadie.

Su respuesta fue tan firme que incluso yo me sorprendí. Había esperado que, tarde o temprano, me considerara prescindible. Pero escuchar cómo me defendía, incluso frente a su propia gente, era algo que no sabía cómo interpretar.

Después de un momento, el sonido de los pasos se alejó, y el silencio volvió a llenar el pasillo. Me senté en el borde de la cama, procesando lo que acababa de escuchar. Había algo en la forma en que había hablado que era diferente, algo que parecía más personal que estratégico.

¿Por qué se molestaba tanto en protegerme?

Había algo más, algo que no estaba dispuesta a admitir del todo: verlo cargar con todo este peso, verlo enfrentarse a sus propios hombres para mantenerme a salvo, me hacía cuestionarme cosas que hasta ahora había dado por sentado.

La figura del bárbaro salvaje que había pintado en mi mente comenzaba a desmoronarse, dejando en su lugar a un hombre complicado, alguien que, a pesar de sus métodos, parecía tener un fuerte sentido del deber.

Y mientras pensaba en ello, me di cuenta de que algo en mí estaba cambiando también.

* * *

El patio del castillo, que a menudo era un hervidero de actividad, parecía más tranquilo esa tarde, aunque la tensión aún se respiraba en el aire. Desde mi ventana, observé cómo el laird caminaba de un lado a otro, supervisando a los hombres que entrenaban con sus espadas, ajustaban las monturas de los caballos o revisaban las provisiones almacenadas en los carromatos.

Era curioso cómo parecía estar en todas partes al mismo tiempo, como si su mera presencia bastara para mantener al clan en movimiento. Pero también era evidente que el peso de su responsabilidad comenzaba a notarse. Sus hombros estaban ligeramente encorvados, y aunque su tono seguía siendo autoritario, había una dureza en su mirada que no estaba ahí antes.

Una mujer, que parecía ser una especie de curandera, se le acercó con un recipiente de hierbas en la mano. Desde mi posición, no podía escuchar lo que decía, pero su expresión preocupada y los gestos hacia el costado del laird eran claros. Él negó con la cabeza, levantando una mano como para decir que no tenía tiempo para eso.

"No tienes tiempo ni para ti mismo", pensé, sintiendo una punzada de algo que no sabía identificar.

Pasaron unos minutos antes de que se alejara hacia una de las pequeñas cabañas en la periferia del patio, donde lo esperaba un grupo de aldeanos. Desde la distancia, observé cómo los saludaba con un breve asentimiento antes de entrar con ellos.

Me quedé en mi lugar, preguntándome qué estaría sucediendo allí dentro. Quizás estaban discutiendo las provisiones, o tal vez los recientes ataques. Cualquiera que fuera el tema, no podía evitar imaginar la presión que debía sentir. Cada decisión que tomaba afectaba no solo a los guerreros, sino también a las familias que dependían de él para sobrevivir.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando un hombre mayor salió de la cabaña, seguido por dos mujeres que llevaban cestas llenas de lo que parecían ser mantas y alimentos. No pude evitar notar cómo lo miraban: con respeto, pero también con una especie de esperanza que parecía casi desesperada.

El laird salió poco después, su rostro más tenso que antes. Se quedó parado en la puerta por un momento, mirando hacia el horizonte, como si estuviera buscando respuestas en las colinas lejanas.

Mis ojos no podían apartarse de él. Por mucho que intentara mantener mi odio hacia este hombre, era difícil ignorar lo que veía.

La manera en que interactuaba con los demás, siempre manteniendo la calma incluso cuando las

cosas parecían complicarse, mostraba una fuerza que no podía ser fingida. Pero también había algo más, algo que solo podía ver desde las sombras: un cansancio profundo, casi palpable, que parecía devorarlo poco a poco.

Me encontré preguntándome cómo habría llegado a este punto. ¿Siempre había sido así, o las circunstancias lo habían moldeado? ¿Qué tipo de hombre había sido antes de convertirse en el laird?

La verdad era que no sabía nada sobre él, más allá de lo que había asumido desde el principio. Y aunque odiaba admitirlo, cada día que pasaba aquí me daba cuenta de que mis prejuicios iniciales no eran suficientes para entenderlo.

Cuando volvió a cruzar el patio, esta vez en dirección al castillo, nuestras miradas se encontraron por un breve instante. Fue solo un segundo, pero en ese momento vi algo en sus ojos que no había notado antes: una mezcla de frustración, cansancio y algo que podría haber sido duda.

Aparte la mirada rápidamente, sintiendo cómo mi corazón se aceleraba. No sabía qué me molestaba más: el hecho de que me hubiera mirado de esa manera, o el hecho de que yo no podía dejar de pensar en ello.

Suspiré y me alejé de la ventana, tratando de ordenar mis pensamientos. Pero había algo claro: cuanto más lo observaba, más difícil era mantener la imagen de él que me había construido.

* * *

Estaba empezando a oscurecer cuando escuché un golpe suave en la puerta de mi habitación. Fruncí el ceño, porque no era habitual que alguien se acercara a estas horas. Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió lentamente, y para mi sorpresa, fue él quien apareció.

El laird llevaba una bandeja en las manos, con algo de comida simple: pan, queso y una jarra de agua. Su expresión era neutral, aunque sus ojos parecían reflejar el mismo cansancio que había notado en él durante todo el día.

—¿Esto es un hábito tuyo? ¿Entregar cenas personalmente a tus prisioneros? —pregunté, cruzando los brazos mientras intentaba esconder mi desconcierto.

—No suelo hacerlo —respondió, dejando la bandeja sobre la pequeña mesa de madera junto a la ventana—. Pero quería asegurarme de que comieras.

—¿Por qué? ¿Preocupado de que me debilite y ya no sirva como rehén?

Su mandíbula se tensó ligeramente, pero no respondió a mi provocación. En lugar de eso, dio un paso atrás, manteniendo la mirada fija en la mía.

—Te guste o no, eres mi responsabilidad mientras estés aquí.

—¿Y crees que un poco de pan va a cambiar algo entre nosotros?

—No espero cambiar nada —replicó, su voz baja pero firme—. Solo intento hacer lo correcto.

Su respuesta me dejó sin palabras por un momento. No porque fuera especialmente conmovedora, sino porque parecía sincera. No había sarcasmo ni segundas intenciones en su tono, algo que me desconcertó más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Hacer lo correcto. Eso es algo que no esperaba escuchar de ti —dije finalmente, intentando recuperar mi terreno.

—Tal vez deberías dejar de asumir tantas cosas.

El laird se cruzó de brazos, inclinándose ligeramente contra la pared. La luz tenue del atardecer que entraba por la ventana acentuaba los contornos de su rostro, haciéndolo parecer aún más estoico de lo habitual.

—¿Y qué es lo que debería asumir entonces? —pregunté, sintiendo que mi tono se suavizaba sin darme cuenta.

—Que no todo es tan simple como crees.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, cargado de algo que no podía identificar del todo. Su presencia llenaba la habitación de una manera que me hacía sentir pequeña, pero no de una forma intimidante, sino… diferente.

Finalmente, él rompió el silencio.

—Sé que no quieres estar aquí. Y sé que piensas que soy el villano en esta historia.

—¿No lo eres? —pregunté, alzando una ceja.

Una sombra de sonrisa cruzó sus labios, pero no llegó a sus ojos.

—Tal vez lo soy. Pero eso no significa que no tenga un motivo.

Sus palabras me dejaron pensando, y por un momento, vi algo en él que no había visto antes: humanidad. Había algo en su tono, en la forma en que me miraba, que me hacía preguntarme si todo lo que había asumido sobre él estaba equivocado.

—Deberías comer —dijo finalmente, enderezándose y alejándose de la pared—. Será un día largo mañana.

—¿Y qué pasará mañana? —pregunté, más curiosa de lo que quería admitir.

—Lo descubrirás.

Con eso, salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Me quedé mirando la bandeja por un momento, como si pudiera encontrar respuestas en el pan y el queso que había traído. Pero lo único que sentí fue una mezcla de confusión y algo que podría haber sido gratitud.

Me quedé sentada junto a la pequeña mesa, mirando el pan y el queso como si estos pudieran ofrecerme las respuestas que tanto necesitaba. Mis pensamientos estaban enredados, una maraña de preguntas y sentimientos que no lograba desenredar. Nunca imaginé que un gesto tan simple como traerme comida podría desencadenar esta tormenta interna.

¿Quién era realmente este hombre?

Cuando llegué aquí, estaba convencida de que era un bárbaro, un líder despiadado que solo buscaba obtener ventaja a cualquier costo. Pero cada día que pasaba, cada interacción con él, desafiaba esa idea. No se comportaba como el villano que yo había imaginado. Había una contradicción en él, una lucha interna que comenzaba a percibir, aunque no la entendiera del todo.

Apoyé la barbilla en la mano, mirando la ventana mientras los últimos rayos de sol desaparecían detrás de las colinas. Durante el día, había visto cómo su gente lo miraba, con respeto, sí, pero también con una dependencia que debía ser abrumadora. No era solo un líder; era la columna vertebral de este clan. Cada decisión que tomaba tenía un peso que no podía ignorar.

Y, a pesar de todo, había encontrado tiempo para preocuparse por mí.

Esa idea me inquietaba. ¿Por qué lo hacía? Podría haber dejado que cualquiera trajera la comida. Incluso podría haberme dejado morir de hambre, y probablemente algunos de los suyos lo habrían agradecido. Pero no lo hizo. Él mismo se tomó el tiempo de venir aquí, de asegurarse de que comiera.

"Tal vez solo intenta mantenerme viva para que pueda ser útil más adelante", pensé, pero incluso mientras lo hacía, sabía que no era toda la verdad. Había algo más en su gesto, algo que no podía explicar pero que me hacía sentir… vulnerable.

Recordé nuestras conversaciones, la forma en que hablaba con tanta firmeza sobre proteger a su

gente, sobre lo que significaba para él liderar. Por primera vez, empecé a preguntarme cómo sería estar en su lugar. Tener que cargar con las esperanzas y las vidas de tantos, saber que cualquier error podría ser devastador.

Era fácil juzgar desde fuera, pensar en lo que debería o no debería hacer. Pero cuanto más tiempo pasaba aquí, más claro me resultaba que las cosas no eran tan simples como yo creía.

Los ingleses habían invadido estas tierras, tratándolos como salvajes, como obstáculos que debían ser eliminados. Y aunque no justificaba todo lo que él había hecho, no podía evitar entender por qué luchaba tan ferozmente.

¿Y yo? ¿Qué papel jugaba en todo esto?

Me levanté y comencé a caminar por la habitación, intentando liberar la energía acumulada en mi cuerpo. Había llegado aquí llena de prejuicios, segura de que mi mundo era el correcto y el suyo, el equivocado. Pero ahora, por primera vez, empezaba a ver las cosas de otra manera.

No significaba que confiara en él. Todavía era mi captor, y nunca me dejaba olvidar eso. Pero también era alguien que parecía estar dispuesto a protegerme, incluso cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo.

Miré la bandeja vacía en la mesa y suspiré profundamente.

"Tal vez no todo es blanco o negro", pensé, aunque odiaba admitirlo.

Me dejé caer en la cama, con la vista fija en el techo. Había tantas cosas que no entendía, tantas preguntas sin respuesta. Pero había algo de lo que estaba segura: este lugar, este hombre, estaban desafiando todo lo que creía saber.

Y, de alguna manera, eso me asustaba más que cualquier otra cosa.



Un intento de huida

Había pasado días observando cada rincón del castillo, cada patrón en los movimientos de los guardias, cada ruta que podía llevarme lejos de aquí. Si había algo que la situación me había enseñado, era que la paciencia podía ser un arma poderosa. Y esta vez, no pensaba fracasar.

El castillo, a pesar de su solidez, tenía puntos débiles. Los guerreros patrullaban regularmente, pero siempre había momentos de transición en los que el cambio de turno creaba pequeños lapsos. Había un lado de la muralla menos vigilado, donde una puerta lateral se usaba para mover provisiones. Había visto cómo los hombres la utilizaban y cómo, a veces, la cerraban de manera descuidada.

Esa era mi oportunidad.

Me senté junto a la ventana de mi habitación, mirando el patio mientras los últimos rayos del sol teñían el cielo de naranja. A lo lejos, podía ver al laird caminando junto a uno de sus hombres, con la misma expresión de autoridad que siempre llevaba. A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, no podía permitirme pensar en él como algo más que un obstáculo.

"Si me quedo aquí más tiempo, nunca me iré", pensé, sintiendo cómo la urgencia crecía dentro de mí.

Me había asegurado de recolectar lo que podía: una cuerda improvisada hecha con trozos de tela, una pequeña bolsa de agua que había encontrado en mi habitación y unas pocas monedas que alguien había dejado olvidadas en la mesa del gran salón. No era mucho, pero sería suficiente si lograba salir de este lugar.

Esperé hasta que la oscuridad se asentó completamente sobre el castillo. Los sonidos del día se desvanecieron, reemplazados por el crepitar de las antorchas y el eco lejano de pasos en los pasillos. Era el momento.

Abrí la puerta de mi habitación con cuidado, asegurándome de que no chirriara. El pasillo estaba vacío, tal como había esperado. Sabía que el turno de guardia cambiaba cerca de la medianoche, dejando un breve período en el que los pasillos quedaban casi desiertos.

Moviéndome con rapidez pero en silencio, descendí por las escaleras que conducían al patio. Mi corazón latía con fuerza, pero no podía permitirme dudar. Si algo había aprendido de mi primer intento fallido, era que la indecisión podía ser mi peor enemiga.

El patio estaba oscuro, iluminado solo por unas pocas antorchas en las paredes. Me deslicé entre las sombras, manteniéndome cerca de los muros para evitar ser vista. La puerta lateral estaba justo frente a mí, a solo unos metros de distancia.

"Solo unos pasos más", pensé, sintiendo cómo mi respiración se aceleraba.

Cuando llegué a la puerta, mi corazón dio un vuelco al descubrir que, como había anticipado, no estaba cerrada con llave. La abrí lentamente, cuidando que no hiciera ruido, y me deslicé al otro lado.

El aire fresco del bosque me golpeó de inmediato, llenándome de una mezcla de alivio y miedo. Estaba fuera, pero todavía no estaba libre. Sabía que no tardarían en notar mi ausencia, y cuando lo hicieran, vendrían tras de mí.

No podía perder tiempo. Me giré y comencé a correr, dejando atrás el castillo y adentrándome en la oscuridad del bosque. Las ramas crujían bajo mis pies, y el sonido de mi respiración parecía más fuerte de lo que debería. Pero no me detuve.

Esta vez, no pensaba dejar que me atraparan.

El bosque era más denso de lo que había anticipado. Las ramas parecían querer atraparme mientras corría, arañando mis brazos y enredándose en mi cabello. Pero no podía detenerme. Cada paso que daba era un recordatorio de que esta era mi única oportunidad.

El sonido de mi respiración era fuerte, casi ensordecedor en el silencio de la noche, pero no estaba sola. Lo supe cuando escuché el eco de pasos tras de mí. Mi corazón se hundió en el pecho. No habían tardado nada en darse cuenta de mi ausencia.

Giré la cabeza ligeramente mientras corría, y entonces lo vi. Era él. Su figura recortada contra la penumbra del bosque era inconfundible, su paso firme y decidido. El laird me seguía, y aunque mantenía cierta distancia, podía sentir su presencia como una sombra que se acercaba más con cada segundo.

—¡Detente! —gritó, su voz resonando entre los árboles.

No lo hice. No podía.

Mis piernas quemaban, pero me obligué a seguir adelante. El terreno era irregular, lleno de raíces y rocas que hacían cada paso un desafío. Pero el miedo y la determinación eran más fuertes que el dolor.

Sabía que no podría mantener este ritmo mucho más tiempo. Él era más rápido, más fuerte, y conocía estas tierras mejor que yo. Aún así, me negaba a rendirme. Si lograba llegar al río que había visto desde la ventana, tal vez podría perderlo en la oscuridad.

El sonido de sus pasos se hacía más fuerte, y antes de darme cuenta, sentí una mano rozar mi brazo. Me giré instintivamente, tropezando con una raíz y cayendo al suelo con un golpe que me dejó sin aire.

Intenté levantarme de inmediato, pero él ya estaba allí.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —gruñó, sujetándome del brazo para evitar que escapara de nuevo.

—¿Qué parece que estoy haciendo? —espeté, mi voz entrecortada por el esfuerzo de la carrera.

Su rostro estaba iluminado por la tenue luz de la luna que se filtraba entre los árboles, y en sus ojos brillaba una mezcla de furia y… algo más.

—¿Sabes lo estúpida que eres? —dijo, su voz baja pero cargada de emoción—. Este bosque no es seguro. Podrías haberte perdido, o peor.

Me zafé de su agarre, aunque mis fuerzas eran pocas.

—Prefiero perderme en el bosque que quedarme en ese castillo.

Sus ojos se estrecharon, y por un momento pensé que iba a replicar, pero en lugar de eso, dio un paso atrás, dejándome un poco de espacio.

—¿De verdad crees que puedes sobrevivir sola en estas tierras? —preguntó, su tono más contenido pero aún cargado de tensión.

—¿Y qué otra opción tengo? —grité, sintiendo cómo la frustración y la desesperación se desbordaban dentro de mí—. ¿Quedarme ahí, atrapada, mientras decides qué hacer conmigo?

Su silencio fue más elocuente que cualquier respuesta. Se pasó una mano por el cabello, respirando profundamente como si intentara calmarse.

—No entiendes nada de esto, ¿verdad? —dijo finalmente, su voz más suave pero no menos intensa—. Esto no es un juego, inglesa. Cada decisión que tomo es para proteger a mi gente.

—¿Y yo qué? —repliqué, dando un paso hacia él—. ¿Qué hay de mí? ¿Crees que me importa tu gente cuando soy tu prisionera?

El brillo en sus ojos se intensificó, y por un instante, pensé que iba a decir algo más. Pero en lugar de eso, simplemente me miró, como si intentara descifrar lo que pasaba por mi mente.

La tensión entre nosotros era palpable, como si el bosque mismo contuviera la respiración. Pero antes de que pudiera decir algo más, él tomó mi brazo nuevamente, esta vez con menos fuerza.

—Vuelves conmigo, ahora. —Su voz era un susurro, pero la determinación en ella era innegable.

El laird tiró de mi brazo, no con violencia, pero con una firmeza que dejaba claro que no pensaba darme margen para otra huida. Su mandíbula estaba tensa, y cada paso que daba parecía marcado por una mezcla de furia contenida y cansancio.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó finalmente, sin girarse para mirarme. Su tono era bajo, pero en él había un filo que me hizo estremecer.

—¿Por qué crees? —repliqué, tratando de mantener el mismo ritmo que él mientras el suelo irregular seguía desafiándome—. No soy un animal que puedas encerrar.

Se detuvo de golpe, tan rápido que casi choqué contra él. Giró sobre sus talones para encararme, y sus ojos azules, iluminados por la débil luz de la luna, estaban llenos de una mezcla de rabia e incredulidad.

—¿Eso crees que hago? ¿Encerrarte como un animal?

—¿Qué más podría pensar? —espeté, levantando la barbilla desafiante—. Me trajiste aquí contra mi voluntad. Me quitaste todo. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara sentada agradeciéndote?

Sus labios se tensaron en una línea delgada, y por un momento pensé que iba a gritarme. Pero lo que vino después fue mucho peor.

—Te traje aquí para salvarte.

Su voz era un susurro, pero las palabras golpearon como un trueno.

Lo miré, sin saber cómo responder. Había tantas emociones en su mirada, tantas cosas que no entendía, que por un instante, mi rabia se desvaneció.

—¿Salvarme? —repetí, mi voz más baja.

—Sí, salvarte. —Él dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros hasta que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo—. ¿Crees que tus compatriotas habrían dejado que siguieras viva si supieran lo que significa tenerte aquí?

Fruncí el ceño, confundida por sus palabras.

—¿Qué significa tenerme aquí?

Su risa fue amarga, casi sarcástica.

—Significa que vales más como rehén de lo que valdrías en manos de tu prometido.

Sus palabras me dejaron sin aliento. Por un momento, no supe qué responder, porque parte de mí sabía que lo que decía tenía sentido. Pero eso no cambiaba el hecho de que estaba aquí contra mi voluntad.

—No pedí que me salvaras —dije finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Lo sé. Pero tampoco puedes pedirme que te deje ir.

La tensión entre nosotros era tan palpable que parecía llenar el bosque. Él estaba tan cerca que podía ver cada línea en su rostro, cada sombra de emoción que trataba de ocultar.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunté de repente, mis palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas.

Sus ojos se estrecharon, y por un instante, pensé que no iba a responder. Pero entonces, susurró:

—Porque tú eres la única pieza que puede cambiar este juego.

Sus palabras me desconcertaron, pero antes de que pudiera responder, él dio un paso más cerca,

su mirada fija en la mía.

—¿Y tú? —preguntó, su voz baja y cargada de emoción—. ¿Por qué sigues luchando tanto para escapar?

Mi corazón latía con fuerza, y no podía apartar la mirada de la suya.

—Porque no sé quién soy en este lugar —confesé, sorprendida por mi propia honestidad.

Por un momento, el tiempo pareció detenerse. Sus ojos se suavizaron, y en ellos vi algo que no había esperado: comprensión.

La proximidad entre nosotros era abrumadora, y sentí cómo mi respiración se aceleraba. Había algo en el aire, algo que no podía ignorar, aunque intentara fingir lo contrario.

—No tienes que saberlo ahora —dijo finalmente, su voz apenas un susurro—. Pero necesitas entender que esto no se trata solo de ti.

Sus palabras eran tan frustrantes como lo eran reales. No sabía si odiarlo por ser tan directo o agradecerle por la honestidad. Pero lo único que sabía en ese momento era que la línea entre nosotros, la barrera que tanto me había esforzado por mantener, se estaba desdibujando rápidamente.

Y eso me asustaba más que cualquier bosque oscuro o cualquier intento fallido de huida.

El silencio entre nosotros era tan denso como la niebla que comenzaba a cubrir el bosque. No nos movimos, ni un solo centímetro, atrapados en esa burbuja de tensión que parecía imposible de romper. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir el calor de su aliento en mi piel, un contraste casi absurdo con el frío de la noche.

—Tú nunca lo entiendes, ¿verdad? —murmuró, su voz baja pero cargada de emoción contenida.

Sus ojos azules eran un abismo, y en ellos había algo que no había visto antes: no solo frustración o rabia, sino algo más profundo, algo que se sentía peligrosamente cercano a la vulnerabilidad.

—¿Qué es lo que no entiendo? —pregunté, casi sin aliento.

Él no respondió de inmediato. Su mirada descendió por un instante, como si buscara las palabras adecuadas. Pero cuando volvió a mirarme, no hubo palabras, solo esa conexión inexplicable que parecía llenar el espacio entre nosotros.

—Nada de esto es fácil para mí —confesó finalmente, su voz apenas un susurro—. Pero tampoco lo haces fácil para ti misma.

Sus palabras me dejaron sin respuesta, y en lugar de hablar, me encontré atrapada en el momento, en la intensidad de su mirada. Había algo en su proximidad, en la forma en que sus manos aún sostenían mis brazos con una firmeza que no era agresiva, sino… protectora.

Por un instante, todo lo demás desapareció: el bosque, el castillo, la hostilidad que había definido nuestra relación desde el principio. Solo estábamos él y yo, dos personas que, por razones que no entendía del todo, parecían estar atrapadas en una batalla que era tanto interna como externa.

—Eres insoportable —dije finalmente, en un intento torpe de romper la tensión.

Una sonrisa fugaz cruzó sus labios, y por un momento, la gravedad del momento pareció suavizarse.

—Y tú eres demasiado terca.

—Quizás sea porque no me das otra opción.

—Quizás porque no quiero que la tengas.

El aire entre nosotros cambió de nuevo, antes de que pudiera procesar lo que estaba sucediendo, sentí su mano deslizarse lentamente hacia mi mejilla, sus dedos rozando mi piel con una suavidad que me tomó por sorpresa.

—No deberíamos estar haciendo esto —murmuré, aunque mi voz carecía de convicción.

—No deberías haber intentado escapar. —Su respuesta fue casi un susurro, pero la intensidad en sus ojos era innegable.

Mis labios se separaron ligeramente, pero cualquier réplica que pudiera haber tenido murió antes de formarse. Él estaba tan cerca ahora que podía sentir cada centímetro de su presencia, y aunque mi mente gritaba que esto era un error, mi cuerpo parecía tener otras ideas.

No sé quién dio el primer paso, si fui yo o él, pero de repente la distancia entre nosotros desapareció. Sus labios encontraron los míos con una urgencia que me dejó sin aliento, y sentí cómo una oleada de emociones se desbordaba dentro de mí.

Fue un beso lleno de todo lo que no habíamos dicho, de la tensión que había estado creciendo entre nosotros desde el principio. Su mano se enredó en mi cabello, mientras que la otra permanecía en mi cintura, manteniéndome cerca como si temiera que pudiera desaparecer.

Por un momento, me permití perderme en el calor de su cuerpo, en la intensidad de su toque. Pero entonces, la realidad volvió a golpearme con fuerza.

Lo empujé suavemente, rompiendo el contacto.

—Esto no cambia nada —dije, intentando recuperar el aliento y mi compostura.

Él me miró, su respiración también agitada, y por un momento pensé que iba a decir algo. Pero en lugar de eso, simplemente asintió, dando un paso atrás.

—No, no lo cambia —murmuró finalmente.

El momento había terminado, pero la huella que dejó era imposible de ignorar. Mientras comenzábamos a caminar de regreso al castillo, un silencio cargado de preguntas no formuladas nos envolvía. Podía sentir su mirada ocasionalmente sobre mí, pero no dije nada.

Y aunque intentaba convencerme de que esto no significaba nada, una parte de mí sabía que no era cierto.

* * *

El camino de regreso al castillo transcurrió en un silencio que se sentía más pesado que cualquier palabra. Cada paso que daba parecía resonar en el bosque, pero lo que más ruido hacía era el torbellino de pensamientos en mi cabeza.

Lo había besado. O él me había besado a mí. En realidad, no sabía quién había dado el primer paso, pero lo que sí sabía era que había sucedido. Y ahora, la distancia física entre nosotros era mínima, pero la emocional se sentía abrumadoramente grande.

Miré de reojo al laird. Caminaba unos pasos por delante, con la postura tensa y la mirada fija en el camino. Era imposible saber en qué estaba pensando, y eso me volvía loca. Había esperado furia, reproches, cualquier cosa excepto este silencio opresivo que parecía llenarlo todo.

Cuando las torres del castillo comenzaron a vislumbrarse a través de los árboles, no pude evitar sentir una mezcla de alivio y desesperación. Había querido escapar, huir de este lugar y de todo lo que representaba, pero ahora me encontraba de regreso, y con un peso en el pecho que no podía ignorar.

—¿Por qué no dices nada? —pregunté finalmente, rompiendo el silencio. Mi voz salió más brusca de lo que había planeado, pero no me importó.

Él no se detuvo, ni siquiera giró la cabeza.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé. Algo. Cualquier cosa.

Se detuvo entonces, tan abruptamente que casi choqué contra su espalda. Giró lentamente, y sus ojos azules se encontraron con los míos. Había una intensidad en su mirada que me hizo estremecer, aunque no supe si era por miedo o por algo más.

—No puedo decir nada que cambie lo que pasó ahí atrás —dijo, su tono bajo pero firme—. Y no voy a fingir que no pasó.

—No debió pasar —respondí, aunque las palabras me supieron a mentira incluso mientras las decía.

Él soltó una risa baja, sin humor.

—Quizás no. Pero pasó. Y ahora ambos tenemos que vivir con ello.

Sus palabras dejaron un vacío entre nosotros, un espacio que ninguno parecía saber cómo llenar. Cuando retomó el camino, lo seguí en silencio, sintiendo que cualquier cosa que pudiera decir solo complicaría más las cosas.

Cuando cruzamos las puertas del castillo, las miradas curiosas de los pocos guardias que quedaban en el patio se clavaron en nosotros. Me pregunté cuánto sabían, cuánto sospechaban. Pero el laird no les prestó atención, y yo tampoco.

—Vuelve a tu habitación —dijo finalmente cuando llegamos al pie de la escalera.

Lo miré, esperando algo más, alguna señal de lo que pasaba por su mente. Pero su expresión era impenetrable.

—Eso es todo, entonces —dije, cruzándome de brazos.

—Por esta noche, sí.

Sus ojos se encontraron con los míos una última vez antes de darse la vuelta y desaparecer por uno de los pasillos. Me quedé allí, sola, con una sensación de inquietud que no podía sacudirme.

Cuando finalmente llegué a mi habitación, cerré la puerta con fuerza y me dejé caer sobre la cama. Miré el techo, sintiendo cómo una mezcla de emociones me invadía: confusión, frustración, y algo más que no quería nombrar.

Había querido escapar, pero lo único que había logrado era complicarlo todo aún más. Y aunque me decía a mí misma que no volvería a suceder, una parte de mí sabía que no podía controlar lo que estaba creciendo entre nosotros.

El problema era que no sabía si ese algo era una chispa de comprensión mutua… o una llama que acabaría consumiéndonos a los dos.



Una tregua incómoda

La atmósfera en el castillo estaba cargada, como si las mismas piedras absorbieran la tensión del día. No se trataba de las nubes grises que cubrían el cielo ni del frío que parecía colarse entre las piedras. Era otra cosa, algo que no podía ver, pero que se sentía en cada rincón, en cada mirada furtiva que los miembros del clan me lanzaban mientras me escoltaban de vuelta a mi habitación.

El laird no había dicho una palabra desde nuestro regreso, pero su presencia era suficiente para mantenerme en silencio. Había algo en su expresión, en la forma en que mantenía la mandíbula tensa y los ojos fijos en el camino, que me hacía pensar que estaba a punto de explotar.

Cuando finalmente llegamos a mi habitación, abrió la puerta y se detuvo, indicándome con un gesto que entrara. Lo hice sin discutir, pero me giré de inmediato para enfrentarme a él.

—¿Qué piensas hacer ahora? ¿Poner más guardias en mi puerta?

Él cerró la puerta tras de sí y se quedó allí, apoyado contra el marco, observándome con una intensidad que me hizo sentir expuesta.

—Si es necesario, sí.

—¿Por qué no simplemente me encadenas al suelo? Eso haría las cosas mucho más fáciles para ti, ¿no?

Su expresión no cambió, pero algo en sus ojos se endureció.

—No me provoques, inglesa. Ya he tenido suficiente por hoy.

Me crucé de brazos, manteniendo la mirada fija en la suya.

—No tienes derecho a hacer esto. A mantenerme aquí como si fuera una prisionera sin voz, sin libertad.

—Tienes razón —admitió, para mi sorpresa. Pero antes de que pudiera responder, continuó—: No tengo derecho, pero tampoco tengo otra opción.

—Siempre hay opciones —repliqué, aunque sabía que no era tan simple.

—Tal vez en tu mundo, sí. Pero aquí, cada decisión que tomo puede costarle la vida a alguien.

Su voz era baja, cargada de una mezcla de frustración y algo más profundo. Por un momento, me quedé en silencio, incapaz de encontrar una respuesta.

—A partir de ahora —dijo finalmente, enderezándose—, se establecerán nuevas reglas.

Rodé los ojos.

—Oh, maravilloso. Más reglas.

—No me importa si te gustan o no —respondió con frialdad—. Esto no es un juego, y no puedo permitir que pongas en peligro mi posición ni la seguridad de mi gente con otro intento de huida.

Lo observé mientras enumeraba las restricciones: no salir de mi habitación sin permiso, no interactuar con nadie del clan salvo que él lo autorizara, y, sobre todo, no intentar escapar de nuevo. Su tono era firme, y aunque una parte de mí quería desafiarlo en ese momento, sabía que no lograría nada más que empeorar las cosas.

—¿Eso es todo? —pregunté cuando terminó, cruzándome de brazos con una expresión que intentaba ser desafiante.

Él se inclinó ligeramente hacia adelante, acortando la distancia entre nosotros.

—Esto no es una negociación. Es tu última oportunidad.

Había algo en su voz, algo que me dejó claro que hablaba en serio. Por primera vez, sentí un

escalofrío de algo que no era rabia ni frustración, sino algo más parecido a la cautela.

Él me sostuvo la mirada durante unos segundos más antes de girarse y salir de la habitación, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco.

Me dejé caer en la cama, con el corazón todavía acelerado. Sabía que había cruzado una línea con mi intento de escape, y ahora me encontraba atrapada en un juego que no entendía del todo.

Pero si él pensaba que iba a rendirme sin luchar, estaba muy equivocado.

* * *

El gran salón del castillo estaba lleno de actividad cuando decidí que ya había tenido suficiente de sus "reglas". Los guerreros discutían planes en voz baja mientras las mujeres del clan iban y venían con bandejas de comida y jarras de cerveza. Nadie parecía prestarme demasiada atención, lo que era exactamente lo que necesitaba para poner a prueba sus límites.

Había pasado la mayor parte del día en mi habitación, intentando no pensar en lo humillante que era haber sido arrastrada de vuelta al castillo después de mi fallido intento de escape. Pero cuanto más lo pensaba, más claro me resultaba que no podía seguir permitiéndole controlar cada aspecto de mi vida.

Así que, cuando escuché las voces procedentes del gran salón, decidí que era hora de desafiar sus órdenes.

Entré al salón con la cabeza en alto, sintiendo cómo las conversaciones se apagaban gradualmente mientras las miradas se giraban hacia mí. Podía sentir la tensión en el aire, el desconcierto en los rostros de los presentes. Algunos de los hombres fruncieron el ceño, y una de las mujeres incluso dejó caer una jarra al suelo.

Pero no me importó.

El laird estaba de pie al otro lado de la sala, junto a un grupo de hombres que parecían estar discutiendo algo importante. Cuando me vio, su expresión cambió de sorpresa a una mezcla de furia contenida y una emoción que no supe descifrar.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, su voz firme pero baja, como si no quisiera llamar más la atención de la que ya había provocado mi aparición.

Cruzándome de brazos, me acerqué lentamente, disfrutando de la forma en que todos se apartaban de mi camino.

—Decidí que ya era suficiente de quedarme encerrada.

Sus ojos se estrecharon, y por un momento pensé que iba a arrastrarme fuera del salón allí mismo. Pero en lugar de eso, se acercó a mí con pasos medidos, como si estuviera conteniendo un volcán de emociones.

—Vuelve a tu habitación. Ahora. —Su voz era baja, pero el filo en ella era inconfundible.

—No.

La palabra salió de mi boca antes de que pudiera pensar en las consecuencias, y la sorpresa en su rostro fue casi suficiente recompensa.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que no. —Levanté la barbilla, enfrentándome a su mirada con todo el desafío que podía reunir—. No tienes derecho a tratarme como si fuera una prisionera.

El murmullo en el salón se intensificó, y por un momento pensé que uno de los guerreros intervendría. Pero todos parecían demasiado sorprendidos como para moverse.

El laird dio un paso más cerca, inclinándose ligeramente hacia mí.

—No tienes idea de lo que estás haciendo —dijo en un susurro, tan bajo que solo yo podía escucharlo.

—Oh, creo que sí. Estoy mostrándoles a todos que no te tengo miedo.

La tensión entre nosotros era palpable, y por un momento, pensé que iba a perder el control. Pero en lugar de eso, dio un paso atrás y se giró hacia los presentes.

—Volved a vuestros asuntos. —Su voz resonó en el salón, y los murmullos se apagaron de inmediato.

Luego me tomó del brazo, no con violencia, pero con una firmeza que no admitía discusión, y me condujo fuera del salón.

Cuando llegamos a un pasillo apartado, se detuvo y me soltó, girándose para enfrentarme.

—¿Qué demonios crees que estabas haciendo? —preguntó, su voz contenida pero cargada de frustración.

—Demostrándote que no puedes controlarme.

—¿Eso crees que fue? —Se pasó una mano por el cabello, claramente al borde de perder la paciencia—. Todo lo que hiciste fue ponerme en una posición imposible frente a mi gente.

—Tal vez deberías pensar en por qué sienten que tienen que cuestionarte.

Mis palabras lo golpearon como un látigo, y por un momento, su mirada se oscureció. Pero en lugar de responder, simplemente me observó, como si intentara descifrar qué clase de persona sería capaz de desafiarlo de esa manera.

Finalmente, suspiró y negó con la cabeza.

—Eres imposible.

—Y tú, un tirano.

La esquina de sus labios se curvó ligeramente, como si una sonrisa intentara abrirse paso a pesar de la tensión.

—Vuelve a tu habitación. —Esta vez, su tono era menos severo, pero aún firme.

—¿Y si no quiero?

Él soltó un suspiro cansado.

—Entonces me veré obligado a cargar contigo de nuevo. Y créeme, inglesa, preferiría no tener que hacerlo otra vez.

Esta vez, no discutí. Pero mientras me dirigía de vuelta a mi habitación, no pude evitar sentir que, de alguna manera, había logrado mi pequeño triunfo.

A la mañana siguiente, un golpe en mi puerta me despertó. Apenas había tenido tiempo de desperezarme cuando la puerta se abrió de golpe, y uno de los guerreros del laird, un hombre de aspecto serio y pocas palabras, asomó la cabeza.

—El laird te espera en el patio. Ahora.

—¿Y qué pasa si no quiero? —respondí, todavía algo aturdida por el sueño.

El hombre soltó un gruñido que podría haber sido una risa.

—No es una invitación.

Con un suspiro exagerado, me levanté y me vestí rápidamente. Estaba claro que el laird tenía alguna nueva estrategia para mantenerme "bajo control". Al menos esta vez parecía dispuesto a sacarme de mi habitación, lo cual, a regañadientes, agradecí.

Cuando llegué al patio, lo encontré junto a un grupo de aldeanos y guerreros. Había carromatos llenos de provisiones y cestas de comida apiladas a un lado. Parecía que estaban organizando algo, y

por la expresión severa en el rostro del laird, no era opcional.

—Ah, ahí estás —dijo, cruzándose de brazos cuando me vio—. Llegas justo a tiempo.

—¿Justo a tiempo para qué? —pregunté, intentando igualar su tono sarcástico.

—Hoy ayudarás a repartir suministros.

Lo miré, esperando que fuera una broma.

—¿Perdón?

—No es tan difícil de entender —dijo, con una leve curva en los labios que no llegaba a ser una sonrisa—. Si vas a quedarte aquí, más vale que hagas algo útil.

—¿Así que ahora soy tu sirvienta?

—Llámalo como quieras. Pero esos carromatos no se van a vaciar solos.

Antes de que pudiera protestar, me colocó una cesta en las manos y me guió hacia el primer carromato. Mi orgullo me decía que debía tirarla al suelo y marcharme, pero algo en su actitud me hizo detenerme. Había una seriedad en su mirada, una determinación que me hizo entender que no estaba jugando.

Pasamos las siguientes horas entregando alimentos y mantas a las familias del clan. Aunque al principio no dije una palabra, no pude evitar notar cómo lo recibían. Los aldeanos lo miraban con una mezcla de respeto y gratitud, inclinando la cabeza mientras les hablaba con un tono que, aunque autoritario, también era sorprendentemente cálido.

—¿Siempre haces esto tú mismo? —pregunté en un momento, incapaz de ocultar mi curiosidad.

—Cuando puedo, sí. —Su respuesta fue simple, pero había algo en su tono que sugería que era más que una mera obligación para él.

—¿No tienes suficiente con ser líder? ¿Ahora también te dedicas a cargar cestas?

Se giró para mirarme, y por un momento, vi un destello de algo en sus ojos, como si estuviera evaluando si valía la pena responder.

—No se lidera desde un trono, inglesa. Si quiero que mi gente confíe en mí, tengo que estar dispuesto a ensuciarme las manos.

Sus palabras me dejaron pensando mientras continuábamos con la tarea. Aunque todavía me resistía a admitirlo, había algo admirable en la forma en que asumía su papel. No era solo un líder en el sentido militar; también parecía preocuparse genuinamente por las personas bajo su cuidado.

A medida que el día avanzaba, me encontré observándolo más de lo que debería. Había algo fascinante en la forma en que se movía, en cómo manejaba cada interacción con una mezcla de autoridad y humanidad.

Y aunque todavía me molestaba estar allí, no pude evitar sentir que, por primera vez, estaba viendo un lado de él que no había esperado encontrar.

El día había sido largo, pero la tarea finalmente había terminado. Después de repartir las últimas provisiones, el laird y yo caminamos en silencio de regreso al castillo. El sol comenzaba a descender, tiñendo el cielo de tonos dorados y rosados, y aunque todavía estaba molesta por haber sido arrastrada a esta tarea, no podía ignorar la belleza del paisaje que nos rodeaba.

Cuando llegamos a los establos, él se detuvo de repente, mirando hacia los caballos que descansaban en sus compartimentos. Sin decir una palabra, se apoyó contra la cerca de madera y dejó escapar un suspiro, como si todo el peso del día se manifestara de golpe.

No estaba segura de qué hacer. Había algo diferente en su postura, en la forma en que sus hombros estaban ligeramente caídos, como si el escudo que siempre llevaba consigo estuviera bajando, aunque solo fuera por un momento.

—¿Qué pasa? —pregunté, sorprendiéndome a mí misma por romper el silencio.

Él giró la cabeza hacia mí, y aunque parecía cansado, también había una pequeña sonrisa en la esquina de sus labios.

—Nada en particular. Solo recordaba algo.

—¿Algo bueno o malo?

Se quedó en silencio por un momento, como si estuviera considerando la respuesta.

—Bueno, supongo. Aunque fue hace tanto tiempo que casi parece de otro mundo.

Me acerqué un poco más, incapaz de contener mi curiosidad.

—¿Qué era?

Su mirada se perdió en el horizonte, y durante un momento, parecía más joven, menos laird y más… humano.

—Cuando era un niño, solía escaparme de las reuniones de mi padre. Él era laird antes que yo, y siempre insistía en que debía estar presente para aprender cómo liderar. Pero yo solo quería ser un niño.

—¿Y qué hacías?

—Iba al río. Había un lugar donde el agua formaba una pequeña cascada. Solía quedarme allí durante horas, imaginando que el mundo fuera tan simple como el sonido del agua cayendo.

Había algo en su tono que me desarmó. No era el hombre autoritario que había conocido hasta ahora. Era alguien que había conocido la libertad, aunque solo por breves momentos, y que ahora parecía llevar el peso de todo un mundo sobre sus hombros.

—¿Y ahora? ¿Sigues yendo allí?

Él soltó una risa baja, aunque no había humor en ella.

—No. Hace mucho que no tengo tiempo para eso.

—Tal vez deberías hacerlo.

Sus ojos se encontraron con los míos, y por un instante, pensé que iba a reírse de mi sugerencia. Pero en lugar de eso, simplemente asintió, como si estuviera considerando mis palabras.

—Quizás tengas razón.

La calma entre nosotros era inesperada, y aunque sabía que no duraría, decidí aprovecharla mientras pudiera.

—¿Por qué me contaste eso? —pregunté después de un momento.

—No lo sé. Tal vez porque, por una vez, no siento que tengo que pelear contigo.

Su respuesta me tomó por sorpresa, y antes de que pudiera pensar en una respuesta, él se giró hacia los caballos y comenzó a acariciar el cuello de uno de ellos, terminando la conversación de manera tácita.

Y aunque quería decir algo más, algo que pudiera llenar el vacío que sus palabras habían dejado, me quedé en silencio, observándolo mientras la luz del atardecer jugaba con los contornos de su rostro.

—¿Qué te pasa por la cabeza ahora? —preguntó, con ese tono que parecía mezclar curiosidad y desdén.

—Nada que deba preocuparte —respondí, cruzándome de brazos.

Él soltó una risa baja, sacudiendo la cabeza como si estuviera cansado de mis respuestas.

—Tú siempre tienes algo que decir.

—¿Debería quedarme callada solo porque tú lo dices? —espeté, sintiendo cómo la chispa del enfrentamiento habitual comenzaba a encenderse de nuevo.

—No, pero podrías intentar no hacer esto más difícil de lo que ya es.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo el calor de la rabia comenzaba a subir por mi pecho.

—¿Más difícil para quién? ¿Para ti? Porque déjame recordarte que no fui yo quien decidió secuestrar a alguien para resolver sus problemas.

Sus ojos se oscurecieron, y por un momento pensé que había ido demasiado lejos.

—¿De verdad crees que todo esto se trata de mí? —preguntó, su tono bajo pero cargado de una intensidad que me hizo estremecer—. ¿Que tengo el lujo de preocuparme solo por lo que quiero?

—Pues claro que no —repliqué, incapaz de contenerme—. Pero tampoco tienes derecho a justificar todo lo que haces como si fuera noble. Tus decisiones afectan a otros, tanto como las de los ingleses que dices despreciar.

El silencio que siguió fue tan pesado que casi dolía. Su mandíbula se tensó, y sus manos se cerraron en puños a los lados.

—No compares lo que hago con lo que hacen ellos —dijo finalmente, su voz tan baja que apenas la escuché.

—¿Por qué no? Ambos controlan a las personas, ambos toman lo que quieren sin pedir permiso. ¿Dónde está la diferencia?

Sus pasos resonaron con fuerza cuando acortó la distancia entre nosotros, quedando tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—La diferencia —murmuró, con los dientes apretados—, es que yo no destruyo pueblos por placer. No trato a las personas como peones desechables en un tablero de ajedrez.

Su respuesta fue tan feroz como inesperada, y por un momento, no supe qué decir. Había verdad en sus palabras, pero también un dolor que no podía ignorar.

—Entonces demuéstramelo —dije finalmente, mi voz más baja pero no menos desafiante.

Sus ojos se encontraron con los míos, y el fuego que ardía en ellos comenzó a apagarse ligeramente. Había algo más ahora, algo que no podía descifrar del todo.

—No tengo que demostrártelo a ti —respondió, aunque su tono carecía de la dureza de antes.

El silencio entre nosotros era casi insoportable. Podía sentir mi corazón latiendo con fuerza mientras intentaba ordenar mis pensamientos. Pero antes de que pudiera decir algo más, él se giró y comenzó a alejarse hacia el interior del castillo.

—Piensa lo que quieras, inglesa —dijo, sin mirarme—. Pero algún día entenderás que no todo es tan simple como crees.

Lo observé desaparecer entre las sombras, sintiendo cómo el eco de sus palabras se quedaba conmigo. Sabía que tenía razón en cierto modo, pero admitirlo significaría aceptar que tal vez había estado equivocada todo este tiempo.

Y eso era algo que no estaba lista para hacer.



El primer gesto de bondad

El sol apenas había salido cuando me dirigí al patio, siguiendo la rutina que me había sido impuesta. Cada mañana, debía presentarme para ayudar con las tareas del clan: repartir suministros, cargar cestas, cualquier cosa que me mantuviera ocupada. Según él —mi captor y carcelero—, era mejor que "estar ociosa". Según yo, era una humillación más, un recordatorio de mi posición.

Aunque intentaba ignorar las miradas y los murmullos de los aldeanos, no era fácil. Siempre había alguien susurrando a mis espaldas, y las expresiones de desconfianza eran imposibles de pasar por alto. Hoy, sin embargo, la tensión se sintió aún más pesada desde el momento en que llegué.

—¿Por qué seguimos permitiendo que esta inglesa camine entre nosotros? —gruñó una voz detrás de mí.

Me giré y encontré a un hombre corpulento, con una cicatriz profunda en la mejilla izquierda. Su voz resonó en el aire, atrayendo la atención de todos los que estaban cerca.

—Es un peligro para el clan —continuó, señalándome con un gesto brusco—. ¿Qué pasará cuando trate de escapar otra vez? ¿O cuando traiga a los suyos aquí?

Su tono era ácido, y aunque sus palabras me enfurecieron, me obligué a mantener la calma. Aprendí desde muy joven que mostrar debilidad solo les daba más poder a los demás.

—No traería a nadie —dije finalmente, en un intento de defenderme, pero mi voz sonó mucho más débil de lo que había planeado.

El guerrero rió, una risa amarga y sin humor.

—¿Y por qué habríamos de creerte?

Antes de que pudiera responder, una voz grave cortó el aire como una cuchilla.

—Eso basta.

El guerrero se tensó de inmediato. La figura del laird se materializó entre la multitud, caminando hacia nosotros con una calma que era más aterradora que cualquier grito. Cada paso suyo resonaba en el patio, y aunque su expresión era serena, sus ojos irradiaban una autoridad que no admitía discusión.

—¿Quién te dio permiso para cuestionar mis decisiones? —preguntó, con el tono de alguien que sabía que no necesitaría repetirlo.

El hombre dudó, pero al final se giró hacia él, tratando de defenderse.

—Señor, solo digo lo que muchos piensan. Ella no pertenece aquí, y lo sabes.

—Lo que sé —replicó el laird, su voz ahora más baja pero aún más peligrosa— es que soy yo quien decide quién pertenece aquí y quién no. Y si alguna vez vuelves a hablar así en mi presencia, te lo haré recordar.

El silencio que siguió fue casi más opresivo que sus palabras. El guerrero bajó la mirada, derrotado, mientras el laird giraba la cabeza hacia el resto de los presentes.

—Volved a vuestras tareas.

La multitud se dispersó rápidamente, como hojas arrastradas por el viento. Pero yo no me moví. Estaba demasiado concentrada en observarlo, tratando de entender cómo alguien podía ser tan temido y respetado al mismo tiempo.

Cuando se giró hacia mí, esperé un reproche, pero en su lugar, sus ojos se suavizaron ligeramente.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí lentamente, demasiado sorprendida por el giro de los acontecimientos como para responder con algo más elaborado. Fue entonces cuando alguien detrás de él murmuró su nombre.

—Laird MacGregor, necesitamos su aprobación para los suministros de esta tarde.

La revelación fue tan repentina que casi no la procesé. MacGregor. Por primera vez desde mi captura, tenía algo más que un título o una vaga descripción para referirme a él.

El nombre resonó en mi mente mientras él respondía al hombre con un gesto de asentimiento antes de volver a mirarme.

—Mantente cerca —dijo, su tono volviendo a ser autoritario—. No quiero más problemas hoy.

Y con eso, se dio la vuelta y se alejó, dejando tras de sí una estela de respeto y silencio.

* * *

Después del incidente en el patio, me enviaron de regreso a mi habitación con una orden clara: no salir hasta que se me llamara. Aunque sentía rabia por la manera en que había sido tratada, una parte de mí no pudo ignorar el gesto del laird, que había intervenido para detener al hombre que me atacaba verbalmente. Claro, lo había hecho con ese aire autoritario suyo, como si todo lo que tocara debiera someterse a su voluntad, pero aún así, había sido inesperado.

"MacGregor". Ese era el nombre que había escuchado cuando uno de los guerreros le había dirigido la palabra. No sabía si era su nombre de pila, un título o solo su apellido, pero al menos ahora tenía algo más para referirme a él en mi mente. No era simplemente "él" o "el laird". Ahora era MacGregor, y de algún modo, eso hacía que pareciera más humano, aunque no menos intimidante.

La tarde avanzaba lentamente mientras el ruido del castillo me llegaba a través de las gruesas paredes de piedra. Voces alzadas, pasos apresurados y, de vez en cuando, el eco metálico de armas en movimiento llenaban el aire. Mi curiosidad me ganó cuando, al asomarme al corredor, escuché fragmentos de una conversación que no pude ignorar.

—Ella está bajo mi protección —dijo una voz grave, inconfundible. Era MacGregor.

Me moví sigilosamente hacia el gran salón, manteniéndome fuera de vista detrás de un pilar de piedra. Desde allí, podía ver al laird de pie, enfrentándose a un grupo de hombres que parecían tensos. Uno de ellos, el guerrero que había causado el incidente, estaba con la cabeza gacha frente a él.

—Esto no volverá a suceder, señor —murmuró el hombre, su voz casi inaudible.

—No tiene que volver a suceder —respondió MacGregor, su tono bajo pero cargado de autoridad—. Lo que ocurrió hoy fue una falta de respeto, no solo hacia ella, sino hacia mí. Y si algo así vuelve a ocurrir, no seré tan indulgente.

El hombre tragó saliva y asintió rápidamente antes de apartarse, dejándome con la clara impresión de que había recibido más de un simple regaño.

El anciano que estaba al lado de MacGregor dio un paso adelante, con una mirada preocupada.

—Con respeto, laird, esta decisión sigue dividiendo al clan. Muchos no comprenden por qué la mantenemos aquí.

—No necesitan comprenderlo —replicó MacGregor con frialdad—. Solo necesitan obedecer.

—Y si esta tensión sigue creciendo…

MacGregor se inclinó ligeramente hacia él, con una expresión que parecía tallada en piedra.

—Entonces nos aseguraremos de que no crezca.

El anciano asintió lentamente, aunque su rostro dejó claro que no estaba del todo convencido. Después de unos momentos de silencio, MacGregor hizo un gesto con la mano, indicando que la conversación había terminado.

Me retiré antes de que alguien pudiera notar mi presencia, mi mente corriendo con preguntas. ¿Por qué había dicho que estaba bajo su protección? ¿Qué ganaba él con todo esto?

Mientras regresaba al patio, tratando de parecer distraída, no pude evitar sentir que, aunque había aprendido algo más sobre él, seguía siendo un enigma. **MacGregor**. El nombre resonaba en mi mente, y por alguna razón, no podía quitármelo de la cabeza.

* * *

El día siguiente comenzó de manera similar al anterior, con la misma rutina impuesta de bajar al patio para ayudar en las tareas del clan. Me dijeron que debía "ganarme el pan" —una frase repetida por los guardias con una mezcla de burla y desprecio cada vez que me escoltaban fuera de mi habitación. No respondía; prefería observar y aprender, como siempre. El conocimiento era mi única arma aquí, aunque por ahora parecía insuficiente.

Había pasado buena parte de la mañana supervisando la distribución de suministros, intentando no tropezar con las cestas de mimbre ni con los guerreros que me miraban de reojo. Para ellos, yo no era más que un intruso, un recordatorio de la guerra que los había dividido de mi gente durante generaciones.

Cuando mis tareas se agotaron, me aparté al borde del patio, buscando un momento de calma. Fue entonces cuando noté un grupo de niños jugando junto a los establos, sus risas resonando en el aire fresco de la mañana. Había algo tranquilizador en su despreocupación, en la forma en que sus pequeños cuerpos corrían descalzos entre los barriles y las herramientas apiladas.

Estaba tan absorta observándolos que no lo vi hasta que se agachó junto a ellos. **Él**.

MacGregor, como lo había oído llamar por los demás, se movía entre los niños con una facilidad sorprendente. Su figura alta y fuerte no parecía fuera de lugar entre ellos; de hecho, casi parecía uno más del grupo, aunque los niños apenas llegaban a su cintura. Uno de los pequeños, un niño con cabello rojizo alborotado, estaba intentando levantar una espada de madera que claramente era demasiado pesada para él. MacGregor se inclinó y colocó una mano en su hombro, corrigiendo la postura del niño mientras le hablaba en voz baja. Aunque no podía escuchar las palabras, vi cómo los ojos del pequeño brillaban con entusiasmo.

Otro niña tiró de su capa, y sin perder la paciencia, el laird se giró hacia ella, sonriendo ligeramente antes de sacar algo de su bolsillo: un trozo de madera tallada que entregó como si fuera un tesoro. La niña que lo recibió rió alegremente y corrió a mostrarlo a los demás.

Lo observé en silencio, sintiéndome completamente desconcertada. Este hombre que había demostrado ser implacable con los adultos, incluso con los miembros de su propio clan, ahora mostraba una calidez que nunca habría asociado con él. Era casi como si fueran dos personas diferentes: el laird inflexible y el hombre que, por unos momentos, parecía dejar caer su guardia.

—¿Es siempre tan encantador con los niños? —murmuré sin darme cuenta de que había hablado en voz alta.

Para mi sorpresa, una voz respondió detrás de mí.

—Lo es cuando nadie más lo está mirando.

Me giré bruscamente y me encontré con una mujer que sostenía una cesta llena de lana. Su

cabello oscuro estaba recogido en un moño sencillo, y sus ojos me estudiaban con curiosidad.

—Es un buen hombre, aunque no siempre lo parezca. Puede ser duro, pero tiene un corazón que pocos llegan a conocer.

Cuando se alejó, me quedé inmóvil, procesando lo que acababa de escuchar. Volví la vista al grupo de niños y lo vi inclinarse para hablar con una pequeña que parecía haber tropezado. No era el monstruo que había imaginado, aunque tampoco podía llamarlo amigo.

Todavía no sabía cómo encajar esa nueva información con lo que ya conocía de él, pero había algo que sí era claro: este hombre no era tan fácil de descifrar como me gustaría.

* * *

Para mi sorpresa, cuando uno de los guardias me escoltó al salón principal al caer la tarde, no me llevaron a la mesa común donde comía con los demás del clan. En lugar de eso, me dirigieron a una pequeña mesa junto al fuego. En ella había un plato sencillo de estofado y pan, pero también una segunda silla, vacía, que me dejó desconcertada.

Me senté, tratando de no parecer impresionada. Sin embargo, mi confusión creció cuando él entró. **MacGregor**. Con pasos firmes, cruzó el salón y se sentó frente a mí, como si compartir una cena con su prisionera fuera lo más natural del mundo.

—¿Un gesto de caridad? —pregunté, incapaz de resistirme a provocarlo mientras tomaba un trozo de pan.

—Prefiero llamarlo pragmatismo —respondió, con su tono tranquilo e imperturbable. Tomó el cuenco frente a él y empezó a comer sin prestarme más atención, lo que, de algún modo, me irritó más de lo que debería.

El silencio se alargó mientras ambos comíamos. Finalmente, decidí romperlo, incapaz de soportar la curiosidad que llevaba días acumulándose.

—No sé tu nombre.

Sus ojos se levantaron del plato, y aunque su rostro permaneció impasible, había algo en su mirada que me dio la impresión de que estaba evaluando cómo responder.

—Duncan. Duncan MacGregor.

El nombre era simple, pero no por eso menos impactante. Lo probé mentalmente, intentando imaginar cómo encajaba con el hombre frente a mí. Duncan.

—¿No quieres saber el mío? —pregunté después de un momento, inclinándome ligeramente hacia él.

Él dejó la cuchara sobre la mesa, se reclinó en su silla y me miró directamente, con una leve curva en los labios que casi podría calificarse de sonrisa.

—Ya lo sé. Catherine Ashbury.

Mis labios se entreabrieron en una mezcla de sorpresa e indignación.

—¿Y cómo es que tú sabes mi nombre, pero me llamas "inglesa" todo el tiempo?

Duncan entrelazó los dedos sobre la mesa, como si estuviera disfrutando del efecto que sus palabras tenían en mí.

—Porque "inglesa" es lo que eres para mi gente. Un nombre no cambia eso.

—Y para ti, ¿qué soy? —insistí, sintiendo que su respuesta era un desafío velado.

Él no respondió de inmediato. Sus ojos permanecieron fijos en los míos, evaluándome con una intensidad que hizo que mis mejillas ardieran. Finalmente, inclinó la cabeza ligeramente, como si

aceptara algo en silencio.

—Eres mi prisionera, pero eso no significa que no pueda llamarte por tu nombre.

—Entonces hazlo —dije, enderezándome en mi silla—. Llámame Kate.

Duncan levantó una ceja, claramente sorprendido por mi elección.

—¿Kate?

—Es lo que prefiero. Catherine es demasiado… formal.

Pareció considerar mi petición durante un momento, luego asintió con un gesto casi imperceptible.

—Kate, entonces.

Una extraña sensación de alivio y satisfacción recorrió mi cuerpo al escuchar mi nombre en su voz. Era como si, de algún modo, el simple acto de usarlo hubiera creado un puente entre nosotros, aunque precario y frágil.

—Duncan —dije, probando su nombre por primera vez en voz alta.

Él no dijo nada, pero la forma en que sus ojos brillaron bajo la luz del fuego me hizo pensar que, por primera vez, algo había cambiado entre nosotros.

Cuando la cena terminó, Duncan —ahora podía llamarlo por su nombre— se levantó de la mesa con la misma seguridad que siempre, pero había algo distinto en el ambiente. Era casi imperceptible, una tensión menos pesada, una distancia que ya no parecía tan insalvable. Me quedé sentada, observando cómo recogía su capa del respaldo de la silla.

—¿Vendrás mañana a repartir suministros? —preguntó sin mirarme, mientras ajustaba la hebilla del cinturón.

—¿Tengo opción? —respondí, incapaz de reprimir una sonrisa sarcástica.

Él se giró entonces, y aunque su expresión seguía siendo seria, había una ligera curva en la comisura de sus labios.

—No.

Lo vi marcharse con pasos firmes, dejando tras de sí el eco de sus botas en el suelo de piedra. Me quedé sola en la sala, con la chimenea crepitando suavemente y el olor del estofado aún flotando en el aire. Por primera vez desde que llegué aquí, me sentí… menos ajena.

Cuando finalmente me levanté, caminé lentamente hacia la ventana que daba al patio. La noche había caído por completo, y la tenue luz de las antorchas iluminaba el terreno en sombras. Desde allí, podía ver a algunos hombres montando guardia, y más allá, el bosque que rodeaba el castillo se perdía en la oscuridad.

Mi mente volvía una y otra vez a la conversación que acabábamos de tener. Había algo profundamente desconcertante en Duncan. Era autoritario, implacable, y parecía saber demasiado sobre mí, pero también era justo y, en ciertos momentos, incluso humano. No era el monstruo que había imaginado al principio.

A la mañana siguiente, mientras ayudaba a cargar cestas en el patio, vi a Duncan hablando con uno de los líderes del clan. Su postura era relajada, pero incluso a esa distancia podía sentir la autoridad que emanaba de él. Los aldeanos y guerreros lo miraban con una mezcla de respeto y miedo, una combinación que, hasta ahora, no había comprendido del todo.

"¿Qué ve su gente en él?", me pregunté, observando cómo daba instrucciones con calma pero con firmeza. Entonces lo entendí. No era solo su fuerza física ni su posición como laird. Era su capacidad para cargar con el peso de todo un clan sin tambalearse. Incluso cuando tomaba decisiones impopulares, como mantenerme aquí, lo hacía con una convicción inquebrantable.

Por primera vez, me pregunté si estaba siendo justa con él. Hasta ahora, lo había considerado mi enemigo, un hombre sin más motivación que el poder. Pero quizás había más en él de lo que quería admitir. Tal vez incluso más de lo que él mismo mostraba.

—¡Kate! —gritó uno de los guardias, sacándome de mis pensamientos. El uso de mi nombre, aunque dicho con brusquedad, me hizo volver a la realidad con un sobresalto.

Volví a centrarme en mi tarea, pero no pude evitar una sonrisa ligera. Aunque no sabía qué esperaba de los días que venían, algo había cambiado entre Duncan y yo. Habíamos empezado a vernos no solo como el laird y su prisionera, sino como dos personas atrapadas en circunstancias más grandes que nosotros mismos.

Y aunque no lo sabía con certeza, una pequeña parte de mí comenzó a preguntarse si él también lo sentía.



Confesiones a medias

Esa noche, el aire en mi habitación tenía un peso incómodo, como si las paredes contuvieran más que el frío. Por más que lo intentaba, no podía conciliar el sueño. Mi mente no dejaba de repasar los acontecimientos de los últimos días: la extraña conexión que empezaba a formarse entre Duncan y yo, los murmullos del clan, y esa incómoda sensación de que había mucho más bajo la superficie de este lugar y de este hombre de lo que podía comprender.

Cansada de dar vueltas en la cama, me levanté y caminé hacia la ventana, buscando un poco de alivio en la brisa nocturna. Desde allí, podía ver el patio del castillo, iluminado tenuemente por unas pocas antorchas y la pálida luz de la luna. Estaba vacío, o al menos eso pensé al principio.

Una figura en movimiento captó mi atención. Duncan estaba allí, en el centro del patio, con una espada en la mano.

Me quedé inmóvil, observándolo desde las sombras de mi habitación. Llevaba una camisa sencilla, las mangas enrolladas hasta los codos, y sus movimientos eran precisos y controlados. La hoja de su espada destellaba cada vez que reflejaba la luz de las antorchas, dibujando destellos de acero en el aire. No estaba luchando contra nadie, pero sus movimientos eran tan intensos como si tuviera un oponente invisible frente a él.

Era hipnótico, casi como si estuviera viendo una danza en lugar de un entrenamiento. Podía notar la concentración en cada uno de sus gestos, la forma en que su cuerpo se movía con fluidez, como si hubiera nacido con una espada en la mano. Pero también había algo más. Algo en la rigidez de sus hombros y en la manera en que golpeaba el aire me hacía pensar que no solo estaba entrenando. Estaba liberando algo.

Me apoyé en el marco de la ventana, incapaz de apartar la mirada. Por primera vez, me di cuenta de cuán solo parecía. Durante el día, Duncan siempre estaba rodeado de su gente, emitiendo esa aura de autoridad que hacía que todos lo respetaran, incluso cuando lo cuestionaban. Pero aquí, bajo la luz de la luna, parecía un hombre completamente distinto: alguien que llevaba un peso demasiado grande, incluso para sus amplios hombros.

El ruido del metal al chocar contra la piedra me hizo parpadear. Había dejado caer la espada, y ahora estaba de pie, con las manos apoyadas en las rodillas, respirando profundamente. Su cabello estaba húmedo, pegado a su frente, y su pecho subía y bajaba rápidamente bajo la tela de su camisa.

Por un momento, pensé en volver a la cama, fingir que no había visto nada. Pero algo me detuvo. Quizás fue la expresión de su rostro, la mezcla de cansancio y frustración, o tal vez la forma en que el silencio del castillo parecía acentuar su soledad.

Antes de darme cuenta, estaba abriendo la puerta de mi habitación y caminando hacia las escaleras.

El aire nocturno era frío cuando bajé al patio, pero la sensación en mi piel fue un alivio después de estar encerrada en mi habitación durante horas. Avancé despacio, sin saber exactamente qué diría o por qué estaba bajando en primer lugar. Quizá fue la curiosidad, quizá el simple hecho de que necesitaba un respiro de mi propia mente.

Duncan seguía en el centro del patio, ajeno a mi presencia. Se había quitado la capa y la camisa estaba empapada de sudor, pegándose a su espalda y revelando las líneas de los músculos que se tensaban con cada movimiento. Recogió la espada del suelo, se enderezó y giró ligeramente, sus ojos

encontrándose con los míos antes de que pudiera pensar en esconderme.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada. Su mirada no era de sorpresa, sino de algo más difícil de descifrar: expectación mezclada con una leve curiosidad.

—¿No puedes dormir? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

—No —respondí, tratando de no dejar que mi voz temblara bajo su escrutinio—. ¿Y tú?

Dejó escapar una pequeña risa, baja y sin humor, mientras limpiaba la hoja de la espada con un paño que tenía a un lado.

—El sueño no siempre viene fácil.

Me acerqué unos pasos, sintiendo la aspereza de las piedras bajo mis pies a través de las suelas de los zapatos.

—¿Siempre entrenas a estas horas? —pregunté, más para llenar el silencio que por verdadera curiosidad.

—Solo cuando lo necesito —respondió, sin levantar la vista.

—¿Y lo necesitas mucho?

Esa vez levantó la cabeza, sus ojos encontrándose con los míos. Había un destello de algo oscuro en su mirada, algo que no esperaba y que me hizo tragar saliva.

—A veces más de lo que debería.

No sabía qué responder a eso, así que me quedé en silencio, observándolo mientras terminaba de limpiar la espada y la guardaba en una vaina que había dejado a un lado. Cuando finalmente se enderezó completamente, dio un paso hacia mí. Aunque la distancia entre nosotros seguía siendo prudente, la intensidad de su presencia parecía llenar el espacio.

—¿Por qué bajaste? —preguntó, su voz más suave que de costumbre.

No sabía qué decir. Ni siquiera estaba segura de la respuesta. Así que, en lugar de mentir, dije la verdad:

—Te vi desde mi ventana. Parecías… preocupado.

Su ceja se alzó ligeramente, como si no estuviera seguro de cómo interpretar mis palabras.

—¿Y eso te preocupó a ti?

Me crucé de brazos, más como un escudo que por comodidad.

—No diría eso. Solo me llamó la atención.

Un leve silencio cayó entre nosotros, pero no era incómodo. De algún modo, parecía que ambos estábamos evaluando al otro, tratando de entender algo que ninguno de los dos estaba dispuesto a decir en voz alta.

Finalmente, Duncan rompió la tensión al moverse hacia una de las paredes del patio, apoyándose contra ella y mirando hacia las estrellas.

—Cuando era niño, mi padre solía decirme que el liderazgo no te permite descansar. Siempre hay algo que hacer, alguien que proteger, un problema que resolver. Supongo que tenía razón.

No esperaba que dijera algo tan personal, y me tomó un momento procesar sus palabras.

—Eso suena… agotador —respondí finalmente, caminando hasta quedarme a unos pasos de él.

—Lo es. —Giró la cabeza hacia mí, su mirada ahora menos dura, casi vulnerable—. Pero es mi responsabilidad, y no cambiaría eso por nada.

Había algo en su tono que me hizo pensar en todo lo que no estaba diciendo, en el peso que debía cargar cada día. Por primera vez, sentí una punzada de empatía hacia él, una sensación que no sabía muy bien cómo manejar.

—Parece que tú también tienes cosas que te quitan el sueño —añadió, devolviéndome la pregunta

de manera indirecta.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque si no las tuvieras, no estarías aquí ahora.

No pude evitar una pequeña sonrisa ante su respuesta, aunque también me dejó pensando en cuán observador era este hombre. Me quedé mirando las estrellas por un momento, sintiéndome extrañamente cómoda en su presencia.

Por un momento, solo el sonido del viento llenaba el patio. Duncan seguía apoyado contra la pared de piedra, con los ojos fijos en el cielo estrellado. Aunque estaba acostumbrada a su silencio imponente, esta vez se sentía diferente, casi como si estuviera pensando en voz alta, aunque sin decir nada.

—¿Siempre llevas el peso del mundo en los hombros? —pregunté, rompiendo el silencio. No esperaba que respondiera, pero lo hizo.

—Solo cuando el mundo depende de ello. —Su respuesta fue rápida, casi automática, pero su tono tenía un matiz de cansancio que no podía ignorar.

Me acerqué un poco más, sin saber muy bien por qué. Había algo en su postura, en la forma en que mantenía la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo, que me hizo sentir que estaba viendo un lado de él que no mostraba a menudo.

—Debe ser difícil. —Mis palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, pero no me arrepentí.

Él dejó escapar un suspiro largo, como si el aire que había estado conteniendo finalmente lo abandonara.

—Difícil no empieza a cubrirlo. —Miró hacia el suelo por un momento antes de enderezarse y cruzar los brazos—. No elegí esto. Liderar el clan era el deber de mi hermano mayor.

Me quedé inmóvil, sorprendida por su confesión. Era la primera vez que mencionaba algo sobre su familia, y aunque no podía adivinar todo lo que significaba, el dolor en su voz era evidente.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté con cautela, temiendo haber cruzado una línea.

Duncan alzó la vista hacia las estrellas, su rostro endurecido.

—Murió. Durante una emboscada inglesa. Tenía apenas veinticinco años.

Su respuesta me golpeó con fuerza. Aunque había escuchado historias sobre las tensiones y los enfrentamientos entre ingleses y escoceses, nunca los había asociado con un rostro, con una pérdida concreta.

—Lo siento… —murmuré, sintiendo que las palabras eran insuficientes.

Él giró la cabeza hacia mí, con una expresión que era difícil de leer.

—No tienes por qué disculparte. No fuiste tú quien lo mató.

El frío de sus palabras contrastaba con la intensidad en su mirada, y por un momento pensé que nuestra frágil tregua se rompería. Pero entonces, su expresión cambió. La dureza en sus ojos se suavizó, dejando paso a algo más vulnerable.

—Desde entonces, he hecho todo lo que he podido para proteger a este clan. —Su voz era más baja ahora, casi un susurro—. Y cada decisión que tomo, cada paso que doy, está marcado por ese día.

Me quedé en silencio, incapaz de encontrar algo que decir. Había visto a Duncan como un hombre implacable, alguien que se regía por su deber y su autoridad. Pero ahora, estaba viendo las cicatrices que ese deber había dejado en él, tanto físicas como emocionales.

—Debió de ser un buen hombre —dije finalmente, tratando de encontrar las palabras correctas.

Él asintió lentamente, con una sombra de tristeza en su rostro.

—Lo era. Mucho mejor de lo que yo podría ser.

—No creo que eso sea cierto. —No estaba segura de por qué lo dije, pero lo hice, y su mirada se encontró con la mía de inmediato.

Había algo en sus ojos en ese momento, una mezcla de sorpresa y algo más, algo que no podía identificar del todo. No dijo nada, pero el silencio que siguió fue más elocuente que cualquier palabra.

El silencio entre nosotros era denso, pero no incómodo. Era el tipo de silencio que dejaba espacio para procesar, para sentir el peso de las palabras que se habían dicho y, tal vez, para considerar las que aún estaban por venir. Duncan seguía mirando al cielo, como si buscara respuestas en las estrellas, mientras yo lo observaba desde un lado, intentando descifrar lo que sentía en ese momento.

No sé qué me llevó a acercarme más, pero cuando di un paso hacia él, no retrocedió. Por el contrario, me pareció que su postura, rígida y distante hasta ese momento, se relajaba un poco, como si mi proximidad le quitara parte de la carga que llevaba.

—A veces pienso que todo esto es demasiado para una sola persona —dije, rompiendo el silencio. No sabía si me refería a él, a mí, o a ambos, pero las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

Él giró la cabeza hacia mí, y esta vez no había dureza en su mirada, solo un cansancio que parecía demasiado profundo para alguien de su edad.

—Lo es —respondió finalmente—, pero no tengo otra opción.

Sus palabras eran simples, pero el peso detrás de ellas era evidente. Me hizo pensar en las responsabilidades que yo misma había cargado como hija de una familia noble, pero también en cómo esas responsabilidades palidecían en comparación con las suyas.

—Debes sentirte muy solo.

No sé por qué dije eso, pero su reacción me sorprendió. En lugar de apartar la mirada o negar mi afirmación, dejó escapar una risa baja y sin humor.

—La soledad es parte del trato, ¿no? —respondió, inclinando ligeramente la cabeza hacia mí—. Aunque, debo admitir, no esperaba discutir esto con una prisionera inglesa.

Su comentario, aunque cargado de sarcasmo, tenía un matiz de honestidad que me hizo sonreír.

—Supongo que las circunstancias nos hacen compañeros improbables.

Él levantó una ceja, y por un momento, pensé que haría algún comentario mordaz. Pero en lugar de eso, simplemente asintió, como si aceptara mi observación.

El viento nocturno se levantó ligeramente, haciendo que el frío se colara a través de la tela de mi vestido. Me abracé a mí misma, tratando de conservar el calor, y Duncan notó mi incomodidad. Sin decir nada, caminó hacia uno de los bancos donde había dejado su capa.

Cuando volvió, en lugar de ofrecerme la capa, sacó una manta de lana gruesa que había traído consigo. Me la extendió sin ceremonia, como si fuera lo más natural del mundo.

—Toma esto.

Lo miré, sorprendida por el gesto.

—No es necesario…

—Insisto —dijo, cortándome antes de que pudiera protestar más. Sus ojos se encontraron con los míos, y había algo en ellos, una mezcla de cuidado y autoridad, que me hizo aceptar la manta sin más objeciones.

El peso de la lana sobre mis hombros era cálido y reconfortante, y por un momento, olvidé que estábamos en lados opuestos de un conflicto.

—Gracias —dije finalmente, rompiendo el silencio.

Él asintió, pero no dijo nada. En lugar de eso, se apoyó nuevamente contra la pared, dejando que el silencio se instalara entre nosotros una vez más. Esta vez, sin embargo, no se sentía tenso ni incómodo. Era un silencio compartido, uno que hablaba de algo que ninguno de los dos estaba listo para admitir.

El frío de la noche parecía menos implacable con la manta que Duncan me había dado envolviendo mis hombros. El calor de la lana gruesa no solo ahuyentaba el aire gélido, sino que también traía consigo una extraña sensación de seguridad, algo que no había sentido desde que me llevaron a este lugar.

Me encontraba mirando las estrellas, pero mi mente estaba fija en él. Duncan seguía a mi lado, apoyado contra la pared del patio, su mirada también perdida en el cielo nocturno. Había algo profundamente desconcertante en la calma que irradiaba. No era la calma de alguien despreocupado, sino de alguien que había aprendido a convivir con el caos.

—Es curioso —dije finalmente, mi voz rompiendo el silencio—. Nunca pensé que compartiría una noche tranquila con el hombre que me capturó.

Él giró la cabeza hacia mí, y por un momento, pensé que iba a hacer algún comentario sarcástico. Pero en lugar de eso, dejó escapar una ligera sonrisa, una que apenas alcanzó sus ojos.

—La vida tiene formas curiosas de unir a las personas.

Su respuesta me tomó por sorpresa, no por las palabras en sí, sino por el tono con el que las dijo. No había sarcasmo ni burla, solo una sinceridad tranquila que no esperaba de él.

Me abracé un poco más a la manta, sintiéndome extrañamente expuesta bajo su mirada. No era una mirada hostil ni condescendiente; era algo más cálido, algo que hacía que mi corazón latiera un poco más rápido de lo que debería.

—¿Siempre llevas una manta contigo? —pregunté, intentando aligerar el ambiente.

Él soltó una risa baja, una que parecía más genuina que las que había oído antes.

—No. Pero las noches en las Highlands pueden ser despiadadas. Aprendes a estar preparado.

—Supongo que esa es la clave para liderar a un clan, ¿no? —dije, alzando una ceja.

Duncan asintió, su rostro volviendo a adoptar esa expresión seria que parecía ser su estado natural.

—No puedes permitirte ser sorprendido. Ni por el enemigo ni por tus propias emociones.

Sus últimas palabras resonaron en mi mente, cargadas de un peso que no podía ignorar. Me quedé en silencio, observándolo mientras él volvía a dirigir su mirada al cielo. Había algo profundamente humano en él en ese momento, algo que me hizo cuestionar nuevamente todo lo que creía saber sobre este hombre.

Después de un rato, él se separó de la pared y me miró directamente.

—Será mejor que vuelvas a tu habitación. La noche es larga, pero el día será más largo.

No era una orden, pero tampoco una sugerencia. Me levanté lentamente, ajustando la manta sobre mis hombros.

—Gracias —dije, refiriéndome no solo a la manta, sino también a la conversación, aunque no estaba segura de que él lo entendiera.

Él asintió con la cabeza, pero no dijo nada más. Mientras regresaba a mi habitación, sentí su mirada siguiéndome, y aunque no lo miré directamente, su presencia era imposible de ignorar.

Cerré la puerta detrás de mí y me dejé caer en el borde de la cama, aún envuelta en la manta. Algo había cambiado esa noche, algo que no podía nombrar ni definir, pero que sabía que marcaría

un antes y un después.

Y mientras me acomodaba para intentar dormir, no podía dejar de pensar en cómo una simple manta podía significar tanto.



Una alianza necesaria

El día comenzó con un bullicio inusual en el patio del castillo. Desde mi ventana, pude ver a varios hombres reunidos en pequeños grupos, hablando en voz baja pero con gestos exagerados que revelaban su frustración. Aunque todavía no sabía qué ocurría, había aprendido a reconocer los signos de tensión en el clan, y esta mañana era particularmente evidente.

Cuando el guardia llegó para escoltarme al patio, intenté sonsacarle algo, pero, como de costumbre, sus respuestas fueron monosílabos gruñidos que no aclaraban nada. Sin embargo, al llegar, noté que Duncan estaba en el centro del grupo, con los brazos cruzados y el ceño fruncido. Su postura irradiaba autoridad, pero también impaciencia.

—¿Qué está pasando? —pregunté al guardia, mientras me empujaba suavemente hacia donde solía realizar mis tareas.

—Disputa territorial —respondió finalmente, aunque sin darme más detalles.

Mientras comenzaba a ayudar con las cestas, escuché más fragmentos de conversaciones. Dos familias del clan, al parecer, estaban enfrentadas por una pequeña franja de tierra en la frontera. Aunque en apariencia el problema parecía trivial, cualquier división interna podía escalar rápidamente y convertirse en algo más peligroso.

Cuando Duncan se giró hacia mí, su mirada era tan intensa que, por un momento, pensé que había hecho algo mal. Sin embargo, en lugar de reprenderme, hizo un gesto para que me acercara.

—¿Qué ocurre? —pregunté, tratando de no mostrar mi sorpresa.

—Voy a las tierras en disputa para mediar —dijo, su tono seco y directo. Luego, tras una breve pausa, añadió—: Y tú vienes conmigo.

Me quedé inmóvil, parpadeando mientras intentaba procesar sus palabras.

—¿Qué? ¿Por qué?

Él me lanzó una mirada que claramente decía que no estaba dispuesto a discutirlo.

—Porque a veces, un extraño puede ver lo que nosotros no. Además, será un buen recordatorio para el clan de que no somos tan diferentes como nos gusta pensar.

Quise protestar, pero sabía que sería inútil. Así que, con un suspiro, me dejé guiar hacia los caballos que ya estaban preparados.

El viaje fue silencioso al principio. Duncan cabalgaba al frente, su postura rígida como siempre, mientras yo intentaba mantenerme al ritmo detrás de él. Los hombres que nos acompañaban, un pequeño grupo de guerreros, también permanecían en silencio, aunque sus miradas ocasionales hacia mí eran suficientes para recordarme que todavía no confiaban en mí.

Finalmente, llegamos a un claro donde dos grupos de aldeanos ya nos esperaban. La tensión en el aire era palpable. Aunque no entendía todo lo que decían, los tonos de sus voces eran lo suficientemente claros: ambos lados se sentían profundamente agraviados y no estaban dispuestos a ceder.

Duncan desmontó de su caballo con la misma autoridad que siempre, y yo lo seguí, intentando no tropezar mientras me ajustaba la falda. Cuando los dos grupos lo vieron, sus discusiones cesaron de inmediato. Había algo en su presencia que exigía respeto, incluso en medio de un conflicto.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó, su voz firme pero sin alzarla.

Uno de los hombres dio un paso adelante, señalando al otro grupo.

—Laird, ellos han estado cultivando más allá de lo que acordamos. Esa tierra nos pertenece, y ellos lo saben.

El hombre al que señalaba avanzó a su vez, con las manos cerradas en puños.

—No es cierto. Mi familia ha trabajado esa tierra durante generaciones. Los límites nunca han sido claros.

Duncan escuchaba en silencio, su expresión tan inmutable como una roca, mientras los dos hombres continuaban exponiendo sus quejas. Yo, por mi parte, me mantuve al margen, observando. Aunque no entendía todos los matices del problema, algo en sus argumentos me llamó la atención, un detalle que parecía haber pasado desapercibido.

Mientras las voces subían de tono nuevamente, sentí un impulso inesperado de intervenir. Me debatí entre quedarme callada o arriesgarme a hablar, pero antes de poder decidir, Duncan giró ligeramente la cabeza hacia mí.

—¿Tienes algo que decir, inglesa?

Era la primera vez que me dirigía directamente en medio de una situación como esta, y aunque su tono tenía un matiz de desafío, también parecía que realmente quería saber lo que pensaba.

Respiré hondo, preparándome para lo que sabía que sería una reacción mixta.

—Creo que sí.

Las miradas de los aldeanos se clavaron en mí, mezclando incredulidad y desconfianza. Duncan, de pie con los brazos cruzados, me observaba con ese aire de expectación que ya empezaba a conocer bien. Claramente, disfrutaba verme bajo presión, pero también parecía genuinamente interesado en lo que tenía que decir.

Respiré hondo y di un paso adelante. No sabía si mi intervención sería bien recibida, pero no había vuelta atrás.

—Por lo que entiendo —comencé, mirando a ambas familias—, solo uno de ustedes tiene interés en cultivar esta tierra, ¿verdad?

Ambos grupos asintieron, aunque con cierta cautela. Uno de los hombres, el líder de la familia que no quería cultivar, frunció el ceño.

—No la necesitamos para eso. Pero es nuestra por derecho.

—¿Derecho basado en qué? —pregunté, intentando no sonar demasiado desafiante.

—Tradición —respondió con firmeza.

Asentí lentamente, como si estuviera considerando sus palabras. Luego, me giré hacia el líder de la otra familia.

—¿Y ustedes estarían dispuestos a compartir lo que cultiven si se les permite usar la tierra?

El hombre parecía sorprendido por la pregunta, pero después de un momento, asintió con cautela.

—Podríamos. Si eso resuelve el problema.

Volví a centrarme en ambos grupos, sintiendo cómo las palabras iban cobrando forma en mi mente.

—Entonces, ¿por qué no llegar a un acuerdo? —dije, dirigiéndome al líder de la familia que no quiere cultivar—. Ustedes ceden el derecho de uso de la tierra, pero a cambio, ellos se comprometen a ayudarles con otras tareas del clan. Podrían encargarse del pastoreo durante la temporada de invierno, o ayudar con la recolección de leña para sus hogares.

El silencio que siguió fue casi palpable. Podía sentir la tensión en el aire mientras los dos líderes intercambiaban miradas, claramente evaluando la propuesta. Duncan, a mi lado, permanecía

inmóvil, aunque noté un leve brillo en sus ojos, como si estuviera disfrutando del espectáculo.

—Eso podría funcionar —dijo finalmente el líder de la familia que no quería cultivar, aunque con cierto escepticismo.

—Siempre y cuando cumplan con su parte —añadió el otro hombre, mirando a su rival con recelo.

Duncan dio un paso adelante, su voz resonando con autoridad.

—Si llegamos a este acuerdo, será bajo mi supervisión. Ambos grupos deberán respetar los términos. Si alguno no cumple, enfrentarán las consecuencias.

Ambos hombres asintieron, aunque todavía se notaba la tensión en sus rostros.

—Bien —continuó Duncan—. Sellaremos este acuerdo aquí y ahora. Que cada líder dé su palabra frente al resto del clan.

Uno a uno, los dos hombres declararon su compromiso frente a los presentes, con sus voces firmes aunque algo reticentes. Al final, se dieron la mano con un apretón rápido y poco entusiasta, pero suficiente para marcar el inicio de la tregua.

Cuando todo terminó, Duncan se giró hacia mí.

—No esperaba que tuvieras una solución tan… práctica —dijo en voz baja, para que solo yo pudiera escucharlo.

—No todo se resuelve con espadas, MacGregor. —Le respondí con una sonrisa ligera, usando su apellido como solía hacerlo.

Por primera vez, vi que sus labios se curvaban en algo que parecía un destello de diversión.

—Quizá no. Pero a veces, las palabras pueden ser igual de peligrosas.

Mientras regresábamos a los caballos, no pude evitar sentir una ligera satisfacción. Había logrado algo, aunque fuera pequeño, y el reconocimiento silencioso en la mirada de Duncan era suficiente recompensa por ahora.

El viaje de regreso al castillo comenzó en un silencio cargado, el tipo de silencio que se siente cuando algo importante acaba de ocurrir y todos están reflexionando sobre ello. Aunque las familias habían aceptado el acuerdo, las tensiones aún estaban latentes, como brasas bajo la ceniza. Los guerreros del clan cabalgaban a nuestro alrededor, sus rostros inexpresivos, mientras yo intentaba descifrar los pensamientos de Duncan.

Él iba unos pasos por delante, su espalda recta y su postura tan rígida como siempre. Aunque no había dicho nada desde que dejamos el claro, sentía que estaba evaluándome de alguna manera, midiendo lo que acababa de ocurrir. Finalmente, no pude soportar más el silencio.

—No pareces muy convencido de cómo terminó todo.

Duncan giró ligeramente la cabeza, lo justo para mirarme por el rabillo del ojo, antes de devolver su atención al camino.

—No está mal para ser tu primera intervención.

—¿"No está mal"? —repetí, sintiendo una mezcla de irritación y diversión.

Él dejó escapar una leve risa, algo rara en él, pero no tan inusual como para sorprenderme por completo.

—Los acuerdos son solo palabras hasta que alguien decide cumplirlas. El tiempo dirá si tu solución funciona.

No pude evitar sonreír. Era lo más cercano a un cumplido que había recibido de él, y aunque no lo admitiría, sentí una pequeña chispa de orgullo.

El camino nos llevó por un sendero que bordeaba un río. Las aguas corrían tranquilas, reflejando

la luz del sol que ya comenzaba a descender. El sonido relajante del agua y el murmullo de los árboles me hicieron soltar un suspiro. Por primera vez en días, sentí que podía respirar con algo de tranquilidad.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó de repente, su voz rompiendo el silencio.

Lo miré, sorprendida por su pregunta.

—¿Hacer qué?

—Intervenir. Podrías haberte quedado callada.

—¿Y dejar que se mataran entre ellos por algo tan trivial? —respondí, con un tono que dejaba clara mi opinión sobre el asunto.

Duncan dejó escapar un sonido que podría interpretarse como una risa breve o un resoplido, no estaba segura.

—No esperaba que una inglesa se preocupara tanto por los problemas de un clan escocés.

Rodé los ojos, aunque sabía que no podía verme desde su posición.

—A veces me pregunto si tienes algo más que sarcasmo en tu repertorio.

Duncan se giró hacia mí, y por primera vez en el viaje, sus ojos se encontraron directamente con los míos.

—Quizás, pero no suelo mostrarlo a menudo.

La intensidad de su mirada me dejó sin palabras. Había algo en sus ojos, una mezcla de desafío y algo más profundo que no podía identificar. Me sentí vulnerable bajo su escrutinio, pero también extrañamente fascinada.

El momento se rompió cuando uno de los guerreros que cabalgaba detrás de nosotros carraspeó, llamando la atención de Duncan. Él desvió la mirada y volvió a concentrarse en el camino, pero la tensión en el aire no desapareció.

—Eres un enigma, MacGregor —murmuré, más para mí que para él.

Él no respondió, pero el ligero movimiento de sus hombros me hizo pensar que había escuchado.

Seguimos cabalgando en silencio, pero esta vez no era incómodo. Era como si ambos supiéramos que algo estaba cambiando entre nosotros, aunque ninguno estaba dispuesto a reconocerlo todavía.

El sol comenzaba a esconderse tras las montañas, tiñendo el cielo de tonos naranjas y púrpuras. A medida que avanzábamos por el sendero, el grupo de guerreros se fue dispersando ligeramente, dejando a Duncan y a mí al frente, más aislados de lo que esperaba. La quietud del bosque que nos rodeaba hacía que cada sonido pareciera amplificado: el crujir de las ramas bajo los cascos de los caballos, el suave murmullo del río que seguía nuestro camino y, sobre todo, mi propia respiración, que de pronto parecía demasiado alta.

Duncan estaba extrañamente silencioso, lo cual no era raro en él, pero esta vez sentía que había algo distinto en su actitud. Como si estuviera eligiendo cuidadosamente cada palabra que no decía. Finalmente, incapaz de soportar la tensión, decidí hablar.

—¿Siempre hay tantos problemas dentro del clan? —pregunté, rompiendo el silencio.

Él no respondió de inmediato, pero tras un momento giró la cabeza hacia mí, sus ojos brillando bajo la luz tenue del atardecer.

—Los problemas no desaparecen solo porque uno se convierta en líder. Si acaso, aumentan.

No supe si era una queja o simplemente una declaración de hechos, pero había algo en su voz que me hizo sentir una punzada de empatía.

—Debe ser agotador —comenté en voz baja, sin mirarlo directamente.

Duncan dejó escapar un suspiro, como si las palabras fueran un peso que llevaba mucho tiempo

cargando.

—Lo es. Pero no hay espacio para el cansancio cuando un clan depende de ti.

Había algo en su tono, una mezcla de resignación y determinación. En ese momento, bajo el cielo que empezaba a oscurecerse, parecía más humano que nunca.

—¿Y tú? —preguntó de repente, devolviéndome la atención de forma inesperada—. ¿Cómo era tu vida antes de todo esto?

La pregunta me tomó por sorpresa. No porque fuera inesperada, sino porque no estaba segura de cómo responder.

—Normal, supongo —respondí, aunque sabía que no era una respuesta del todo honesta.

—¿Normal para una inglesa noble? —replicó, con una ligera sonrisa que, para mi sorpresa, no me molestó.

Rodé los ojos, pero finalmente cedí.

—Normal para alguien que creció con expectativas que nunca pidió. Mi vida estaba trazada mucho antes de que pudiera decidir algo por mí misma.

Duncan me miró con curiosidad, como si estuviera tratando de desentrañar algo que no había dicho.

—¿Y eso te molestaba?

—No lo sé. Supongo que me acostumbré a ello. Pero nunca sentí que fuera… mi vida.

Mis palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, y me sorprendí de lo sinceras que sonaban. No era algo que hubiera admitido fácilmente, pero con Duncan, bajo este cielo y en este momento, las palabras simplemente fluían.

Él asintió lentamente, como si entendiera más de lo que estaba diciendo.

—No somos tan diferentes, tú y yo.

Lo miré, incrédula.

—¿En serio? —pregunté, con un toque de sarcasmo en mi voz—. ¿En qué sentido?

—Ambos cargamos con vidas que no elegimos —respondió, sin rastro de burla en su tono—. Pero aquí estamos, intentando hacer lo mejor que podemos con ellas.

Por un momento, me quedé sin palabras. Había algo en la forma en que lo dijo, algo que me hizo sentir que, tal vez, tenía razón.

La noche cayó completamente mientras nos acercábamos al castillo, pero la oscuridad no parecía tan opresiva como antes. Algo había cambiado en ese trayecto, aunque ninguno de los dos estaba dispuesto a reconocerlo todavía.

Finalmente el castillo apareció en la distancia, sus torres apenas visibles bajo la luz de la luna creciente. Había algo tranquilizador en la vista, como si regresar a sus muros ofreciera una sensación de estabilidad, incluso si esa estabilidad era precaria. A pesar del largo viaje, no sentía el mismo cansancio que otras veces. Había algo más ocupando mi mente. Algo que tenía que ver con Duncan.

La conversación que habíamos compartido seguía repitiéndose en mi cabeza. Sus palabras, tan directas como siempre, habían dejado una huella. La idea de que no éramos tan diferentes me resultaba difícil de aceptar, pero al mismo tiempo, no podía negarla por completo.

Cuando llegamos al patio del castillo, los guerreros comenzaron a desmontar, llevando los caballos hacia los establos. Yo me deslicé con cuidado de mi montura, mis piernas algo rígidas después de horas en el camino. Mientras me ajustaba la manta que aún llevaba sobre los hombros, noté que Duncan se acercaba a mí.

—Has hecho bien hoy, Kate. —Su voz era baja, casi un susurro, pero la sinceridad en sus palabras

era inconfundible.

Lo miré, sorprendida por el uso de mi nombre, aunque ya habíamos acordado llamarnos así. Aun así, escuchar "Kate" en su voz tenía un peso distinto, más personal.

—Gracias —respondí, tratando de mantener la compostura.

Él se cruzó de brazos, observándome con esa mirada evaluadora que ya conocía bien.

—No muchos en este clan se atreverían a hablar como lo hiciste hoy.

—Supongo que no tengo tanto que perder como ellos —dije, encogiéndome de hombros.

Duncan dejó escapar una leve risa, una que no había esperado, y negó con la cabeza.

—Tienes más de lo que crees, inglesa.

Sus palabras me desconcertaron, pero antes de que pudiera responder, él dio un paso atrás, como si la conversación hubiera llegado a su fin.

—Deberías descansar. Mañana será otro día largo.

Me quedé en el patio por un momento, viendo cómo se alejaba hacia las escaleras que conducían al interior del castillo. Su figura desapareció en la penumbra, pero la sensación de su presencia permaneció conmigo.

Cuando finalmente regresé a mi habitación, me dejé caer en el borde de la cama, todavía envuelta en la manta que me había dado. El peso de la lana era cálido, pero lo que realmente me reconfortaba era lo que representaba: un gesto que iba más allá de las palabras, algo que mostraba que, aunque fuera de manera sutil, Duncan comenzaba a verme como algo más que una prisionera.

Y lo más extraño de todo era que yo empezaba a verlo de la misma manera.



Tensiones en aumento

El ambiente en el castillo era diferente esa mañana. Lo noté en las miradas furtivas que me seguían mientras bajaba al patio, en los susurros que se acallaban rápidamente cuando pasaba cerca. Ya estaba acostumbrada a ser observada con desconfianza, pero esto era algo más. Las miradas no eran solo de rechazo; ahora llevaban un matiz de curiosidad, incluso de resentimiento.

Mientras me ocupaba de las tareas diarias que Duncan había insistido en que realizara, los rumores se sentían casi como un murmullo constante en el aire. No necesitaba escuchar las palabras exactas para saber que eran sobre nosotros. Sobre la conversación que habíamos compartido la noche anterior, sobre cómo me había dirigido al laird durante la disputa territorial, y, sobre todo, sobre cómo él me había defendido y reconocido públicamente.

Los primeros comentarios claros llegaron mientras ayudaba a una mujer mayor a organizar provisiones. Dos hombres hablaban en voz baja junto a uno de los barriles, pero sus palabras llegaron nítidas hasta mis oídos.

—Nunca había visto al laird comportarse así con nadie, y mucho menos con una inglesa. —El primero escupió al suelo, su desprecio evidente.

—Está claro que ella le está nublando el juicio. —El segundo gruñó, lanzándome una mirada furtiva antes de continuar—. Si sigue así, pronto estaremos cediendo más que tierras.

Sentí un nudo en el estómago, pero mantuve la cabeza alta, fingiendo no haber escuchado nada. Sabía que no sería fácil para ellos aceptarme, pero sus palabras me hicieron ver que mi presencia aquí era más que una molestia. Para ellos, yo representaba un peligro.

Más tarde, mientras cargaba un cesto hacia los establos, otra conversación captó mi atención. Esta vez eran dos mujeres jóvenes, sus risas agudas llenando el aire mientras hablaban lo suficientemente alto como para asegurarse de que las escuchara.

—¿Has visto cómo la trata? —dijo una, sus ojos brillando con malicia—. Como si fuera algo más que una prisionera.

—Quizás está planeando algo con ella —añadió la otra—. No sería la primera vez que un hombre pierde la cabeza por una cara bonita.

La primera mujer rió, pero su risa tenía un filo cruel.

—Espero que recuerde dónde está. Una inglesa nunca será bienvenida aquí.

Quise girarme y enfrentarlas, pero me contuve. Sabía que no valía la pena. En lugar de eso, continué mi camino, aunque sus palabras resonaron en mi mente mucho después de que sus voces desaparecieran en la distancia.

Al final del día, cuando me encontraba de nuevo en mi habitación, no pude evitar reflexionar sobre lo que había escuchado. Los rumores estaban creciendo, y aunque una parte de mí quería ignorarlos, sabía que no podía. Mi relación con Duncan, por pequeña que fuera, no solo estaba cambiando mi percepción de él, sino también la percepción del clan sobre nosotros.

Era evidente que su pueblo estaba comenzando a dudar de su liderazgo, y todo era por mi culpa.

* * *

El sol estaba alto cuando el incidente ocurrió. El patio del castillo estaba lleno de actividad: hombres afilando espadas, mujeres llevando provisiones y niños correteando bajo la atenta mirada de sus madres. Todo parecía transcurrir con normalidad hasta que noté un cambio en el ambiente. Las voces empezaron a bajar de tono, las risas cesaron, y las miradas comenzaron a concentrarse en un punto en el centro del patio.

Duncan estaba allí, hablando con uno de sus guerreros de mayor confianza, cuando otro hombre, más joven y con un aire desafiante, se adelantó. Reconocí su rostro de inmediato: era uno de los que más abiertamente habían mostrado su desdén hacia mí desde mi llegada.

—¡Laird! —su voz resonó con fuerza, interrumpiendo la conversación de Duncan.

El murmullo en el patio cesó por completo. Todos se quedaron quietos, esperando lo que estaba por venir.

Duncan se giró lentamente hacia el hombre, su mirada fría como el acero.

—¿Qué ocurre, Fergus? —preguntó con una calma que solo hacía más evidente su autoridad.

—Lo que ocurre es que algunos de nosotros empezamos a cuestionar tus decisiones. —Fergus cruzó los brazos, sus palabras llenas de veneno—. ¿Por qué sigues manteniendo a esta inglesa aquí? ¿No te das cuenta de que está debilitando tu posición?

Un murmullo recorrió a los presentes. Las palabras de Fergus eran peligrosas, y todos lo sabían. Cuestionar al laird en público era un acto osado, si no directamente suicida. Pero Fergus parecía dispuesto a arriesgarse, y por la forma en que otros guerreros lo miraban, no era el único que compartía esa opinión.

Duncan avanzó un paso, colocándose frente a Fergus, pero sin levantar la voz.

—¿Debilitando mi posición? —repitió, su tono lleno de un peligro subyacente—. Explícate.

Fergus no retrocedió. Por el contrario, se irguió aún más, su desafío evidente.

—Desde que ella llegó, has estado tomando decisiones que no entiendo. Defiendes a alguien que no es de los nuestros, que no tiene ningún lugar aquí. ¿Qué pasa si esa debilidad nos cuesta más que una simple franja de tierra?

El aire en el patio parecía haberse congelado. Los ojos de todos estaban fijos en Duncan, esperando su reacción. Yo, por mi parte, me quedé en el borde del espacio, con el corazón latiendo con fuerza. Sabía que esto no era solo un enfrentamiento. Era un ataque directo a mi presencia aquí, y posiblemente algo más.

Duncan dejó que el silencio se prolongara, su mirada fija en Fergus. Cuando finalmente habló, su voz era baja, pero cada palabra estaba cargada de autoridad.

—¿Debilidad? ¿Eso crees que es?

Fergus abrió la boca para responder, pero Duncan levantó una mano, deteniéndolo.

—Lo que he hecho, lo que hago, siempre será por el bien del clan. Si no puedes ver eso, entonces quizás deberías cuestionarte a ti mismo antes de cuestionarme a mí.

Aunque sus palabras eran contundentes, Fergus no parecía dispuesto a ceder.

—No necesitamos a una inglesa para proteger nuestro hogar. Lo que necesitamos es un líder fuerte.

Fue en ese momento cuando sentí que mi paciencia se agotaba. Ya había soportado miradas, comentarios y murmullos, pero esto era demasiado. Antes de que pudiera detenerme, di un paso adelante.

—¿Crees que sabes lo que necesita este clan más que tu laird? —dije, mi voz más firme de lo que esperaba.

El silencio en el patio se volvió aún más profundo. Fergus se giró hacia mí, su expresión de desprecio clara.

—¿Y tú qué sabes, inglesa?

Lo miré directamente a los ojos, sin retroceder ni un centímetro.

—Sé que cuestionar a tu líder frente a su gente es la verdadera debilidad.

Fergus pareció tambalearse por un momento, como si mis palabras lo hubieran golpeado físicamente. Pero antes de que pudiera responder, Duncan dio un paso adelante, colocándose entre los dos.

—Basta —dijo, su voz baja pero llena de poder—. Fergus, regresa a tus tareas. Ahora.

El guerrero vaciló, pero finalmente bajó la mirada y se retiró, llevándose consigo las miradas de los demás.

Duncan se volvió hacia mí, sus ojos encontrándose con los míos por un breve momento. No dijo nada, pero en su mirada había algo que no había visto antes: una mezcla de gratitud y algo más que no podía identificar.

El patio quedó sumido en un silencio expectante tras la retirada de Fergus. Las miradas seguían posadas en nosotros, algunas llenas de sorpresa, otras de abierta hostilidad. Pude sentir cómo el peso de mi intervención caía sobre mí con más fuerza de la que había anticipado. Pero, aunque mi corazón latía con fuerza, no me arrepentía de lo que había dicho.

Duncan permaneció frente a mí, su imponente figura aún proyectando esa autoridad que nadie en el clan podía ignorar. Sin embargo, había algo distinto en su postura: no era la rigidez habitual, sino una suerte de calma controlada. Sus ojos me buscaron, y por un momento, el resto del mundo pareció desvanecerse.

—¿Siempre tienes que meterte en medio? —preguntó en voz baja, su tono cargado de algo que no pude descifrar.

—¿Siempre tienes que permitir que te desafíen de esa manera? —repliqué, cruzándome de brazos.

Una leve sonrisa, apenas perceptible, curvó sus labios. No era de burla, sino de algo que se acercaba peligrosamente a la admiración.

—Hiciste bien —dijo finalmente, lo suficientemente bajo como para que solo yo lo escuchara.

Antes de que pudiera responder, uno de los hombres del clan rompió el silencio.

—¡No puede ser! —exclamó, dando un paso al frente—. ¿Ahora la inglesa habla por nosotros? ¿Qué será lo próximo, Laird? ¿Que nos gobierne ella también?

El murmullo que siguió fue suficiente para encender una chispa de nervios en mi pecho. Pude ver cómo algunos de los guerreros asentían en silencio, mientras otros se mantenían inmóviles, esperando la reacción de Duncan.

Él alzó una mano, y el murmullo cesó al instante.

—Nadie gobierna este clan excepto yo —dijo, su voz cortante como el filo de una espada—. Pero aquel que crea que puede hacerlo mejor, que dé un paso adelante.

El desafío era claro, y su tono no dejaba lugar a dudas. Ninguno de los hombres se movió. Ni siquiera el que había hablado antes tuvo el valor de aceptar la invitación.

—Eso pensé —continuó Duncan, con un leve destello de satisfacción en su mirada.

Justo cuando pensé que el enfrentamiento había terminado, me di cuenta de que aún quedaba algo por decir. Quizás fue la acumulación de tensiones, o tal vez la sensación de que no podía permitir que las dudas persistieran, pero antes de que pudiera detenerme, hablé de nuevo.

—No quiero gobernar este clan —dije, dirigiéndome a los hombres que aún me miraban con recelo—. Y no estoy aquí por elección. Pero si algo he aprendido desde que llegué es que no tienen idea de lo afortunados que son de tener un líder como Duncan.

Mis palabras cayeron como una piedra en el agua, generando ondas de sorpresa. Incluso Duncan pareció quedar momentáneamente desconcertado.

—Es fácil cuestionar cuando no se lleva el peso de las decisiones —continué, mi voz firme—. Pero no he visto a ninguno de ustedes enfrentarse a los problemas como él lo hace.

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía tocarlo. Los ojos de Duncan brillaron con una mezcla de incredulidad y algo más profundo. Antes de que pudiera decir algo, hizo algo inesperado: avanzó hacia mí y tomó mi mano frente a todos.

El contacto fue breve, pero suficiente para que un murmullo se extendiera entre los presentes. Algunos susurros eran de sorpresa, otros de descontento. Sin embargo, Duncan no pareció inmutarse.

—Volved a vuestras tareas —ordenó, su voz resonando con una autoridad que no permitía réplica.

El patio comenzó a vaciarse lentamente, pero las miradas que me lanzaban los miembros del clan mientras se dispersaban todavía pesaban sobre mí. Algunas eran de franca desaprobación, mientras que otras parecían desconcertadas, como si no supieran cómo procesar lo que acababan de presenciar. Sin embargo, el peso más tangible en ese momento no eran las miradas, sino la calidez persistente en mi mano, donde la de Duncan había estado momentos antes.

Él seguía frente a mí, su expresión impenetrable. Era casi imposible descifrar lo que estaba pensando, pero había algo en sus ojos que me hacía sentir que aquel gesto no había sido impulsivo. Finalmente, rompió el silencio, su voz baja pero cargada de intención.

—Espero que sepas lo que acabas de hacer.

Lo miré, todavía procesando lo ocurrido, y solté un leve suspiro.

—No podía quedarme callada mientras me trataban como si no tuviera derecho a estar aquí.

Duncan ladeó la cabeza, evaluándome de nuevo con esa mirada intensa suya.

—No es solo eso —dijo, cruzándose de brazos—. No defendiste solo tu lugar, Kate. Me defendiste a mí.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, aunque había algo innegablemente cierto en ellas. Hasta ahora, siempre había asumido que nuestras interacciones estaban marcadas por un interés mutuo por sobrevivir en esta extraña dinámica: él, el laird, y yo, su prisionera. Pero esta vez, había algo más en juego, algo que no podía ignorar.

—Supongo que nadie se había atrevido a hacerlo antes —respondí, intentando aligerar el momento con un tono sarcástico.

Para mi sorpresa, Duncan dejó escapar una leve risa, aunque sus ojos seguían serios.

—Tienes razón. No lo habían hecho.

La conversación quedó en el aire por un momento, hasta que él hizo un gesto con la cabeza hacia una de las esquinas del patio.

—Ven conmigo.

No era una orden, pero tampoco una sugerencia. Lo seguí mientras nos alejábamos de los últimos curiosos que todavía rondaban el patio. Caminamos en silencio hasta una zona apartada, junto a los muros del castillo, donde el aire era más frío y el sonido del viento hacía eco entre las piedras.

—Lo que ocurrió hoy… —comenzó, girándose hacia mí con una seriedad renovada—. Cambia las cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté, cruzándome de brazos para combatir el frío, aunque sabía que su respuesta era lo que realmente me inquietaba.

—La forma en que el clan te ve, la forma en que me ven a mí. —Hizo una pausa, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Un gesto como ese puede unirnos o dividirnos aún más.

No pude evitar fruncir el ceño ante sus palabras.

—¿Estás diciendo que fue un error?

Duncan negó con la cabeza, pero su expresión seguía tensa.

—No. Lo que digo es que ahora todos estarán observando más de cerca.

Las implicaciones de sus palabras se asentaron en mi mente. Habíamos cruzado una línea, una que no podía deshacerse fácilmente. Sin embargo, había algo en su tono, en la forma en que me miraba, que sugería que no se arrepentía del todo.

—¿Y qué harás al respecto? —pregunté, levantando la barbilla para enfrentar su mirada.

Por un momento, Duncan no respondió. Pero luego, dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros. Su proximidad hizo que mi corazón latiera más rápido, aunque no estaba segura de si era por nerviosismo o algo más.

—Lo que siempre hago, Kate —dijo, su voz baja y cargada de determinación—. Proteger a los míos.

Su respuesta fue tan ambigua como contundente, y antes de que pudiera responder, él retrocedió, dejándome con más preguntas que respuestas.

Cuando finalmente regresé a mi habitación, me senté en el borde de la cama, intentando procesar todo lo que había sucedido. A pesar de las dudas y tensiones, había algo claro: el vínculo entre Duncan y yo estaba cambiando, volviéndose más complicado y, al mismo tiempo, imposible de ignorar.

* * *

A la mañana siguiente, el castillo despertó con una atmósfera aún más cargada que de costumbre. No habían pasado ni unas horas desde el enfrentamiento en el patio, pero las repercusiones ya se sentían en cada rincón. Los rumores eran como un río desbordado, y aunque no podía escuchar todos los detalles, sabía que el tema principal era el laird… y yo.

Al bajar al patio para mis tareas habituales, noté las miradas. Ya no eran simplemente desconfianza o desprecio. Algunas eran de franca hostilidad, mientras que otras tenían un matiz de curiosidad, incluso de evaluación. Como si estuvieran intentando decidir si el gesto de Duncan significaba algo más que una simple defensa de su autoridad.

Mientras movía cestas cerca de los establos, dos mujeres mayores hablaban en voz baja, pero lo suficientemente cerca como para que sus palabras llegaran a mí.

—Nunca había visto al laird hacer algo así —dijo una, su tono cauteloso pero intrigado.

—Tal vez no sea tan malo como pensábamos… —respondió la otra, aunque con cierta duda.

Sus palabras me sorprendieron. No era una aceptación completa, pero tampoco era el rechazo absoluto al que estaba acostumbrada. Sin embargo, no todas las reacciones eran tan benignas.

Más tarde, mientras llevaba agua a los animales, me crucé con Fergus, el guerrero que había

desafiado a Duncan el día anterior. Su mirada ardía con resentimiento mientras pasaba junto a mí, murmurando algo ininteligible pero claramente despectivo.

—¿Tienes algo que decir? —le solté antes de poder detenerme, girándome hacia él.

Fergus se detuvo, su expresión endureciéndose aún más.

—Solo digo que algunos de nosotros no olvidamos quién eres, inglesa. Y no nos olvidamos de lo que representas.

Antes de que pudiera responder, un joven guerrero que estaba cerca intervino.

—Ya basta, Fergus. —Su voz era firme, aunque no alzó la mirada hacia él directamente—. No estás ayudando a nadie con esto.

La sorpresa en el rostro de Fergus fue palpable, pero no tanto como en el mío. No esperaba que alguien del clan me defendiera, mucho menos públicamente. Fergus soltó un bufido y se alejó, murmurando por lo bajo.

El joven guerrero, que no debía tener más de veinte años, se giró hacia mí, sus mejillas ligeramente enrojecidas.

—No todos pensamos como él —dijo en voz baja, casi como si temiera ser escuchado.

Lo miré, todavía procesando lo que acababa de ocurrir.

—Gracias.

Él asintió rápidamente y se alejó antes de que pudiera decir algo más, pero su gesto dejó una marca. Aunque pequeña, era la prueba de que las cosas estaban cambiando, al menos para algunos.

Más tarde, mientras estaba en el gran salón ayudando a organizar provisiones, escuché una conversación que me dejó helada.

—No podemos permitir que esto continúe —susurró una voz grave desde una de las esquinas.

—Si el laird pierde el juicio, el clan entero lo pagará —respondió otra, más aguda pero igual de intensa.

Me acerqué discretamente, tratando de escuchar más, pero las voces se apagaron al percatarse de mi presencia. Me giré rápidamente, simulando estar ocupada, pero mi mente estaba ya corriendo a toda velocidad.

Aunque no sabía quiénes eran, estaba claro que había quienes no estaban dispuestos a aceptar lo que estaba ocurriendo. Y peor aún, estaban dispuestos a actuar en contra.

Esa noche, mientras me sentaba junto a la ventana de mi habitación, observé las luces del castillo y pensé en todo lo que había cambiado desde mi llegada. No solo en mi relación con Duncan, sino también en el clima del clan. Por cada pequeño gesto de aceptación, había un eco de rechazo, y la balanza parecía tan frágil como un hilo a punto de romperse.

Sin embargo, una cosa era clara: lo que ocurrió en el patio había alterado irrevocablemente la dinámica entre Duncan, el clan y yo. Y si algo iba a suceder, no sería algo pequeño.



Una amenaza externa

El día había comenzado como cualquier otro, con el murmullo del clan llenando el aire mientras las tareas diarias se llevaban a cabo en el patio del castillo. Yo estaba ocupada organizando provisiones junto a algunas mujeres cuando noté el cambio. Las voces se apagaron lentamente, reemplazadas por un silencio cargado de expectativa.

Me giré hacia la entrada del castillo justo a tiempo para ver a un grupo de guerreros regresar de una patrulla. En el centro del grupo, un hombre estaba siendo escoltado a empujones. Su ropa estaba desgarrada y sucia, y su rostro mostraba una mezcla de miedo y desafío. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que no pertenecía al clan.

—¿Quién es? —murmuré a una de las mujeres cercanas, pero ella solo negó con la cabeza, sin apartar la vista del recién llegado.

Duncan apareció poco después, su sola presencia trayendo consigo una oleada de silencio. Los guerreros se separaron para dejarlo pasar, y el hombre capturado levantó la mirada, con los labios apretados en una línea tensa.

—¿Quién eres? —preguntó Duncan, su voz baja pero cargada de autoridad.

El hombre no respondió de inmediato, su mirada oscilando entre Duncan y los guerreros que lo rodeaban. Finalmente, uno de los hombres lo empujó hacia adelante.

—Habla.

El prisionero alzó la barbilla con un gesto de desafío.

—No tengo nada que decirle a un escocés.

Un murmullo recorrió a los presentes, y por un momento pensé que Duncan perdería la paciencia. Sin embargo, su expresión permaneció imperturbable mientras daba un paso hacia el hombre.

—Si no tienes nada que decir —dijo con una calma inquietante—, entonces no tenemos nada que hacer contigo.

El hombre tragó saliva visiblemente, y su valentía comenzó a desmoronarse.

—¡Espera! —exclamó finalmente, su voz temblorosa.

La atención de todos se centró en él mientras intentaba reunir el valor para continuar.

—Soy un mensajero… —comenzó, pero antes de que pudiera decir algo más, uno de los guerreros lo interrumpió con una carcajada amarga.

—Un mensajero atrapado espiando nuestras tierras. No mientas.

El prisionero vaciló, su rostro palideciendo.

—Solo estaba cumpliendo órdenes —insistió, aunque su voz sonaba cada vez más débil—. Hay… hay un ataque planeado.

Duncan alzó una mano, y el guerrero que había hablado se quedó en silencio.

—¿Qué ataque? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia el prisionero.

El hombre tragó saliva, sus ojos moviéndose nerviosamente entre los presentes.

—Los ingleses saben que la frontera es débil en esta zona. Están planeando… aprovecharlo.

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía tocarse. Podía ver cómo los guerreros apretaban los puños, sus expresiones endureciéndose con cada palabra del prisionero. Duncan, sin embargo, no mostró ninguna reacción visible.

—¿Cuándo? —preguntó finalmente.

—Pronto. Eso es todo lo que sé.

Duncan se enderezó, su mirada fija en el hombre.

—Llevadlo a la celda —ordenó, y sus hombres se movieron rápidamente para cumplir.

Cuando el prisionero fue escoltado fuera del patio, Duncan se giró hacia los guerreros que lo rodeaban.

—Reunid a todos en el gran salón. Tenemos trabajo que hacer.

Mientras el patio comenzaba a vaciarse, sentí una inquietud creciente en mi pecho. Algo en las palabras del prisionero había sonado demasiado real, demasiado urgente. Aunque no había forma de saber cuánto tiempo teníamos antes del supuesto ataque, la tensión en el aire era inconfundible.

Miré hacia Duncan, quien permanecía en el centro del patio, dando órdenes a sus hombres. Su rostro estaba tan imperturbable como siempre, pero había algo en la rigidez de sus hombros que me hizo darme cuenta de que él también sentía el peso de lo que estaba por venir.

* * *

El gran salón del castillo estaba abarrotado, lleno de guerreros y líderes del clan que se habían reunido rápidamente tras la orden de Duncan. Las voces resonaban en las paredes de piedra, creando una cacofonía de planes, preguntas y preocupaciones. Desde mi posición cerca de una de las esquinas, podía observar cómo Duncan permanecía en el centro de la sala, imperturbable a pesar del caos a su alrededor.

Cuando finalmente levantó una mano, el murmullo se apagó como si alguien hubiera soplado sobre una llama. Todos los ojos se volvieron hacia él, esperando.

—Los ingleses han enviado un espía a nuestras tierras —comenzó, su voz clara y firme—. Según lo que sabemos, están planeando un ataque para aprovechar lo que creen que son nuestras debilidades.

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía tocarse. Pude ver las expresiones de los hombres alrededor de la mesa: algunos mostraban incredulidad, otros preocupación, pero la mayoría estaban tensos, listos para actuar.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó uno de los líderes, un hombre robusto con una cicatriz que cruzaba su mejilla.

Duncan negó con la cabeza.

—No lo sabemos con certeza. Pero no podemos esperar a que ellos hagan el primer movimiento.

Comenzó a dar órdenes con una precisión que dejaba claro por qué era el líder del clan.

—Doblad las patrullas en los límites de nuestras tierras. Quiero a dos hombres en cada punto estratégico. Cualquier movimiento inusual debe ser reportado inmediatamente.

Los guerreros asintieron, y algunos comenzaron a tomar notas mentales mientras se preparaban para salir.

—Aseguraos de que las provisiones estén listas. Si nos atacan, necesitaremos estar preparados para resistir. —Hizo una pausa, dirigiéndose a otro grupo—. Y reforzad las puertas del castillo. Quiero que cualquier ataque directo les cueste caro.

Los líderes del clan comenzaron a dispersarse, llevando las órdenes a sus respectivos hombres. Sin embargo, incluso mientras la actividad comenzaba a fluir nuevamente, podía sentir el peso de la situación. Esto no era solo una amenaza; era una prueba para Duncan y su liderazgo.

A pesar de la tensión palpable, Duncan permanecía en el centro del salón, su mirada fija en el mapa que uno de los guerreros había desplegado sobre la mesa. Me acerqué con cautela, sin estar segura de si debía intervenir.

—Pareces tenerlo todo bajo control —comenté en voz baja, sabiendo que probablemente no era cierto.

Duncan alzó la mirada hacia mí, y por un momento, su expresión fue casi indescifrable.

—En situaciones como esta, no hay espacio para errores.

Quise decir algo para aliviar la tensión, pero sus palabras me dejaron sin respuesta. Había algo en su tono que dejaba claro lo mucho que estaba en juego, no solo para él, sino para todo el clan.

—¿Qué harás conmigo si los ingleses atacan? —pregunté finalmente, más por curiosidad que por preocupación.

Duncan me sostuvo la mirada, y aunque su expresión no cambió, pude notar un destello de algo más profundo en sus ojos.

—Asegurarme de que estés a salvo.

La respuesta me tomó por sorpresa, pero antes de que pudiera responder, uno de los guerreros se acercó para hablar con él, interrumpiendo nuestra conversación.

Me alejé hacia el borde del salón, observando cómo Duncan continuaba dando órdenes con una calma que parecía casi imposible. Sin embargo, podía sentir que, bajo esa fachada de control, había una preocupación real, una que compartía con todos los que estaban allí.

El salón estaba lleno de tensión mientras los líderes del clan se inclinaban sobre el mapa extendido en la mesa, discutiendo las posibles defensas del castillo. Yo me mantenía cerca de la pared, observando en silencio. Sabía que mi presencia allí era una anomalía, pero no podía quedarme callada con lo que acababa de escuchar del espía inglés.

Tomé aire y avancé hacia la mesa, lo que provocó que algunas miradas sorprendidas se clavaran en mí. Duncan alzó la vista, sus ojos entrecerrados con una mezcla de advertencia y curiosidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, su tono firme pero sin dureza.

—Sé que no pertenezco a esta reunión —comencé, manteniendo mi voz firme—, pero puede que tenga información que pueda ayudarte.

Un murmullo recorrió a los hombres alrededor de la mesa. Uno de ellos, un hombre mayor con una cicatriz en la mejilla, frunció el ceño.

—¿Qué podría saber una inglesa sobre nuestras defensas?

Me giré hacia él, levantando la barbilla.

—No estoy hablando de vuestras defensas. Estoy hablando de los ingleses.

Duncan hizo un gesto con la mano, silenciando las protestas antes de que pudieran empezar.

—Habla —dijo, su mirada fija en mí.

Me incliné hacia el mapa, señalando un área boscosa cerca de la frontera.

—Los ingleses rara vez atacan sin preparar bien sus movimientos. Mi padre es un **capitán del ejército inglés**, encargado de dirigir tropas y coordinar estrategias. Desde niña escuché más discusiones militares de las que quisiera recordar. Si los conoces, sabes que usan formaciones cerradas para avanzar, especialmente en terreno abierto. Pero son vulnerables cuando se ven obligados a dispersarse.

Un silencio pesado cayó sobre el salón. Las miradas de los hombres se endurecieron al escuchar la mención de mi padre, pero continué, sabiendo que no podía detenerme ahora.

—Si colocas arqueros en esta área —señalé un punto estratégico en el mapa—, podrán atacar

desde una posición elevada. Los ingleses tendrán que dividirse para buscar cobertura, y en ese momento estarán más vulnerables.

El hombre de la cicatriz bufó.

—¿Y por qué deberíamos confiar en las tácticas de una inglesa?

Duncan se giró hacia él, su expresión fría como el acero.

—Porque tiene sentido. Y porque no hay tiempo para discutir.

La aprobación de Duncan pareció calmar un poco las tensiones, pero no por completo. Me volví hacia otro punto del mapa, un claro estrecho cerca de un arroyo.

—Si retroceden, intentarán reagruparse aquí. Es un terreno ideal para tender una emboscada.

Los murmullos se reanudaron, esta vez más positivos. Uno de los hombres, más joven, asintió.

—Es arriesgado, pero efectivo.

Duncan permanecía inmóvil, su mirada fija en el mapa, evaluando cada palabra que había dicho. Finalmente, alzó la vista hacia mí.

—Parece que tu padre, sin saberlo, acaba de ayudarnos a defendernos de los suyos.

Había algo en su tono, una mezcla de ironía y genuina aceptación, que me hizo relajarme un poco.

—Entonces aseguraos de que funcione —respondí, levantando la barbilla con un desafío velado.

Por un momento, creí ver un destello de algo cercano a la admiración en sus ojos antes de que se girara hacia sus hombres para comenzar a dar órdenes.

Cuando finalmente salí del salón, el aire frío de la noche me golpeó, pero no me molestó. Había arriesgado mucho al hablar, pero sabía que había hecho lo correcto. Aunque no podía prever las consecuencias, había algo que sí sabía: mi relación con Duncan, y con este clan, acababa de cambiar de nuevo.

* * *

El aire frío de la noche se colaba por las piedras del castillo mientras el bullicio del gran salón se apagaba. Los guerreros se dispersaban, ocupados con sus tareas, y el silencio volvía a instalarse en las galerías y corredores. Mi intervención había marcado la reunión, y aunque no había recibido abiertamente su aprobación, podía sentir que algunos empezaban a aceptar que no era simplemente una prisionera sin valor.

Subí a las almenas en busca de un respiro, solo para encontrarme con la figura de Duncan de pie junto al muro, mirando hacia el horizonte. Su capa ondeaba ligeramente con el viento, y aunque mantenía su postura firme, había algo en la forma en que sostenía la cabeza que sugería cansancio.

—Siempre tan vigilante —comenté mientras me acercaba, intentando romper el silencio.

Duncan giró ligeramente la cabeza hacia mí, reconociendo mi presencia, pero no dijo nada. Me apoyé en el muro a su lado, siguiendo su mirada hacia las sombras del bosque más allá de las murallas.

—¿Es esto lo que haces cada noche? —pregunté después de un momento.

—Cuando tienes la responsabilidad de tantas vidas, el sueño no es algo que venga fácilmente —respondió, su tono bajo y distante.

No supe qué decir a eso. Había algo en sus palabras que me hizo sentir un nudo en el pecho. Durante todo este tiempo, había visto a Duncan como un hombre implacable, alguien que siempre sabía exactamente lo que debía hacer. Pero ahora, bajo la luz de la luna, se veía más humano, más

vulnerable.

—Debes de cargar con mucho —dije finalmente, mi voz más suave de lo que pretendía.

Duncan soltó una breve risa sin humor.

—Más de lo que quisiera admitir.

Me giré hacia él, observándolo en silencio. Su perfil estaba iluminado por la tenue luz de las estrellas, y por primera vez, vi las líneas de fatiga en su rostro, las sombras en sus ojos.

—¿Por qué lo haces? —pregunté, dejando que la curiosidad guiara mis palabras—. Podrías dejar que alguien más tome el control.

Él negó con la cabeza, y por un momento pensé que no respondería.

—No se trata de lo que quiero —dijo finalmente—. Se trata de lo que es necesario.

Hubo un largo silencio entre nosotros, roto solo por el sonido del viento y los ecos lejanos de los hombres en las murallas. Finalmente, Duncan se volvió hacia mí, su mirada más intensa de lo que esperaba.

—Hoy, en el salón, viste cómo me miraban. Hay quienes cuestionan mi liderazgo por lo que hice contigo.

—Lo sé —admití, sintiendo una punzada de culpa—. No era mi intención hacerte parecer débil.

Él alzó una mano, interrumpiéndome.

—No eres la causa de sus dudas, Kate. Es el peso de todo lo que ha ocurrido. Las tierras perdidas, las familias divididas… y ahora esta amenaza inglesa. —Hizo una pausa, bajando la mirada hacia el suelo—. A veces, me pregunto si estoy haciendo lo suficiente para mantener este clan unido.

Su confesión me tomó por sorpresa. Este no era el Duncan al que estaba acostumbrada, el hombre que proyectaba una autoridad inquebrantable en todo momento. Este era alguien que dudaba, que cargaba con más de lo que podía manejar, y que, a pesar de todo, seguía adelante.

—No eres perfecto —dije en voz baja, sabiendo que lo que estaba a punto de decir era tanto para él como para mí misma—. Pero haces lo mejor que puedes. Y eso es más de lo que muchos pueden decir.

Duncan me miró, y durante un breve instante, el aire entre nosotros pareció cambiar. Había algo en sus ojos que no podía identificar del todo, una mezcla de agradecimiento, admiración y algo más profundo.

—Eres una mujer peculiar, Kate —dijo finalmente, su voz apenas un susurro.

Sonreí levemente, aunque no estaba segura de por qué.

—Lo tomaré como un cumplido.

Por un momento, pensé que iba a decir algo más, pero en lugar de eso, se quitó la capa y la colocó suavemente sobre mis hombros.

—Es tarde. Deberías descansar.

Me quedé inmóvil, sorprendida por el gesto, mientras él se giraba y comenzaba a alejarse.

—Duncan.

Él se detuvo, pero no se giró del todo.

—Gracias —dije simplemente, aunque sabía que esas palabras no eran suficientes para abarcar todo lo que sentía en ese momento.

Sin responder, Duncan continuó caminando hacia las escaleras, dejándome sola bajo la luz de las estrellas, con su capa aún envolviéndome y una sensación que no podía terminar de descifrar.

El frío de la noche me acompañó mientras regresaba a mi habitación, envuelta en la capa que Duncan me había dado. Su aroma, una mezcla de cuero, madera y algo que no podía identificar, me

rodeaba como un recordatorio tangible de lo que acababa de ocurrir. No podía negar que algo había cambiado entre nosotros. A pesar de nuestras diferencias, de los muros que ambos habíamos construido, había momentos en los que nuestras almas parecían reconocerse.

Entré en mi habitación, cerrando la puerta tras de mí con cuidado. Debería haber sentido alivio al estar sola, pero mi mente seguía repasando cada palabra, cada mirada de nuestra conversación. Me senté en el borde de la cama, mis dedos jugando distraídamente con los bordes ásperos de la capa.

—Duncan MacGregor —murmuré, probando su nombre en mis labios como si fuera un secreto que apenas podía entender.

No pasó mucho tiempo antes de que el sonido de pasos firmes resonara en el pasillo fuera de mi habitación. Mi corazón dio un vuelco, como si supiera antes de que la puerta se abriera quién estaba allí. Duncan apareció en el umbral, su rostro parcialmente iluminado por la antorcha que llevaba en la mano.

—¿Te he despertado? —preguntó, aunque su tono no sugería que realmente le importara la respuesta.

Negué con la cabeza, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—No, no podía dormir.

Él asintió, dejando la antorcha en un soporte en la pared antes de cerrar la puerta detrás de él. Mi respiración se volvió un poco más rápida cuando se acercó, sus ojos azules atrapando los míos con una intensidad que hacía que todo lo demás desapareciera.

—Quería asegurarme de que estabas bien —dijo, pero su voz tenía un matiz que sugería que no era la única razón por la que había venido.

El aire en la habitación pareció volverse más pesado mientras se acercaba, cada paso suyo amplificando la tensión que ya había entre nosotros. Cuando finalmente se detuvo frente a mí, no quedaba mucho espacio entre nuestros cuerpos. Podía sentir el calor que emanaba de él, el leve roce de su respiración contra mi frente.

—Estoy bien —respondí, mi voz más baja de lo que pretendía.

Él no se movió, sus ojos estudiándome como si estuviera buscando algo más allá de mis palabras.

—Hoy en las almenas… —comenzó, pero dejó la frase colgando, como si no supiera cómo terminarla.

—¿Qué pasa con las almenas? —lo animé, intentando ignorar cómo mi corazón latía con fuerza en mi pecho.

Duncan alzó una mano, como si quisiera tocarme, pero se detuvo a medio camino. Sus dedos se cerraron en un puño antes de caer nuevamente a su costado.

—Lo que dije… lo que hice… no fue solo para calmar las tensiones.

Mi respiración se detuvo por un momento mientras sus palabras se hundían. Había algo en su tono que hacía imposible no creerle.

—¿Entonces por qué fue? —pregunté en un susurro, sabiendo que estaba cruzando una línea que no podía deshacer.

Duncan dio un paso más cerca, eliminando lo poco que quedaba entre nosotros.

—Porque no puedo ignorar lo que siento cada vez que estás cerca.

El impacto de sus palabras fue como una ola que me dejó sin aire. Antes de que pudiera procesarlo, su mano finalmente se alzó, rozando mi mejilla con una suavidad que no habría esperado de un hombre como él.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente, inclinándome hacia él como si fuera inevitable. Pero

justo cuando la distancia entre nosotros parecía desaparecer, Duncan se detuvo, su frente apoyándose contra la mía mientras ambos respirábamos con dificultad.

—Esto… —murmuró, su voz cargada de una lucha interna—. Esto no debería estar ocurriendo.

—Lo sé —respondí, aunque mi corazón me decía algo completamente diferente.

Nos quedamos así por un momento que pareció durar una eternidad, atrapados en un limbo entre lo que queríamos y lo que sabíamos que era correcto. Finalmente, Duncan dio un paso atrás, rompiendo el hechizo.

—Buenas noches, Kate —dijo, su voz apenas audible antes de girarse y salir de la habitación, dejando tras de sí un vacío que no sabía cómo llenar.

Cuando la puerta se cerró tras él, me dejé caer en la cama, mi mente y mi cuerpo aún temblando por lo que acababa de ocurrir. Sabía que había cruzado un límite, que nada volvería a ser igual entre nosotros. Pero mientras me acurrucaba en la capa que todavía llevaba su calor, no pude evitar preguntarme cuánto tiempo podríamos seguir negando lo inevitable.



Baile Bajo las Estrellas

El aire estaba cargado de tensión mientras los guerreros del clan se preparaban para el inminente enfrentamiento. Desde las almenas, podía ver las antorchas de los ingleses iluminando la ladera, moviéndose como una serpiente de fuego que se acercaba lenta pero inexorablemente hacia el castillo. Duncan estaba en el centro del patio, dando órdenes con una calma que parecía contagiar a sus hombres.

Yo permanecía cerca de las murallas, con el corazón acelerado y una mezcla de emociones que apenas podía controlar. Sabía que esta batalla sería decisiva, no solo para el clan, sino también para mi posición aquí. Las estrategias que había sugerido estaban en marcha, y si fallaban, el fracaso recaería tanto en mí como en Duncan.

—Kate.

Me giré al escuchar su voz. Duncan se acercó a mí, su expresión impenetrable como siempre, pero había algo en sus ojos que revelaba la gravedad del momento.

—Si algo sale mal, quédate cerca de las mujeres y los niños. Los mantendremos a salvo.

Asentí, aunque la idea de permanecer al margen me resultaba insoportable.

—Nada saldrá mal —respondí, intentando transmitir una confianza que apenas sentía.

Duncan inclinó la cabeza ligeramente, como si reconociera el peso de mis palabras, y luego se giró hacia sus hombres.

El ataque comenzó al amanecer. Tal como había predicho, los ingleses avanzaron en formación cerrada, confiando en su número y disciplina para abrumar las defensas del castillo. Pero Duncan había preparado a sus hombres con precisión.

Desde los árboles, los arqueros escondidos lanzaron la primera oleada de flechas, desatando el caos entre las filas inglesas. Los soldados intentaron reagruparse, pero las flechas seguían cayendo, obligándolos a dispersarse. Tal como había planeado, se dirigieron hacia el claro cerca del arroyo, donde los guerreros del clan los esperaban.

El sonido del acero chocando resonó en el aire, mezclándose con los gritos de los soldados y el rugido de los guerreros escoceses. Desde mi posición en las murallas, observé cómo el plan se desarrollaba con una eficacia casi perfecta. Duncan lideraba a sus hombres con una combinación de fuerza y estrategia que era imposible de ignorar.

En un momento dado, vi cómo un grupo de soldados ingleses intentaba flanquear la posición de los escoceses. Mi corazón se aceleró, sabiendo que ese movimiento podría cambiar el curso de la batalla. Sin pensarlo, corrí hacia uno de los guerreros que vigilaba las murallas.

—¡Avísales! ¡Van hacia el flanco izquierdo!

El hombre me miró, dudando por un instante, pero finalmente asintió y tocó el cuerno de señal. El sonido resonó en el aire, alertando a Duncan y a sus hombres. En cuestión de segundos, el flanco izquierdo se reforzó, deteniendo el avance inglés antes de que pudiera ganar terreno.

La batalla terminó más rápido de lo que había anticipado. Los ingleses, desorganizados y superados en número tras su dispersión, comenzaron a retirarse, dejando atrás a los heridos y a los pocos que aún intentaban luchar. Los guerreros del clan los persiguieron hasta la frontera, asegurándose de que no volvieran a cruzar.

Desde las murallas, observé cómo Duncan regresaba al castillo, cubierto de polvo y con una

expresión que mezclaba cansancio y satisfacción. Cuando nuestras miradas se cruzaron, algo dentro de mí se relajó. Habíamos ganado.

Pero mientras los guerreros comenzaban a celebrar su victoria, no pude evitar preguntarme qué consecuencias tendría todo esto para mí.

El patio del castillo era un hervidero de actividad tras la victoria. Los guerreros regresaban cargados de orgullo, algunos con heridas menores y otros apenas sin un rasguño, pero todos con el aire triunfante de quienes habían defendido su hogar. El sonido de sus risas y gritos de victoria llenaba el aire, y por primera vez desde mi llegada, el ambiente en el castillo se sentía menos cargado de tensión.

Desde un rincón, observé cómo Duncan caminaba entre sus hombres, dándoles palmadas en el hombro y ofreciendo palabras de agradecimiento. Su presencia parecía infundir aún más confianza en el grupo, reforzando su posición como líder indiscutible del clan. Era imposible no notar cómo cada mirada se volvía hacia él, llena de respeto y admiración.

Sin embargo, no todos compartían el mismo entusiasmo hacia mí.

—Fue suerte, nada más —murmuró uno de los guerreros mientras pasaba junto a mí, lanzándome una mirada despectiva.

—¿Suerte? —respondió otro, un joven que parecía más dispuesto a defenderme—. Fue su idea la que dispersó a los ingleses. Si no fuera por ella, estaríamos lamentando nuestras pérdidas.

El primer hombre bufó, pero no respondió. Aunque sus palabras no eran abiertamente hostiles, su tono dejaba claro que aún quedaba un largo camino por recorrer antes de ser aceptada plenamente.

Poco después, Duncan se acercó a mí. Su figura destacaba entre los guerreros, no solo por su altura, sino también por la manera en que parecía dominar el espacio sin esfuerzo. Había algo en su expresión que me hizo enderezarme automáticamente, como si esperara una reprimenda o un comentario mordaz.

—Lo que hiciste en las murallas —dijo, deteniéndose a unos pasos de mí—, alertar sobre el flanco izquierdo… fue rápido y preciso.

Asentí, intentando mantener la compostura.

—Era lo lógico. No podía quedarme sin hacer nada.

—No todos habrían tenido la claridad para actuar en ese momento. —Sus ojos azules se fijaron en los míos con una intensidad que me resultaba familiar, pero que aún no sabía cómo manejar—. Gracias, Kate.

La palabra "gracias" saliendo de sus labios fue suficiente para dejarme momentáneamente sin respuesta. Era la primera vez que Duncan me ofrecía un reconocimiento tan directo, y aunque no sabía cómo sentirme al respecto, no pude evitar un leve asentimiento.

—De nada —respondí finalmente, aunque mi voz sonó más suave de lo que pretendía.

El ambiente en el patio cambió cuando uno de los líderes del clan, un hombre mayor con cabello gris y una voz poderosa, levantó una mano para llamar la atención.

—¡Hemos defendido nuestras tierras con honor y fuerza! —exclamó, su voz resonando por encima del ruido—. ¡Es momento de celebrar como lo hace nuestro pueblo!

Un rugido de aprobación surgió entre los guerreros, seguido por una ráfaga de actividad. Barriles de cerveza comenzaron a rodar hacia el centro del patio, y varias mujeres aparecieron cargando bandejas con pan y carne ahumada.

—¿Qué es esto? —pregunté, observando la escena con incredulidad.

Duncan, que todavía estaba junto a mí, dejó escapar una leve sonrisa.

—Es nuestra manera de celebrar la vida después de una batalla. Una tradición.

—¿Siempre lo hacéis así?

—Siempre que podemos permitirnos el lujo de hacerlo.

Mientras las primeras canciones empezaban a sonar y las parejas se formaban para bailar, no pude evitar sentirme fuera de lugar. Aunque nadie me había dicho abiertamente que no podía unirme, la mayoría de las miradas todavía me veían como una intrusa. Incluso con la victoria, seguía siendo la inglesa, alguien que no pertenecía.

—¿Estás incómoda? —preguntó Duncan, notando mi silencio.

—Solo intento no atraer demasiada atención —respondí con sinceridad.

Por un momento, pensé que iba a dejarlo ahí, pero en lugar de eso, Duncan dio un paso hacia mí, inclinándose ligeramente.

—Si alguien tiene derecho a estar aquí esta noche, eres tú.

Su tono era firme, casi desafiante, como si estuviera anticipando cualquier objeción que pudiera surgir, ya fuera de mí o de alguien más. Antes de que pudiera responder, Duncan se giró hacia el centro del patio, uniéndose a la celebración, mientras yo me quedaba detrás, intentando procesar lo que acababa de decir.

Las risas y las canciones llenaban el patio del castillo, transformándolo en un espacio completamente distinto al que había sido esa misma mañana, cuando los guerreros se preparaban para la batalla. Los barriles de cerveza estaban abiertos, y el aroma de carne asada se mezclaba con el de la madera quemada en las hogueras. A pesar de mi incomodidad inicial, no podía evitar sentir cierta fascinación por la energía vibrante del baile.

Me quedé a un lado, observando cómo las parejas empezaban a bailar al ritmo de las gaitas y los tambores. Las mujeres, con sus faldas de colores brillantes, giraban con gracia, mientras los hombres intentaban igualar su entusiasmo con pasos firmes y vigorosos. Era una celebración llena de vida y, aunque nadie lo mencionara en voz alta, de alivio por haber salido victoriosos.

—Parece que prefieres mirar desde las sombras.

La voz de Duncan llegó desde mi derecha, suave pero lo suficientemente cercana como para sobresaltarme. Me giré y lo vi de pie junto a mí, con una expresión que no era exactamente una sonrisa, pero tampoco la severidad habitual.

—No quería interrumpir la celebración —respondí, intentando justificar mi aislamiento.

Duncan alzó una ceja, como si encontrara mi respuesta poco convincente.

—Interrumpirla sería lo último que harías. —Se quedó en silencio un momento, como si estuviera considerando algo, antes de extender una mano hacia mí—. Ven.

Lo miré, parpadeando, completamente descolocada.

—¿Qué?

—Ven conmigo —repitió, su mano todavía extendida.

Podía sentir las miradas de algunos miembros del clan volviéndose hacia nosotros, pero Duncan parecía completamente indiferente. Había algo en su tono que hacía imposible rechazarlo, aunque una parte de mí quería protestar.

—¿Quieres que baile? —pregunté, intentando ocultar mi nerviosismo.

—Es una celebración —respondió, su voz baja pero firme—. Y tú eres parte de la victoria.

Con el corazón latiendo con fuerza, finalmente tomé su mano. Su agarre era cálido y firme, y no pude evitar un leve escalofrío al sentir su piel contra la mía. Duncan me guió hacia el centro del

patio, donde el espacio parecía abrirse mágicamente para nosotros. Las miradas del clan eran imposibles de ignorar, algunas de sorpresa, otras de desaprobación, pero no había vuelta atrás.

—No sé bailar —murmuré, aunque no estaba segura de si era cierto o si solo buscaba una excusa.

Duncan dejó escapar una leve risa, algo inusual pero genuino.

—Solo sígueme.

Colocó una mano en mi cintura, con la otra sosteniendo la mía, y comenzó a moverse al ritmo de la música. Al principio, me sentí rígida, como si cada paso fuera una prueba que debía superar, pero poco a poco me dejé llevar. Duncan lideraba con una facilidad que hacía que todo pareciera natural, incluso para alguien tan fuera de lugar como yo.

El mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse. Podía sentir su mirada fija en mí, más intensa que cualquier otra cosa en ese momento. La música, las luces, incluso las miradas del clan, todo se volvió secundario ante la proximidad de su cuerpo junto al mío.

—¿Por qué haces esto? —pregunté finalmente, mi voz apenas un susurro.

Duncan inclinó ligeramente la cabeza hacia mí, su sonrisa desapareciendo mientras sus ojos azules buscaban los míos.

—Porque es lo correcto.

No estaba segura de qué significaban exactamente sus palabras, pero había algo en su tono que me hizo sentir que, al menos en ese momento, estaba donde debía estar.

Cuando la música terminó, el silencio fue reemplazado por aplausos y risas, y Duncan se apartó lentamente, aunque su mano todavía sostenía la mía por un instante más del necesario.

—Gracias por confiar en mí —dijo en voz baja antes de soltarme y regresar a los bordes del patio, dejando tras de sí un torbellino de emociones que no sabía cómo manejar.

El aire seguía cargado con la energía del baile cuando me alejé del centro del patio. Mis pasos me llevaron casi instintivamente hacia los muros del castillo, buscando algo de soledad para procesar lo que acababa de ocurrir. Mi corazón latía con fuerza, no solo por el baile, sino por la intensidad de los momentos que había compartido con Duncan.

Me apoyé en la pared de piedra, dejando que el frío del material ayudara a enfriar mi mente. Las luces de las hogueras seguían iluminando el patio, donde el resto del clan continuaba celebrando. Aunque las risas y la música llegaban hasta mí, sentía como si estuviera a kilómetros de distancia.

—¿Por qué huyes?

La voz grave de Duncan rompió el silencio. Me giré rápidamente, y allí estaba él, apoyado casualmente contra la misma pared, sus brazos cruzados sobre el pecho y una expresión en su rostro que era imposible de descifrar.

—No estoy huyendo —respondí, tratando de sonar más segura de lo que me sentía.

—¿No? —preguntó, dando un paso hacia mí. Su tono era suave, pero había algo en él que me mantenía atrapada.

Lo observé mientras se acercaba, su figura parcialmente iluminada por el resplandor de las antorchas. Había algo diferente en él, algo que no podía identificar del todo.

—No me gusta ser el centro de atención —admití finalmente, desviando la mirada hacia el patio.

Duncan dejó escapar una leve risa, una que parecía más para sí mismo que para mí.

—Entonces lo manejaste bastante bien allá afuera.

Hubo un momento de silencio entre nosotros, uno que parecía cargado de todo lo que no se estaba diciendo. Cuando volví a mirarlo, sus ojos estaban fijos en los míos, y el peso de su mirada era casi insoportable.

—¿Por qué me sacaste a bailar? —pregunté finalmente, mi voz apenas un susurro.

—Porque quería hacerlo.

Su respuesta fue directa, sin adornos, y su sinceridad me desarmó.

—Eso no tiene sentido —dije, intentando recuperar algo de control sobre la conversación.

Duncan dio otro paso hacia mí, acortando la distancia entre nosotros hasta que podía sentir el calor de su cuerpo.

—Nada de esto tiene sentido —dijo en voz baja—, pero eso no significa que no sea real.

Mi respiración se detuvo cuando levantó una mano y la llevó a mi mejilla, sus dedos rozando mi piel con una suavidad que me sorprendió. Por un momento, el mundo pareció detenerse, dejando solo el sonido de nuestras respiraciones y el latido de mi corazón, que resonaba en mis oídos.

—Duncan… —comencé, pero mi voz se apagó cuando él inclinó la cabeza hacia mí.

Su beso fue tan inesperado como inevitable. No había urgencia en el gesto, solo una intensidad que parecía consumir todo a su alrededor. Sus labios eran firmes, pero había una ternura en su contacto que me hizo olvidar todo lo demás. Por un instante, me permití perderme en la sensación, en el calor que emanaba de él y en la conexión que parecía arder entre nosotros.

Cuando finalmente se separó, ambos estábamos respirando con dificultad. Sus ojos buscaron los míos, como si estuviera esperando algún tipo de reacción o respuesta.

—Esto no debería haber pasado —dijo finalmente, su voz cargada de una lucha interna evidente.

—No —respondí, aunque no estaba segura de si lo decía porque era lo correcto o porque era lo que esperaba que él quisiera escuchar.

Duncan dio un paso atrás, rompiendo el contacto entre nosotros, y por un momento, pareció que iba a decir algo más. Pero en lugar de eso, simplemente se giró y se alejó, dejando tras de sí un vacío que no sabía cómo llenar.

Me quedé allí, apoyada contra la pared, con los labios todavía ardiendo por el recuerdo de su beso y mi mente llena de preguntas para las que no tenía respuestas.

* * *

El frío en mi habitación apenas conseguía calmar la tormenta que se desataba dentro de mí. Había cerrado la puerta tras de mí, pero sentía como si todavía estuviera allí, con su presencia llenando el aire, como si el eco de sus palabras y su beso se negaran a abandonarme.

Caminé de un lado a otro, incapaz de quedarme quieta. Todo lo que había construido para mantenerlo a distancia parecía haber desaparecido en un instante. Ese beso… no había sido un accidente, pero tampoco podía entender lo que significaba.

¿Se arrepentiría ahora? ¿Se estaría diciendo a sí mismo que fue un error, que nunca debería haber bajado la guardia conmigo? La duda me carcomía. Duncan no era un hombre que actuara sin pensar, pero este gesto… este momento entre nosotros, ¿había sido impulsivo? ¿O había algo más?

Me dejé caer sobre la cama, mirando el techo de piedra.

—Esto no debería estar pasando —susurré, repitiendo las mismas palabras que él había dicho momentos antes.

Pero aunque lo decía, sabía que no lo sentía del todo. Porque por más que quisiera negarlo, por más que me esforzara por mantenerme distante, había algo en él que me atraía de una manera que no podía controlar.

Intenté analizar cada detalle de la noche, cada mirada y cada palabra. Había una lucha en sus

ojos, una que parecía reflejar la mía. Duncan no era un hombre fácil de leer, pero esta noche, había dejado entrever algo que iba más allá de la fachada del líder indomable.

El beso no había sido solo un impulso. Había algo más detrás de él, algo que ni siquiera él parecía entender del todo.

—¿Y ahora qué? —murmuré, llevándome una mano a los labios, que todavía ardían con el recuerdo del contacto.

Sabía que la respuesta no era simple. Este momento entre nosotros no cambiaría el hecho de que era su prisionera, de que pertenecíamos a mundos diferentes, de que había un abismo entre nosotros que probablemente nunca podríamos cruzar.

Pero entonces, ¿por qué no podía dejar de pensar en él? ¿Por qué cada vez que cerraba los ojos veía su rostro, sus ojos azules cargados de intensidad, su voz resonando en mi mente?

No podía evitar preguntarme si él también estaría pensando en lo que había ocurrido, si se estaría arrepintiendo o si estaría tan confundido como yo. Había algo en Duncan que me desconcertaba: una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que me hacía querer entenderlo más, aunque sabía que era un camino peligroso.

Finalmente, me levanté de la cama y me acerqué a la ventana. Afuera, las luces del baile todavía brillaban, y el sonido de la música y las risas llegaba hasta mí, como un eco de un mundo al que no pertenecía.

El viento frío acarició mi rostro, y con él, un pensamiento aterradoramente claro.

—Ya no es solo él quien está cruzando líneas. Yo también lo estoy haciendo.

Sabía que este beso cambiaría todo entre nosotros, pero lo que más me aterraba era que, en el fondo, no estaba segura de querer volver atrás.



Un ataque sorpresa

La música todavía resonaba en el patio cuando algo cambió en el aire. Había risas, cantos y pasos de baile, pero, de repente, las notas de alegría se mezclaron con un grito que hizo que mi corazón se detuviera.

—¡Ataque!

El grito provenía de las almenas, y en cuestión de segundos, el patio pasó del júbilo a un caos absoluto. Guerreros que habían estado celebrando derramaron sus jarras y tomaron las armas que tenían a mano, mientras las mujeres y los niños corrían hacia la seguridad de los interiores del castillo.

Yo me quedé paralizada un instante, intentando entender lo que estaba ocurriendo. Desde mi posición, alcancé a ver siluetas moviéndose entre las sombras más allá de las murallas. No eran ingleses esta vez. Los atacantes llevaban kilts y emblemas diferentes.

—Un clan rival… —murmuré para mí misma, antes de que el instinto me obligara a moverme.

Duncan apareció en medio del caos, su figura alta y autoritaria destacando incluso en la confusión.

—¡A las posiciones! —ordenó con una voz que resonó por encima del alboroto—. Proteged a los que no pueden luchar. Cerrad las puertas del castillo. ¡Rápido!

Su mirada se cruzó con la mía por un breve instante, y aunque no dijo nada, sus ojos parecían pedirme algo. "Mantente a salvo", decían sin palabras, pero lo último que quería hacer era quedarme al margen.

Un grupo de guerreros enemigos ya estaba en el patio, habiendo conseguido abrir una brecha en la puerta principal. El sonido del metal chocando contra el metal llenó el aire, y el olor a sudor y sangre pronto lo siguió.

—¡Por aquí! —una voz llamó mi atención. Era una mujer del clan que intentaba guiar a un grupo de niños hacia una salida lateral. Pero uno de los pequeños tropezó, y al girarme vi que un hombre enemigo se acercaba demasiado.

Sin pensar, corrí hacia ellos.

—¡Atrás! —grité, colocando mi cuerpo entre los niños y el atacante.

Él me miró con burla, como si fuera absurdo que una mujer lo desafiara. Pero antes de que pudiera reaccionar, agarré un banco de madera cercano y lo usé para bloquear su avance. El golpe fue lo suficientemente fuerte como para hacerlo retroceder unos pasos, dándome tiempo para agarrar al niño y empujarlo hacia la mujer.

—¡Llévalos dentro, ahora!

Ella no esperó a que lo repitiera y desapareció con los pequeños, dejándome con la adrenalina corriendo por mis venas y el atacante furioso volviendo a la carga.

El sonido de pasos detrás de mí hizo que me girara, pensando que estaba perdida, pero entonces vi a Duncan aparecer, como un huracán, derribando al hombre con un golpe limpio de su espada. Su presencia llenó el espacio, y por un instante, me sentí a salvo.

—¿Qué demonios haces aquí? —gruñó, su tono lleno de furia mientras sus ojos recorrían rápidamente mi figura, asegurándose de que no estaba herida.

—Ayudando —respondí, aunque mi voz no fue tan firme como quería.

Duncan resopló, claramente frustrado, pero no dijo nada más. En lugar de eso, extendió una mano hacia mí.

—Ven conmigo.

Lo seguí a través del caos, sintiendo cómo la batalla rugía a nuestro alrededor. Los guerreros del clan estaban empezando a ganar terreno, empujando a los atacantes hacia la salida, pero el peligro seguía siendo palpable.

Cuando nos detuvimos en un rincón del patio, Duncan me miró directamente, su expresión más severa que nunca.

—Quédate aquí. Esta no es tu lucha.

Antes de que pudiera protestar, ya estaba alejándose de nuevo, su espada brillando a la luz de las antorchas mientras se lanzaba de nuevo a la batalla.

Yo me quedé donde estaba, pero no por miedo, sino porque sabía que, en ese momento, la mejor manera de ayudar era mantenerme fuera del camino. Pero mientras observaba a Duncan liderar a su gente con una fuerza y determinación que era imposible de ignorar, no pude evitar sentir algo más.

Él no era solo un líder para ellos; era su fuerza, su esperanza. Y aunque no lo diría en voz alta, en ese momento, también era el mío.

Aunque mi mente me decía que debía hacer caso a Duncan y quedarme fuera del conflicto, mi cuerpo no parecía dispuesto a obedecer. Cada grito, cada choque de espadas me empujaba a moverme, a hacer algo.

Observé cómo un grupo de mujeres y ancianos intentaba reorganizarse cerca de la entrada a las cocinas. Estaban atrapados, con guerreros enemigos avanzando en su dirección. No había tiempo para pensar. Me lancé hacia ellos, esquivando los cuerpos que luchaban en mi camino.

—¡Rápido, id hacia la bodega! —les grité mientras les señalaba una puerta lateral.

Algunos dudaron al verme, pero una mujer mayor tomó la iniciativa, asintiendo y empujando al resto para que la siguieran. Sin embargo, no todos se movieron lo suficientemente rápido. Un guerrero enemigo los había visto y se dirigía hacia nosotros con una sonrisa cruel en el rostro.

Busqué a mi alrededor desesperadamente algo con lo que defendernos y encontré un cubo de agua junto a un barril. Lo agarré con ambas manos y, cuando el hombre estuvo lo suficientemente cerca, lo lancé con todas mis fuerzas hacia su rostro. El impacto lo detuvo, aunque solo por un momento, lo suficiente para que el grupo terminara de escapar hacia la seguridad de la bodega.

El guerrero recuperó el equilibrio, su mirada llena de furia al girarse hacia mí. Mi corazón latía con fuerza, pero no podía retroceder. Vi un palo grueso en el suelo, probablemente parte de una antorcha rota, y lo recogí justo cuando él avanzó hacia mí.

—¿Crees que eso te salvará? —gruñó, burlándose.

—No necesito salvarme, solo detenerte —respondí, sorprendida por la firmeza en mi voz.

Él atacó con su espada, pero logré esquivarlo, utilizando el palo para golpearlo en el costado. Fue un movimiento torpe, sin técnica, pero suficiente para desequilibrarlo. Aproveché su desconcierto para golpearlo de nuevo, esta vez en la entrepierna, lo que lo hizo caer de rodillas.

Antes de que pudiera recuperar la ventaja, un guerrero del clan apareció detrás de él y terminó lo que yo había empezado. Me giré rápidamente hacia el hombre del clan, esperando algún tipo de reprimenda, pero en lugar de eso, me ofreció una breve sonrisa antes de regresar a la lucha.

El caos seguía a mi alrededor, pero mi pequeño acto había encendido algo dentro de mí. Tal vez no tenía una espada ni sabía cómo luchar como ellos, pero había otras maneras de ayudar. Comencé a moverme por el patio, recogiendo a los heridos y guiándolos hacia las cocinas, donde un grupo de

mujeres intentaba improvisar un espacio para atenderlos.

—Por aquí, rápido. Ayúdalo —dije, señalando a un joven que tenía una herida profunda en el brazo.

Las mujeres trabajaban rápido, y aunque sus miradas hacia mí seguían siendo de desconfianza, ninguna se atrevió a cuestionar mi presencia.

Mientras volvía al patio, vi a Duncan en el centro de la batalla, rodeado por varios enemigos. Su espada brillaba bajo la luz de las antorchas mientras se movía con una precisión que era casi hipnótica. Pero incluso él no podía estar en todas partes.

Un grupo de atacantes intentaba forzar la entrada principal, y los hombres que defendían la puerta estaban siendo superados. Sin pensarlo dos veces, corrí hacia un grupo de barriles que había cerca de las escaleras. Con esfuerzo, empujé el más grande hasta el borde y lo dejé caer, justo cuando los atacantes intentaban avanzar.

El barril rodó y golpeó a dos de ellos, haciéndolos caer al suelo. Los hombres del clan aprovecharon la distracción para reagruparse y cerrarles el paso.

Mi respiración estaba acelerada, y mis manos temblaban mientras observaba el resultado de mi improvisación. Había logrado hacer algo, aunque pequeño, para inclinar la balanza a nuestro favor.

Cuando mis ojos volvieron a buscar a Duncan, lo vi mirándome desde el otro lado del patio. Incluso en medio del caos, sus ojos azules eran imposibles de ignorar. No dijo nada, pero la leve inclinación de su cabeza fue todo lo que necesité para saber que había notado lo que había hecho.

El sonido del acero chocando y los gritos de los guerreros seguían llenando el aire cuando vi algo que hizo que mi sangre se helara. Duncan estaba rodeado por un grupo de enemigos, su espada brillando mientras luchaba para mantenerlos a raya. Aunque su postura era firme y su habilidad evidente, incluso yo podía ver que comenzaba a cansarse.

Mi instinto fue correr hacia él, pero me detuve al recordar sus palabras. "Quédate fuera de esto." Pero, ¿cómo podía quedarme al margen cuando él estaba en peligro?

Una fracción de segundo después, uno de los atacantes avanzó, su espada dirigida directamente hacia el costado de Duncan. Fue demasiado rápido para que pudiera reaccionar.

—¡Duncan! —grité, mi voz apenas audible entre el ruido de la batalla.

Él giró justo a tiempo para bloquear el golpe, pero en el proceso, otro enemigo aprovechó su distracción y lo golpeó con fuerza en el hombro con el mango de su espada. Duncan cayó de rodillas, su mano izquierda sujetándose el costado mientras aún blandía su espada con la derecha.

No lo pensé dos veces. Corrí hacia él, esquivando a los guerreros que luchaban a mi alrededor. Uno de los atacantes se volvió hacia mí, pero antes de que pudiera alcanzarme, un guerrero del clan apareció y lo derribó.

Cuando llegué junto a Duncan, vi la sangre manchando su túnica, oscura bajo la luz de las antorchas.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gruñó, su voz grave y llena de dolor.

—Salvándote, aparentemente —respondí, aunque mi tono temblaba más de lo que quería admitir.

Él intentó levantarse, pero el dolor era evidente en su rostro. Antes de que pudiera protestar, me agaché junto a él y pasé un brazo por debajo de su hombro.

—Déjame ayudarte.

—No necesito tu ayuda —insistió, aunque su tono no tenía la fuerza habitual.

—No me importa lo que necesites. No voy a dejarte aquí.

Con esfuerzo, logramos ponernos de pie. Duncan se apoyaba en mí más de lo que quería admitir, pero aún sostenía su espada en alto, listo para defendernos si era necesario.

El camino hacia la entrada del castillo parecía más largo de lo que debería, cada paso una lucha mientras él intentaba mantenerse erguido. Podía sentir su peso contra mí, y aunque no lo diría en voz alta, sabía que estaba confiando en mí de una manera que nunca antes había hecho.

—Casi estamos —dije, más para tranquilizarme a mí misma que a él.

Un guerrero enemigo apareció de repente frente a nosotros, pero antes de que pudiera atacarnos, Duncan reunió las fuerzas que le quedaban y lanzó un golpe certero con su espada. El hombre cayó al suelo, y Duncan dejó escapar un suspiro pesado.

—Todavía puedo luchar —murmuró, aunque su voz sonaba débil.

—Y yo todavía puedo discutir contigo —respondí, con más dureza de la que sentía.

Cuando finalmente llegamos al interior del castillo, lo llevé hacia un banco junto a las cocinas y lo ayudé a sentarse. La sangre seguía fluyendo desde la herida en su costado, y mi corazón latía con fuerza mientras buscaba algo con lo que detenerla.

—No te muevas —le ordené, tomando un trapo limpio de una mesa cercana.

Duncan dejó escapar una breve risa que terminó en un gemido de dolor.

—Parece que te gusta dar órdenes.

—Solo cuando sé que alguien es demasiado terco para cuidarse a sí mismo.

El interior del castillo parecía un mundo aparte de la batalla que rugía fuera. Aunque los sonidos del conflicto todavía llegaban desde las murallas, aquí, junto a Duncan, el tiempo parecía haberse detenido.

Busqué desesperadamente algo que pudiera usar para limpiar la herida. Encontré un cuenco de agua y varios trapos limpios en una mesa cercana. Los llevé rápidamente y me arrodillé junto a él, empapando un trapo y acercándome a la herida.

—Esto va a doler —advertí antes de presionar el trapo húmedo contra su costado.

Duncan no dijo nada, pero su mandíbula se tensó y sus manos se cerraron en puños.

—Deberías dejar que alguien más hiciera esto —gruñó finalmente, su voz baja y cargada de dolor.

—¿Y confiar en que uno de tus hombres no te deje peor de lo que ya estás? —respondí, sin apartar la vista de mi tarea.

—Mis hombres son más competentes de lo que crees.

—Quizá, pero no soy tan mala como piensas.

Hubo un silencio después de eso, y cuando levanté la mirada, vi que me observaba con una intensidad que hizo que mi estómago diera un vuelco. Sus ojos azules, normalmente duros, parecían más suaves, como si estuviera viendo algo en mí que yo misma no podía identificar.

—Nunca pensé que fueras mala —dijo finalmente, su voz más suave que antes.

Mis manos se detuvieron por un momento, sorprendida por la sinceridad de sus palabras. Pero en lugar de responder, volví a concentrarme en la herida, limpiándola con cuidado antes de presionar un paño limpio para detener la hemorragia.

El tiempo pasó lentamente mientras trabajaba. Duncan permaneció en silencio la mayor parte del tiempo, aunque su respiración pesada y ocasionales gemidos de dolor me decían lo mucho que le costaba mantenerse quieto.

—¿Por qué haces esto? —preguntó finalmente, rompiendo el silencio.

Lo miré, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Podrías haberte quedado a salvo, lejos de todo esto. No tenías por qué involucrarte, y mucho menos ponerte en peligro por alguien como yo.

Sus palabras me hicieron detenerme, y por un momento, no supe qué decir. La verdad era que ni siquiera yo entendía completamente por qué había corrido hacia él en medio de la batalla, por qué me importaba tanto que estuviera bien.

—No podía quedarme quieta —respondí finalmente, mi voz apenas un susurro.

Duncan dejó escapar un breve resoplido, como si no estuviera del todo convencido por mi respuesta.

—Eres una mujer extraña, Kate Ashbury.

—Lo tomaré como un cumplido —dije, intentando aliviar la tensión con un poco de humor.

Para mi sorpresa, Duncan dejó escapar una leve risa, aunque rápidamente se convirtió en un gemido de dolor.

Después de envolver la herida con cuidado, me senté a su lado, dejando que el silencio volviera a llenarlo todo. Podía sentir la calidez de su cuerpo junto al mío, y aunque no había nada más que decir, había algo en ese momento que parecía más profundo que cualquier palabra.

Finalmente, Duncan se inclinó hacia adelante, apoyando un brazo sobre su rodilla mientras me miraba de reojo.

—Gracias —dijo, su voz baja pero sincera.

—De nada —respondí, sabiendo que esas dos palabras no eran suficientes para abarcar todo lo que estaba sintiendo en ese momento.

Mientras lo miraba, con su cabello rubio oscuro desordenado y su rostro marcado por el cansancio y el dolor, sentí algo que no podía explicar. Algo que me decía que, a pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotros, no podía dejar que nada le pasara.

No era solo por lo que él representaba para su clan o por las circunstancias que nos habían llevado a este punto. Era por él, por Duncan MacGregor, un hombre que, a pesar de su dureza y su orgullo, había demostrado ser más de lo que jamás había esperado.

En ese momento, me hice una promesa silenciosa.

—No voy a dejar que te pase nada, Duncan —susurré, más para mí misma que para él.

Y, por primera vez, sentí que no había vuelta atrás.



Salvándose mutuamente

Los días que siguieron a la batalla fueron extraños. El bullicio en el castillo se había reducido considerablemente, pero no porque todo estuviera en calma. La herida de Duncan, aunque no mortal, lo mantenía confinado a su habitación, algo que parecía frustrarlo más que cualquier otro problema.

Yo, por mi parte, me encontraba con más libertad de la que había tenido desde mi llegada. Nadie me ordenaba regresar a mi habitación, y las miradas de los guerreros eran un poco menos hostiles después de mi participación en la defensa del castillo. No podía decir que me habían aceptado por completo, pero al menos algunos parecían haber cambiado ligeramente su opinión sobre mí.

Me despertaba temprano cada mañana, acompañando a los hombres y mujeres en sus tareas. Desde la distribución de suministros hasta supervisar a los niños que correteaban por el patio, parecía haberme convertido en una figura más activa dentro del clan. Aunque algunos todavía me miraban con desconfianza, otros comenzaban a dirigirse a mí con un leve asentimiento o incluso una sonrisa ocasional.

Fue durante una de estas mañanas cuando decidí visitar a Duncan. Habían pasado tres días desde la batalla, y aunque el curandero del clan lo visitaba regularmente, sabía que no era del tipo de hombre que aceptaba quedarse quieto fácilmente.

Subí las escaleras hacia su habitación con un cuenco de caldo caliente en las manos, intentando prepararme mentalmente para lo que podría encontrar. Cuando abrí la puerta, lo vi sentado junto a la ventana, su figura imponente inclinada hacia adelante mientras intentaba revisar unos pergaminos.

—¿Es que no puedes descansar como una persona normal? —pregunté, entrando sin esperar una invitación.

Duncan levantó la vista, su expresión severa suavizándose ligeramente al verme.

—Si descansara como dices, este castillo se caería a pedazos.

—Me parece que el castillo ha sobrevivido bastante bien sin ti durante estos días.

Coloqué el cuenco en la mesa junto a él y me crucé de brazos, observándolo con atención. A pesar de su aparente energía, su rostro seguía pálido y su postura rígida. La herida en su costado claramente seguía dándole problemas, aunque parecía decidido a no mostrar debilidad.

—Deberías comer algo —dije, señalando el caldo.

Duncan levantó una ceja, como si no estuviera acostumbrado a que alguien le diera órdenes, pero finalmente asintió y tomó el cuenco.

—Sigues metiéndote en mis asuntos, Kate.

—Alguien tiene que hacerlo.

Mi respuesta pareció sorprenderlo, porque dejó escapar una leve risa, algo que rara vez había oído de él.

—¿Es así como pretendes ganarte el respeto de mi gente?

—Quizá. O quizá simplemente no puedo soportar verte actuando como si no fueras humano.

Él me miró en silencio durante un momento, y algo en su expresión cambió. No era la mirada del líder frío y calculador al que estaba acostumbrada. Era algo más suave, más humano.

—Gracias —dijo finalmente, su voz baja pero sincera.

Salí de su habitación sintiéndome extrañamente ligera, como si nuestra breve interacción hubiera marcado un pequeño cambio en nuestra relación. A pesar de las tensiones y los conflictos que nos habían definido hasta ahora, había algo nuevo entre nosotros, algo que no podía ignorar.

Mientras descendía las escaleras, escuché a dos mujeres del clan hablando cerca de la cocina.

—La inglesa está ayudando en todo últimamente —dijo una, su tono neutral.

—Sí, pero al menos parece útil. Más de lo que esperaba.

Me detuve en seco, sin saber si sentirme ofendida o aliviada. Tal vez ambas cosas. Pero lo que era claro era que, poco a poco, estaba dejando de ser solo "la inglesa" para convertirme en algo más.

* * *

La mañana era fresca, con un ligero viento que traía consigo el aroma a tierra húmeda y madera quemada. Las tareas diarias en el castillo seguían como de costumbre, pero en el aire se sentía una especie de calma tensa, como si todos estuvieran esperando el próximo movimiento.

Después de lo que había ocurrido la noche anterior, decidí visitar a Duncan de nuevo. Sabía que su recuperación no estaba siendo fácil, y si bien no se quejaba abiertamente, su orgullo lo mantenía intentando hacer más de lo que debía.

Subí las escaleras con paso firme y llamé suavemente a la puerta antes de entrar. Para mi sorpresa, lo encontré de pie, sujetándose contra una mesa mientras intentaba caminar.

—¿Debería preocuparme de que termines desmayado en el suelo? —pregunté, cruzándome de brazos.

Duncan giró la cabeza hacia mí, su rostro ligeramente enrojecido, aunque no estaba segura de si era por el esfuerzo o por mi comentario.

—Estoy perfectamente bien.

—Claro que lo estás. Y por eso estás a un paso de caerte.

Cerré la puerta detrás de mí y me acerqué, ignorando su mirada de advertencia. Sin esperar su permiso, pasé un brazo por debajo de su hombro y lo sostuve.

—¿Qué crees que estás haciendo? —gruñó, aunque su tono carecía de la fuerza habitual.

—Ayudarte. Aunque estoy segura de que preferirías fingir que no necesitas ayuda.

Por un momento, pensé que iba a apartarme, pero en lugar de eso, dejó escapar un suspiro pesado y se apoyó en mí, permitiendo que lo guiara hacia el centro de la habitación. Su cuerpo era cálido y sólido junto al mío, y aunque intentaba concentrarme en mantenerlo erguido, no pude evitar sentir cómo su cercanía me afectaba.

—¿Siempre eres tan terca? —preguntó, rompiendo el silencio.

—¿Siempre eres tan orgulloso? —respondí sin pensarlo.

Duncan dejó escapar una breve risa, un sonido que me sorprendió por lo genuino que era.

—Touche.

Lo llevé hasta una silla junto a la ventana y lo ayudé a sentarse con cuidado. Mientras lo hacía, nuestras miradas se cruzaron, y por un instante, el mundo pareció detenerse. Sus ojos azules, normalmente fríos y calculadores, tenían ahora un brillo diferente, algo más suave.

—Gracias —murmuró, su voz apenas un susurro.

—De nada —respondí, intentando ignorar el calor que subía a mis mejillas.

Me alejé un paso, intentando recuperar algo de distancia, pero su mano se alzó y tomó la mía antes de que pudiera moverme más lejos.

—Kate.

Mi nombre en sus labios fue suficiente para detenerme en seco. Lo miré, esperando que dijera algo más, pero él solo me sostuvo la mirada, como si estuviera buscando las palabras adecuadas.

—No estoy acostumbrado a que alguien me desafíe de la forma en que tú lo haces.

No supe cómo responder a eso. Parte de mí quería soltar una broma para aliviar la tensión, pero la sinceridad en su voz me desarmó.

—Tal vez es porque necesitas que alguien lo haga de vez en cuando.

Una leve sonrisa curvó sus labios, y por un momento, el peso de todo lo que nos rodeaba pareció desvanecerse.

Finalmente, solté su mano y me giré hacia la puerta.

—Descansa, Duncan. Si te veo intentando cargar barriles o algo parecido, no seré tan amable la próxima vez.

Él dejó escapar una risa suave, y cuando salí de la habitación, no pude evitar sentir que algo entre nosotros estaba cambiando.

Aunque no podía nombrarlo, sabía que esa conexión que se estaba formando no sería fácil de ignorar, no para él y definitivamente no para mí.

El clima, que había estado tranquilo durante la mañana, comenzó a cambiar. Nubes grises se arremolinaban en el cielo, y el viento que antes traía consigo el aroma fresco del bosque ahora soplaba con un frío cortante que ponía en alerta a todos. Había algo en el ambiente que no podía ignorarse, un presentimiento que se palpaba en cada rincón del castillo.

Me encontraba en el patio, ayudando a organizar las tareas diarias. Aunque algunos de los guerreros del clan estaban de patrulla, la mayoría seguía recuperándose de la batalla reciente. La victoria había traído una breve sensación de alivio, pero también había dejado al castillo más vulnerable de lo que Duncan querría admitir.

Mientras revisaba un cargamento de leña recién traída, uno de los jóvenes del clan llegó corriendo desde las murallas, su rostro pálido y la respiración agitada.

—¡Tenemos un problema! —gritó, atrayendo la atención de todos.

El laird apareció desde la entrada del castillo, caminando más erguido de lo que debería dado su estado. A pesar de la herida reciente, su presencia seguía siendo imponente, y su sola aparición parecía calmar a algunos de los presentes.

—¿Qué ocurre? —preguntó, su voz firme.

El joven se detuvo frente a él, tratando de recuperar el aliento.

—Uno de los hombres en la patrulla del norte ha encontrado algo… parece que el ataque de hace unos días no fue todo. Encontraron huellas. Muchas.

Duncan frunció el ceño, cruzando los brazos mientras procesaba la información.

—¿Huellas hacia dónde?

—Al bosque, hacia el este. Pero son recientes, milord. Creemos que hay más hombres escondidos.

Un murmullo recorrió a los presentes, y pude sentir cómo la tensión en el aire aumentaba. Si lo que el joven decía era cierto, significaba que el clan rival no había retrocedido, sino que estaba esperando el momento oportuno para atacar de nuevo.

Duncan asintió lentamente, su rostro serio.

—Organiza un grupo para inspeccionar las tierras al este. No más de cinco hombres, y que sean los mejores. No quiero arriesgarnos a perder más vidas si esto resulta ser una trampa.

—Milord —intervine antes de poder detenerme—, si hay algo que he aprendido de las tácticas de mi gente es que los movimientos pequeños suelen ser una distracción. Si ellos están al este, es probable que estén planeando algo mayor en otro lugar.

Las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas del todo, pero cuando las dije, vi cómo los ojos de Duncan se volvieron hacia mí, llenos de una intensidad que me hizo sentir un escalofrío.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es lo que haría yo si quisiera debilitar a mi enemigo. Enviar pequeñas fuerzas para distraer mientras preparo algo más grande.

El silencio que siguió fue denso. Los guerreros me miraban con expresiones que iban desde la sorpresa hasta la desconfianza, pero Duncan parecía considerar mis palabras con cuidado.

—¿Qué sugieres? —preguntó finalmente.

—Dividir nuestras fuerzas no es lo mejor ahora mismo —respondí, tratando de mantener la calma bajo la intensidad de su mirada—. Necesitamos confirmar cuántos son y qué planean antes de tomar una decisión.

Duncan asintió lentamente.

—Muy bien. Haremos una inspección limitada. Tú vienes conmigo.

Los murmullos se intensificaron, y una de las mujeres del clan se adelantó.

—¿Va a llevar a la inglesa con usted, milord?

Duncan la miró con firmeza, su tono no dejando espacio para discusiones.

—Ella es la única aquí que entiende cómo piensan nuestros enemigos. Si alguien tiene una mejor idea, estoy dispuesto a escucharla.

El silencio fue respuesta suficiente, y aunque no estaba segura de si había sido una buena idea ofrecerme, no había vuelta atrás.

Mientras Duncan organizaba a los hombres que nos acompañarían, no pude evitar mirar hacia las murallas, donde las nubes grises parecían pesar más sobre nosotros con cada minuto que pasaba. Algo estaba por venir, algo que podría cambiarlo todo, y aunque no sabía exactamente qué era, tenía claro que no podía permitirme fallar.

* * *

El bosque al este del castillo tenía un aire opresivo que se intensificaba con cada paso. Las ramas desnudas se entrelazaban sobre nuestras cabezas, dejando pasar solo un débil rayo de luz aquí y allá. Caminaba junto a Duncan, quien lideraba el pequeño grupo de cinco guerreros que nos acompañaban. Aunque intentaba mantener la compostura, no podía ignorar la sensación de que algo no estaba bien.

El silencio era absoluto, roto únicamente por el crujido de las hojas secas bajo nuestros pies. Mi respiración se volvía más lenta, como si mi cuerpo instintivamente tratara de pasar desapercibido. Duncan caminaba a mi lado, su figura alta y firme una fuente de seguridad, aunque podía ver la rigidez en su mandíbula y la forma en que su mano descansaba constantemente en la empuñadura de su espada.

—¿Qué buscas? —pregunté en voz baja, intentando entender su plan.

—Cualquier cosa fuera de lugar. Este bosque debería estar vacío, pero algo no cuadra —respondió, sin mirarme.

No discutí. La tensión en el aire era suficiente para que yo también empezara a buscar señales, cualquier cosa que pudiera confirmar nuestras sospechas.

Fue entonces cuando noté algo. Una rama rota, más alta de lo que un animal podría haber alcanzado, con las astillas aún frescas. Me detuve y señalé hacia ella.

—Eso no es natural.

Duncan se giró hacia donde señalaba, su mirada volviéndose más aguda.

—Buena observación. —Se acercó para inspeccionar la rama y el suelo a su alrededor—. Huellas. Al menos seis hombres pasaron por aquí recientemente.

Los otros guerreros se acercaron para evaluar las marcas, sus expresiones endureciéndose.

—Esto es una trampa —murmuró uno de ellos.

Duncan asintió, poniéndose de pie y colocando una mano en mi brazo para guiarme hacia él.

—Quédate cerca.

Antes de que pudiera responder, un silbido cortó el aire. Apenas tuvimos tiempo de reaccionar cuando una lluvia de flechas cayó sobre nosotros desde las sombras.

—¡Cubríos! —gritó Duncan, empujándome hacia un árbol cercano mientras desenvainaba su espada.

El caos estalló en cuestión de segundos. Hombres surgieron de entre los árboles, sus rostros ocultos por capuchas oscuras mientras atacaban con espadas y dagas. Los guerreros del clan se movieron con rapidez, enfrentándolos con una destreza que era impresionante incluso en medio del pánico.

Intenté mantenerme fuera del camino, pero no pasaron muchos segundos antes de que uno de los atacantes se dirigiera hacia mí. No tenía espada, pero recordé el cuchillo que Duncan me había entregado antes de partir.

—Si todo falla, al menos tendrás esto —había dicho con una sonrisa que en ese momento me había parecido innecesariamente confiada. Ahora, agradecía su previsión.

Sujeté el cuchillo con fuerza y retrocedí cuando el hombre se abalanzó sobre mí. Mi mente estaba en blanco, operando únicamente por instinto. Esquivaba sus golpes como podía, hasta que, en un momento de descuido, logré clavar el cuchillo en su brazo.

El hombre gritó y retrocedió, lo suficiente para que uno de los guerreros del clan interviniera y lo derribara.

—¡Kate! —La voz de Duncan llegó desde mi izquierda, justo cuando otro atacante se lanzaba hacia mí.

Antes de que pudiera reaccionar, Duncan se interpuso, bloqueando el golpe con su espada. El movimiento fue rápido y preciso, pero su herida en el costado le pasó factura. Vi cómo su rostro se tensaba de dolor mientras luchaba por mantener a raya al hombre.

—¡Cuidado! —grité, agarrando un palo del suelo y golpeando al atacante en la pierna.

Duncan aprovechó la distracción para derribarlo con un movimiento limpio de su espada.

Se giró hacia mí, sus ojos azules llenos de preocupación y furia.

—¿Qué te dije sobre quedarte cerca?

—¡Lo estoy! —respondí, intentando recuperar el aliento—. Y parece que también estoy salvándote la vida.

Duncan dejó escapar una risa breve, aunque claramente forzada por el esfuerzo.

—Parece que estamos en paz.

La batalla terminó tan rápido como comenzó. Los atacantes, al ver que no podían superarnos, se

retiraron hacia las sombras del bosque. Cuando todo quedó en silencio de nuevo, me dejé caer contra un árbol, mi cuerpo temblando por la adrenalina.

Duncan se acercó, sosteniendo su costado con una mano mientras me observaba.

—¿Estás herida?

Negué con la cabeza, todavía intentando calmar mi respiración.

—¿Y tú?

—He estado peor —respondió, aunque la sangre en su ropa decía lo contrario.

Lo miré fijamente, y por un momento, olvidé todo lo demás. Había algo en su postura, en la forma en que me miraba, que me hizo sentir una extraña mezcla de alivio y temor.

No sabía qué era lo que estábamos enfrentando, pero una cosa era clara: no estaba sola en esto, y tampoco lo estaba él.

El bosque estaba en silencio ahora, roto únicamente por el crujir de las hojas bajo nuestros pies mientras regresábamos al castillo. La tensión seguía palpable en el aire, pero esta vez no provenía del peligro externo, sino de algo más íntimo, algo que comenzaba a formarse entre Duncan y yo, aunque ninguno de los dos lo reconociera en voz alta.

Duncan caminaba a mi lado, con su postura erguida y decidida, pero podía ver cómo el dolor tensaba sus rasgos. El ligero tambaleo de su paso me decía más de lo que él jamás admitiría con palabras.

—Deberías detenerte un momento —le dije finalmente, rompiendo el silencio.

—Estoy bien —respondió, sin mirarme.

—Claro que sí. Y por eso estás sangrando otra vez.

Él soltó un resoplido, claramente irritado, pero no discutió cuando señalé una roca cercana para que se sentara. Mientras me inclinaba para revisar su herida, sentí su mirada fija en mí, como si intentara comprender algo que hasta él mismo no podía poner en palabras.

Esta vez, no necesitaba "descifrar" sus ojos. Lo vi claro: había gratitud, preocupación… y algo más, algo que hacía que mi corazón latiera más rápido de lo que debería.

Rasgué un trozo de tela de mi falda para improvisar una venda, concentrándome en mi tarea para no dejarme llevar por lo que sentía bajo su mirada.

—¿Por qué haces esto? —preguntó de repente, su voz baja y cargada de curiosidad genuina.

Me detuve, levantando la vista hacia él.

—¿Hacer qué?

—Salvarme. Ayudarme. No tenías por qué hacerlo.

No era una pregunta fácil de responder. Parte de mí quería decir que lo hacía porque era lo correcto, porque no podía quedarme quieta mientras él sufría. Pero la verdad iba más allá de eso, y aunque no estaba lista para admitirlo por completo, sabía que no podía mentirle.

—No sé —dije finalmente, con honestidad.

Duncan arqueó una ceja, pero esta vez no con burla, sino con una mezcla de interés y algo que parecía cercano a la admiración.

—Eres una mujer difícil de entender, Kate.

—Y tú un hombre difícil de tolerar —respondí, intentando aliviar la tensión con un poco de humor.

Para mi sorpresa, una sonrisa ligera cruzó su rostro.

Mientras terminaba de vendar su herida, me atreví a preguntar algo que llevaba tiempo rondando en mi mente.

—¿Siempre cargas con todo tú solo?

Duncan dejó escapar un suspiro, apartando la vista hacia el horizonte.

—Es mi responsabilidad. Si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

—Eso es una excusa —respondí, sin pensar.

Él giró la cabeza hacia mí, sorprendido.

—¿Excusa?

—Sí. Nadie puede hacerlo todo solo, Duncan. Aunque seas el laird, no significa que tengas que llevar todo el peso del mundo sobre tus hombros.

Por un momento, pensé que iba a discutir conmigo, pero en lugar de eso, dejó escapar una breve risa, casi como si reconociera la verdad en mis palabras pero no supiera cómo responder.

—Tal vez tengas razón, Kate.

Mis ojos buscaron los suyos, y esta vez no intenté evitar lo que vi en ellos. Había algo más que gratitud o respeto. Era una conexión que iba más allá de las palabras, un entendimiento silencioso que me hacía sentir que, por muy diferentes que fuéramos, no éramos tan opuestos como habíamos pensado.

Cuando finalmente nos levantamos para continuar nuestro camino, noté que Duncan caminaba un poco más cerca de mí. No era una proximidad forzada, sino algo natural, como si el espacio entre nosotros hubiera dejado de ser una barrera.

El bosque seguía siendo un lugar oscuro y lleno de incertidumbre, pero entre nosotros, algo había cambiado. Y esta vez, no necesitaba descifrar nada. Lo entendía perfectamente.



La atracción desbordada

La luz del día comenzaba a desvanecerse, dejando el cielo teñido de tonos anaranjados y rosados. Estábamos sentados junto a una fogata improvisada en un claro no muy lejos del castillo, donde Duncan había insistido en descansar antes de regresar. Sus guerreros se mantenían a una distancia prudente, dándonos algo de privacidad sin que lo pareciera.

Duncan estaba callado, mirando las llamas con una intensidad que parecía llenar el aire de algo más que el calor de la hoguera. Yo lo observaba de reojo, preguntándome en qué pensaba, pero no me atrevía a interrumpir su silencio.

—Perdí a mi familia en un ataque como este. —Su voz rompió la quietud, grave y contenida, como si las palabras le costaran salir.

Me quedé quieta, procesando lo que acababa de escuchar.

—¿Tu familia? —pregunté en voz baja, temiendo que mi tono rompiera algo frágil.

Duncan asintió, sus ojos azules reflejando las llamas.

—Mi madre y mis hermanos pequeños. Fue hace muchos años, pero aún lo recuerdo como si fuera ayer.

No sabía qué decir. Sus palabras, tan sinceras y llenas de dolor, me hicieron verlo de una manera diferente. No como el laird fuerte e implacable, sino como un hombre que había sufrido pérdidas que nadie debería soportar.

—Lo siento mucho —murmuré, sabiendo que esas palabras eran insuficientes pero no encontrando otras.

Él dejó escapar un suspiro, sus hombros relajándose ligeramente.

—Es por eso que hago lo que hago. Por eso soy como soy. No puedo permitir que algo así vuelva a ocurrir, no mientras yo esté al mando.

Quería decirle que no podía cargar con todo, que nadie podía proteger a todos todo el tiempo, pero sabía que esas palabras no serían bienvenidas ahora. En lugar de eso, me incliné hacia él, colocando una mano sobre su brazo.

—Lo entiendo, Duncan. Más de lo que crees.

Él giró la cabeza hacia mí, sus ojos encontrando los míos. Esta vez, no había nada que interpretar ni descifrar. Había vulnerabilidad allí, una que me hacía sentir como si estuviera viendo una parte de él que muy pocos conocían.

—¿Cómo lo soportas? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Duncan esbozó una sonrisa triste, una que no alcanzaba sus ojos.

—No siempre lo hago. Hay noches en las que el peso de todo esto es más de lo que puedo manejar. Pero luego recuerdo por qué lo hago, y eso me mantiene en pie.

Por un momento, el espacio entre nosotros pareció desaparecer. Sentí el calor de su cuerpo junto al mío, la fuerza contenida en él que ahora parecía tan frágil.

—Eres más fuerte de lo que crees —dije, y lo dije en serio.

Duncan soltó una risa suave, aunque había una tristeza subyacente en ella.

—No lo sé, Kate. Pero gracias.

Nos quedamos en silencio después de eso, pero no era un silencio incómodo. Era un momento compartido, uno que no necesitaba palabras para tener significado.

Mientras el cielo seguía oscureciéndose, no pude evitar pensar que, a pesar de todo lo que nos separaba, había algo que nos unía. Algo que se hacía más difícil de ignorar con cada segundo que pasaba.

La noche cayó por completo, envolviendo el claro en una oscuridad rota únicamente por la luz trémula de las estrellas y las llamas de la fogata. El aire era fresco, cargado con el aroma de la madera quemada y la humedad de la tierra, pero no lo suficiente como para hacernos temblar. Duncan había insistido en quedarse un poco más antes de volver al castillo, y yo no había discutido. Quizá porque tampoco quería romper el momento que compartíamos.

Estaba sentada frente a él, con las piernas cruzadas y una manta improvisada sobre los hombros, observando cómo sus rasgos se suavizaban bajo la luz cálida del fuego. Por primera vez desde que lo conocí, no parecía el imponente líder del clan, sino simplemente un hombre, uno que había cargado con más de lo que era justo.

—Nunca he visto un cielo como este —dije, rompiendo el silencio mientras levantaba la vista hacia las estrellas.

Duncan siguió mi mirada, sus ojos azules reflejando el brillo de los astros.

—Es lo único que siempre ha estado ahí, pase lo que pase. Incluso en los días más oscuros, siempre puedes contar con las estrellas.

Su voz era baja, casi un susurro, pero había algo en sus palabras que me atrapó. Había poesía en la forma en que hablaba, una melancolía que no esperaba de alguien tan pragmático.

—¿Siempre hablas así? —pregunté, con una sonrisa que intentaba aliviar el peso del momento.

Duncan me miró, y por un instante, vi que su habitual dureza daba paso a algo más suave.

—No. Solo contigo.

Mi sonrisa desapareció, reemplazada por una mezcla de sorpresa y algo más profundo que no podía ignorar. Las palabras eran simples, pero el significado detrás de ellas era claro.

La quietud se hizo más pesada, aunque no incómoda. Sentí su mirada sobre mí, y cuando finalmente volví mis ojos hacia los suyos, no encontré la barrera que normalmente tenía. En su lugar, había honestidad, vulnerabilidad… y algo más.

—¿Qué estás pensando? —pregunté en voz baja, temiendo romper la magia del momento.

Duncan dejó escapar un leve suspiro, como si estuviera decidiendo si debía responder.

—Estoy pensando en lo fácil que sería perderme en esto.

Mi corazón dio un vuelco, y aunque no estaba segura de a qué se refería exactamente, una parte de mí lo sabía. Sentí cómo el aire entre nosotros parecía electrificarse, como si todo el universo nos empujara el uno hacia el otro.

—¿Por qué no lo haces? —pregunté antes de poder detenerme, mi voz apenas un susurro.

Duncan inclinó la cabeza ligeramente, sus ojos estudiando cada detalle de mi rostro.

—Porque no estoy seguro de que pueda volver atrás si lo hago.

El peso de sus palabras me dejó sin aliento. Había algo en ellas que me hacía sentir como si estuviéramos al borde de un precipicio, uno del que ninguno de los dos estaba seguro si debía saltar.

—Yo tampoco estoy segura de que quiera volver atrás —dije finalmente, rompiendo la distancia que aún quedaba entre nosotros.

Duncan extendió una mano, y aunque el gesto era simple, sentí como si el mundo se detuviera cuando la colocó sobre la mía. Sus dedos eran cálidos, firmes pero gentiles, y el simple contacto envió un escalofrío por mi espalda.

Nos quedamos así, en silencio, compartiendo un momento que parecía contener todo lo que no

éramos capaces de decir en voz alta.

Finalmente, Duncan rompió el silencio, su voz apenas un murmullo.

—No sé qué está pasando entre nosotros, Kate, pero sé que no quiero que termine.

Mis labios se curvaron en una sonrisa suave mientras entrelazaba mis dedos con los suyos.

—Yo tampoco.

Las palabras eran simples, pero el significado detrás de ellas lo era todo. Y aunque no sabía qué traería el futuro, en ese momento, bajo las estrellas, nada más importaba.

El aire alrededor de nosotros era denso, pero no por el frío o el silencio del bosque. Era la carga invisible que habíamos construido entre nosotros durante semanas, una mezcla de emociones, deseos reprimidos y miradas que habían dicho más de lo que nuestras palabras podían expresar.

Duncan seguía sentado frente a mí, pero ahora su mano descansaba sobre la mía, y el simple contacto hacía que mi piel se estremeciera. Mis ojos buscaron los suyos, y esta vez no hubo dudas, no hubo barreras. Vi en él la misma tormenta que sentía dentro de mí, una que parecía imposible de contener por más tiempo.

—Kate… —murmuró mi nombre como si fuera algo sagrado, su voz grave y cargada de emoción.

No sé quién dio el primer paso, pero antes de darme cuenta, la distancia entre nosotros desapareció. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía sentir el calor de su respiración, un contraste perfecto con el aire frío de la noche.

—No deberíamos… —comencé, pero las palabras murieron en mis labios cuando su mano subió para acariciar mi mejilla.

El roce de sus dedos contra mi piel fue suficiente para hacer que mi mente se vaciara por completo. Sus ojos azules me miraban como si estuviera buscando una señal para detenerse, pero no había nada en mí que quisiera que lo hiciera.

Cuando finalmente se inclinó hacia mí, nuestros labios se encontraron con una intensidad que me hizo olvidar todo lo que nos rodeaba. Su beso no era tímido ni vacilante, sino lleno de pasión contenida, como si hubiera esperado este momento durante toda una vida.

Mis manos se deslizaron hacia su cuello, sintiendo la calidez de su piel bajo mis dedos mientras él me rodeaba con sus brazos, acercándome aún más a él. La dureza de su cuerpo contrastaba con la suavidad de sus caricias, y cada movimiento parecía diseñado para hacer que mi corazón latiera más rápido.

Nos quedamos así, perdidos el uno en el otro, mientras el mundo desaparecía a nuestro alrededor. La forma en que me tocaba, como si fuera algo precioso y frágil, me hacía sentir cosas que no sabía que podía sentir. Cada beso, cada roce de sus manos en mi espalda, me acercaba más al borde de algo que no podía describir con palabras.

Finalmente, me incliné hacia atrás, obligándolo a mirarme a los ojos.

—Duncan…

Él me miró con una mezcla de deseo y ternura, y por un momento, pensé que iba a detenerse. Pero en lugar de eso, se inclinó hacia mí de nuevo, esta vez con más urgencia.

—Dime si quieres que pare —susurró, su voz tan baja que apenas la escuché.

No respondí con palabras. En lugar de eso, lo atraje hacia mí, dejando claro que no quería que se detuviera.

La fogata parpadeaba a nuestro alrededor, iluminando nuestras sombras en el suelo mientras nos dejábamos llevar por lo que había estado creciendo entre nosotros. Sus manos exploraron mi cuerpo con cuidado, como si estuviera memorizando cada centímetro de mí, mientras yo hacía lo mismo

con él.

Cada beso, cada caricia, se sentía como una confesión, una declaración de todo lo que no habíamos podido decir en palabras. El frío de la noche se desvaneció por completo, reemplazado por el calor de nuestros cuerpos y la intensidad de lo que compartíamos.

Cuando finalmente nos detuvimos, ambos estábamos sin aliento, nuestras frentes apoyadas la una contra la otra. El silencio que siguió no era incómodo, sino lleno de algo que parecía más grande que cualquiera de nosotros.

—No puedo prometerte nada —murmuró Duncan, su voz llena de honestidad.

—No estoy pidiendo promesas —respondí, y lo dije en serio.

Porque en ese momento, no necesitaba nada más. Solo él. Solo nosotros.

El calor del momento había quedado atrás, pero la intensidad seguía en el aire. Duncan estaba junto a mí, su respiración aún irregular mientras sus ojos azules me observaban con una mezcla de emociones que apenas podía descifrar. Por un lado, había algo suave en su mirada, una ternura que me hacía sentir expuesta. Pero por otro, había un destello de duda, de conflicto, como si él mismo no supiera qué hacer con lo que acababa de ocurrir.

Me envolví con la manta que tenía cerca, no tanto para protegerme del frío, sino para crear una barrera entre lo que sentía y lo que acabábamos de compartir. Aunque mi corazón seguía latiendo con fuerza, una parte de mí comenzaba a pensar en las implicaciones.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan finalmente, su voz baja y llena de preocupación.

Lo miré, buscando en sus ojos una señal de arrepentimiento, pero no la encontré.

—Sí… solo estoy… —dudé, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No sé qué pensar.

Él asintió, su expresión seria.

—Yo tampoco.

El silencio se instaló entre nosotros, pero no era incómodo. Era como si ambos necesitáramos ese momento para procesar lo que acababa de ocurrir. Duncan se pasó una mano por el cabello, despeinándolo aún más, y su postura relajada contrastaba con la tensión en su rostro.

—Nunca pensé que esto pasaría —admitió, rompiendo finalmente el silencio.

—¿Qué es "esto"? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Duncan esbozó una leve sonrisa, pero no alcanzó sus ojos.

—Tú y yo. Esto que siento…

Su voz se apagó, como si no estuviera seguro de cómo continuar.

Me obligué a mirarlo directamente, a enfrentar lo que yo misma estaba sintiendo.

—Yo tampoco lo esperaba —admití, mi voz más suave de lo que esperaba—. Pero no sé si eso lo hace más fácil o más complicado.

—Más complicado, sin duda —respondió con una risa breve y amarga.

No pude evitar sonreír ligeramente, aunque había algo en sus palabras que pesaba más de lo que quería admitir. Porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Esto no era algo sencillo. No era una historia de amor en la que todo encajaba perfectamente. Éramos enemigos, dos personas de mundos opuestos atrapadas en una situación que nunca habíamos elegido.

Y sin embargo, lo que había pasado entre nosotros se sentía demasiado real, demasiado profundo como para ignorarlo.

Duncan rompió el contacto visual, mirando hacia las llamas que comenzaban a apagarse.

—Aunque no pueda prometerte nada tampoco quiero que pienses que esto no significa nada para mí.

Las palabras fueron simples, pero cargadas de un peso que me dejó sin aliento. Porque, a pesar de todo, sabía que lo que había entre nosotros no era algo casual.

—No lo hago —respondí, mi voz apenas un susurro.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada más. Nos quedamos allí, sentados bajo las estrellas, dejando que el silencio hablara por nosotros. No sabía qué traería el futuro, pero por primera vez desde que llegué a estas tierras, sentí que no estaba completamente sola.

Y aunque el camino por delante seguía siendo incierto, había algo en la forma en que Duncan me miraba, algo en la calidez de su presencia junto a mí, que me hacía creer que, tal vez, no todo estaba perdido.

La calma que habíamos encontrado junto a la fogata se desvaneció rápidamente cuando uno de los guerreros del clan llegó corriendo hacia nosotros. Su respiración estaba agitada, y la preocupación en su rostro era suficiente para que Duncan se levantara de inmediato, ignorando cualquier dolor o cansancio que aún quedara de la emboscada reciente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Duncan, su tono firme, pero bajo.

—Milord, los hombres de Brodie han sido vistos cerca de las tierras del norte. Parecen estar reuniendo fuerzas.

El nombre hizo que Duncan tensara la mandíbula, y mi estómago se hundió al ver el cambio en su expresión. Había oído mencionar a ese nombre antes, Brodie, el líder del clan que había atacado el castillo. No sabía mucho de él, pero lo poco que había escuchado me bastaba para entender que no era alguien que se rendía fácilmente.

—¿Cuántos hombres? —preguntó Duncan, sus ojos azules afilados como cuchillas.

—No lo sabemos con certeza, pero el explorador cree que son suficientes para intentar otra incursión. —El guerrero hizo una pausa, su expresión volviéndose más sombría—. Y hay rumores de que podrían estar buscando refuerzos en otros clanes menores.

Duncan dejó escapar un suspiro pesado, pero su postura se mantuvo firme.

—Reúne a los hombres en el gran salón. Quiero que las defensas del castillo estén listas para cualquier cosa.

El guerrero asintió rápidamente y salió corriendo hacia el castillo, dejando a Duncan y a mí solos en el claro.

Por un momento, ninguno de los dos habló. La noticia había roto cualquier ilusión de tranquilidad que pudiéramos haber compartido junto al fuego, y ahora, todo lo que sentía era el peso de lo que estaba por venir.

—Brodie no se detendrá —dije finalmente, rompiendo el silencio.

Duncan me miró, y aunque su expresión era dura, había algo en sus ojos que me hizo sentir un leve consuelo.

—No, no lo hará. Pero tampoco lo haremos nosotros.

El camino de regreso al castillo estuvo marcado por un silencio cargado de tensión. Cuando llegamos, los guerreros ya estaban comenzando a reunirse en el gran salón, sus rostros serios mientras discutían estrategias y se preparaban para lo que claramente veían como una amenaza inminente.

Duncan asumió su lugar al frente de ellos, su voz resonando con autoridad mientras daba órdenes claras y precisas. Lo observé desde un rincón, viendo cómo su liderazgo calmaba a los hombres incluso en medio de la incertidumbre. Había algo en él, en la forma en que cargaba con todo sin mostrar debilidad, que me hacía sentir una mezcla de admiración y preocupación.

Cuando finalmente terminó de hablar, se giró hacia mí.

—Quiero que te quedes en el castillo esta vez —dijo, su tono dejando claro que no estaba pidiendo permiso.

—¿Y dejarte manejar a Brodie solo? Ni hablar —respondí, cruzándome de brazos.

Duncan dejó escapar un leve suspiro, como si supiera que no iba a ganar esa discusión, pero no estaba dispuesto a ceder.

—Kate, no puedo concentrarme en liderar si estoy preocupado por ti.

Sus palabras me tomaron por sorpresa, y aunque quería discutir, la sinceridad en su tono me hizo detenerme. Finalmente, asentí, aunque no estaba completamente convencida.

—De acuerdo. Pero si vuelvo a verte herido, no esperes que esta vez sea tan amable.

Duncan dejó escapar una risa breve, y por un momento, la tensión pareció aligerarse.

—Tomaré eso como una advertencia.

Nos miramos por un instante más, y luego él se alejó para unirse a sus hombres. Mientras lo veía marcharse, no pude evitar sentir que algo grande estaba a punto de suceder. Porque, aunque habíamos encontrado un momento de calma, el mundo siempre encontraba la manera de arrastrarnos de vuelta a la tormenta.



La defensa del castillo

El amanecer trajo consigo un aire de urgencia que se extendió rápidamente por todo el castillo. Desde mi habitación, podía escuchar el ruido constante de botas contra el suelo de piedra, voces alzadas dando órdenes y el inconfundible sonido metálico de las armas siendo preparadas.

No había dudas: el ataque estaba cerca.

Me envolví con mi capa y bajé al patio, donde el caos organizado del clan se desplegaba ante mis ojos. Guerreros con espadas y arcos corrían de un lado a otro, mientras otros reforzaban las puertas y las murallas con tablones y piedras. Mujeres y ancianos trabajaban sin descanso, llevando agua y suministros a quienes se preparaban para la batalla. Era un espectáculo impresionante, pero también aterrador.

Caminé hacia el centro del patio, buscando a Duncan. Lo encontré junto a un grupo de hombres cerca de la entrada principal, su figura imponente destacando incluso en medio de la multitud. Estaba inclinado sobre un mapa extendido en una mesa improvisada, señalando puntos específicos mientras daba órdenes con voz firme.

—Reforzad el flanco este. Quiero hombres vigilando cada acceso. Si los Brodie intentan sorprendernos desde esa dirección, debemos estar listos.

Su tono no dejaba espacio para dudas, y los guerreros asentían rápidamente antes de dispersarse para cumplir sus órdenes.

Me acerqué, sintiendo que mi presencia no era del todo bienvenida, pero incapaz de quedarme al margen. Duncan levantó la vista al verme, y aunque su rostro estaba marcado por la tensión, hubo un destello de algo más en sus ojos al reconocerme.

—¿Por qué no estás dentro, donde estarías más segura? —preguntó, su tono firme pero no brusco.

—Porque puedo ayudarte —respondí, cruzándome de brazos.

Un suspiro escapó de sus labios mientras se pasaba una mano por el cabello rubio oscuro, despeinándolo aún más.

—Kate…

—Duncan, conozco muchas tácticas que utilizan los ingleses. Si hay algo que puedo hacer para ayudar, quiero hacerlo.

Él me observó durante un largo momento, como si estuviera evaluando la sinceridad de mis palabras. Finalmente, asintió.

—Muy bien. —Se giró hacia el mapa y señaló un punto cercano a la entrada oeste—. Si los Brodie están trabajando con los ingleses, es probable que intenten forzar nuestra entrada principal mientras otro grupo ataca desde aquí.

Me incliné sobre el mapa, estudiando la zona que señalaba.

—Si es así, necesitarán mover a sus hombres rápidamente entre los árboles. Podríamos tenderles una trampa ahí, obligándolos a dividirse antes de llegar al castillo.

Duncan levantó una ceja, sorprendido por mi sugerencia, pero asintió lentamente.

—Es arriesgado, pero podría funcionar.

Antes de que pudiera decir algo más, un joven guerrero se acercó corriendo, su rostro pálido.

—Milord, los exploradores han avistado a los ingleses y a los Brodie. Están a menos de media

hora de aquí.

Duncan se enderezó, su mirada endureciéndose mientras asimilaba la noticia.

—Que todos estén en posición —ordenó, su tono cortante como una espada—. No permitiremos que pasen de las murallas.

El joven asintió y salió corriendo, dejando a Duncan y a mí solos una vez más.

Me giré hacia él, mi corazón latiendo con fuerza mientras procesaba lo que estaba por venir.

—¿Estás listo para esto? —pregunté en voz baja.

Duncan me miró, y aunque su expresión seguía siendo severa, hubo un destello de algo más en sus ojos.

—No se trata de estar listo, Kate. Se trata de no fallar.

Asentí, sabiendo que no había nada más que decir. Mientras se giraba para unirse a sus hombres, sentí un nudo en el estómago. Porque, aunque él no lo admitiera, sabía que esto no sería solo una batalla por su clan. Era una prueba para nosotros, para lo que fuera que estuviéramos construyendo juntos.

* * *

El gran salón estaba lleno de movimiento. Los líderes del clan habían sido convocados para una última reunión antes de la batalla, y las conversaciones se entremezclaban en una cacofonía de estrategias, dudas y tensiones. Duncan se encontraba al frente de la mesa, su postura proyectaba autoridad incluso cuando algunos de los presentes comenzaban a cuestionarlo abiertamente.

—Milord, con todo respeto, debemos reconsiderar nuestra estrategia —dijo uno de los hombres mayores, un veterano cuyo cabello canoso y cicatrices hablaban de años de experiencia en batalla. Su tono era firme, pero la preocupación en sus ojos era evidente—. Tenerla aquí, cerca de todo, es un riesgo innecesario.

Aunque no mencionó mi nombre, todos entendieron a quién se refería. Me mantuve en un rincón del salón, observando en silencio mientras el comentario hacía eco en la sala. Las miradas de varios hombres se posaron en mí, algunas llenas de desconfianza, otras simplemente curiosas.

—Kate está aquí porque puede ayudarnos —respondió Duncan con calma, aunque su tono llevaba una advertencia implícita—. Su conocimiento de los ingleses nos da una ventaja que no podemos ignorar.

—¿Y qué nos garantiza que no nos traicionará en el último momento? —preguntó otro guerrero, uno más joven, cuyo tono estaba cargado de desdén.

La tensión en el salón se volvió palpable. Sentí el impulso de defenderme, de decirles que no tenía ninguna intención de traicionar a Duncan ni a su gente, pero antes de que pudiera abrir la boca, él habló por mí.

—¿Crees que no he considerado eso? —dijo Duncan, su voz más baja pero cargada de una intensidad que hizo que el joven se encogiera ligeramente—. Si ella quisiera traicionarnos, ya lo habría hecho.

El salón quedó en silencio tras sus palabras. Duncan dio un paso hacia adelante, recorriendo con la mirada a los hombres que lo rodeaban.

—No tengo tiempo para lidiar con dudas infundadas. Si alguien aquí no confía en mi juicio, que lo diga ahora y nos ahorraremos problemas.

Nadie respondió, aunque algunos de los hombres intercambiaron miradas incómodas.

Finalmente, el veterano que había iniciado la conversación asintió lentamente.

—Tienes razón, milord. No es el momento para discusiones. Confiamos en ti.

Duncan asintió, satisfecho, y luego se giró hacia mí.

—Kate —dijo, señalándome para que me acercara.

Caminé hacia la mesa, sintiendo cómo las miradas de los demás me seguían con cada paso. Duncan señaló el mapa extendido sobre la madera desgastada, donde los puntos de ataque y defensa estaban marcados con piedras y pequeños trozos de madera.

—Si los ingleses utilizan las tácticas que mencionaste, ¿dónde crees que concentrarán su ataque principal?

Me incliné sobre el mapa, ignorando las miradas a mi alrededor mientras analizaba los marcadores.

—Aquí —dije, señalando una curva en el camino que llevaba al castillo—. Es el punto más vulnerable. Si yo estuviera al mando, enviaría un grupo pequeño por el flanco este para distraer mientras el grueso de las tropas se dirige hacia esta entrada.

Duncan asintió, y por primera vez, vi un atisbo de aprobación en sus ojos.

—Entonces reforzaremos ambas zonas. Si logramos anticiparnos a sus movimientos, tendremos la ventaja.

Mientras los hombres se dispersaban para prepararse, Duncan se giró hacia mí, su expresión aún seria.

—No dejes que lo que digan te afecte.

—No lo hago —respondí, aunque no era del todo cierto.

Él me estudió por un momento más, y luego, en un gesto que me tomó por sorpresa, colocó una mano en mi brazo.

—Tú eres más fuerte de lo que ellos creen, Kate. Nunca lo olvides.

Sus palabras eran simples, pero el calor en su voz hizo que mi pecho se apretara. Asentí, incapaz de decir nada, mientras él se alejaba para continuar con los preparativos.

Porque, aunque Duncan parecía invulnerable frente a su gente, sabía que llevaba una carga pesada. Y, de alguna manera, había decidido cargar conmigo también.

* * *

La oscuridad de la noche era apenas interrumpida por las antorchas que iluminaban las murallas del castillo. Todo estaba en calma, pero no era una paz real, sino el tipo de silencio que precede a una tormenta. Me encontraba en una de las almenas, observando el horizonte junto a un grupo de arqueros que mantenían sus ojos fijos en los árboles lejanos. El aire estaba cargado de tensión, cada sombra parecía moverse, cada sonido parecía un presagio.

Duncan estaba más abajo, en el patio, dando órdenes a los hombres que reforzaban las puertas. Desde mi posición, podía verlo caminar con paso firme, su capa ondeando detrás de él y su voz grave resonando con autoridad. No había duda en su postura, pero yo sabía que, bajo esa fachada impenetrable, había un hombre que cargaba con más de lo que debería.

—¡Movimiento! —gritó uno de los arqueros, señalando hacia el bosque.

Mi corazón se detuvo un instante antes de que me inclinara sobre la muralla para ver. A lo lejos, entre las sombras de los árboles, comenzaron a aparecer antorchas. No eran muchas al principio, pero a medida que avanzaban, más luces se unieron a ellas, formando una línea que parecía

interminable.

—Están aquí —murmuré, más para mí misma que para los demás.

La alerta se extendió rápidamente. Los hombres en las murallas tensaron sus arcos, listos para disparar al primer movimiento hostil. En el patio, Duncan levantó una mano, indicando a sus hombres que tomaran posiciones. Todo estaba listo.

El primer sonido fue el inconfundible estruendo de un cuerno de guerra, profundo y resonante, que hizo vibrar las piedras bajo mis pies. Los atacantes comenzaron a avanzar, sus pasos sincronizados mientras se desplegaban en formación. Desde mi posición, podía distinguir tanto a los guerreros del clan Brodie como a los soldados ingleses.

—¡Apunten! —gritó uno de los arqueros junto a mí.

Las cuerdas de los arcos se tensaron, y en el aire se sintió el crujido de la madera mientras los guerreros esperaban la orden de disparar.

El primer ataque vino desde el flanco este, justo como habíamos predicho. Un grupo de hombres intentó escalar la muralla utilizando cuerdas y ganchos. Los arqueros respondieron rápidamente, derribando a varios de ellos antes de que pudieran alcanzar la cima. Sin embargo, algunos lograron subir, y los combates cuerpo a cuerpo comenzaron en las almenas.

Me encontré retrocediendo mientras uno de los atacantes, un hombre corpulento con una cicatriz que le cruzaba la cara, se dirigía hacia mí con una espada en alto.

—¡Cuidado! —gritó un arquero, lanzando una flecha que pasó a centímetros de mi cabeza y derribó al hombre antes de que pudiera llegar a mí.

Le di una mirada de agradecimiento antes de volver a concentrarme en lo que ocurría a mi alrededor. El caos era absoluto, y cada segundo contaba.

Abajo, en el patio, Duncan lideraba a sus hombres con la misma intensidad que había mostrado durante los preparativos. Su espada brillaba bajo la luz de las antorchas mientras bloqueaba un golpe y respondía con un movimiento rápido que derribó a su oponente.

—¡Reforzad las puertas! —gritó, su voz clara incluso por encima del ruido de la batalla.

La puerta principal temblaba bajo el peso de un ariete que los atacantes utilizaban para intentar abrirla. Los hombres del clan se esforzaban por mantenerla en su lugar, colocando más refuerzos y empujando con todas sus fuerzas.

Desde mi posición, podía ver cómo los ingleses intentaban organizar un ataque más coordinado, pero cada vez que avanzaban, eran rechazados por las defensas bien planificadas del castillo. Mi pecho se llenó de una mezcla de alivio y orgullo al ver cómo las tácticas que habíamos planeado estaban funcionando.

A pesar de todo, sabía que la batalla no había terminado. Los ingleses y los Brodie no se retirarían tan fácilmente, y nosotros tendríamos que resistir hasta el último hombre si era necesario.

Mientras observaba la escena, mis ojos volvieron a encontrar a Duncan, quien levantó la mirada hacia mí en ese preciso momento. No dijo nada, pero en ese instante, nuestras miradas compartieron algo más fuerte que las palabras.

El sonido del ariete golpeando la puerta principal resonaba como un tambor, marcando el ritmo de la batalla. Desde las murallas, vi cómo los guerreros del clan luchaban con una intensidad feroz, rechazando una y otra vez los intentos de los atacantes por escalar y tomar el castillo. Pero a pesar de la ventaja de la altura y las defensas reforzadas, estaba claro que este era un enfrentamiento agotador.

Los ingleses y los hombres del clan Brodie parecían inagotables, pero también desorganizados.

Las órdenes no llegaban con claridad desde sus líderes, y su estrategia se volvía cada vez más caótica a medida que se prolongaba el ataque. Habíamos hecho bien en preparar trampas y refuerzos para desgastarlos, y aunque seguían avanzando, cada movimiento era más débil que el anterior.

Duncan, en el patio, era una fuerza imparable. Sus movimientos eran precisos, su espada brillando con cada golpe certero. Aunque estaba rodeado de peligro, parecía más vivo que nunca, liderando a sus hombres con una valentía que hacía que el ánimo del clan se mantuviera firme.

—¡Sostened la puerta un poco más! —gritó, su voz clara incluso por encima del estruendo de la batalla.

En las murallas, un grupo de atacantes logró llegar hasta nosotros. Antes de que pudiera reaccionar, uno de ellos estaba casi a mi lado, su espada levantada. Todo sucedió en un instante: un arquero gritó una advertencia, pero no hubo tiempo para esquivar. Mi cuerpo se movió por instinto, y logré apartarme justo lo suficiente para que el golpe no me alcanzara de lleno.

El atacante se giró hacia mí, pero antes de que pudiera lanzar otro golpe, una flecha atravesó su hombro, haciéndolo tambalearse. Aproveché la oportunidad, agarrando un pedazo de madera caída y golpeándolo con todas mis fuerzas. El hombre cayó al suelo, y un arquero terminó el trabajo con otra flecha certera.

Mi respiración estaba acelerada, pero no había tiempo para detenerme. Corrí hacia el borde de la muralla, observando cómo el caos en el patio comenzaba a disiparse. Los atacantes estaban perdiendo fuerza, sus líneas desmoronándose mientras intentaban reagruparse.

—¡Fuego en el flanco este! —gritó uno de los guerreros del clan desde el otro lado.

Me giré justo a tiempo para ver cómo una de las trampas que habíamos preparado se activaba. Los barriles de aceite que habíamos colocado estratégicamente comenzaron a arder, creando una barrera de fuego que bloqueaba el avance de un grupo considerable de enemigos. Sus gritos de sorpresa y pánico resonaron en la noche, y algunos comenzaron a retroceder mientras otros intentaban cruzar las llamas.

Duncan levantó su espada en el patio, señalando a sus hombres que aprovecharan la oportunidad.

—¡Ahora! ¡Empujadlos fuera de nuestras tierras!

Los guerreros del clan cargaron con renovada energía, aprovechando el caos entre los atacantes para contraatacar. Fue un movimiento rápido y contundente, y en cuestión de minutos, los ingleses y los Brodie comenzaron a retirarse.

Desde mi posición en las murallas, observé cómo el campo de batalla se despejaba lentamente. Los cuerpos de los caídos quedaban atrás mientras los sobrevivientes huían hacia los árboles, llevándose consigo a los heridos. No había gritos de victoria entre los hombres del clan, solo un silencio cargado de cansancio y alivio.

Duncan estaba de pie en el centro del patio, su espada ensangrentada todavía en la mano, su respiración pesada mientras observaba a sus enemigos desaparecer en la distancia.

Bajé rápidamente de las murallas, mis piernas temblorosas después de todo lo que acababa de ocurrir. Cuando llegué al patio, los hombres se estaban reuniendo alrededor de su líder, algunos ayudando a los heridos, otros asegurándose de que las defensas seguían en pie.

Me abrí paso entre ellos hasta llegar a Duncan. Cuando me vio, sus ojos azules buscaron los míos, y por un momento, todo lo demás pareció desaparecer.

—¿Estás bien? —preguntó, su voz baja pero llena de preocupación.

Asentí, aunque mi corazón todavía latía con fuerza.

—¿Y tú? —le devolví la pregunta, notando el corte en su brazo que parecía superficial pero sangraba lentamente.

—He estado peor —respondió con una sonrisa cansada.

Me acerqué más, bajando la voz para que nadie más pudiera escucharnos.

—Lo conseguimos, Duncan.

Él asintió, y aunque su expresión seguía siendo seria, hubo un destello de algo más en sus ojos.

—Sí, Kate. Lo conseguimos.

El peso de la batalla todavía estaba sobre nosotros, pero en ese momento, había algo más profundo que compartíamos: la certeza de que, juntos, éramos más fuertes de lo que cualquiera de nosotros había imaginado.

* * *

La batalla había terminado, pero su huella seguía presente en cada rincón del castillo. Los guerreros trabajaban en silencio, recogiendo los cuerpos de los caídos y reforzando las murallas que habían resistido el embate enemigo. El aire estaba cargado de humo y sudor, y aunque el peligro inmediato había pasado, la tensión seguía latente.

Duncan estaba supervisando a sus hombres en el patio, su espada descansando ahora en su vaina, pero sus ojos aún alertas. Me acerqué a él, esquivando los escombros y las miradas curiosas de algunos guerreros que todavía parecían no estar seguros de qué pensar sobre mí.

Cuando finalmente llegué a su lado, Duncan me miró de reojo, pero no dijo nada de inmediato. Su rostro estaba marcado por el cansancio, y había un corte en su mejilla que no había notado antes.

—Deberías descansar —dije en voz baja, sabiendo que probablemente lo ignoraría.

Él dejó escapar un leve suspiro, su mirada perdiéndose por un momento en el horizonte.

—Hay cosas que no pueden esperar, Kate.

Lo seguí mientras se alejaba del bullicio del patio, subiendo las escaleras hacia una pequeña torre que ofrecía una vista clara de los alrededores. El cielo comenzaba a aclararse ligeramente, el amanecer trayendo consigo una calma engañosa.

Cuando llegamos a la cima, Duncan se detuvo y se giró hacia mí. Su expresión era seria, pero había algo en sus ojos que me hizo sentir que este momento era importante.

—Quiero darte algo —dijo finalmente, con un tono que era casi un susurro.

Fruncí el ceño, confundida, mientras él buscaba algo en el interior de su capa. Cuando sacó un pequeño objeto, mis ojos se posaron en lo que sostenía. Era un medallón de plata, desgastado por el tiempo pero claramente valioso.

—¿Qué es esto? —pregunté, mirando el colgante con curiosidad.

—Era de mi madre —dijo, su voz cargada de emoción contenida—. Ella me lo dio antes de que… bueno, antes de que la perdiera.

Me quedé inmóvil, procesando el significado de lo que acababa de decir. Sabía lo importante que debía ser ese medallón para él, y el hecho de que estuviera entregándomelo era algo que no podía tomar a la ligera.

—Duncan, no puedo aceptarlo… —comencé, pero él negó con la cabeza, interrumpiéndome.

—Sí puedes. Y lo harás.

Su tono era firme, pero no había dureza en él. Más bien, era la voz de alguien que había tomado una decisión después de pensarlo mucho.

—Esto no es solo un gesto, Kate. Es mi manera de decirte que confío en ti.

Las palabras me golpearon con más fuerza de lo que esperaba. Duncan no era un hombre que confiara fácilmente, y lo sabía. Este acto era más que un simple regalo; era una declaración de algo más profundo.

Tomé el medallón con manos temblorosas, sintiendo el peso del metal frío contra mi piel. Lo miré detenidamente, notando los detalles grabados que probablemente tenían más significado del que podía entender en ese momento.

—Gracias —murmuré, sabiendo que esas palabras eran insuficientes pero sin encontrar nada mejor que decir.

Duncan asintió, su expresión suavizándose por un breve instante.

—No lo pierdas —dijo, aunque había un atisbo de humor en su tono que me hizo sonreír.

Me llevé el medallón al pecho, sintiendo su calor mientras lo sostenía cerca.

—No lo haré —respondí, y lo dije en serio.

Nos quedamos en silencio, mirando el horizonte mientras el sol comenzaba a asomarse por las montañas. Por un momento, todo el peso de la batalla y las tensiones parecían desvanecerse, dejando solo este instante compartido entre nosotros.

Y aunque sabía que el camino por delante sería difícil, el medallón en mis manos era un recordatorio de que, pase lo que pase, Duncan y yo habíamos cruzado una línea que no podíamos deshacer.



El ultimátum

El aire en el castillo estaba tenso desde el amanecer. Aunque la victoria de la noche anterior aún se sentía en los murmullos de los hombres y en las miradas satisfechas que se cruzaban, había una incertidumbre que no dejaba que esa sensación se asentara del todo. Algo más estaba en el aire, y no tardaría en revelarse.

Desde mi lugar en una de las almenas, observé cómo un pequeño grupo se acercaba por el camino principal. Había tres hombres montados a caballo, con una bandera inglesa ondeando en el viento. La sola visión de ese símbolo hizo que mi estómago se encogiera, un recordatorio del mundo al que había pertenecido y que ahora parecía tan lejano.

—¿Qué demonios quieren ahora? —escuché a uno de los guardias murmurar cerca de mí.

Duncan apareció en el patio poco después, su presencia inmediatamente atrayendo la atención de todos. Vestía su capa de lana oscura, y aunque su postura era firme y su expresión neutral, podía ver el ceño fruncido que delataba su desconfianza.

—Abrid la puerta —ordenó, su voz cortante.

El portón de madera se abrió lentamente, y los tres hombres entraron al castillo con un aire de arrogancia que me resultaba demasiado familiar. El líder del grupo desmontó de su caballo, un hombre de mediana edad con cabello oscuro y un uniforme impecable que contrastaba con la suciedad de los alrededores.

—Busco al laird de este clan —anunció, su voz resonando en el patio como si esperara que todos se detuvieran a escuchar.

Duncan dio un paso al frente, cruzándose de brazos mientras lo observaba con una mezcla de desdén y curiosidad.

—Lo has encontrado. ¿Quién eres y qué quieres?

El hombre sonrió ligeramente, pero no había calidez en su gesto.

—Mi nombre es capitán William Harrington. Estoy aquí en nombre del ejército de Su Majestad, con una oferta que espero que encuentres… interesante.

El silencio que siguió fue casi tangible, pero podía sentir la tensión creciendo entre los hombres del clan. Duncan no dijo nada al principio, simplemente lo observó con esa mirada intensa que ya tan bien conocía, esperando que Harrington continuara.

—Venimos a buscar a la señorita Catherine Ashbury —dijo finalmente, y mi nombre salió de sus labios como un golpe que no esperaba.

Todos los ojos en el patio se volvieron hacia mí al instante. Sentí cómo el calor subía a mis mejillas, pero me obligué a mantener la cabeza en alto mientras bajaba lentamente desde las almenas para unirme al grupo. Cuando llegué al lado de Duncan, Harrington me miró con una expresión que mezclaba alivio y triunfo.

—Señorita Ashbury, ha sido usted muy difícil de localizar.

—No estaba exactamente escondida —respondí, mi voz más firme de lo que esperaba.

Duncan dio un paso ligeramente hacia adelante, colocándose entre Harrington y yo de una manera que no podía ser ignorada.

—¿Qué oferta traes? —preguntó, su tono frío como el acero.

Harrington alzó una ceja, pero no retrocedió.

—El ejército de Su Majestad está dispuesto a garantizar la seguridad de su clan y a detener cualquier acción futura contra estas tierras, siempre y cuando liberen a la señorita Ashbury para que regrese con nosotros.

El silencio que siguió fue tan denso como el aire antes de una tormenta. Podía sentir las miradas de todos sobre mí, pero mi atención estaba fija en Duncan. Su mandíbula estaba tensa, y aunque su expresión no había cambiado, podía ver la furia contenida detrás de sus ojos.

—¿Y qué ocurre si nos negamos? —preguntó, su voz baja pero peligrosa.

Harrington se encogió de hombros, como si no estuviera particularmente interesado en la respuesta.

—Entonces no puedo garantizar que este castillo permanezca intacto por mucho tiempo.

La amenaza era clara, y el peso de sus palabras cayó sobre todos los presentes como una losa.

Duncan no respondió de inmediato. En lugar de eso, me miró directamente, y en ese momento, vi algo en sus ojos que nunca había visto antes: una mezcla de preocupación y algo más profundo, algo que no quería reconocer.

Sabía que esta decisión no solo afectaría a mi futuro, sino también al suyo y al de todo el clan. Y, por primera vez desde que llegué aquí, sentí el verdadero peso de lo que significaba estar atrapada entre dos mundos.

El gran salón del castillo estaba vacío, salvo por mí. Duncan había ordenado que me dejaran sola para "reflexionar", aunque su tono al decirlo había sido más una exigencia que una sugerencia. Me senté en una de las sillas junto a la mesa central, con los codos apoyados en la madera áspera y la cabeza entre las manos.

La oferta del capitán Harrington resonaba en mi mente como un eco interminable. Podía regresar a mi mundo, al lugar donde al menos sabía cómo encajar, aunque ese lugar nunca había sido completamente mío. Pero hacerlo significaba dejar atrás todo lo que había comenzado a construir aquí, por caótico e incierto que fuera.

—Catherine Ashbury, la prometida obediente —murmuré para mí misma, dejando que la ironía en mis palabras llenara el vacío de la sala.

Sabía lo que esperaban de mí los ingleses. Mi familia quería que cumpliera con mi deber, que regresara a Inglaterra para que mi padre me enviara otra vez como un regalo a mi prometido. Pero cuanto más tiempo pasaba aquí, más me daba cuenta de que no era esa persona. Nunca lo había sido, aunque me hubiera esforzado por cumplir con las expectativas.

Y luego estaba el clan. La vida aquí no era fácil, y muchos todavía me miraban como a una extranjera, una intrusa. Pero con el tiempo, había comenzado a ganarme la confianza de algunos, a ver las sonrisas de los niños cuando cruzaba el patio, a escuchar los murmullos de agradecimiento cuando ayudaba en las tareas.

Duncan…

El simple pensamiento de él hizo que mi pecho se apretara. Sabía que él estaba lidiando con su propio dilema. Su deber como líder del clan era proteger a su gente, incluso si eso significaba dejarme ir. Pero la forma en que me había mirado cuando Harrington mencionó mi nombre me decía que esa decisión no sería fácil para él.

La puerta del salón se abrió de repente, interrumpiendo mis pensamientos. Giré la cabeza rápidamente y vi a una de las mujeres del clan, Moira, entrando con un plato de comida que dejó sobre la mesa sin decir una palabra.

—Gracias —dije, pero ella no respondió, solo me miró brevemente antes de salir de la habitación.

Esa mirada decía más de lo que cualquier palabra podría. No era hostil, pero tampoco estaba llena de calidez. Era la mirada de alguien que todavía no estaba segura de si podía confiar en mí.

Suspiré, tomando un pedazo de pan del plato y rompiéndolo en pequeños trozos sin comer. Mi dilema no era solo sobre dónde pertenecía, sino sobre quién quería ser. Podía regresar con los ingleses y volver a la vida que conocía, o quedarme aquí, donde cada día era una incógnita, pero donde por primera vez en mi vida, sentía que estaba luchando por algo que realmente importaba.

Las palabras de Duncan volvieron a mi mente: *"Tú eres más fuerte de lo que ellos creen."*

Tal vez tenía razón. Tal vez era hora de dejar de pensar en lo que otros esperaban de mí y empezar a decidir por mí misma.

Pero ¿qué pasaría si al hacerlo, terminaba decepcionando a todos?

Mientras la noche avanzaba, me quedé sentada en el salón, rodeada de sombras y silencio, intentando encontrar una respuesta a una pregunta que no sabía si quería responder.

* * *

Desde la torre más alta del castillo, Duncan observaba el horizonte con una mirada fija. Las luces de las antorchas inglesas aún eran visibles a la distancia, como pequeños puntos amenazantes que no permitían que el alivio de la reciente victoria se asentara del todo. El viento frío de la noche agitaba su capa, pero él apenas lo notaba.

No había buscado compañía desde que el emisario inglés se marchó, dejando tras de sí la oferta que ahora pesaba sobre sus hombros como una piedra. Su mente trabajaba frenéticamente, repasando cada posibilidad, cada decisión que podría tomar y las consecuencias que traería para su gente… y para ella.

Por un lado, sabía que aceptar la oferta inglesa podría significar la paz temporal para su clan. Si entregaba a Kate, los ingleses se retirarían, y el castillo tendría tiempo para recuperarse y fortalecerse. Pero la idea de verla alejarse, de entregarla a un mundo que claramente no la merecía, era un pensamiento que no podía soportar.

Kate no era solo una prisionera. No lo había sido desde hacía semanas, aunque él mismo se había negado a admitirlo. Su espíritu, su valentía y su ingenio habían transformado lo que había comenzado como una táctica estratégica en algo mucho más personal.

—Estás pensando demasiado, como siempre.

La voz profunda de Callum, su consejero más cercano y mentor, lo sacó de sus pensamientos. Duncan no se giró, pero escuchó los pasos del hombre acercándose hasta colocarse a su lado.

—No hay otra manera de hacerlo, Callum —respondió Duncan con un suspiro—. Cualquier decisión que tome tendrá un precio.

El viejo guerrero asintió lentamente, cruzándose de brazos mientras miraba hacia las tierras oscuras.

—Eso es cierto. Pero nunca has sido un hombre que tema pagar un precio si es por el bien de tu gente.

—Esto no es solo por el clan —admitió Duncan, su voz baja pero cargada de peso—. Es por ella.

Callum lo miró de reojo, pero no parecía sorprendido.

—Lo sé. Todos lo sabemos.

Duncan frunció el ceño, pero no respondió. Callum continuó, su tono más suave de lo habitual.

—No estoy aquí para cuestionarte, muchacho. Eres un buen líder, y has llevado a este clan más

lejos de lo que cualquiera podría haber imaginado. Pero debes ser honesto contigo mismo. Si ella significa tanto para ti como parece, ¿estás dispuesto a arriesgarlo todo por ella?

Duncan dejó escapar un largo suspiro, apoyando ambas manos en la barandilla de piedra frente a él.

—Eso es lo que intento decidir.

Callum asintió, dejando que el silencio se instalara entre ellos por un momento antes de hablar nuevamente.

—Si me permites un consejo, no es cuestión de si estás dispuesto a arriesgarlo todo. Es cuestión de si puedes vivir contigo mismo si la dejas ir.

Duncan cerró los ojos por un instante, dejando que las palabras de Callum calaran profundamente en él. Sabía que el viejo tenía razón, como siempre. Pero eso no hacía la decisión más fácil.

—¿Qué harías tú, Callum? —preguntó finalmente, su voz apenas un murmullo.

El guerrero se encogió de hombros, su mirada fija en el horizonte.

—Yo haría lo que me hiciera sentir orgulloso de mí mismo, muchacho. Porque al final, es lo único que realmente importa.

Con eso, Callum se alejó, dejando a Duncan solo una vez más.

Duncan se quedó inmóvil, procesando las palabras de su mentor mientras el frío viento de la noche lo envolvía. Sabía que tenía que tomar una decisión pronto, pero por primera vez en mucho tiempo, el líder seguro de sí mismo que todos conocían se sentía completamente perdido.

Y, mientras las luces inglesas parpadeaban en la distancia, no podía evitar preguntarse si había alguna manera de proteger tanto a su clan como al único rayo de esperanza que había encontrado en medio de todo este caos: Kate.

* * *

El salón estaba vacío cuando Duncan entró, salvo por una figura sentada al otro lado de la mesa. Kate estaba allí, inclinada sobre sus manos, con el cabello suelto cayendo en suaves ondas alrededor de su rostro. No levantó la cabeza cuando escuchó los pasos de Duncan, pero él sabía que estaba consciente de su presencia.

Cerró la puerta detrás de él y avanzó lentamente hacia ella. Su sombra, alargada por las antorchas de las paredes, parecía envolver la habitación. Kate finalmente levantó la mirada, y sus ojos se encontraron en un cruce de emociones tensas: preocupación, frustración y algo más profundo que ambos intentaban ignorar.

—¿Has tomado una decisión? —preguntó ella, su tono más firme de lo que probablemente se sentía.

Duncan se detuvo a pocos pasos de la mesa, cruzándose de brazos mientras la miraba.

—No es tan simple, Kate.

—¿No lo es? —respondió ella, levantándose de golpe. Su silla chirrió contra el suelo, y su voz se alzó ligeramente, cargada de una mezcla de enojo y desesperación—. Los ingleses me quieren. ¿Por qué no simplemente entregarme y acabar con esto?

Él frunció el ceño, dando un paso hacia ella.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Que te entregue como si no fueras más que una moneda de cambio?

Kate lo miró fijamente, desafiándolo con su mirada.

—No estoy diciendo que lo quiera, pero es lo lógico, ¿no? Tu clan estaría a salvo. Yo podría…

—¿Volver a Inglaterra? —interrumpió Duncan, su voz baja pero peligrosa—. ¿Volver para que te envíen a casarte con un hombre que no amas?

Kate retrocedió un paso, sorprendida por la intensidad de sus palabras.

—Eso no importa.

—Sí importa —insistió él, acercándose aún más. Sus ojos azules ardían con una mezcla de frustración y algo que no podía ocultar por más tiempo—. Porque si realmente quisieras irte, no estarías aquí discutiendo conmigo.

Ella apretó los puños, sintiendo cómo las palabras de Duncan la atravesaban.

—¿Y qué sugieres, Duncan? ¿Que me quede aquí como tu rehén? ¿Tu prisionera?

Él dejó escapar un suspiro frustrado, llevándose una mano al cabello como si intentara calmarse.

—Tú no eres mi prisionera, Kate. No lo has sido desde hace mucho tiempo.

La confesión quedó suspendida en el aire entre ellos, como una llama que crecía rápidamente. Kate sintió que su corazón latía con fuerza, pero no estaba segura de si era por la ira o por algo más.

—Entonces, ¿qué soy para ti? —preguntó, su voz temblando ligeramente.

Duncan se quedó en silencio por un momento, su mirada fija en la de ella. Cuando finalmente habló, su voz era suave pero cargada de emoción.

—Eres alguien por quien estoy dispuesto a arriesgarlo todo.

Las palabras la golpearon como una tormenta, dejándola sin aire. Quiso responder, decir algo que rompiera la tensión que ahora llenaba la habitación, pero no pudo. En lugar de eso, apartó la mirada, luchando contra las emociones que se arremolinaban en su interior.

Duncan dio un paso más hacia ella, hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para que pudiera sentir su calor.

—No quiero perderte, Kate —dijo, su voz apenas un susurro—. Pero no puedo obligarte a quedarte.

Ella levantó la vista, y en sus ojos vio algo que nunca había esperado encontrar: vulnerabilidad. Duncan, el laird fuerte y decidido, estaba abriéndose ante ella de una manera que nunca había visto antes.

—No sé qué quiero —admitió finalmente, su voz quebrándose ligeramente.

—Entonces quédate hasta que lo sepas —respondió él, su tono tan firme como su mirada—. No tomes una decisión ahora.

El silencio que siguió fue pesado, pero no incómodo. Era como si ambos entendieran que las palabras habían llegado a su límite, y lo único que quedaba era el peso de sus emociones compartidas.

Finalmente, Kate asintió lentamente, y Duncan dejó escapar un suspiro de alivio.

—Gracias —dijo él, y aunque la palabra era simple, la sinceridad en su voz lo hacía todo menos trivial.

Kate lo observó mientras se giraba y salía del salón, dejándola sola una vez más. Pero esta vez, no se sentía completamente sola.

Mientras miraba el medallón que llevaba colgado al cuello, supo que, aunque aún no tenía todas las respuestas, había algo claro: no estaba lista para dejar este lugar. No todavía.



El dilema

El ambiente en el castillo era diferente desde que los ingleses se habían marchado tras dejar su oferta. La tensión no era nueva, pero esta vez tenía un matiz distinto. Había murmullos en los pasillos, conversaciones susurradas que cesaban cada vez que alguien se acercaba. La sombra de la desconfianza se cernía sobre todos, y sabía que yo era el epicentro de esa incertidumbre.

En el patio, los hombres entrenaban con una intensidad que rayaba en la desesperación. Sus gritos y el choque de espadas llenaban el aire, como si intentaran ahogar sus dudas con el ruido del acero. Mientras observaba desde una esquina, sentí las miradas de varios guerreros posándose sobre mí. Algunos eran fugaces, pero otros eran más prolongados, cargados de desconfianza.

Sabía lo que pensaban: que era una amenaza, una distracción. Y, aunque intentaba no dejar que sus opiniones me afectaran, no podía evitar que esas miradas me recordaran constantemente lo precaria que era mi posición aquí.

A lo lejos, vi a Duncan hablando con Callum y otros líderes del clan. Su rostro era imperturbable, como siempre, pero había algo en la rigidez de sus hombros que delataba la presión bajo la que estaba. Callum, por su parte, parecía intentar calmar a los otros hombres, aunque no estaba segura de cuánto éxito tendría.

Decidí acercarme, pero antes de que pudiera dar más de unos pasos, escuché parte de la conversación.

—…no podemos seguir ignorándolo, Duncan. La presencia de la inglesa está dividiendo al clan. Algunos piensan que estás priorizando tus sentimientos por encima de tu deber.

Las palabras de Callum eran directas, pero no agresivas. Aun así, vi cómo la mandíbula de Duncan se tensaba al escucharlas.

—Mi deber es proteger a este clan —respondió Duncan con firmeza—. Y eso es lo que estoy haciendo.

Otro de los hombres, un guerrero corpulento que había estado entre los más escépticos desde mi llegada, sacudió la cabeza.

—¿Protegernos cómo? Dejándola quedarse aquí mientras los ingleses nos rodean como lobos hambrientos. Tienes la llave para que los ingleses nos dejen vivir en paz durante un tiempo.

Duncan dio un paso hacia él, y aunque su voz no se alzó, su tono estaba cargado de autoridad.

—No necesito que confíes en ella, pero sí necesito que confíes en mí.

El hombre dudó por un momento, claramente sopesando si era prudente seguir presionando. Finalmente, asintió con un gruñido, aunque la tensión en sus ojos permanecía.

Duncan se giró ligeramente, y nuestras miradas se encontraron por un instante. Había algo en su expresión que no había visto antes: un atisbo de duda, no sobre mí, sino sobre si el peso de mantener al clan unido era demasiado incluso para él.

Sabía que no era el momento ni el lugar para hablar, así que me aparté antes de que alguien más pudiera notar mi presencia. Pero mientras subía las escaleras hacia mi habitación, no pude evitar sentirme atrapada entre dos mundos: el mío, que apenas recordaba, y este, que parecía estar cayéndose a pedazos a mi alrededor.

Y en medio de todo, estaba Duncan, soportando un peso que yo no podía aliviar.

Estaba en el salón cuando llegaron las noticias. Uno de los guardias irrumpió, visiblemente inquieto, y se inclinó hacia Duncan, que estaba de pie junto a la mesa central, revisando un mapa. Sus palabras fueron apenas un murmullo, pero pude ver cómo la expresión del laird se endurecía con cada palabra que escuchaba.

—Haz que lo traigan aquí —ordenó Duncan finalmente, su tono tan cortante que el guardia asintió y salió apresuradamente.

Sentí un nudo en el estómago cuando me giré hacia él.

—¿Qué ocurre?

Duncan me lanzó una mirada rápida, pero no respondió de inmediato. Finalmente, dejó escapar un suspiro y cruzó los brazos.

—El emisario inglés ha vuelto. Dice que tiene más que decirnos.

Mis labios se entreabrieron en una mezcla de sorpresa y preocupación. El capitán Harrington había dejado clara su oferta, y no había mucho más que discutir, ¿o sí?

No pasó mucho tiempo antes de que Harrington entrara en el salón, su paso seguro y su expresión calmada. Llevaba el uniforme inglés impecablemente limpio, y sus ojos brillaban con una mezcla de confianza y condescendencia que hacía hervir mi sangre.

—Milord MacGregor —comenzó con una inclinación de cabeza que no tenía nada de respetuosa —. Lamento volver a molestarlo, pero he venido con nuevas… condiciones que podrían interesarle.

Duncan lo observó en silencio, sus ojos azules fijos en el hombre como si intentara despojarlo de su fachada con la mirada. Finalmente, asintió hacia la mesa.

—Habla.

Harrington no se apresuró. Dio un paso hacia la mesa y colocó un pergamino enrollado sobre ella, su gesto lleno de teatralidad.

—El ejército de Su Majestad está dispuesto a garantizar algo más que la paz si decide aceptar nuestra oferta.

Duncan no tomó el pergamino.

—¿Qué significa eso?

Harrington sonrió, como si hubiera estado esperando esa pregunta.

—Significa apoyo. Recursos. Provisiones para su gente. ¿Cuánto tiempo más cree que su clan podrá sobrevivir con las escaramuzas constantes y las malas cosechas? Podemos asegurarnos de que sus hombres y sus familias tengan lo que necesitan. Todo lo que pedimos a cambio es a la señorita Ashbury.

Las palabras del emisario cayeron como un peso en la habitación. Pude sentir cómo la atención de Duncan se enfocaba aún más, su mandíbula apretada mientras sopesaba lo que acababa de escuchar.

Yo, en cambio, apenas podía contener mi furia.

—¿Y qué pasará con ellos cuando cambien de opinión? —interrumpí, dando un paso adelante—. Los ingleses no son conocidos por su lealtad, capitán. ¿Qué le garantiza a este clan que no los traicionarán una vez que me hayan usado?

Harrington se giró hacia mí con una sonrisa que pretendía ser amable, pero era claramente condescendiente.

—Señorita Ashbury, subestima la generosidad de Su Majestad. No buscamos conflictos innecesarios.

Duncan levantó una mano, deteniendo cualquier respuesta que pudiera haber dado.

—Déjame adivinar —dijo, su voz cargada de sarcasmo—. ¿Si me niego, la próxima vez que vengan no será con palabras?

Harrington inclinó ligeramente la cabeza, pero no negó nada.

—Digamos que sería… inconveniente para todos nosotros si las negociaciones fracasan.

El silencio que siguió fue abrumador. Duncan finalmente tomó el pergamino de la mesa, pero no lo desenrolló.

—Nos tomaremos un tiempo para considerar su oferta —dijo, su tono frío como el acero.

Harrington asintió, como si hubiera esperado esa respuesta.

—Por supuesto. Espero escuchar su decisión pronto.

Con eso, hizo una ligera reverencia y salió del salón, dejando detrás de él una tensión que parecía llenar cada rincón de la habitación.

Duncan dejó el pergamino sobre la mesa sin abrirlo, sus manos apoyadas en el borde mientras miraba fijamente la madera.

—No puedes confiar en ellos, Duncan —dije finalmente, rompiendo el silencio.

—Lo sé —respondió él sin mirarme—. Pero eso no significa que no debamos pensar en lo que están ofreciendo.

No respondí de inmediato. Sabía que no podía culparlo por considerar todas las opciones, pero el solo hecho de imaginar regresar con Harrington me llenaba de una mezcla de miedo y repulsión.

—No harás un trato con ellos —dije, más como una afirmación que como una pregunta.

Duncan finalmente levantó la mirada, sus ojos fijos en los míos.

—No si puedo evitarlo, Kate. Pero debo pensar en mi gente.

No había nada más que decir. Ambos sabíamos que, aunque el camino era incierto, habría que tomar una decisión pronto.

El sol comenzaba a ponerse cuando decidí salir al patio en busca de algo de aire. La conversación con Duncan y el capitán Harrington seguía rondando mi mente, y el peso de las decisiones que debíamos tomar me resultaba sofocante.

El castillo estaba inusualmente tranquilo. Los hombres parecían haber terminado sus tareas del día, y el sonido habitual de los pasos resonando en la piedra había desaparecido. Avancé por el patio, distraída, hasta que escuché el inconfundible sonido del acero chocando contra el acero.

Me giré hacia la zona de entrenamiento y lo vi. Duncan estaba solo, practicando con su espada contra un poste de madera reforzado. Su figura parecía imponente bajo la luz del atardecer, su cuerpo moviéndose con una precisión que solo podía provenir de años de práctica. Cada golpe era rápido, controlado, como si estuviera descargando la frustración contenida de todo el día.

Me quedé inmóvil durante un momento, observándolo desde la distancia. Su camisa estaba empapada de sudor, pegándose a su espalda y revelando la fuerza de los músculos que se movían con cada golpe. Había una intensidad en sus movimientos que era hipnótica, pero también me hizo darme cuenta de cuánto estaba cargando sobre sus hombros.

Cuando finalmente se detuvo, apoyando las manos en las rodillas mientras recuperaba el aliento, me acerqué. Duncan levantó la cabeza al escuchar mis pasos, y sus ojos azules me encontraron con una mezcla de sorpresa y nerviosismo.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó, con una leve sonrisa que apenas ocultaba su agotamiento.

—Podría decirte lo mismo —respondí, cruzándome de brazos.

Duncan se enderezó y dejó caer la espada sobre un banco cercano antes de pasar una mano por

su cabello húmedo.

—Necesitaba despejar mi mente —admitió, su voz más suave de lo habitual.

—¿Y funcionó? —pregunté, levantando una ceja.

Él dejó escapar una risa seca, negando con la cabeza.

—No del todo. Pero al menos me mantiene ocupado.

Vi cómo se pasaba una mano por el brazo, limpiando un pequeño corte que había pasado desapercibido hasta ahora. Era superficial, pero aun así me acerqué, extendiendo una mano hacia él.

—Déjame ver.

Duncan pareció dudar por un momento antes de ofrecerme el brazo. Sus ojos me observaron en silencio mientras inspeccionaba la herida.

—No es nada grave —dije, sacando un pañuelo de mi vestido para limpiar el corte—. Pero si sigues entrenando como un loco, vas a terminar peor.

El contacto era casi imperceptible, pero aun así sentí una corriente de algo que no podía ignorar. Duncan también parecía notarlo; su postura se tensó ligeramente, pero no se apartó.

—No es tan fácil dejar de luchar cuando todo está en juego, Kate —murmuró, su voz tan baja que casi fue un susurro.

Levanté la mirada, y nuestros ojos se encontraron de nuevo. Había algo en los suyos, una mezcla de cansancio, frustración y algo más profundo, algo que no estaba seguro de querer mostrar.

—Lo sé —respondí, sin soltar su brazo—. Pero no puedes hacerlo solo.

Duncan dejó escapar un suspiro, y por un momento, su fachada de líder implacable pareció desmoronarse.

—A veces siento que no tengo otra opción.

Terminé de limpiar la herida y solté su brazo, pero no me aparté.

—Siempre hay otra opción —dije, manteniendo mi voz firme.

Él no respondió, pero su mirada seguía fija en la mía, como si intentara encontrar una respuesta en mi rostro. El silencio entre nosotros era denso, pero no incómodo. Era como si, por un momento, el peso del mundo hubiera desaparecido y solo quedáramos nosotros.

Finalmente, Duncan asintió lentamente, como si mis palabras hubieran llegado más lejos de lo que esperaba.

—Gracias, Kate.

Sus palabras eran simples, pero la sinceridad en su voz lo hacía todo menos trivial.

Nos quedamos allí un momento más, bajo la luz del atardecer, antes de que Duncan se girara para recoger su espada. Yo lo observé en silencio mientras se alejaba hacia el castillo, y aunque el peso de nuestras decisiones seguía presente, había algo en ese momento que me hizo sentir que, pase lo que pase, no enfrentaríamos esto solos.

* * *

La noticia llegó al caer la noche, interrumpiendo la tensa calma que había descendido sobre el castillo tras el regreso de Harrington. Un explorador irrumpió en el salón donde Duncan y algunos de sus hombres debatían sus próximos pasos, su rostro pálido por la urgencia.

—Milord —dijo, respirando con dificultad mientras se inclinaba ligeramente hacia Duncan—. Hay un hombre en las puertas del castillo. Dice que es del clan Brodie, pero viene solo… y desarmado.

El nombre del clan Brodie cayó sobre la sala como una piedra en aguas tranquilas, generando una oleada de murmullos y miradas tensas.

—¿Qué quiere? —preguntó Duncan con voz firme, aunque sus ojos revelaban la desconfianza que sentía.

—Dice que tiene información sobre los ingleses —respondió el explorador—. Insiste en que solo hablará contigo.

La sala quedó en silencio mientras todos esperaban la respuesta de Duncan. Finalmente, él asintió, levantándose de su asiento.

—Traedlo al salón, pero aseguraos de que no traiga nada oculto. Si es una trampa, será la última que intente.

Los hombres asintieron y se apresuraron a cumplir su orden. Yo, que había estado sentada en un rincón del salón, observando la discusión desde las sombras, no pude evitar sentir un escalofrío ante la mención del clan Brodie. Sabía que eran enemigos acérrimos del clan MacGregor, y que cualquier gesto de acercamiento de su parte debía tomarse con extrema cautela.

Duncan me lanzó una breve mirada, como si estuviera evaluando si debía pedirme que saliera del salón. Pero al final, no dijo nada, lo que interpreté como una señal de que prefería que me quedara.

El hombre que entró poco después no era lo que esperaba. No llevaba la rudeza feroz que solía asociarse con los guerreros de los clanes rivales. Era más joven, tal vez apenas en sus veintes, con el cabello oscuro enredado y un rostro demacrado que hablaba de días sin descanso ni comida adecuada.

Se detuvo en el centro del salón, bajo la atenta mirada de los hombres de Duncan que lo rodeaban con las manos cerca de sus armas. Sin embargo, parecía tranquilo, incluso desafiante, mientras miraba a Duncan directamente a los ojos.

—Mi nombre es Aidan Brodie —dijo, con un acento que enfatizaba su procedencia—. Y he venido porque sé algo que podría salvar tanto tu clan como el mío.

Duncan no respondió de inmediato. Caminó lentamente hacia Aidan, evaluándolo con una mirada que parecía despojarlo de cualquier secreto que pudiera esconder.

—Habla —ordenó finalmente, su voz tan cortante como un filo.

Aidan respiró hondo antes de hablar.

—Los ingleses no tienen intención de negociar contigo. Harrington miente. Su plan es usar la tregua para reunir fuerzas y atacar cuando menos lo esperéis. Y no solo a vosotros. Mi clan también está en su lista.

Los murmullos estallaron entre los hombres de Duncan, pero él levantó una mano, silenciándolos al instante.

—¿Por qué debo creerte? —preguntó Duncan, su mirada fija en el joven Brodie.

Aidan dio un paso hacia adelante, a pesar de las advertencias de los hombres que lo rodeaban.

—Porque mi familia está en peligro tanto como la tuya. Mi padre no me escuchará, pero yo no pienso quedarme de brazos cruzados mientras los ingleses nos eliminan uno por uno.

El silencio que siguió estuvo cargado de tensión. Podía ver la lucha interna en Duncan, el dilema de confiar en alguien que, hasta hace poco, habría considerado un enemigo mortal.

Finalmente, él asintió lentamente.

—Si lo que dices es verdad, más vale que tengas pruebas.

Aidan sacudió la cabeza.

—No tengo pruebas, solo mi palabra. Pero puedo ayudarte a tenderles una trampa antes de que

ellos lo hagan contigo.

Duncan se giró hacia Callum, que había estado observando todo en silencio.

—Ponlo bajo vigilancia. Si intenta algo, será responsabilidad tuya.

Callum asintió, y los hombres rodearon a Aidan para escoltarlo fuera del salón. Mientras salía, Aidan giró la cabeza y me lanzó una mirada rápida, como si intentara medir mi reacción. No sabía qué pensaba de él, pero en ese momento solo tenía una certeza: la situación se estaba complicando más de lo que había imaginado.

Cuando las puertas se cerraron, Duncan se giró hacia mí, sus ojos llenos de una mezcla de preocupación y determinación.

—Esto no ha terminado, Kate.

Y, aunque no lo dijo, ambos sabíamos que la verdadera batalla estaba apenas comenzando.

* * *

La sala de reuniones estaba llena, pero el ambiente era silencioso. Los líderes del clan se reunieron alrededor de la gran mesa de madera, con mapas extendidos y velas titilando en cada rincón. Duncan estaba en el centro, apoyado sobre la mesa con ambas manos, sus ojos azules recorriendo los rostros de los hombres que dependían de él.

—Aidan Brodie puede ser un traidor o un loco, pero si sus palabras son ciertas, no podemos permitirnos ignorarlas —dijo finalmente, su voz firme resonando en la habitación.

Callum asintió, su expresión tensa pero decidida.

—Si los ingleses están planeando un ataque, tenemos que adelantarnos. No podemos esperar a que lleguen aquí.

Desde mi lugar en el extremo de la sala, observaba la dinámica entre los hombres del clan. Algunos, como Callum, estaban de acuerdo con Duncan, mientras que otros aún parecían desconfiar de Aidan y su información.

Uno de los líderes más veteranos, un hombre llamado Ewan, se levantó de su asiento, cruzándose de brazos.

—¿Y si esto es una trampa? ¿Y si nos alejan del castillo para dejarnos vulnerables?

Duncan lo miró directamente, su postura inquebrantable.

—Si lo es, entonces estaremos listos. Pero si no hacemos nada y los ingleses atacan, habremos perdido antes de empezar.

Ewan pareció considerar sus palabras antes de asentir lentamente y volver a sentarse.

Mientras la discusión continuaba, me di cuenta de que Duncan estaba elaborando un plan que dependía de la cooperación entre su clan y, sorprendentemente, los Brodie. Era una idea peligrosa, pero también inteligente. Si ambas facciones trabajaban juntas, podrían interceptar a los ingleses antes de que alcanzaran las tierras escocesas.

Finalmente, Duncan levantó una mano, silenciando el murmullo en la sala.

—A partir de ahora, todos los hombres estarán en alerta. Callum, trata de hablar con los Brodie y confirma la ubicación exacta de las fuerzas inglesas. Necesitamos un mapa claro antes de hacer cualquier movimiento.

Callum asintió, y Duncan volvió su atención hacia los demás.

—Preparen las defensas del castillo, pero asegúrense de que no parezca que sabemos lo que está pasando. Si los ingleses creen que estamos vulnerables, estarán menos preparados para nuestra

respuesta.

Mientras los líderes del clan se levantaban para cumplir con sus órdenes, Duncan se giró hacia mí. Había algo en su mirada que me decía que necesitaba hablar conmigo en privado.

—Kate, acompáñame —dijo, su tono más suave que el que había usado con los demás.

Lo seguí fuera de la sala, donde el frío aire nocturno nos envolvió. Caminamos en silencio hacia una de las torres, donde las estrellas brillaban con fuerza en el cielo despejado.

—¿Qué piensas de todo esto? —preguntó finalmente, girándose hacia mí.

Respiré hondo, dejando que mis pensamientos se asentaran antes de responder.

—Creo que estás haciendo lo correcto, pero también creo que estás asumiendo un gran riesgo.

Él dejó escapar un suspiro, apoyándose contra la pared de piedra.

—Siempre hay riesgos, Kate. Pero si no hacemos algo, todo por lo que hemos luchado podría desaparecer.

Lo observé por un momento, notando la tensión en su rostro y la manera en que sus hombros parecían soportar un peso demasiado grande.

—No estás solo en esto, Duncan. Tienes a tu gente… y me tienes a mí.

Él levantó la vista, sorprendido por mis palabras, pero no dijo nada. En lugar de eso, asintió lentamente, como si mi apoyo fuera exactamente lo que necesitaba escuchar en ese momento.

Aunque el camino por delante era incierto, había algo en ese momento que me hizo sentir que, juntos, podríamos enfrentar cualquier desafío que nos esperara.



Una traición interna

La mañana había comenzado tranquila, con los primeros rayos del sol iluminando los muros de piedra del castillo y un aire de tensa expectación en el ambiente. Sin embargo, todo cambió en cuestión de minutos.

Estaba ayudando en el patio, supervisando la distribución de suministros, cuando los gritos rompieron la calma. Miré hacia la puerta principal del castillo y vi a dos hombres arrastrando a otro, forcejeando mientras lo llevaban hacia el salón principal. Los guerreros que estaban cerca dejaron lo que hacían y comenzaron a seguirlos, creando un tumulto que parecía crecer con cada paso.

—¿Qué está pasando? —pregunté a una de las mujeres que estaba a mi lado, pero ella solo negó con la cabeza, su rostro pálido de preocupación.

Sin pensarlo dos veces, seguí a la multitud hasta el salón, donde Duncan ya estaba de pie junto a la mesa central, esperando a que trajeran al prisionero. Su postura era rígida, y su expresión, un muro impenetrable.

El hombre que llevaban, un guerrero del clan al que había visto varias veces entrenando en el patio, parecía desaliñado y desesperado. Sus ojos miraban frenéticamente a su alrededor, buscando una salida que no existía.

—¿Qué significa esto? —preguntó Duncan con voz cortante, cruzando los brazos mientras los hombres empujaban al prisionero hasta arrodillarlo frente a él.

Callum fue el primero en hablar, su tono cargado de disgusto.

—Lo encontramos cerca del límite del bosque, entregando un mensaje a uno de los exploradores ingleses.

Un murmullo de incredulidad recorrió la sala, pero Duncan alzó una mano, silenciando a todos.

—¿Es cierto? —preguntó, dirigiéndose directamente al hombre arrodillado.

El prisionero levantó la cabeza, pero no respondió de inmediato. Sus ojos se encontraron con los de Duncan, y durante un breve momento, pareció considerar mentir. Pero algo en la mirada del laird lo hizo vacilar.

—No tenía opción… —murmuró finalmente, su voz apenas audible.

Duncan frunció el ceño, inclinándose ligeramente hacia adelante.

—¿Qué quieres decir con que no tenías opción?

El hombre apretó los dientes, como si decirlo en voz alta fuera una humillación mayor que ser capturado.

—Amenazaron con matar a mi familia —confesó, su voz cargada de desesperación—. Los ingleses… sabían cosas. Cosas sobre mí. Dijeron que si no les daba información sobre nuestros movimientos, irían tras ellos.

El salón quedó en silencio, y por un momento, incluso los murmullos cesaron. Duncan se enderezó, su expresión más dura que nunca.

—¿Y qué información les diste?

—Nada importante —respondió rápidamente el hombre, aunque su tono traicionaba su nerviosismo—. Solo pequeñas cosas, como la cantidad de hombres que estaban patrullando…

—¡Pequeñas cosas que podrían habernos costado la vida! —gritó uno de los guerreros, dando un paso hacia adelante antes de que Callum lo detuviera.

Duncan levantó una mano, deteniendo cualquier otra interrupción.

—¿Hay alguien más involucrado? —preguntó con voz fría.

El hombre negó con la cabeza rápidamente.

—No, os lo juro. Solo fui yo.

Aunque su respuesta parecía sincera, algo en su actitud no terminaba de convencerme. Había un nerviosismo en sus gestos, como si todavía estuviera escondiendo algo.

Duncan lo miró durante un largo momento antes de hablar nuevamente.

—Llevadlo a las celdas. Quiero que se aseguren de que no tenga ningún otro mensaje oculto.

Los hombres asintieron, arrastrando al traidor fuera del salón mientras los murmullos volvían a llenar el espacio. Duncan, sin embargo, no dijo nada más. Permaneció de pie, con la mirada fija en la puerta por donde habían salido, como si estuviera procesando cada palabra que había escuchado.

Algo me decía que esto era solo el principio de algo mucho más grande.

La tensión en el castillo era palpable. Los murmullos de los guerreros y las miradas furtivas que se cruzaban en los pasillos no dejaban lugar a dudas: el descubrimiento del traidor había desatado una ola de desconfianza que ahora se extendía como un incendio. Y, como siempre, yo era el foco de muchas de esas miradas.

Estaba en el patio, ayudando a distribuir agua entre los hombres que reforzaban las defensas del castillo, cuando lo escuché.

—¿Y quién nos dice que no fue ella quien lo convenció? —La voz de uno de los guerreros, grave y acusadora, cortó el aire como un cuchillo.

Me giré rápidamente, encontrando a dos hombres hablando entre ellos, pero claramente lo suficientemente alto como para que yo pudiera oírles.

—Es inglesa, después de todo —continuó el primero, un hombre corpulento con una cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda—. No importa cuánto tiempo lleve aquí, su lealtad siempre estará con los suyos.

—Quizás es parte del plan —añadió otro, más joven pero igual de desconfiado—. Fingir que está de nuestro lado para desmoralizarnos desde dentro.

Sus palabras me hirieron más de lo que quería admitir, pero no mostré reacción. Sabía que cualquier señal de debilidad solo les daría más razones para dudar de mí. Sin embargo, el rumor no tardó en extenderse. Cada paso que daba por el castillo se encontraba con miradas recelosas y susurros que morían tan pronto como me acercaba.

Intenté mantenerme ocupada, pero el peso de esas miradas empezaba a desgastarme. Finalmente, al no soportarlo más, me dirigí al salón principal, donde sabía que Duncan estaría.

Cuando llegué, lo encontré hablando con Callum y algunos de los líderes del clan. Sus voces bajaron al verme entrar, pero sus expresiones no ocultaban el malestar que ya se había instalado entre ellos.

—Necesitamos hablar —dije directamente, cruzando el umbral con pasos decididos.

Duncan me miró por un momento antes de asentir y despedir a los demás con un gesto. Callum fue el último en salir, lanzándome una mirada evaluadora antes de cerrar la puerta detrás de él.

—Sé lo que están diciendo de mí —comencé, sin darle oportunidad de hablar primero—. Que tengo algo que ver con el traidor.

—Kate… —comenzó Duncan, pero lo interrumpí.

—No, déjame terminar. Sé que no es fácil para ellos confiar en mí, y entiendo por qué. Pero quiero que sepas, Duncan, que no tengo nada que ver con esto. Nunca haría nada para poner en

peligro a este clan, ni a ti.

Mi voz tembló ligeramente al final, pero me mantuve firme. Duncan se acercó a mí, sus ojos azules fijos en los míos con una intensidad que hizo que mi corazón latiera con fuerza.

—Sé que no lo harías —dijo finalmente, su voz baja pero cargada de convicción.

Su respuesta me tomó por sorpresa.

—¿Lo sabes? —pregunté, incrédula.

Él asintió, dando un paso más cerca.

—Te conozco, Kate. Puede que algunos aquí duden de ti, pero yo no.

Sus palabras deberían haberme aliviado, pero solo lograron que mi garganta se cerrara. Porque, aunque él confiaba en mí, sabía que su apoyo público solo complicaría las cosas para ambos.

—Duncan, si me defiendes delante de ellos, solo vas a empeorar las cosas.

—Eso no me importa —respondió rápidamente, su tono tan firme que casi me hizo retroceder—. Mi deber es proteger a este clan, pero también protegerte a ti. No voy a permitir que te culpen por algo que no hiciste.

Su mirada era tan intensa que no pude sostenerla por mucho tiempo. Bajé la vista, sintiendo un torbellino de emociones que no sabía cómo procesar.

—Gracias —murmuré finalmente, aunque las palabras se sentían insuficientes.

Él asintió, y por un momento, el peso de las tensiones externas pareció disiparse. Pero sabía que esto era solo una tregua temporal.

Cuando salí del salón, me encontré con las mismas miradas desconfiadas de antes. Pero esta vez, me sentí un poco más fuerte. Duncan confiaba en mí, y aunque eso no borraba las sospechas del resto del clan, era suficiente para darme fuerzas para seguir adelante.

* * *

El gran salón estaba lleno de hombres y mujeres del clan. La noticia del traidor había corrido como el fuego, y todos parecían estar allí, esperando respuestas, exigiendo certezas. La atmósfera era sofocante, cargada de tensión y susurros que llenaban el aire como un enjambre de abejas invisibles.

Duncan estaba de pie al frente, con Callum a su lado, su postura rígida y sus ojos fijos en el centro de la multitud. Yo me mantenía al margen, cerca de una de las paredes, intentando hacerme lo más pequeña posible mientras sentía las miradas ocasionales que se desviaban hacia mí.

Finalmente, Duncan alzó una mano, y el murmullo se desvaneció como una ola que retrocede.

—El hombre que traicionó a este clan ha confesado sus crímenes —dijo con voz clara, proyectando su autoridad a cada rincón del salón—. Pero algunos de vosotros habéis decidido que no es suficiente.

El silencio se hizo más profundo. Los hombres intercambiaron miradas nerviosas, pero nadie se atrevió a hablar. Duncan dejó que el momento se alargara antes de continuar.

—He escuchado los rumores. He visto las miradas. Y sé que algunos de vosotros estáis cuestionando a alguien que no tiene culpa en esto.

Sentí un nudo en el estómago mientras sus palabras se dirigían inevitablemente hacia mí.

—Kate Ashbury no es responsable de lo que ha pasado aquí —declaró, su voz firme como una espada—. Ella ha estado a nuestro lado desde hace tiempo, ayudando cuando no tenía ninguna obligación de hacerlo. Y os lo digo ahora: no toleraré que nadie la acuse sin pruebas.

El salón quedó en silencio absoluto, pero no por aceptación, sino por la incredulidad que se

reflejaba en algunos rostros. Callum, siempre el pragmático, fue el primero en romper el silencio.

—Duncan, sabes que muchos aún no confían en ella. Defenderla de esta manera… podrías estar poniendo en riesgo tu liderazgo.

Duncan giró la cabeza hacia Callum, y aunque su expresión era tranquila, había una determinación inquebrantable en sus ojos.

—Mi liderazgo no se basa en rumores ni en miedo. Se basa en lo que es justo. Y no permitiré que este clan se consuma en desconfianza y paranoia cuando lo que necesitamos es estar unidos.

Una voz desde el fondo rompió la tensión. Era el guerrero corpulento que había estado murmurando sobre mí antes en el patio.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si nos está utilizando?

Duncan avanzó hacia él, cada paso resonando en las piedras del suelo.

—Entonces será mi error y mi responsabilidad —dijo, su tono gélido—. Pero hasta que tengáis pruebas, no volveré a escuchar una palabra más de acusaciones infundadas.

El hombre bajó la mirada, retrocediendo un paso. Duncan lo observó un momento más antes de girarse hacia el resto de la sala.

—Ahora, tenéis un trabajo que hacer. Preparad las defensas, porque si los ingleses regresan, quiero que este clan esté listo.

La multitud comenzó a dispersarse lentamente, algunos todavía lanzándome miradas desconfiadas, pero otros, quizás influenciados por la firmeza de Duncan, parecían más dispuestos a seguir adelante.

Cuando finalmente el salón quedó vacío salvo por Callum, Duncan y yo, Callum se acercó al laird.

—Espero que tengas razón, Duncan. Porque si no, esto podría costarte más de lo que crees.

Duncan asintió, pero no respondió. Cuando Callum salió, me giré hacia él, incapaz de contenerme más.

—¿Por qué hiciste eso? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Él me miró, y por un momento, el cansancio en sus ojos fue evidente.

—Porque confío en ti, Kate. Y porque alguien tiene que recordarles lo que significa ser un verdadero líder.

No supe qué decir. Sus palabras eran simples, pero el peso detrás de ellas me dejó sin aliento.

* * *

El aire en las celdas era húmedo y frío, con el olor de la piedra mojada y la oscuridad envolviendo cada rincón. El traidor estaba encadenado a la pared, su rostro marcado por el cansancio y la desesperación. Dos guerreros del clan lo vigilaban, pero al ver a Duncan acercarse, se enderezaron y dieron un paso atrás, dejándolo solo con el prisionero.

Yo lo seguí, incapaz de quedarme atrás después de todo lo que había ocurrido. Duncan no protestó por mi presencia, pero tampoco me dirigió la palabra mientras cruzábamos el pasillo. Cuando finalmente nos detuvimos frente al hombre, Duncan cruzó los brazos y lo miró con esa intensidad helada que podía hacer temblar a cualquiera.

—Habla —ordenó, su voz tan baja como un gruñido—. Quiero respuestas. ¿Por qué hiciste esto?

El traidor soltó una risa seca que rebotó en las paredes de la celda.

—¿Por qué? —repitió, con un tono sarcástico—. Porque tú nos pusiste en esta situación, Duncan.

Todo esto… todo lo que está pasando… es culpa tuya.

Duncan se tensó, pero no se movió.

—Habla claro.

El hombre se inclinó hacia adelante, sus ojos oscuros brillando con una mezcla de rabia y desesperación.

—¿Quieres que sea claro? Muy bien. Los ingleses nunca habrían puesto sus ojos en este castillo si no fuera por ti. Por tu maldita venganza.

Sentí un escalofrío recorrerme al escuchar esas palabras. Miré a Duncan, pero su rostro seguía impasible, como una máscara de piedra.

—No sabes de qué hablas —dijo Duncan, aunque su voz tenía un filo que delataba su contención.

—¿No? —El traidor soltó otra risa amarga—. Entonces dime, ¿por qué estamos aquí? ¿Por qué estamos enfrentando a los ingleses, cuando nunca habían puesto un pie en estas tierras antes? ¿Por qué estás dispuesto a sacrificar a tu gente por una causa que ni siquiera es nuestra?

Duncan dio un paso hacia él, su presencia imponente llenando la celda.

—Cuidado con lo que dices.

Pero el prisionero no parecía intimidado.

—Oh, lo digo porque alguien tiene que hacerlo. Todos saben por qué tomaste a la inglesa como rehén. No fue por estrategia, no fue para proteger al clan. Fue para vengarte.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Miré a Duncan, esperando que lo negara, que dijera algo que desmintiera esas acusaciones. Pero él no lo hizo.

El traidor aprovechó el momento.

—¿Qué crees que harán los ingleses, Duncan? —continuó, su voz más calmada pero igual de afilada—. Ya han atacado una vez, y no van a detenerse hasta que destruyan todo lo que nos queda. Y todo porque tú querías ajustar cuentas por tu familia.

La respiración de Duncan se volvió más pesada, pero su rostro seguía siendo inescrutable. Finalmente, dio un paso atrás, rompiendo el contacto visual con el prisionero.

—Esto no cambia nada —dijo, su voz baja pero cargada de determinación.

El traidor se encogió de hombros, apoyándose de nuevo contra la pared.

—Claro que no. Porque para ti, nada nunca cambia.

Duncan se giró hacia mí, y pude ver en sus ojos que estaba a punto de marcharse. Pero antes de que pudiera dar un paso, el traidor lanzó una última frase que me dejó helada.

—¿Ella sabe lo que hiciste, Duncan? ¿Sabe por qué su familia era parte de tu plan?

La sangre se me heló, y antes de darme cuenta, estaba mirando a Duncan, buscando respuestas en su expresión. Pero él no dijo nada. Se limitó a salir de la celda, dejando al traidor y a mí detrás.

No supe cuánto tiempo estuve allí, procesando lo que acababa de escuchar. Finalmente, me giré hacia el prisionero, que me observaba con una sonrisa casi triunfante.

—Él no te lo dirá —dijo—. Pero deberías preguntarte por qué, entre todas las familias inglesas, eligió a la tuya.

No respondí. Salí de la celda con la sensación de que el suelo bajo mis pies acababa de desaparecer, y el silencio de Duncan seguía resonando en mi mente como una verdad que no quería enfrentar.

El silencio entre Duncan y yo fue una barrera palpable mientras caminábamos de regreso desde las celdas. Aunque sus pasos eran firmes y decididos, podía sentir la tensión en cada movimiento. Mis pensamientos estaban atrapados en las palabras del traidor, resonando como un eco imposible

de ignorar.

Finalmente, cuando ya no pude soportar más el peso de las dudas, rompí el silencio.

—¿Qué quiso decir con eso? —pregunté, mi voz más firme de lo que esperaba.

Duncan se detuvo abruptamente y se giró hacia mí, sus ojos azules buscando los míos. Pero no dijo nada, como si estuviera sopesando cada palabra que podía decir.

—¿Por qué me secuestraste a mí, Duncan? —insistí, sintiendo cómo mi frustración crecía con cada segundo de su silencio.

Él apartó la mirada, sus manos tensándose a los costados.

—No era personal, Kate.

—¿No era personal? —repetí, incrédula—. ¿Entonces por qué pareciera que lo es? ¿Qué tiene que ver tu familia con todo esto?

Duncan respiró hondo, y cuando finalmente volvió a mirarme, su expresión era una mezcla de resignación y algo que no podía identificar del todo.

—Los ingleses arrasaron nuestras tierras, Kate —dijo, su voz baja y cargada de emoción contenida—. Y lo hicieron porque alguien les dio la orden.

Mi corazón se encogió al escuchar esas palabras, pero antes de que pudiera responder, Duncan continuó.

—Tu padre… estaba al frente en esa campaña.

El mundo pareció detenerse en ese momento. Sentí como si el aire hubiera sido arrancado de mis pulmones, y tuve que apoyarme en la pared para no perder el equilibrio.

—¿Mi padre? —susurré, con la voz temblorosa.

Duncan asintió, sus ojos fijos en los míos, pero esta vez no había ira en su mirada, solo un cansancio profundo.

—Él no lideró el ataque, pero fue parte de las fuerzas que lo ejecutaron. Fue su regimiento el que quemó nuestras casas, que saqueó nuestras cosechas.

Mis pensamientos eran un caos. Las palabras del traidor, las acciones de Duncan, incluso mi propia presencia aquí, todo empezó a encajar en un patrón que no quería aceptar.

—Por eso me trajiste aquí —dije finalmente, mi voz cargada de incredulidad—. No fue por estrategia, ni por diplomacia. Fue… ¿una venganza?

Duncan negó con la cabeza rápidamente, su expresión endureciéndose.

—No, Kate. No eres un peón en esto. Al principio… —vaciló, como si no supiera cómo continuar —. ya no…

No terminó la frase, pero no necesitaba hacerlo. Sus ojos me decían todo lo que sus palabras no podían.

Me quedé mirándolo, intentando procesar lo que acababa de descubrir. Parte de mí quería gritarle, acusarlo de haberme arrastrado a este desastre por razones que ni siquiera entendía del todo. Pero otra parte de mí… otra parte entendía su dolor, su pérdida.

—Duncan —dije finalmente, mi voz apenas un susurro—. ¿Y ahora qué?

Él se quedó en silencio por un largo momento antes de responder.

—Ahora luchamos, Kate. Por este clan, por estas tierras… y porque no permitiré que los ingleses destruyan más de lo que ya han destruido.

No respondí de inmediato. Solo lo observé, viendo al hombre que había llegado a significar más para mí de lo que estaba dispuesta a admitir. Aunque sus motivos al principio podían haber sido cuestionables, ahora veía algo más en él: un líder que estaba dispuesto a sacrificarse por su gente,

incluso si eso significaba cargar con el peso de su propio pasado.

Finalmente, asentí, aunque las dudas aún rondaban mi mente.

—Estoy contigo, Duncan. Pase lo que pase.

Sus ojos se suavizaron por un momento, y por primera vez desde que había comenzado esta conversación, una chispa de esperanza brilló en ellos.

Pero en el fondo, ambos sabíamos que las verdades que acabábamos de compartir habían cambiado todo entre nosotros. Y aunque nuestra alianza seguía intacta, las cicatrices que estas revelaciones habían dejado tardarían en sanar.



Revelaciones

El amanecer llegó con un frío que se colaba entre las piedras del castillo, como si el día mismo estuviera preparado para traer más verdades dolorosas. Apenas había dormido, atormentada por las palabras de Duncan y del traidor, y por las piezas del rompecabezas que seguían encajando de formas que no quería aceptar.

Sabía que había una parte de la historia que faltaba, un vacío que no podía ignorar. Y, aunque lo último que deseaba era enfrentarme al pasado de mi propia familia, sabía que no tenía otra opción.

Encontré a Callum en el patio, revisando los preparativos para una nueva tanda de suministros. Su rostro reflejaba la misma determinación que siempre, pero cuando me acerqué, frunció el ceño.

—¿Qué necesitas, Kate? —preguntó, su tono algo más cortante de lo habitual.

—Quiero saber la verdad —respondí, sin rodeos.

Callum dejó lo que estaba haciendo y cruzó los brazos, estudiándome con una mirada calculadora.

—La verdad sobre qué.

Respiré hondo antes de responder.

—Sobre mi padre. Sobre lo que hizo durante esa campaña.

Por un momento, pensé que no respondería. Su mirada se desvió hacia los hombres trabajando cerca, como si buscara asegurarse de que nadie estuviera prestando atención. Finalmente, asintió y me hizo un gesto para que lo siguiera.

Me condujo a una pequeña sala dentro del castillo, una especie de oficina improvisada con mapas y documentos desparramados sobre una mesa. Cerró la puerta detrás de nosotros y se volvió hacia mí con una expresión grave.

—Tu padre, el coronel Ashbury, era parte del regimiento que atacó estas tierras —comenzó, su voz baja pero firme—. Fue él quien dirigió el asalto que acabó con gran parte de la familia de Duncan.

Sentí que el suelo bajo mis pies se desmoronaba.

—¿Qué? —susurré, casi incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Callum asintió, y sus ojos se suavizaron ligeramente al ver mi reacción.

—No estoy diciendo que él diera la orden de matarlos, pero sí fue quien lideró las tropas. Y en una guerra como esa, los detalles no importan mucho cuando las espadas están en el aire.

Me tambaleé hacia una silla, incapaz de sostener mi propio peso. Mis manos temblaban mientras intentaba procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Por qué nadie me lo dijo antes? —pregunté, mi voz quebrándose.

—Porque no había necesidad de que lo supieras —respondió Callum, su tono firme pero no cruel —. Al menos, no hasta ahora. Duncan pensó que podía manejar esto sin involucrarte más de lo necesario.

Mi mente corría a toda velocidad, recordando cada conversación, cada mirada, cada decisión que Duncan había tomado desde que me trajo aquí. Todo tenía sentido ahora. Su reticencia a confiar en mí, la manera en que evitaba hablar del pasado… incluso su decisión de tomarme como rehén.

—¿Él sabía esto desde el principio? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

Callum asintió lentamente.

—Lo sabía.

El silencio que siguió fue insoportable. Mis pensamientos eran un torbellino de culpa, confusión y una punzada creciente de traición. Pero, al mismo tiempo, entendía por qué Duncan había actuado como lo hizo. Si su padre hubiera sido responsable de la muerte de mi familia, ¿no habría hecho yo lo mismo?

Finalmente, me levanté, aún temblando, y miré a Callum directamente a los ojos.

—Gracias por decírmelo.

Él asintió, aunque no parecía satisfecho con la situación.

—No es algo fácil de escuchar, lo sé. Pero merecías saberlo.

Salí de la sala con un peso aplastante en el pecho. Ahora tenía todas las piezas, pero el rompecabezas que formaban era mucho más oscuro de lo que había imaginado. Y, aunque mi corazón me decía que debía confiar en Duncan, mi mente no podía ignorar la sombra de mi padre y el papel que había jugado en todo esto.

El castillo parecía más silencioso de lo habitual, aunque quizás era solo mi percepción, ahora distorsionada por la tormenta de emociones que llevaba dentro. Subí las escaleras hasta los aposentos de Duncan, mis pasos firmes, aunque mi corazón dudaba con cada latido. Necesitaba enfrentar esto, enfrentarlo a él, aunque no supiera cómo terminaría.

Cuando llegué, la puerta estaba entreabierta, y lo vi dentro, inclinado sobre un mapa extendido en su escritorio. La luz de las velas iluminaba su cabello oscuro y la línea tensa de sus hombros. Parecía concentrado, pero el leve temblor de su mano al moverse delataba que él también estaba luchando con algo.

—Duncan —dije, empujando la puerta para entrar completamente.

Él levantó la cabeza de inmediato, sus ojos azules fijándose en mí. Por un momento, pensé que vi un destello de alivio, pero desapareció tan rápido que me pregunté si lo había imaginado.

—Kate —respondió, su voz baja pero contenida, como si ya supiera lo que estaba por venir.

No quise rodeos. No podía.

—Callum me lo dijo —dije directamente, observando cómo su expresión cambiaba al instante. Su mandíbula se tensó, y su mirada, aunque aún fija en mí, parecía más cerrada que nunca.

—¿Qué exactamente te dijo? —preguntó con cautela, aunque creo que ambos sabíamos la respuesta.

—Que mi padre lideró la campaña que mató a tu madre y a tus hermanos.

Duncan suspiró, apartando la mirada por un momento antes de enderezarse.

—Es verdad —admitió, su voz tan baja que casi no la escuché—. Pero no era algo que quería que cargaras, Kate.

Me acerqué un paso, mi mente luchando por mantener la calma.

—¿Entonces me trajiste aquí por eso? —pregunté, mi tono más firme de lo que esperaba—. ¿Por venganza?

Duncan negó con la cabeza rápidamente, dando un paso hacia mí.

—No fue solo por eso. Al principio… —vaciló, buscando las palabras—. Al principio pensé que tomar a alguien importante para tu padre podría hacer que viniera para poder enfrentarme a él, pero…

—¿Pero qué? —lo interrumpí, sintiendo que mi voz se quebraba—. ¿Qué cambió?

Él me miró entonces, directamente, y por un momento vi algo que no había visto antes: vulnerabilidad.

—Tú cambiaste las cosas, Kate. No eres solo la hija de un coronel inglés. Eres… tú.

No sabía cómo procesar esas palabras. Mi corazón quería creerle, pero mi mente seguía aferrándose a las dudas, a las piezas de un rompecabezas que aún no encajaban del todo.

—¿Cómo esperas que confíe en ti después de esto? —pregunté, mi voz temblorosa pero cargada de emoción.

Duncan bajó la mirada, como si la pregunta lo hubiera golpeado físicamente.

—No te estoy pidiendo que confíes en mí de inmediato —dijo finalmente—. Solo te estoy pidiendo que me des una oportunidad de demostrarte que lo que siento por ti es real.

Mi respiración se detuvo por un instante. Era la primera vez que él mencionaba abiertamente sus sentimientos, pero incluso ahora, rodeada de todo lo que había aprendido, no sabía si podía aceptarlo.

—Esto no es solo sobre nosotros, Duncan —dije, intentando mantener la compostura—. Esto es sobre el pasado, sobre nuestras familias, sobre todo lo que ha ocurrido para llevarnos a este punto.

—Lo sé —respondió él, acercándose un paso más—. Pero el pasado no puede definirnos para siempre, Kate. No si no lo dejamos.

Lo miré, tratando de encontrar alguna fisura en su postura, algo que indicara que todo esto era una mentira. Pero no la encontré. Lo que vi fue sinceridad, y quizás, incluso un rayo de esperanza.

Finalmente, asentí, aunque aún me sentía insegura.

—Esto no va a ser fácil —murmuré.

—Nunca lo es —respondió, una sombra de una sonrisa cruzando sus labios.

Y aunque el abismo entre nosotros aún parecía enorme, en ese momento decidí que, al menos, estaba dispuesta a intentar cruzarlo.

* * *

El ambiente en el salón principal del castillo estaba cargado de expectación. Callum había convocado una reunión urgente al regresar de un viaje que, hasta ese momento, había mantenido en completo secreto. Los líderes del clan, algunos de ellos todavía recelosos tras las recientes tensiones, se reunieron alrededor de la gran mesa, sus voces apagadas mientras esperaban que Callum comenzara.

Yo me mantenía al margen, observando desde las sombras del salón. Duncan estaba de pie al frente, con su expresión impenetrable habitual, pero noté que sus hombros estaban ligeramente tensos, como si también estuviera intentando adivinar lo que su segundo al mando iba a revelar.

—Tengo noticias importantes —dijo Callum, finalmente rompiendo el silencio.

Sacó un pergamino doblado de su cinturón y lo colocó sobre la mesa, extendiéndolo para que todos pudieran verlo. Reconocí inmediatamente el sello que adornaba el documento: un símbolo del clan Brodie.

—He hablado con los Brodie —anunció Callum, y un murmullo recorrió la sala.

Duncan frunció el ceño, dando un paso adelante.

—¿Y qué dijeron?

Callum lo miró directamente, con una leve sonrisa de satisfacción.

—Han accedido a formar una alianza con nosotros. Están dispuestos a luchar junto a nosotros para expulsar a los ingleses de estas tierras.

La sala estalló en murmullos y exclamaciones de sorpresa. Los Brodie no eran conocidos precisamente por su generosidad o disposición a cooperar con otros clanes. Habían permanecido al

margen de los conflictos durante años, priorizando la protección de sus propias tierras por encima de todo.

—¿Cómo lograste convencerlos? —preguntó Duncan, su tono cargado de una mezcla de incredulidad y curiosidad.

Callum cruzó los brazos, satisfecho consigo mismo.

—Les recordé que los ingleses no respetan fronteras. Que lo que les ocurra a nuestras tierras pronto les ocurrirá a ellos si no actuamos ahora. Y también les prometí algo que sé que no podrían rechazar: compartir los botines de guerra.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala ante esa última declaración. Para los clanes, la posibilidad de recursos adicionales siempre era una poderosa motivación, especialmente en tiempos de escasez.

—Los Brodie tienen guerreros experimentados —continuó Callum—. Con su apoyo, podemos igualar las fuerzas de los ingleses y tener una oportunidad real de enfrentarlos en campo abierto.

Duncan asintió lentamente, procesando la información.

—Es un buen comienzo —dijo—. Pero los Brodie no son conocidos por su lealtad. Si deciden cambiar de opinión a mitad de la batalla, podríamos terminar peor que antes.

Callum alzó una ceja, como si hubiera anticipado esa respuesta.

—Por eso propusimos que selláramos la alianza con un juramento público durante el próximo consejo de clanes. Si rompen su palabra después de eso, su honor quedará manchado para siempre.

Los líderes del clan comenzaron a discutir la propuesta, algunos mostrando entusiasmo, mientras que otros permanecían cautelosos. Mientras tanto, me acerqué un poco más a la mesa, incapaz de evitar sentirme involucrada en lo que estaba sucediendo.

Duncan me notó, y sus ojos se suavizaron ligeramente al verme acercarme.

—¿Qué opinas, Kate? —preguntó, sorprendiéndome con su invitación a hablar.

Tomé un momento para pensar antes de responder.

—Es una jugada arriesgada, pero es nuestra mejor oportunidad —dije finalmente—. Si los Brodie realmente cumplen su palabra, podríamos tener la ventaja que necesitamos.

Duncan asintió, y noté una chispa de aprobación en su mirada.

—Entonces así lo haremos —dijo con determinación, dirigiéndose a los demás—. Nos prepararemos para la batalla junto a los Brodie, y mostraremos a los ingleses que estas tierras no son un premio fácil.

Mientras la sala se llenaba nuevamente de voces, con los líderes del clan debatiendo los detalles de la alianza y la estrategia, me encontré mirando a Duncan. Y aunque las tensiones seguían siendo altas y el futuro incierto, por primera vez en mucho tiempo, sentí que teníamos una oportunidad real de luchar y ganar.

* * *

El salón estaba en completo silencio, roto solo por el crepitar de las llamas en la chimenea. El resto del clan se había retirado hace rato, pero Duncan y yo permanecíamos allí, como si ninguno de los dos quisiera enfrentar la soledad que aguardaba en nuestras habitaciones. Él estaba inclinado sobre el mapa, estudiando cada línea con una concentración que parecía forzada, como si estuviera tratando de evitar algo.

Mis pasos resonaron sobre la piedra cuando me acerqué, rompiendo el silencio. Se enderezó al

oírme, su mirada azul, intensa como el fuego, clavándose en la mía. Algo en su expresión me detuvo por un instante; había un peso allí, una mezcla de deseo, culpa…

—Duncan —dije suavemente, mi voz apenas un susurro.

Él no respondió de inmediato, pero su mandíbula se tensó ligeramente.

—No deberías estar aquí tan tarde —murmuró finalmente, su tono grave, aunque carente de verdadera convicción.

—Y tú no deberías llevar todo este peso solo —repliqué, dando un paso más cerca.

El aire entre nosotros parecía cargado de algo que no podía explicar. Era como si todos los momentos acumulados desde que llegué a este castillo se hubieran condensado en este instante, esperando explotar.

—Duncan… —volví a llamarlo, y esta vez su nombre salió más suave, casi como una súplica.

Él cerró los ojos por un momento, como si estuviera luchando consigo mismo, pero cuando volvió a abrirlos, no había duda en su mirada. En un movimiento rápido, acortó la distancia entre nosotros, sus manos encontrando mis brazos.

—Kate —murmuró, su voz tan baja que apenas la escuché—. No sé cómo detener esto.

No respondí. No podía. La fuerza de su proximidad, el calor de sus manos sobre mi piel, había dejado mi mente en blanco. Todo lo que pude hacer fue levantar la mirada hacia él, y en ese instante, su resolución pareció desmoronarse.

Duncan se inclinó hacia mí, y cuando sus labios finalmente encontraron los míos, el mundo desapareció. El beso fue intenso desde el principio, cargado de emociones reprimidas durante semanas. Sus manos se deslizaron desde mis brazos hasta mi cintura, atrayéndome hacia él con una urgencia que me dejó sin aliento.

Mis dedos se enredaron en su cabello mientras me rendía completamente a la sensación de su cuerpo contra el mío. Sus labios no se detuvieron en los míos; bajaron hasta mi mandíbula y luego hacia mi cuello, dejando un rastro de calor que hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Kate… —murmuró contra mi piel, su voz ronca y llena de deseo.

—Estoy aquí —respondí, apenas reconociendo mi propia voz, que salió temblorosa, pero segura.

Sus manos encontraron la tela de mi vestido, deslizándola ligeramente hacia abajo por mis hombros, exponiendo mi piel al aire fresco de la noche. Mi respiración se aceleró mientras sus labios recorrían cada centímetro de piel que quedaba al descubierto, enviando escalofríos de placer a través de mí.

Mi mente me decía que esto era una locura, que no debía estar sucediendo, pero mi cuerpo se negaba a escuchar. Todo lo que podía sentir era él: sus manos firmes, su aliento cálido, la fuerza contenida en cada movimiento.

Cuando sus labios regresaron a los míos, el beso fue más profundo, más desesperado. Sus manos viajaron por mi espalda, trazando líneas que encendían mi piel como si estuviera hecha de fuego.

Pero entonces, de repente, se detuvo.

Duncan se apartó ligeramente, su respiración pesada y sus ojos fijos en los míos. Su frente rozó la mía, y por un momento pensé que iba a continuar. Pero en lugar de eso, cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No puedo hacerlo, Kate —dijo, su voz cargada de emociones.

Parpadeé, intentando comprender.

—¿Por qué? —pregunté, apenas un susurro.

Duncan me miró, y la intensidad en su mirada me dejó sin palabras.

—Porque te respeto demasiado como para dejarme llevar de esta manera. No así, no ahora.

El peso de sus palabras cayó sobre mí como una ola, apagando el fuego que había crecido entre nosotros, pero reemplazándolo con algo más profundo. Algo más real.

—Duncan… —comencé, pero él negó con la cabeza, silenciándome suavemente.

—Esto no es solo deseo, Kate. Es mucho más que eso. Y cuando llegue el momento, quiero que sea… como debe ser.

Mi corazón latía con fuerza, pero esta vez no era solo por el deseo, sino por la sinceridad en su voz, la intensidad en sus ojos.

Asentí lentamente, y aunque el momento había quedado interrumpido, no me sentí rechazada. Sabía que esto no era el final, sino un nuevo comienzo para algo mucho más significativo.

Duncan dejó un último beso en mi frente antes de apartarse por completo.

—Descansa, Kate —murmuró, su voz aún temblorosa—. Mañana necesitaremos todas nuestras fuerzas.

Lo vi salir del salón, y mientras la puerta se cerraba tras él, no pude evitar sonreír. Porque, aunque no habíamos cruzado esa línea, algo había cambiado entre nosotros. Algo que ningún enemigo, ni siquiera el destino, podría romper.



Un sacrificio

El amanecer trajo consigo una visión aterradora. Desde las almenas del castillo, el horizonte estaba salpicado de estandartes ingleses ondeando al viento. Las tropas se extendían en filas ordenadas, avanzando con precisión hacia las murallas, como si cada paso estuviera calculado para infundir miedo en quienes observaban desde arriba.

Los hombres del clan se movían con rapidez, reforzando las defensas, pero la tensión era palpable en cada rostro. Duncan estaba de pie en lo alto de las murallas, su silueta recortada contra el cielo gris. Había algo en su postura, en la forma en que mantenía la espalda recta y los puños cerrados, que hablaba de una resolución inquebrantable.

Yo estaba junto a él, con las manos agarradas a la fría piedra de la muralla, intentando controlar el temblor que recorría mi cuerpo.

—Son demasiados —murmuré, apenas encontrando mi voz.

Duncan asintió, sin apartar la vista del enemigo.

—Sabíamos que vendrían —dijo con calma—. Pero eso no significa que vayamos a rendirnos sin luchar.

La escena frente a nosotros era intimidante. Los ingleses habían traído artillería, y los cañones ya estaban siendo colocados en posición. Podía escuchar los gritos de sus oficiales, las órdenes claras y firmes que resonaban en el aire frío de la mañana.

—No tienes que quedarte aquí —dijo Duncan de repente, girándose hacia mí. Su tono era firme, pero había una nota de preocupación que no podía esconder.

Lo miré, sintiendo una mezcla de indignación y temor.

—No voy a esconderme mientras esto sucede —respondí, con más fuerza de la que creía tener.

Sus ojos azules se encontraron con los míos, y por un instante, el peso de todo lo que no habíamos dicho pareció colgar en el aire entre nosotros.

—Kate… —comenzó, pero no terminó. En lugar de eso, dejó escapar un largo suspiro y volvió su atención hacia el enemigo.

Los gritos desde el patio nos interrumpieron. Callum estaba organizando a los hombres, asegurándose de que cada uno estuviera en su posición. Pero incluso desde la distancia, podía ver la preocupación en su rostro.

—Los ingleses no van a esperar mucho antes de atacar —dijo Duncan, más para sí mismo que para mí.

Me aferré al borde de la muralla, mi mente trabajando frenéticamente para encontrar una solución. Habíamos planeado tanto, nos habíamos preparado tanto, pero nada parecía suficiente frente a lo que estaba por venir.

—Duncan, tiene que haber algo que podamos hacer —dije, mi voz casi una súplica.

Él no respondió de inmediato, y cuando lo hizo, su tono fue bajo y cargado de gravedad.

—Hay una cosa… pero no estoy seguro de que estés preparada para aceptarla.

Sus palabras enviaron un escalofrío por mi espalda, y aunque no sabía exactamente a qué se refería, algo en su expresión me dijo que no me iba a gustar lo que estaba a punto de decir.

El aire en el patio estaba tenso, cargado de miedo y una expectativa silenciosa que parecía colgar

sobre todos nosotros. Desde las almenas, podíamos ver cómo los ingleses terminaban de preparar sus formaciones. La artillería apuntaba hacia el castillo, y los soldados se movían con precisión militar, como un mecanismo perfectamente engranado.

Duncan estaba de pie junto a la mesa táctica improvisada, sus ojos fijos en el mapa mientras sus manos descansaban sobre la madera desgastada. Callum y los líderes del clan estaban a su alrededor, pero sus voces eran un ruido de fondo comparado con el silencio en el que estaba sumido Duncan. Su mente estaba claramente en otro lugar.

No pude evitar acercarme, movida por una mezcla de preocupación y urgencia.

—Duncan —llamé suavemente, pero su mirada permaneció fija en el mapa, como si no me hubiera escuchado.

Callum fue quien finalmente rompió el silencio, con un tono de voz que parecía cargado de incertidumbre.

—Laird, no tenemos mucho tiempo. Si no encontramos una forma de ganar ventaja, las murallas no resistirán mucho.

Duncan levantó la mirada, pero en lugar de dirigirse a Callum, sus ojos azules se clavaron en los míos. Por un instante, me sentí atrapada en esa mirada, una mezcla de determinación, miedo y algo que no podía identificar del todo.

—Hay una forma de ganar tiempo —dijo finalmente, su voz baja pero firme.

Los hombres a su alrededor se detuvieron, sus ojos fijos en él, claramente esperando escuchar su plan.

—Si me entrego a los ingleses como prisionero, puedo retrasar el ataque. Pedirán condiciones, y eso nos dará margen para que los Brodie lleguen con refuerzos.

La declaración cayó como una piedra en el centro de la conversación, provocando un murmullo inmediato entre los líderes. Callum dio un paso adelante, sacudiendo la cabeza.

—Eso es una locura, Duncan. Si te entregas, no habrá garantía de que cumplan con su palabra.

Duncan apretó los dientes, enderezándose y cruzando los brazos sobre su pecho.

—¿Y cuál es la alternativa? ¿Esperar a que derriben las murallas y maten a nuestra gente? Si puedo comprar tiempo, entonces eso es lo que haré.

Mi corazón se detuvo al escuchar esas palabras. No podía creer lo que estaba proponiendo.

—¿Te estás escuchando? —pregunté, dando un paso adelante, sintiendo cómo la desesperación se apoderaba de mí—. No puedes entregarte. No puedes hacer esto, Duncan.

Él me miró de nuevo, y por un momento, vi algo en su mirada que parecía pedir perdón antes de tiempo.

—Kate, esta es la única opción que tenemos.

—No —respondí, negando con la cabeza, sintiendo cómo las lágrimas se acumulaban en mis ojos —. Siempre hay otra opción.

Callum intervino, su tono lleno de frustración.

—Laird, si te entregas, no solo perderemos a nuestro líder, sino que también podrían atacarnos de todos modos. No hay garantías con los ingleses.

Duncan dejó escapar un suspiro, pasando una mano por su cabello mientras volvía su atención al mapa.

—Lo sé, Callum. Pero si podemos ganar siquiera un día, eso podría marcar la diferencia. Los Brodie están cerca, y con ellos, tendremos una oportunidad real.

El nombre de los Brodie pareció calmar a algunos de los hombres, pero para mí, no significaba

nada. Lo único que importaba era la idea de que Duncan se sacrificara por un plan que parecía más un acto desesperado que una estrategia.

—No estoy de acuerdo con esto —dije finalmente, mi voz firme a pesar de la tormenta que sentía en mi interior—. No puedes tomar esta decisión solo.

Duncan se giró hacia mí, su expresión suavizándose apenas.

—No hay otra opción, Kate.

Su confesión me dejó sin aliento. Sentí un nudo formarse en mi garganta mientras intentaba procesar sus palabras.

—No puedes hacer esto —dije, mi voz quebrándose—.

Duncan dio un paso hacia mí, colocando una mano en mi hombro.

—Puedo, y lo haré. Porque no hay nada que no haría por proteger a mi pueblo.

* * *

El patio estaba en completo silencio cuando lo vi alejarse hacia las puertas del castillo. Cada paso que daba era como una daga en mi corazón, y la determinación en su postura solo hacía que la desesperación dentro de mí creciera. No podía dejar que lo hiciera. No podía perderlo.

—¡Duncan! —grité, mi voz resonando por encima del susurro del viento y las miradas curiosas de los miembros del clan.

Él se detuvo, girándose lentamente hacia mí. Su rostro estaba marcado por la resolución, pero también había un destello de algo más en sus ojos, algo que casi parecía dolor.

—Kate… —murmuró, pero no dejó que terminara. Me acerqué a él con pasos rápidos, mi corazón latiendo con fuerza.

—No puedes hacer esto —dije, deteniéndome frente a él y agarrando su brazo como si mi agarre pudiera impedir que se marchara—. Esto no es una estrategia; es una condena.

Duncan me miró, sus ojos azules llenos de emociones que no podía descifrar.

—Es lo único que podemos hacer para ganar tiempo —respondió con calma, aunque su voz tenía un tinte de cansancio que no había escuchado antes.

—¿Ganar tiempo para qué? —pregunté, mi voz subiendo mientras las lágrimas amenazaban con derramarse—. ¿Para que te maten? ¿Para que los ingleses rompan su palabra y ataquen de todos modos?

—Los Brodie llegarán —insistió, su tono seguro, pero su mirada traicionaba la incertidumbre que intentaba ocultar.

—¿Y si no lo hacen? —repliqué, sintiendo cómo la rabia y el miedo se mezclaban en mi interior —. ¿Y si sacrificas todo y no cambia nada?

Duncan dio un paso hacia mí, rompiendo la distancia que nos separaba. Su mano se alzó y tocó mi mejilla con una suavidad que me dejó inmóvil.

—Kate, no puedo quedarme aquí y esperar a que destruyan todo lo que amo. No puedo verte sufrir.

—No estoy sufriendo —mentí, aunque mi voz temblaba y las lágrimas ya caían por mi rostro—. Pero lo haré si haces esto.

Por un momento, algo en su expresión cambió. Su mirada se suavizó, y una sombra de duda pareció cruzar por sus ojos.

—No hay otra opción —murmuró, como si intentara convencerme a mí y a sí mismo al mismo

tiempo.

Sacudí la cabeza, sintiendo cómo la desesperación me envolvía.

—Siempre hay otra opción —dije, mi voz apenas un susurro—. Pero esta… esta no es la correcta.

Mis manos subieron a sus hombros, y lo miré directamente a los ojos, rogándole con todo mi ser que reconsiderara.

—Duncan, te necesitamos aquí. No solo como líder, sino como hombre. Tu gente te sigue porque creen en ti, no porque seas un sacrificio.

Él cerró los ojos por un momento, dejando escapar un suspiro tembloroso. Cuando los abrió de nuevo, había una tormenta en su mirada que me hizo contener el aliento.

—Kate… —comenzó, pero no terminó. En lugar de eso, sus labios encontraron los míos en un beso que fue tan desesperado como cargado de emoción.

El mundo se desvaneció mientras me perdía en él. Su agarre en mi cintura era firme, pero sus manos temblaban ligeramente, como si este momento fuera tanto un refugio como una condena. Mis dedos se aferraron a su camisa, y sentí el calor de su cuerpo contra el mío, como si fuera lo único que me mantenía en pie.

Cuando finalmente se apartó, nuestras respiraciones estaban entrelazadas, y su frente tocó la mía.

—Te prometo que volveré —dijo, su voz ronca y cargada de emoción.

Sacudí la cabeza, las lágrimas cayendo libremente.

—No puedes prometerme eso.

Él me miró, y en su expresión vi algo que nunca había visto antes: una mezcla de amor y resignación.

—No puedo quedarme, Kate. Pero quiero que recuerdes esto: pase lo que pase, tú has cambiado todo para mí.

Antes de que pudiera responder, antes de que pudiera aferrarme a él y rogarle que se quedara, se giró y comenzó a caminar hacia las puertas. Su figura desapareció lentamente en la oscuridad, dejándome allí, sola, con el corazón roto y una desesperanza que nunca había sentido antes.

Desde las murallas del castillo, el mundo parecía detenerse mientras Duncan avanzaba hacia el ejército inglés. Su figura destacaba contra el gris del cielo, imponente y resuelta, pero para mí, cada paso suyo era una agonía. El frío aire golpeaba mi rostro, pero no podía apartar la vista de él. Sentía que si dejaba de mirarlo, lo perdería para siempre.

Los soldados ingleses se reagrupaban frente a las líneas, claramente desconcertados por su decisión de presentarse solo. Un oficial, montado en un caballo negro, levantó una mano, deteniendo a sus hombres mientras Duncan se acercaba. El silencio en el campo era casi ensordecedor, roto solo por el crujir de la nieve bajo sus botas.

Mi corazón latía con fuerza, y mis dedos se aferraban a la piedra de las almenas con tal fuerza que los nudillos se me habían puesto blancos. Quería gritarle que se detuviera, que volviera, pero las palabras se atoraban en mi garganta. Desde mi posición, podía ver la determinación en sus hombros, en la forma en que mantenía la cabeza alta, como si no estuviera enfrentándose a un enemigo mucho más poderoso.

Un oficial inglés desmontó y avanzó hacia Duncan, sus movimientos meticulosos y seguros. Se encontraron en el centro del campo, sus figuras pequeñas desde donde yo los observaba, pero la tensión entre ellos era evidente incluso a esa distancia. Los dos hombres intercambiaron palabras, sus voces inaudibles para mí, pero el lenguaje corporal lo decía todo. El oficial inglés hablaba con

arrogancia, sus manos gesticulando con confianza, mientras Duncan permanecía inmóvil, su postura rígida como una roca.

Entonces, algo cambió. Vi al oficial hacer un gesto hacia sus hombres, y un grupo de soldados avanzó con rapidez. El aire se quedó atrapado en mis pulmones cuando las cuerdas aparecieron. Vi cómo ataban las muñecas de Duncan frente a él, como si fuera un criminal en lugar de un líder.

—¡No! —grité desde las murallas, mi voz desgarrada por la desesperación.

Callum me sujetó del brazo antes de que pudiera correr hacia las puertas.

—Kate, no puedes. Él sabía lo que hacía —dijo con firmeza, aunque su propio rostro mostraba el mismo dolor que sentía yo.

Mis ojos permanecieron fijos en Duncan, incluso cuando los ingleses comenzaron a escoltarlo hacia su campamento. Su espalda seguía recta, su cabeza en alto, pero podía ver la tensión en su cuerpo, el sacrificio que estaba haciendo por todo su pueblo.

—¿Por qué tiene que ser así? —susurré, más para mí misma que para nadie más.

Callum, a mi lado, respondió en voz baja.

—Porque es el laird. Y porque él cree que su vida es un precio justo por la de su gente.

Quería gritarle que estaba equivocado, que no había justicia en esto, pero las palabras se quedaron atrapadas en mi garganta. Todo lo que podía hacer era mirar mientras las puertas del campamento inglés se cerraban detrás de él, aislándolo de nosotros, de mí.

El clan permanecía en silencio a mi alrededor, sus miradas divididas entre la resignación y la esperanza de que el sacrificio de Duncan pudiera salvarlos. Pero para mí, no había consuelo en esa idea. La imagen de él, caminando hacia su posible destino final, estaba grabada en mi mente con una nitidez dolorosa.

Cuando finalmente me aparté de las murallas, mis piernas temblaban y mis manos estaban heladas. Callum me ayudó a bajar, su expresión llena de compasión, pero no había palabras que pudieran calmar el caos en mi interior.

Duncan estaba allá afuera, solo, enfrentándose a un destino incierto. Y aunque había prometido volver, una parte de mí sabía que las promesas hechas en momentos como este eran tan frágiles como el aire entre nosotros.

* * *

La noche cayó rápidamente sobre el castillo, envolviendo todo en una oscuridad opresiva que parecía reflejar el vacío en mi interior. A pesar del frío, las murallas estaban llenas de miembros del clan que miraban hacia el campamento inglés, esperando algún tipo de señal. Pero yo sabía que no habría ninguna. Duncan estaba solo allá afuera, enfrentándose al enemigo, y nosotros solo podíamos esperar.

Me dejé caer en un banco de madera en el gran salón, incapaz de moverme más. Mis pensamientos giraban en círculos, atrapados entre la imagen de Duncan alejándose y las palabras que me había dicho antes de irse. “Te prometo que volveré”.

—¿Qué pasará ahora? —pregunté en voz alta, aunque nadie estaba lo suficientemente cerca para responderme.

Callum apareció en el umbral del salón, su rostro marcado por el cansancio y la preocupación. Se acercó lentamente, llevando una copa en la mano.

—Bebé esto —dijo, ofreciéndomela.

La miré durante un momento antes de tomarla y darle un pequeño sorbo. El líquido caliente me quemó la garganta, pero también trajo algo de claridad a mis pensamientos.

—Esto no puede estar pasando, Callum —murmuré, mi voz casi un susurro.

Él se sentó a mi lado, apoyando los codos en sus rodillas mientras miraba hacia el suelo.

—Duncan es un hombre fuerte, Kate. Más de lo que la mayoría de nosotros merece. Él sabía lo que estaba haciendo.

—¿Y si no regresa? —pregunté, girándome hacia él, buscando desesperadamente alguna seguridad en su rostro.

Callum no respondió de inmediato, y su silencio fue como una piedra arrojada al pozo de mis emociones. Finalmente, levantó la vista y me miró.

—Si alguien puede salir de esto, es él.

Pero sus palabras no me tranquilizaron. Mi mente seguía volviendo al momento en que Duncan había salido del castillo, a la forma en que su mirada se había fijado en la mía por última vez. Había algo en sus ojos que me decía que incluso él sabía que esta podría ser la última vez que nos viéramos.

—No debería haberlo dejado ir —dije finalmente, mi voz quebrándose.

—No tenías elección —respondió Callum con firmeza—. Él es el laird.

Sentí que las lágrimas empezaban a correr por mis mejillas, calientes y traicioneras.

Callum me dejó sola poco después, pero el peso de sus palabras permaneció conmigo. Me levanté lentamente y caminé hacia la ventana más cercana, mirando hacia el horizonte donde las luces del campamento inglés brillaban débilmente en la distancia.

No podía quedarme quieta. No podía simplemente esperar a que el destino decidiera por nosotros. Duncan había hecho este sacrificio por su clan, pero no iba a dejar que terminara así.

Apreté los puños, sintiendo una determinación que nunca antes había experimentado. Si había alguna manera de salvarlo, de traerlo de vuelta, la encontraría. No importaba lo que costara.

Mientras la noche avanzaba, me quedé allí, mirando hacia el lugar donde sabía que Duncan estaba, jurándome a mí misma que no lo dejaría enfrentar esto solo.



El enfrentamiento final

El amanecer llegó teñido de rojo, como si incluso el cielo estuviera anticipando el derramamiento de sangre que estaba por venir. Desde las murallas del castillo, el rugido del ejército inglés al avanzar era ensordecedor. Sus filas se movían con precisión militar, una marea de acero y banderas que se acercaba inexorablemente hacia nuestras puertas.

Duncan estaba en el centro del caos, sus manos todavía atadas mientras los soldados ingleses lo empujaban hacia la retaguardia. Desde mi posición en las almenas, podía ver cómo mantenía la cabeza alta, su postura inquebrantable incluso cuando los hombres a su alrededor se burlaban de él. Era como si estuviera esperando el momento perfecto para actuar.

—¡A sus posiciones! —gritó Callum, su voz resonando por encima del tumulto.

Los hombres del clan se dispersaron rápidamente, preparándose para defender el castillo. Habíamos reforzado las murallas durante la noche, utilizando todo lo que teníamos a nuestro alcance, pero el número de soldados ingleses era abrumador.

La primera explosión sacudió el suelo cuando uno de sus cañones disparó, enviando fragmentos de piedra volando por los aires. El impacto resonó en mis huesos, pero no me permití vacilar. Miré a Callum, que estaba al mando en ausencia de Duncan, y vi en su expresión la misma mezcla de determinación y miedo que sentía yo.

—No dejaremos que crucen estas puertas —murmuró, más para sí mismo que para nadie más.

Pero incluso mientras hablaba, otro disparo golpeó las murallas, y el sonido de las trompetas inglesas indicó el inicio de su avance. Los soldados comenzaron a moverse en oleadas, acercándose cada vez más al castillo, y los arqueros del clan soltaron las primeras ráfagas de flechas en respuesta.

El caos se desató rápidamente. Los gritos de los soldados se mezclaban con el choque del metal y el rugido de los cañones. Desde las murallas, podía ver cómo los ingleses empujaban hacia adelante, levantando escaleras para intentar superar nuestras defensas. El clan luchaba con valentía, pero la presión era implacable.

Mi mirada se fijó en Duncan, que seguía en la retaguardia. Aunque estaba rodeado de soldados enemigos, su cuerpo estaba tenso, sus ojos estudiando cada movimiento a su alrededor. Sabía que estaba esperando su momento, buscando una oportunidad para liberarse.

No podía quedarme allí y observar.

—Voy a bajar —dije, girándome hacia Callum.

Él me miró como si me hubiera vuelto loca.

—¿Qué estás diciendo?

—Duncan está allá afuera, y no voy a dejar que lo maten.

Callum apretó los dientes, pero antes de que pudiera responder, un grito desde las murallas llamó nuestra atención. Uno de los ingleses había logrado subir y estaba luchando cuerpo a cuerpo con uno de los nuestros. El caos estaba aumentando, y no había tiempo para discutir.

—Haz lo que debas, pero ten cuidado —dijo finalmente, dándome una breve inclinación de cabeza.

Asentí, mi corazón latiendo con fuerza mientras descendía rápidamente las escaleras, preparándome para enfrentar lo que estaba por venir.

El patio del castillo era un caos absoluto. Guerreros del clan corrían en todas direcciones,

empuñando sus armas mientras los ingleses avanzaban sin tregua. Las flechas silbaban en el aire, y el estruendo de los cañones sacudía cada piedra del castillo. Pero yo solo tenía un objetivo: llegar hasta Duncan.

Tomé una espada de una de las reservas del patio, ignorando el peso extraño en mi mano, y busqué a Callum entre el tumulto. Lo encontré cerca de las puertas, dando órdenes mientras organizaba a los hombres que defendían la entrada principal.

—Callum —grité, corriendo hacia él—. Necesito un grupo de hombres. Tenemos que llegar hasta Duncan antes de que sea demasiado tarde.

Él me miró con incredulidad, sus ojos oscuros llenos de preocupación.

—Estás loca, Kate. Las murallas están cediendo. Si salimos ahora, no regresaremos.

—Si no lo hacemos, lo perderemos —respondí, mi voz cargada de una determinación que no esperaba encontrar en mí misma—. Sabes tan bien como yo que él nunca se rendiría si las posiciones estuvieran invertidas.

Callum cerró los ojos por un momento, dejando escapar un suspiro pesado. Luego asintió con resignación y se giró hacia un grupo de hombres cercanos.

—Ian, Fergus, venid conmigo. Kate tiene un plan —dijo, aunque su tono dejaba claro que no estaba convencido.

Los hombres intercambiaron miradas antes de asentir, recogiendo sus armas y preparándose para seguirme. Mientras tanto, mi mente trabajaba frenéticamente, repasando cada detalle del campamento inglés que había observado desde las murallas.

—Entraremos por el flanco derecho —dije, señalando un punto donde la guardia parecía más débil—. Hay menos soldados allí, y podremos movernos sin ser vistos.

Callum arqueó una ceja, claramente sorprendido por mi nivel de detalle.

—Has estado observando.

—Siempre —respondí, ajustando la espada en mi mano y apretando los dientes para mantener a raya el miedo.

Nos movimos con rapidez, aprovechando el caos de la batalla para deslizarnos por un lateral del castillo. El rugido de los ingleses al intentar cruzar las murallas proporcionaba la distracción perfecta, y logramos llegar al borde del campamento sin ser detectados.

El aire estaba cargado de humo y el olor metálico de la sangre. Mi corazón latía con fuerza mientras avanzábamos, manteniéndonos cerca del suelo para evitar llamar la atención. Desde mi posición, podía ver la figura de Duncan, todavía atado, rodeado de soldados que parecían debatir sobre qué hacer con él.

—Está allí —susurré, señalándolo a los demás.

Callum frunció el ceño, estudiando la escena antes de asentir.

—Vamos a necesitar una distracción. Fergus, Ian, id por el lado izquierdo y causad el mayor alboroto posible. Kate y yo iremos por él.

Los hombres asintieron y se separaron, moviéndose con la eficiencia de guerreros experimentados. Minutos después, el sonido de una explosión y gritos llamó la atención de los soldados ingleses, que comenzaron a correr hacia la fuente del ruido.

—Ahora —susurró Callum, agarrándome del brazo mientras nos movíamos hacia Duncan.

Mi respiración era errática mientras nos acercábamos, y la adrenalina en mi cuerpo hacía que cada segundo pareciera eterno. Finalmente, llegamos a donde estaba, y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Kate… —murmuró, su voz ronca y llena de incredulidad.

—No me lo agradezcas todavía —respondí, arrodillándome junto a él mientras Callum desenvainaba su daga para cortar las cuerdas que lo ataban.

Cuando finalmente quedó libre, Duncan se puso de pie con rapidez, tomando una espada del suelo y enfrentándose a los soldados que comenzaban a regresar.

—Vamos a salir de aquí —dije, agarrándolo del brazo.

Pero antes de que pudiera moverse, él me miró con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Kate, no debiste haber venido.

—Y tú no debiste haberte entregado —repliqué, mi voz firme a pesar del caos que nos rodeaba—. Ahora estamos juntos en esto, Duncan. Vamos a sobrevivir.

Con esas palabras, comenzamos a retroceder hacia las líneas del clan, luchando codo a codo mientras los ingleses nos perseguían. Cada paso era una batalla, pero no había nada que pudiera detenernos.

Duncan avanzaba al frente, su espada goteando sangre mientras abría un camino hacia la seguridad del castillo. A pesar de las heridas visibles en sus brazos y el cansancio en sus movimientos, su postura era imponente, casi sobrehumana.

—¡Duncan MacGregor! —una voz resonó desde las filas inglesas, profunda y llena de autoridad.

Nos detuvimos en seco, y todos los ojos se giraron hacia el hombre que emergía del centro de las tropas enemigas. Vestido con un uniforme impecable y con una espada que relucía bajo la tenue luz, el líder inglés se adelantó, su mirada fija en Duncan.

—Por fin cara a cara —dijo con un tono que mezclaba burla y desafío.

Duncan respiró hondo, soltándose del grupo mientras me dirigía una mirada rápida pero significativa.

—Quédate aquí —ordenó en un susurro, aunque sabía que ignoraría esa instrucción si era necesario.

Sin dudarlo, avanzó hacia el hombre, su espada levantada con una determinación que parecía inmune al miedo. Callum intentó detenerlo, pero una simple mirada de Duncan lo hizo retroceder. Este era su enfrentamiento.

Los dos hombres se encontraron en el centro del campo, rodeados por el ruido de la batalla que parecía disminuir a medida que todos fijaban su atención en ellos. Los ingleses formaron un semicírculo detrás de su líder, mientras los escoceses, alentados por la valentía de Duncan, se acercaron para presenciar el duelo.

—¿Esto es lo que te convierte en un líder? —preguntó el inglés, burlón—. ¿Arrastrar a tu gente a la muerte por una causa perdida?

—¿Y lo tuyo es liderazgo? —replicó Duncan, su tono frío como el acero de su espada—. Invadir tierras que no te pertenecen.

El hombre no respondió. En lugar de palabras, dejó que su espada hablara, lanzando el primer ataque.

El choque de las espadas resonó en el aire, un sonido agudo que parecía cortar el silencio. Duncan se movía con una rapidez y precisión que desmentía el cansancio de su cuerpo. Cada movimiento era calculado, cada golpe llevaba la fuerza de alguien que luchaba no solo por sí mismo, sino por todos los que dependían de él.

El inglés no era un oponente fácil. Su habilidad con la espada era evidente, y por momentos parecía que tenía la ventaja. Pero Duncan tenía algo más, algo que su enemigo no podía entender:

una voluntad inquebrantable, alimentada por el amor a su tierra y su gente.

Vi cómo ambos hombres se movían en una danza mortal, el sudor y la sangre mezclándose mientras sus espadas chocaban una y otra vez. Cada golpe que Duncan lanzaba parecía acercarlo más al límite, pero también lo hacía más peligroso.

Finalmente, el inglés cometió un error. En un intento por desarmar a Duncan, dejó expuesta su defensa por una fracción de segundo. Fue suficiente.

Con un grito que resonó como un trueno, Duncan giró sobre sí mismo y hundió su espada en el costado del hombre, atravesando la armadura con una fuerza que parecía imposible. El líder inglés dejó caer su espada, tambaleándose antes de caer de rodillas.

El silencio que siguió fue ensordecedor. Los soldados ingleses miraban a su líder con incredulidad, mientras los escoceses alzaban sus espadas y lanzaban gritos de victoria.

Duncan permaneció de pie, su respiración pesada mientras retiraba la espada del cuerpo del hombre. Su mirada se alzó hacia los soldados ingleses, su rostro ensangrentado pero lleno de desafío.

—Si alguno más quiere probar suerte, estaré esperándo —declaró, su voz resonando en el campo de batalla.

Los ingleses comenzaron a retroceder lentamente, llevándose el cuerpo de su líder con ellos. La batalla no había terminado, pero el golpe que acababan de recibir era suficiente para debilitar su moral.

Mientras Duncan regresaba hacia nosotros, vi cómo sus pasos tambaleaban ligeramente. Sin pensarlo, corrí hacia él, atrapándolo justo cuando sus piernas cedieron.

—Lo lograste —murmuré, mi voz quebrándose por la emoción.

Él me miró, y aunque estaba cubierto de sangre y agotado, una sonrisa suave apareció en su rostro.

—Todavía no ha terminado, Kate.

* * *

El campo de batalla seguía envuelto en un caos contenido. Aunque los ingleses habían comenzado a retroceder tras la derrota de su líder, todavía quedaban soldados reorganizándose, y era evidente que el ataque no había terminado. Duncan apenas podía mantenerse en pie, apoyado en mi hombro, mientras el resto del clan formaba un círculo protector a nuestro alrededor.

—No pueden seguir avanzando —dijo Callum, su voz cargada de urgencia mientras miraba las líneas enemigas que se reagruparon a la distancia—. Están retrocediendo, pero no se han rendido.

—Lo sé —respondió Duncan, su voz grave y cansada, aunque su mirada seguía siendo la de un líder indomable—. Necesitamos mantener las defensas, al menos hasta que…

Un sonido interrumpió sus palabras: un cuerno resonando en la lejanía. Todos en el castillo, desde los guerreros hasta los civiles, detuvieron lo que estaban haciendo, sus miradas girándose hacia el eco distante que parecía cortar el aire como un cuchillo.

—¿Eso es…? —pregunté, incapaz de terminar la frase mientras mi corazón se aceleraba.

Duncan asintió, sus labios formando una leve sonrisa mientras su postura se enderezaba ligeramente.

—El clan Brodie.

Las primeras figuras comenzaron a aparecer en el horizonte, sus siluetas recortadas contra el cielo nublado. Guerreros montados en caballos avanzaban en una formación impecable, con

estandartes ondeando al viento. A medida que se acercaban, pude ver los colores brillantes de sus insignias y el destello de sus armas.

—¡Abrid las puertas! —ordenó Callum, su voz resonando por encima del murmullo creciente del clan.

Los Brodie entraron al campo con una fuerza arrolladora, sus hombres a caballo arremetiendo contra los ingleses con una precisión devastadora. La moral del enemigo, ya debilitada por la caída de su líder, se desmoronó por completo ante la embestida.

Desde mi posición, vi cómo los ingleses intentaban formar una defensa, pero era evidente que estaban superados. Los Brodie no solo eran numerosos, sino que su ataque estaba perfectamente coordinado, como si hubieran estado esperando este momento durante días.

Duncan soltó un leve suspiro, su peso todavía apoyado en mí, pero su mirada seguía fija en el campo de batalla.

—Llegaron justo a tiempo —murmuró, más para sí mismo que para mí.

—Gracias a ti —respondí, mirándolo de reojo.

Él negó con la cabeza, pero su sonrisa no desapareció.

—Gracias a nosotros.

Los miembros del clan MacGregor comenzaron a unirse al ataque, aprovechando la confusión de los ingleses. Desde las murallas, los arqueros del castillo lanzaron una última ráfaga de flechas, y el resto de los guerreros bajaron para apoyar a los Brodie en la embestida final.

En cuestión de minutos, el campo se llenó de gritos de victoria, mientras los soldados ingleses abandonaban sus armas y huían en desbandada. Algunos se rendían, pero la mayoría corría hacia el bosque, dejando atrás su orgullo y sus estandartes caídos.

Duncan se soltó de mi agarre con esfuerzo, dando un paso hacia el frente mientras observaba cómo el caos se transformaba en victoria.

—¡Brodie! —gritó con una fuerza que parecía venir de lo más profundo de su ser.

Un hombre alto, de cabello oscuro y ojos penetrantes, desmontó de su caballo y caminó hacia nosotros. Su porte era tan imponente como el de Duncan, y la sonrisa que se dibujó en su rostro al ver al laird escocés fue de un respeto mutuo que no necesitaba palabras.

—Llegamos justo a tiempo, por lo que veo —dijo el líder del clan Brodie, su voz resonante mientras estrechaba la mano de Duncan.

—Un poco más, y habría tenido que ofrecerles mi cabeza para ganar tiempo —respondió Duncan con un leve tono de broma, aunque su expresión estaba cargada de gratitud.

La alianza estaba sellada, no solo en palabras, sino en la sangre derramada en el campo de batalla. Los ingleses habían sido derrotados, y por primera vez en días, el aire alrededor del castillo se sentía más ligero.

Mientras los guerreros del clan Brodie ayudaban a reorganizar a los MacGregor, y los heridos comenzaban a ser llevados dentro, me permití un momento de alivio, sabiendo que habíamos sobrevivido a la amenaza.

Duncan se giró hacia mí, su rostro marcado por la batalla, pero sus ojos brillaban con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Lo conseguimos, Kate.

* * *

El campo de batalla estaba en silencio ahora, roto solo por los susurros del viento y los murmullos de los hombres que recogían a los heridos y aseguraban a los prisioneros ingleses. Las llamas de las antorchas iluminaban los restos del conflicto, bañando todo con una luz cálida que contrastaba con la crudeza del día.

Duncan estaba de pie en el centro del patio, sus hombros erguidos aunque el cansancio marcaba cada línea de su rostro. A su alrededor, los hombres del clan MacGregor y los Brodie celebraban su victoria, pero sus miradas no dejaban de buscarlo, esperando sus palabras.

Vi cómo Callum se acercaba a él, colocando una mano en su hombro con una sonrisa que, aunque cansada, era genuina.

—Laird, este es tu momento.

Duncan asintió lentamente, sacando fuerza de algún lugar profundo dentro de sí mismo. Su mirada se alzó y se encontró con la mía por un breve instante. Había algo en sus ojos, una mezcla de resolución y emoción que me dejó clavada en el sitio.

Sin apartar los ojos de mí, Duncan dio un paso adelante y alzó la voz.

—Hoy hemos demostrado que, incluso contra probabilidades imposibles, podemos prevalecer. —Su tono era fuerte, resonando en cada rincón del castillo—. Hemos defendido nuestras tierras, nuestras familias, y hemos demostrado que no somos solo un clan, sino una fuerza que no será sometida.

Los hombres respondieron con un rugido de aprobación, levantando sus armas al aire. Pero mientras Duncan continuaba hablando, su voz cambió, volviéndose más personal, más íntima.

—Sin embargo, la fuerza no solo viene del acero y de la estrategia. —Hizo una pausa, su mirada ahora fija en mí, como si todo el mundo hubiera desaparecido a su alrededor—. A veces, la fuerza viene de algo mucho más profundo.

Sentí el calor subir a mis mejillas mientras todos los ojos comenzaban a dirigirse hacia mí. No podía moverme, atrapada por la intensidad de su mirada y el peso de sus palabras.

—Durante estas semanas, he enfrentado desafíos que creí insuperables. He perdido mucho, pero también he encontrado algo que jamás imaginé. —Duncan avanzó un paso más, y ahora todos en el patio estaban pendientes de él, de mí, del momento que se estaba desarrollando ante ellos—. He encontrado a alguien que, con su valentía, su inteligencia y su espíritu indomable, me ha enseñado lo que realmente significa luchar por algo que vale la pena.

Mi respiración se detuvo mientras él continuaba.

—Kate, no puedo prometerte que el camino será fácil. No puedo prometerte que este mundo será justo con nosotros. Pero puedo prometerte esto: no importa lo que venga, lucharé por ti, como tú has luchado por mí.

Los murmullos se extendieron entre los hombres del clan, pero todo lo que podía escuchar era el latido frenético de mi corazón. Duncan dio un paso más, cerrando la distancia entre nosotros, y su mano se alzó para tomar la mía.

—Catherine Ashbury —dijo, usando mi nombre completo por primera vez en semanas—, he luchado contra todo lo que siento por ti, pero ya no puedo ignorarlo. Te amo.

El mundo pareció detenerse en ese momento. Sentí que el aire me abandonaba, que las palabras se negaban a salir de mi boca. Pero no había duda en mi corazón.

—Y yo a ti —susurré finalmente, mis palabras apenas audibles, pero suficientes para que él las escuchara.

El grito de celebración que siguió no fue solo por la victoria contra los ingleses, sino por lo que

acababa de ocurrir entre nosotros. Duncan me atrajo hacia él, sus brazos rodeándome mientras sus labios encontraban los míos en un beso que selló no solo su declaración, sino todo lo que habíamos compartido hasta ahora.

Por primera vez en semanas, sentí que, a pesar de todo lo que habíamos perdido, habíamos ganado algo que ningún ejército podía quitarnos.



La promesa del mañana

El amanecer trajo consigo un ambiente calmado, como si el mundo estuviera reteniendo el aliento después de la brutalidad de los días anteriores. Desde las murallas del castillo podía verse el campo de batalla abandonado, salpicado de estandartes rotos y armas olvidadas. El clan MacGregor, junto con sus nuevos aliados Brodie, trabajaba incansablemente para recoger a los heridos, reparar las defensas y enterrar a los caídos con respeto.

Duncan estaba en el centro de todo, dando órdenes claras pero con una calidez que no había mostrado antes. Su liderazgo no era solo cuestión de autoridad, sino de cuidado por cada miembro del clan. Lo vi inclinarse para ayudar a un joven guerrero a cargar un saco de grano y luego detenerse a hablar con una mujer mayor que lloraba por la pérdida de su hijo.

A pesar del cansancio visible en su rostro, su presencia irradiaba una fuerza que mantenía a todos en movimiento. Y, sin embargo, cada pocos minutos sus ojos se alzaban para buscarme entre la multitud, como si necesitara asegurarse de que yo seguía allí.

Me uní a las mujeres que ayudaban a clasificar los suministros, encontrándome con miradas que, por primera vez, no eran de desconfianza. Una de ellas, Moira, incluso me ofreció un pedazo de pan mientras trabajábamos juntas.

—Tienes manos hábiles —comentó, su tono aprobatorio aunque algo brusco.

—Gracias —respondí, sintiendo un calor inesperado en el pecho por su aceptación—. He tenido buenos maestros aquí.

Moira asintió, y aunque no dijo nada más, su leve sonrisa lo decía todo.

Más tarde, mientras caminaba hacia el patio, vi a Callum y al líder del clan Brodie conversando junto a los caballos. Ambos parecían relajados, incluso bromeando, lo que era una vista rara después de todo lo que habíamos pasado. Pero mi atención se desvió rápidamente cuando noté a Duncan acercándose desde el otro lado del patio, su mirada fija en mí.

Había algo diferente en su expresión, una mezcla de determinación y emoción que me hizo detenerme en seco.

—Kate —dijo, su voz baja pero cargada de significado.

Me quedé inmóvil mientras él se acercaba, y el bullicio del patio pareció desvanecerse a nuestro alrededor.

—Necesito hablar contigo.

Sus palabras eran simples, pero el tono con el que las dijo hizo que mi corazón comenzara a latir con fuerza. Asentí lentamente, sintiendo que algo importante estaba a punto de ocurrir.

Me llevó hasta un rincón apartado del castillo, donde los restos de una antigua torre nos daban algo de privacidad. El aire estaba fresco, con el sol matutino apenas comenzando a disipar el frío de la noche anterior. Duncan permaneció en silencio mientras caminábamos, y aunque su expresión era seria, sus ojos reflejaban una intensidad que no podía ignorar.

Cuando finalmente se detuvo, se giró hacia mí, y por un momento parecía dudar, algo completamente inusual en él. Pero entonces respiró hondo, y su mirada encontró la mía.

—Kate… —su voz era suave, pero cargada de una emoción que hizo que mi corazón diera un vuelco—. Estas últimas semanas han sido las más difíciles de mi vida, pero también las más claras.

Me quedé en silencio, incapaz de apartar los ojos de él mientras hablaba.

—He perdido mucho —continuó, su tono ahora más firme—. Mi familia, mi tierra, incluso parte de mí mismo. Pero contigo… he encontrado algo que nunca pensé que volvería a tener: esperanza.

Mi respiración se detuvo, y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies mientras él daba un paso más cerca, tomando mis manos entre las suyas. Sus dedos eran ásperos, marcados por el trabajo y la batalla, pero su toque era sorprendentemente gentil.

—Kate, quiero que te quedes aquí, conmigo, no como prisionera, sino como mi igual. Como mi esposa.

Mi corazón latió con fuerza ante sus palabras, y las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos antes de que pudiera detenerlas.

—¿Duncan… estás seguro? —pregunté, mi voz apenas un susurro.

Él sonrió ligeramente, esa sonrisa que rara vez mostraba pero que siempre me hacía sentir como si el mundo entero desapareciera.

—Más seguro que nunca. Eres lo mejor que me ha pasado, Kate. No puedo imaginar un futuro sin ti.

Las palabras que salieron de mi boca fueron simples, pero cargadas de todo el amor que sentía por él.

—Sí, Duncan. Quiero casarme contigo.

Su sonrisa se amplió, y en un gesto que era tan suyo, me tomó por la cintura y me levantó del suelo, girándome en un círculo mientras reía. La calidez en su risa era contagiosa, y por un momento, todo el peso de lo que habíamos vivido parecía desvanecerse.

Cuando finalmente me dejó en el suelo, sus manos permanecieron en mi cintura, y nuestros rostros estaban tan cerca que podía sentir el calor de su aliento.

—No voy a esperar más —dijo con una determinación que me dejó sin aliento—. Nos casaremos hoy.

Mi sorpresa fue evidente, pero antes de que pudiera protestar, él continuó.

—El clan necesita algo que celebrar después de todo esto, algo que les recuerde que todavía hay razones para tener esperanza. Y yo… no quiero perder un solo día más sin poder llamarte mi esposa.

No había nada que pudiera decir para contradecirlo. La intensidad de sus palabras, la forma en que me miraba, todo me decía que esto era lo correcto.

—Entonces hoy será el día —dije, mi voz llena de emoción.

Duncan asintió, y aunque su rostro seguía marcado por las cicatrices de la batalla y la dureza de la vida, en ese momento era el hombre más hermoso que había visto.

El patio del castillo se transformó en cuestión de horas. Los miembros del clan trabajaron con una rapidez y una emoción que pocas veces había visto. Las risas resonaban entre las piedras desgastadas, y el aire se llenó del aroma de pan recién horneado y hierbas quemadas para la ocasión. A pesar de los restos de la batalla, el ambiente estaba impregnado de esperanza y celebración.

Duncan había hablado con Callum, quien se encargaría de oficiar la ceremonia, una tradición sencilla pero significativa que pasaba de generación en generación entre los MacGregor. No había vestidos elegantes ni joyas elaboradas, solo las personas que habían luchado y sobrevivido juntas, unidas ahora para celebrar algo más que la victoria: la unión de dos almas.

Las mujeres del clan me rodearon rápidamente, ayudándome a alisar mi vestido y colocándome una corona de flores tejida con rapidez pero con un cuidado conmovedor. Moira colocó una manta de lana escocesa sobre mis hombros, un gesto de bienvenida al clan que me emocionó más de lo que habría admitido.

—Eres una de los nuestros ahora —me dijo con una sonrisa cálida, ajustando la manta con sus manos temblorosas.

Mi garganta se cerró por la emoción, y todo lo que pude hacer fue asentir. Las palabras no podían describir lo que sentía en ese momento.

Cuando salí al patio, mi corazón se aceleró al ver a Duncan esperándome. Estaba vestido con la misma túnica de batalla que había llevado antes, pero su postura y la intensidad de su mirada lo hacían parecer un rey. El viento jugaba con su cabello rubio oscuro, y sus ojos azules estaban fijos en mí, llenos de una emoción que parecía iluminar todo a su alrededor.

La multitud hizo un camino para que pudiera acercarme a él, y con cada paso que daba, sentía cómo el mundo se desvanecía a nuestro alrededor. Para mí, solo existía él.

Cuando finalmente me detuve frente a Duncan, Callum levantó las manos para silenciar a la multitud.

—Estamos aquí para celebrar algo que trasciende la guerra y el dolor —dijo con solemnidad, su voz clara y firme—. Hoy unimos a dos almas que han encontrado la fuerza el uno en el otro.

Duncan tomó mis manos entre las suyas, sus dedos ásperos pero cálidos contra los míos.

—Catherine Ashbury —dijo, su voz resonando con una mezcla de emoción y poder—, te prometo que seré tu roca, tu protector, y tu compañero en todo lo que venga.

Sus palabras me llenaron de una calidez que ninguna manta podía igualar.

—Duncan MacGregor —respondí, mi voz temblando ligeramente, pero sin perder fuerza—, te prometo que caminaré a tu lado, que compartiré tus cargas y tus alegrías, y que seré tu igual en todo.

Callum nos miró a ambos, con una sonrisa que rara vez se veía en su rostro.

—Con estas promesas, y ante la vista de vuestro clan, os declaro marido y mujer.

El grito de celebración que siguió fue ensordecedor, con los miembros del clan levantando sus armas y aplaudiendo mientras Duncan me rodeaba con sus brazos y me acercaba para un beso. Fue un beso lleno de promesas, de amor y de una pasión que parecía capaz de superar cualquier obstáculo.

Cuando finalmente nos separamos, su frente descansó contra la mía, y susurró solo para que yo pudiera escucharlo.

—Eres mi fuerza, Kate. Y siempre lo serás.

* * *

La celebración continuó durante horas, con risas, música y brindis que resonaban en las antiguas paredes del castillo. Pero todo era un murmullo distante para mí. Mi atención estaba completamente fija en Duncan, quien no me había soltado desde el momento en que Callum nos declaró marido y mujer.

Sentí el calor de su mano en la base de mi espalda mientras me guiaba hacia una de las torres, lejos de la multitud, lejos del bullicio. El silencio entre nosotros estaba cargado, no con incomodidad, sino con una anticipación que me hacía estremecer.

Cuando finalmente llegamos a una habitación pequeña y cálida, iluminada solo por la luz temblorosa de un par de velas, Duncan cerró la puerta detrás de nosotros con un movimiento deliberado. Su mirada era intensa, sus ojos azules atrapando los míos como si estuvieran explorando cada rincón de mi alma.

—Kate… —su voz era un susurro bajo, ronco, lleno de emoción—. Esto es real. Tú eres real.

No respondí con palabras. En cambio, di un paso hacia él, dejando que mis manos se deslizaran por su pecho hasta sus hombros. La textura de su túnica áspera contrastaba con la calidez de su piel debajo, y cuando sentí cómo su respiración se aceleraba, supe que no era la única que estaba perdiendo el control.

Duncan se inclinó, y su frente rozó la mía antes de que nuestros labios se encontraran en un beso que no tenía nada de suave. Era hambriento, lleno de necesidad y de todo lo que habíamos estado conteniendo durante semanas. Sus manos se movieron a mi cintura, tirando de mí hasta que no quedó ni un centímetro entre nosotros.

Mis dedos encontraron su cabello, enredándose en los mechones de su pelo mientras mi cuerpo se rendía completamente a él. Sentí cómo sus manos recorrían mi espalda, explorándome como si fuera algo sagrado. Cuando sus labios dejaron los míos para deslizarse por mi mandíbula y hasta mi cuello, un suspiro escapó de mis labios, llenando el pequeño espacio con el sonido de nuestra conexión.

Duncan se detuvo por un momento, sus manos descansando en mi cintura mientras levantaba la vista para encontrarse con la mía.

—¿Estás segura? —preguntó, su voz un susurro cargado de deseo pero también de cuidado.

La respuesta fue inmediata, clara y llena de convicción.

—Más que nunca.

Eso fue todo lo que necesitó. En un movimiento rápido pero gentil, me levantó en sus brazos y me llevó hacia la cama. Sus movimientos eran seguros, pero su mirada tenía una suavidad que me desarmó por completo.

Las velas parpadearon mientras la ropa comenzaba a caer al suelo, una prenda tras otra, hasta que no quedó nada entre nosotros. Cada caricia, cada beso, cada susurro era una promesa silenciosa, una afirmación de lo que éramos el uno para el otro.

El calor de su piel contra la mía era una sensación que nunca olvidaría, una mezcla de fuerza y ternura que me hacía sentir completamente amada y protegida. Su respiración se mezclaba con la mía, sus manos explorando mi cuerpo como si cada rincón fuera un tesoro que había estado esperando descubrir.

—Eres perfecta —murmuró, sus labios rozando mi clavícula mientras sus manos se deslizaban por mis caderas.

Cuando finalmente nos unimos, fue como si el mundo entero desapareciera. No había guerra, no había clanes, no había más enemigos acechando en la oscuridad. Solo estábamos nosotros, dos almas encontrándose en el lugar más vulnerable y puro posible.

La pasión que habíamos contenido durante tanto tiempo explotó en un torbellino de emociones y sensaciones. Cada movimiento, cada suspiro, cada mirada era una declaración más fuerte que cualquier palabra.

Cuando finalmente caímos juntos, agotados pero completamente en paz, Duncan me envolvió en sus brazos, manteniéndome cerca como si nunca quisiera dejarme ir.

—Te amo, Kate —susurró, su voz apenas un murmullo contra mi cabello.

—Y yo a ti, Duncan —respondí, sintiendo cómo el cansancio comenzaba a reclamarme, pero segura de que nunca había sentido algo tan verdadero.

* * *

La calma del amanecer se había asentado sobre el castillo. Las antorchas en las murallas aún ardían débilmente, como recordatorios silenciosos de la batalla que habíamos dejado atrás. Duncan estaba en el patio supervisando los últimos preparativos para asegurar a los prisioneros ingleses. Aunque su postura era firme, podía ver el cansancio reflejado en sus hombros.

Mientras pasaba junto a los soldados capturados, uno de ellos alzó la voz.

—¡MacGregor! —gritó, atrayendo la atención de todos en el patio. Su tono no era de desafío, sino de urgencia.

Duncan se detuvo y giró lentamente hacia el hombre, sus ojos azules brillando con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—¿Qué quieres? —preguntó, su voz baja pero cargada de autoridad.

El prisionero, un hombre de mediana edad con el rostro marcado por cicatrices y el uniforme hecho jirones, dio un paso adelante, aunque las cadenas en sus muñecas limitaron su movimiento.

—Tengo algo que decirte. Algo que no sabes sobre el ataque a tu familia.

El aire pareció volverse más pesado. Los hombres del clan que estaban cerca dejaron de moverse, todos girando su atención hacia la escena que se desarrollaba frente a ellos. Duncan cruzó los brazos, pero no dijo nada, dejando que el silencio forzara al prisionero a continuar.

—Yo… yo estuve allí —confesó el hombre, bajando la mirada por un momento antes de reunir el valor para continuar—. Fui parte del grupo que hizo la emboscada.

Vi cómo los músculos de la mandíbula de Duncan se tensaban, y por un instante temí que dejara que la ira lo dominara. Pero él se quedó inmóvil, su mirada fija en el prisionero.

—¿Y por qué debería creerte? —preguntó finalmente, su tono frío como el acero.

—Porque tengo información que necesitas —respondió el hombre rápidamente, sus ojos ahora fijos en Duncan—. Información sobre tu hermana.

El cambio en la expresión de Duncan fue sutil pero inconfundible. Por un momento, pareció que todo el control que siempre había mantenido estaba a punto de desmoronarse.

—¿Mi hermana? —preguntó, su voz apenas un susurro, pero cargada de incredulidad.

El prisionero asintió, y su tono se suavizó, como si entendiera el peso de lo que estaba a punto de revelar.

—El capitán de nuestro grupo… no pudo hacerlo. No pudo matarla. Era solo una niña, y… se apiadó de ella.

Un murmullo recorrió el grupo de hombres que observaban, pero Duncan no apartó la mirada del prisionero.

—¿Qué hizo con ella? —preguntó, dando un paso más cerca, su voz temblando con una mezcla de esperanza y miedo.

—La tomó con él —respondió el hombre—. Dijo que se aseguraría de que tuviera una vida segura, lejos del conflicto. No sé dónde está ahora, pero puedo decirte cómo era el hombre. Puedo darte un nombre.

El silencio que siguió fue tan denso que casi podía oír el latido de mi propio corazón. Duncan se quedó inmóvil, sus manos apretadas en puños mientras procesaba la información. Finalmente, se giró hacia Callum, quien había estado observando todo desde una distancia prudente.

—Asegúrate de que este hombre no sea tocado —ordenó, su voz tensa pero firme—. Lo interrogaré más tarde.

Callum asintió, y mientras el prisionero era llevado de vuelta, Duncan se quedó quieto, mirando hacia el horizonte como si estuviera viendo algo que el resto de nosotros no podíamos.

Me acerqué a él con cuidado, colocando una mano en su brazo.

—Duncan… —comencé, pero él negó con la cabeza, como si no pudiera hablar todavía.

Cuando finalmente se volvió hacia mí, vi la mezcla de emociones en su rostro: esperanza, dolor, determinación.

—Si lo que dice es cierto, Kate… mi hermana podría estar viva.

Sus palabras eran un susurro, pero la fuerza detrás de ellas era inquebrantable.

—Entonces la encontraremos —respondí, mi voz cargada de convicción—. Juntos.

Mientras el sol se alzaba sobre las Tierras Altas, sabía que nuestro viaje estaba lejos de haber terminado. Pero ahora, al menos, no enfrentábamos el futuro solos.